LUCY MAUD MONTGOMERY

Rilla la de Ingleside



En esta última novela, la atención gira sobre un personaje central, Rilla Blythe, la hija menor de Ana y Gilbert. Está escrito con un tono más serio que sus antecesores, ya que la historia transcurre durante los años de la Primera Guerra Mundial, en la que tanto los hijos de Ana como los de sus vecinos y amigos, tendrán que acudir a luchar en el frente. Es interesante el hecho de que Rilla, la de Ingleside, es la única novela canadiense que ha sido escrita desde la perspectiva de una mujer, sobre la Primera Guerra Mundial por un escritor de la época.

Lectulandia

Lucy Maud Montgomery

Rilla la de Ingleside

Ana de las Tejas Verdes - 8

ePub r1.3
Titivillus 30.12.14

Título original: *Rilla of Ingleside*
Lucy Maud Montgomery, 1921
Traducción: Costanza Fantín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

1. «Apuntes» de Glen y otros asunto

Era una tarde cálida, dorada de nubes, deliciosa. Susan Baker tomó asiento en la gran sala de Ingleside; estaba rodeada por una especie de satisfacción sombría, como un halo; eran las cuatro y Susan, que había estado trabajando sin parar desde las seis de la mañana, sentía que se había ganado esa hora de reposo y chismes. En esos momentos, Susan experimentaba una felicidad perfecta: ese día todo había ido bien en la cocina. El doctor Jekyll no se había convertido en el señor Hyde y por lo tanto, ella no se había puesto nerviosa; desde donde estaba sentada podía ver el orgullo de su corazón: el cantero de peonías que ella misma plantaba y cultivaba; lucía más hermoso que cualquier cantero de Glen St. Mary, con peonías de todos colores: rojas, rosadas, blancas como copos de nieve.

Susan se había puesto una blusa nueva de seda negra, tan elaborada como cualquiera de las prendas que usaba la señora Elliott y un delantal blanco almidonado, adornado con un complicado borde de encaje al *crochet* de tres centímetros de ancho y una aplicación haciendo juego, así que sentía la tranquilidad de una mujer bien vestida; abrió el ejemplar del *Daily Enterprise* y se dispuso a leer los «Apuntes» de Glen que, como acababa de informarle la señorita Cornelia, ocupaban media columna del periódico y mencionaban a casi todos los habitantes de Ingleside. Había un gran titular negro en la primera plana, algo acerca de un tal archiduque Fernando que había sido asesinado en un sitio con el extraño nombre de Sarajevo, pero Susan no perdió el tiempo con material de poco interés como ése: buscaba algo realmente vital. Ah, sí, aquí estaba: «Apuntes de Glen St. Mary». Susan se acomodó en el sillón y leyó en voz alta para sacar toda la gratificación posible de cada palabra.

La señora Blythe y su visitante, la señorita Cornelia —alias señora de Marshall Elliott— conversaban cerca de la puerta abierta que daba a la galería, desde donde soplaba una brisa fresca, deliciosa, que traía soplos de perfume del jardín y alegres ecos desde el rincón verde de enredaderas donde Rilla, la señorita Oliver y Walter reían y hablaban. Dondequiera que estuviera Rilla Blythe había risas. Siempre.

Había otro ocupante en la sala, acurrucado sobre un sofá, y era imposible pasarlo por alto porque tenía una individualidad muy marcada y distinguible y además, cargaba con la distinción de ser la única criatura viviente a la que Susan aborrecía verdaderamente.

Todos los gatos son misteriosos, pero el doctor Jekyll y el señor Hyde, comúnmente conocido como Doc, se llevaba las palmas. Era un gato de doble personalidad o bien —como afirmaba Susan— poseído por el demonio. En primer lugar, había habido algo extraño en la alborada de su existencia. Cuatro años atrás, Rilla Blythe había tenido un gatito precioso, blanco como la nieve, con una mancha negra en la punta de la cola, al que había dado el nombre de Jack Escarcha. Susan no simpatizaba con Jack Escarcha, aunque no podía o no quería decir por qué.

—Se lo aseguro, mi querida señora —solía decir con tono ominoso—, ese gato no nos va a traer nada bueno.

—¿Pero cómo se te ocurre semejante cosa? —preguntaba la señora Blythe.

—No es una ocurrencia… Lo sé —era la invariable respuesta de Susan.

Jack Escarcha gozaba de gran popularidad entre los demás habitantes de Ingleside; era limpio y cuidadoso; jamás permitía que una mancha ensuciara su hermoso pelaje blanco; además, le gustaba ronronear y acurrucarse y nunca robaba nada.

Y luego, de pronto, ocurrió una tragedia doméstica en Ingleside. ¡Jack Escarcha tuvo gatitos!

Sería en vano tratar de imaginar la expresión de triunfo de Susan. ¿No había insistido acaso en que ese gato terminaría siendo una desilusión y un fraude? ¡Ahora todos se daban cuenta de que ella tenía razón!

Rilla se guardó uno de los gatitos, uno muy bonito, con orejas grandes, sedosas, doradas y un pelaje amarillo oscuro surcado por rayas anaranjadas. Lo llamó Dorado; el nombre pareció adecuado para el juguetón animalito que, durante su infancia, no dio señal alguna de la siniestra naturaleza que poseía. Susan, por supuesto, advirtió a la familia que nada bueno podía esperarse de un hijo de ese diabólico de Jack Escarcha; pero nadie prestó atención a sus pesimistas protestas. Los Blythe se habían acostumbrado tanto a considerar a Jack Escarcha como miembro del sexo masculino que no podían dejar de lado el hábito y, utilizaban continuamente el pronombre masculino, aunque el resultado fuera ridículo. Las visitas quedaban electrizadas cuando Rilla mencionaba tranquilamente a «Jack y su cría» u ordenaba a Dorado: «Ve con tu madre. Él te lavará el pelo».

—No es decente, mi querida señora —se quejaba la pobre Susan con amargura. Ella, por su parte, optaba por referirse a Jack como «ese animal» o «la bestia blanca»; por lo menos hubo un corazón humano que no sufrió cuando «el animal» murió envenenado accidentalmente al invierno siguiente.

Al cabo de un año, Dorado se tornó un nombre tan inadecuado para el gatito anaranjado, que Walter, que en ese momento estaba leyendo la novela de Stevenson, se lo cambió por el de doctor Jekyll y el señor Hyde. En su estado de ánimo de doctor Jekyll, el gato era dormilón, afectuoso, manso, tranquilo; disfrutaba mucho de las caricias y los mimos. Le encantaba, sobre todo, tenderse de espaldas y que le acariciaran el cuello suave, color crema, mientras ronroneaba con satisfacción. Su ronroneo era notable: nunca en Ingleside había habido un gato que ronroneara en forma tan constante y extasiada.

—Lo único que le envidio a un gato es el ronroneo —comentó una vez el doctor Blythe al escuchar la resonante melodía de Doc—. Es el sonido más satisfecho del mundo.

Doc era un gato con mucho porte. Sus movimientos estaban llenos de gracia y elegancia. Cuando curvaba la larga cola con anillos oscuros alrededor de sus pies y se

sentaba en la galería a contemplar el espacio durante largos períodos, los Blythe sentían que una esfinge egipcia no hubiera podido ser una deidad del Portal más adecuada.

Cuando se apoderaba de él su personalidad de señor Hyde —cosa que sucedía invariablemente antes de las lluvias o los días ventosos— se convertía en una criatura salvaje con ojos demenciales. La transformación siempre se llevaba a cabo en forma súbita. Se levantaba de un salto con un rugido feroz y mordía la mano que intentaba sujetarlo o acariciarlo. El pelo parecía oscurecérsele y los ojos le brillaban con una luz demoníaca. Adquiría una belleza salvaje, sobrenatural. Si el cambio se producía al atardecer, todos en Ingleside sentían un cierto terror. En esas ocasiones, era una bestia temible y sólo Rilla lo defendía, asegurando que era un «gato lindo, merodeador y sigiloso». Merodeaba, de eso no había dudas.

Al doctor Jekyll le encantaba la leche fresca; el señor Hyde no tocaba la leche y gruñía al ver la carne. El doctor Jekyll bajaba las escaleras tan silenciosamente que nadie lo oía. El señor Hyde pisaba con la fuerza de un hombre. Muchas tardes, cuando Susan estaba sola en la casa, el gato «le ponía los pelos de punta» como declaraba ella, con sus costumbres. Se sentaba en el medio de la cocina, fijos los ojos terribles sobre ella y se quedaba así por períodos de hasta una hora. Eso le destrozaba los nervios a Susan pero la pobre le tenía demasiado temor como para tratar de expulsarlo. En una oportunidad se atrevió a arrojarle un palo y él dio un feroz salto hacia ella. Susan salió corriendo y nunca más intentó desafiar al señor Hyde aunque castigaba por sus delitos al inocente doctor Jekyll, echándolo de sus dominios cuando se atrevía a asomar la nariz, y negándole determinados bocadillos sabrosos que le encantaban.

—«Para las numerosas amistades de la señorita Faith Meredith, Gerald Meredith y James Blythe —leyó Susan, saboreando los nombres como si fueran caramelos—, fue una gran alegría darles la bienvenida a su casa. Regresaron hace unas semanas de Redmond College. James Blythe, que se graduó en Artes en 1913, acababa de completar su primer año de Medicina».

—Faith Meredith es realmente la criatura más bella que he visto —comentó la señorita Cornelia por encima de su tejido al ganchillo—. Es asombroso cómo cambiaron esos niños después de que Rosemary West se instaló en la casa. La gente se olvida ya de lo traviesos que eran. Ana, querida, ¿te acuerdas de las cosas que hacían? Son inolvidables. Es verdaderamente sorprendente la forma en que Rosemary supo tratarlos. Es más una compañera que una madrastra. Todos la quieren y Una siente adoración por ella. En cuanto al pequeño Bruce, Una es su esclava. Desde luego, es un encanto. ¿Pero viste alguna vez un parecido semejante entre sobrino y tía como el que hay entre él y Ellen? Es tan moreno y vehemente como ella. No veo una sola facción de Rosemary en él. Norman Douglas siempre dice que la cigüeña le debía de estar trayendo el niño a Ellen y que por error fue a parar a la rectoría.

—Bruce adora a Jem —afirmó la señora Blythe—. Cuando viene aquí, lo sigue

como un perrito y lo mira todo el tiempo por debajo de esas negras cejas. Creo que haría cualquier cosa por Jem.

—¿Tendremos confites con Jem y Faith?

La señora Blythe sonrió. Era bien sabido que la señorita Cornelia, que en un tiempo había aborrecido a los hombres, se había convertido en una casamentera en la vejez.

—Son sólo buenos amigos, por ahora, señorita Cornelia.

—Muy buenos amigos, créeme —declaró la señorita Cornelia con énfasis—. Yo estoy bien enterada de las andanzas de los jóvenes.

—No dudo de que Mary Vance se encarga de informarle sobre eso, señora Elliott —masculló Susan con intención—, pero yo opino que es una vergüenza inventar romances con esos niños.

—¡Niños! Jem tiene veintiún años y Faith diecinueve —replicó la señorita Cornelia—. No debe olvidar, Susan, que nosotros, los ancianos, no somos los únicos adultos del mundo.

Furiosa, Susan, que detestaba cualquier referencia a su edad —no por vanidad sino por temor a que la consideraran demasiado vieja para trabajar— regresó a sus «Apuntes».

—«Carl Meredith y Shirley Blythe regresaron el viernes último de la Academia Queen's. Tenemos entendido que Carl estará a cargo de la escuela de Harbour Head el año que viene y estamos seguros de que será un excelente maestro».

—De algo se puede estar segura: les va a enseñar todo lo que hay que saber sobre insectos a los chicos —anunció la señorita Cornelia—. Ya terminó sus estudios en la Academia y el señor Meredith y Rosemary querían que fuera a Redmond en el otoño, pero Carl es muy independiente y piensa pagarse parte de sus estudios universitarios. Me parece muy bien.

—«Walter Blythe, que enseña en Lowbridge desde hace dos años, acaba de presentar su renuncia —leyó Susan—. Piensa estudiar en Redmond este otoño».

—¿Está lo suficientemente fuerte como para afrontar la universidad? —preguntó la señorita Cornelia, preocupada.

—Suponemos que en otoño ya va a estar bien —respondió la señora Blythe—. Un verano de ocio al aire libre y al sol le hará mucho bien.

—Es difícil recuperarse de la fiebre tifoidea —declaró la señorita Cornelia con vehemencia—, sobre todo cuando se llega a estar tan mal como Walter. Opino que le vendría bien no entrar en la universidad por este año, todavía. Pero claro, es tan ambicioso. ¿Di y Nan también irán?

—Sí. Querían enseñar otro año, pero Gilbert piensa que es mejor que vayan a Redmond este otoño.

—Me alegro. Podrán vigilar a Walter para que no se arruine la salud estudiando. Supongo —continuó la señorita Cornelia, mirando a Susan de soslayo— que después de la reprimenda que recibí hace unos instantes no estaría bien de mi parte sugerir

que Jerry Meredith le está arrastrando el ala a Nan.

Susan hizo caso omiso de eso y la señora Blythe volvió a reír.

—Querida señorita Cornelia, qué ocupada estaría yo con todos esos chicos y chicas persiguiéndose a mi alrededor, si lo tomara en serio. Le aseguro que estaría exhausta. Pero no, no lo hago; todavía me cuesta demasiado aceptar que son grandes. Cuando miro a esos dos hijos míos tan altos me pregunto si es posible que sean los mismos bebés regordetes que yo acunaba y besaba hace tan poco tiempo, tan poco tiempo, señorita Cornelia. ¿No era Jem el bebé más precioso de la vieja Casa de los Sueños? ¡Y ahora tiene un título universitario y se lo acusa de estar enamorado!

—Todos envejecemos —suspiró la señorita Cornelia.

—La única parte de mí que me parece más vieja —aseveró la señora Blythe— es el tobillo que me quebré cuando Josie Pye me desafió a caminar por el techo de los Barry en los días de Tejas Verdes. Siento una punzada de dolor cuando sopla viento del este. No pienso admitir que se trata de reumatismo, pero me duele. En cuanto a los niños, tienen planes de pasar un verano alegre con los Meredith antes de volver a los estudios en el otoño. Son una banda tan entretenida. Mantienen la casa en un continuo torbellino de alegría.

—¿Rilla piensa ir a Queen's cuando vuelva Shirley?

—Todavía no lo decidimos. Su padre piensa que todavía no está lo suficientemente fuerte; creció mucho y es demasiado alta para una chica de quince años. No tengo muchas ganas de que se vaya… es más, sería horrible no tener a ninguno de mis bebés en casa conmigo el próximo invierno. Susan y yo terminaríamos peleando para romper la monotonía.

Susan sonrió ante la broma. ¡Qué idea, pelearse con la querida señora!

—¿Pero y Rilla? ¿Ella quiere ir?

—No. La verdad es que Rilla es la única del rebaño que no tiene ambiciones. Me gustaría que tuviera más empuje. No tiene ideales serios, ninguno: parece que lo único que quiere es divertirse.

—¿Y qué hay de malo en que se divierta, mi querida señora? —exclamó Susan, que no toleraba una palabra en contra de ninguno de los habitantes de Ingleside ni siquiera si provenía de otro miembro de la familia—. Una jovencita como ella *tiene* que divertirse y eso pienso decirlo a quienquiera y contra viento y marea. Ya tendrá tiempo suficiente para pensar en el latín y el griego.

—Me gustaría que tuviera un poquito de responsabilidad, Susan. Además, te consta que tiene una vanidad abominable.

—Tiene motivos —replicó Susan—. Es la más bonita de Glen St. Mary. ¿Cree que todos esos MacAllisters y Crawfords y Elliotts podrían producir un cutis como el de Rilla en cuatro generaciones? Claro que no. De *ninguna* manera. No, mi querida señora, sé cuál es mi lugar, pero no puedo permitirle que critique a Rilla. Escuche esto, señora Elliott.

Susan había encontrado la oportunidad de vengarse de la señorita Cornelia por

sus insinuaciones sobre los romances de los muchachos. Leyó el artículo con satisfacción.

—«Miller Douglas ha decidido no marcharse al Oeste. Afirma que con el PEI le basta y que seguirá ocupándose de la granja de su tía, la señora de Alec Davis».

Susan dirigió una mirada punzante a la señorita Cornelia.

—He oído decir, señora Elliott, que Miller corteja a Mary Vance.

El disparo atravesó la coraza de la señorita Cornelia. Su rostro regordete se sonrojó.

—No permitiré que Miller Douglas persiga a Mary —declaró con aspereza—. Es un ambiente muy bajo. Su padre era una especie de descastado entre los Douglas y la madre, una de esas espantosas Dillon de Harbour Head.

—Creo haber oído, señora Elliott, que los padres de Mary Vance no eran precisamente unos aristócratas.

—Mary Vance se crió como Dios manda y es una chica inteligente y capaz —replicó la señorita Cornelia—. ¡No va a desperdiciarse con Miller Douglas, créame! Ella sabe perfectamente bien lo que yo opino al respecto y nunca me ha desobedecido, todavía.

—Bueno, no creo que deba preocuparse, señora Elliott: la señora de Alec Davis está tan en contra del asunto como usted y dice que ningún sobrino de ella va a casarse con una doña nadie como Mary Vance.

Susan volvió a lo suyo, sintiendo que había salido airosa de la escaramuza y leyó otro «Apunte».

—«Nos agrada enterarnos de que la señorita Oliver ha sido contratada como maestra por otro año. La señorita Oliver pasará sus merecidas vacaciones en su casa de Lowbridge».

—Me alegro tanto de que Gertrude se quede —comentó la señora Blythe—. La echaríamos muchísimo de menos. Además tiene una influencia excelente sobre Rilla; sí, mi hija la idolatra. Son muy compañeras, a pesar de la diferencia de edades.

—Yo tenía entendido que iba a casarse…

—Se habló de eso, sí, pero he oído que se ha pospuesto por un año.

—¿Quién es el joven?

—Robert Grant. Es abogado en Charlottetown. Espero que Gertrude sea feliz. Tuvo una vida tan triste, tan amarga y es tan sensible… Su primera juventud ya pasó y está prácticamente sola en el mundo. Este nuevo amor es algo tan maravilloso para ella que pienso que no se atreve a creer en él, no del todo. Se desesperó cuando hubo que posponer la boda aunque no fue por culpa del señor Grant, por cierto. Hubo complicaciones con la ejecución del testamento de su padre, que murió el invierno pasado, y él no podía casarse hasta que quedara todo solucionado. Pero pienso que Gertrude sintió que era un mal presagio y que la felicidad la esquivaría de nuevo.

—No es bueno concentrar demasiado los afectos en un hombre, mi querida señora —comentó Susan con tono solemne.

—El señor Grant está tan enamorado de Gertrude como ella de él, Susan. No es de él de quien desconfía la muchacha, sino del destino. Tiene una veta mística…, calculo que algunos podrían llamarla supersticiosa. Cree en los sueños y no podemos convencerla ni con bromas de abandonar esas creencias. Aunque tengo que admitir que algunos de sus sueños… pero en fin, no sería bueno que Gilbert me oyera insinuando herejías. ¿Qué otra cosa interesante hay en el diario, Susan?

Susan había lanzado una exclamación.

—¡Escuche esto, mi querida señora! «La señora Sophia Crawford ha dejado su residencia en Lowbridge y en el futuro residirá con su sobrina, la señora de Albert Crawford». Ésa es mi prima Sophia, mi querida señora. Nos peleamos de niñas a causa de quién debía recibir una tarjeta de la escuela dominical con la inscripción «Dios es Amor» trenzada en capullos de rosa. No nos hablamos desde entonces. Y ahora viene a vivir justo enfrente.

—Me parece que vas a tener que enterrar esa vieja pelea, Susan. No se puede estar en malas relaciones con los vecinos.

—La empezó ella así que ella misma empiece la reconciliación, mi querida señora —respondió Susan con dignidad—. Si lo hace, espero ser buena cristiana y encontrarme con ella a mitad de camino. No es una persona alegre. Siempre fue una aguafiestas. La última vez que la vi, tenía la cara partida por mil arrugas de tanto preocuparse y presagiar desgracias. Lloró como una magdalena en el funeral de su primer marido y se volvió a casar antes de un año. El apunte siguiente, veo, describe el servicio especial que hubo en nuestra iglesia el domingo último y dice que las decoraciones eran preciosas.

—Eso me recuerda que el señor Pryor no aprueba las flores en la iglesia —comentó la señorita Cornelia—. Siempre dije que habría problemas cuando ese hombre se mudara aquí. Fue un gran error ponerlo de funcionario de la iglesia. ¡Vamos a lamentarlo mucho, ya va a ver! Me dijeron que declaró que si las muchachas siguen «llenando el púlpito de pasto», no piensa ir a la iglesia.

—La iglesia se las arreglaba muy bien antes de que llegara el viejo *Patillas en la Luna* y en mi opinión, seguirá haciéndolo cuando se vaya —declaró Susan.

—¿Quién le puso ese apodo tan ridículo? —quiso saber la señora Blythe.

—Los muchachos de Lowbridge lo llaman así desde que tengo memoria, mi querida señora, y él viene de Lowbridge; supongo que será porque tiene la cara redonda y rubicunda y esas patillas rubias que le caen al costado como un flequillo. Desde luego, no queda bien llamarlo así en su presencia. Pero peor que las patillas, mi querida señora, son sus ideas extrañas. Es un hombre muy poco razonable. Ahora es funcionario de la iglesia y dicen que es muy religioso; pero yo me acuerdo y *bien* de la época en que lo atraparon dando de pastar a su vaca en el cementerio de Lowbridge hace veinte años, mi querida señora. Siempre pienso en eso cuando lo veo orar en las reuniones. Bueno, ya leí todos los apuntes y no parece haber ninguna otra cosa importante en el periódico. Nunca me interesé por lo que pasa en tierras lejanas.

¿Quién es ese archiduque que asesinaron?

—¿Qué importancia tiene para nosotros? —preguntó la señorita Cornelia, ignorando la respuesta espantosa que preparaba el destino para su pregunta—. Siempre hay alguien asesinando a otro en esos Estados balcánicos. Son condiciones normales de vida para ellos y pienso que nuestros diarios no deberían publicar cosas tan escandalosas. Bueno, debo irme. No, Ana, querida, no vayas a pedirme que me quede a cenar. Marshall tiene la costumbre de pensar que si no estoy en casa para comer, no vale la pena que él tampoco cene, típico de los hombres ¿no es así? Eh, Ana, querida ¿qué le sucede a ese gato? ¿Le está dando un ataque? —Eso lo dijo en el momento en que Doc, de pronto, se ponía de un salto ante ella, achataba las orejas, gruñía y desaparecía luego por la ventana con un salto feroz.

—Ah, no, es que se está convirtiendo en el señor Hyde, o sea que va a llover o a haber viento esta misma noche. Doc es un barómetro excelente.

—¡Me alegro de que haya ido a merodear afuera y no dentro de mi cocina! —declaró Susan—. Voy a encargarme de la cena. Con la multitud que tenemos en Ingleside ahora hay que planear las comidas con anticipación.

2. Rocío de la mañana

Fuera, el parque de Ingleside estaba lleno de charcos dorados de sol y pozos de sombras seductoras. Rilla Blythe se hamacaba bajo el gran pino escocés; Gertrude Oliver estaba sentada sobre las raíces a su lado y Walter, tendido cuan largo era sobre la hierba, vagaba perdido en un romance de caballeros en el que antiguos héroes y bellezas de siglos pasados revivían sus aventuras para él.

Rilla era «la beba» de la familia Blythe y padecía de un estado crónico de indignación secreta porque nadie la consideraba adulta. Le faltaba tan poco para cumplir quince años que ya declaraba tener esa edad y era alta como Di y Nan; casi tan bonita como la creía Susan. Tenía grandes ojos castaños y soñadores, una piel blanca salpicada de pecas doradas y cejas arqueadas que le daban una expresión interrogante que todo el mundo deseaba responder, en especial los muchachos adolescentes. Tenía el pelo de un tono castaño vigoroso y el hoyuelo en su labio superior parecía marcado por el dedo de un hada buena en el momento del bautismo. Rilla, a quienes sus mejores amigos no podían negar su porción de vanidad, opinaba que no tenía ningún problema con su cara pero se preocupaba mucho por su figura y quería que su madre se convenciera de dejarle usar vestidos más largos. Había sido tan regordeta en los días del Valle del Arco Iris… pero ahora estaba increíblemente delgada, puro brazos y piernas. Jem y Shirley la torturaban llamándola «Araña». Pero Rilla lograba no ser desgarbada. Había algo en sus movimientos que hacía que uno pensara que en lugar de caminar, bailaba. La habían mimado mucho y era un poquitín caprichosa pero la opinión general era que Rilla Blythe era una muchachita dulce, aunque no tan inteligente como Nan y Di.

La señorita Oliver, que esa noche volvía a su casa después de las vacaciones, vivía en Ingleside hacía un año. Los Blythe la habían aceptado para complacer a Rilla, que estaba enamorada de su maestra, hasta el punto de acceder a compartir el dormitorio con ella ya que no había otro disponible.

Gertrude Oliver tenía veintiocho años y su vida había sido una lucha. Era una joven llamativa, de ojos almendrados, castaños, de expresión algo triste, una boca inteligente, burlona, y pelo negro abundante anudado alrededor de la cabeza. No era bonita pero había un cierto encanto de interés y misterio en sus facciones. Para Rilla hasta sus ocasionales estados de ánimos sombríos y cínicos eran atractivos y, en realidad, los tenía solamente cuando estaba cansada. En cualquier otra ocasión era una compañera estimulante. Walter y Rilla eran sus preferidos y era confidente de los deseos y aspiraciones secretas de los dos. Sabía que Rilla ansiaba que la presentaran en sociedad, que quería ir a fiestas como Nan y Di, tener delicados vestidos de noche y… ¡pretendientes! ¡En plural, nada menos! En cuanto a Walter, la señorita Oliver estaba enterada de que había escrito una secuencia de sonetos «para Rosamunda» —es decir, Faith Meredith— y que quería ser profesor de Literatura Inglesa en una gran universidad. Conocía su amor apasionado por la belleza y su odio a la fealdad;

conocía sus puntos fuertes y débiles.

Walter seguía siendo el más apuesto de los muchachos de Ingleside. Cabello negro reluciente, ojos de un gris oscuro y brillante, facciones perfectas. ¡Y además, poeta! La señorita Oliver no se dejaba llevar por su cariño cuando lo criticaba y a pesar de eso sabía que Walter Blythe tenía un talento maravilloso. Esa secuencia de sonetos era realmente algo notable para ser de un muchacho de veinte años.

Rilla adoraba a Walter. Él nunca la fastidiaba como Jem y Shirley. Jamás la llamaba «Araña». Su apodo para ella era «Rilla-mi-Rilla», un juego de palabras con su verdadero nombre, Marilla. Le habían puesto ese nombre en honor a la tía Marilla, de Tejas Verdes pero tía Marilla había muerto antes de que Rilla la conociera bien y ella detestaba el nombre: le parecía terriblemente anticuado y mojigato. ¿Por qué no la llamaban por su primer nombre, Bertha, que era hermoso y elegante, en lugar de ese tonto «Rilla»? No le molestaba la versión de Walter, pero nadie más tenía permiso para utilizarla, salvo la señorita Oliver de tanto en tanto. Rilla se habría dejado matar, sí, matar, por Walter, según le había confesado a la señorita Oliver. En general, ponía énfasis en una palabra de cada cuatro como la mayoría de las chicas de quince años; la gota más amarga de su copa era la sospecha de que él le contaba más secretos a Di que a ella.

—Cree que no soy lo suficientemente mayor como para entender —se quejó una vez a la señorita Oliver—, ¡pero no es así! Además *jamás* le contaría nada a nadie, ni siquiera a usted, señorita Oliver. Yo le cuento a *usted* todos mis secretos; sencillamente no *sería feliz* escondiéndole algo, pero jamás traicionaría a Walter. Y me duele *muchísimo* que no me cuente sus cosas. Me muestra todos sus poemas, eso sí. ¡Son maravillosos, señorita Oliver! Vivo con la esperanza de ser un día para Walter lo que fue para Wordsworth su hermana Dorothy. Wordsworth nunca escribió *nada* que se parezca siquiera a los poemas de Walter… ni Tennyson, si es por eso.

—Yo no diría tanto. Esos dos escribieron gran cantidad de basura —replicó la señorita Oliver con ironía. Al ver la expresión dolida de Rilla, se arrepintió y añadió enseguida—: Pero pienso que Walter también *va a ser* un gran poeta algún día y que va a confiar más en ti a medida que crezcas.

—Cuando Walter estuvo en el hospital con fiebre tifoidea, el año pasado, creí que me volvía loca —suspiró Rilla, con aire de importancia—. No me contaron lo grave que estaba; esperaron a que pasara todo. Papá no dejó que nadie me lo contara. Me alegro de no haberlo sabido. No lo habría tolerado, *en serio*. Lloraba todas las noches. Pero algunas veces —concluyó con amargura (le gustaba hablar con amargura de tanto en tanto, imitando a la señorita Oliver)— pienso que a Walter le importa más Lunes que yo.

Lunes era el perro de Ingleside, que había llegado a la familia un lunes, en la época en que Walter estaba leyendo *Robinson Crusoe*. En realidad, era el perro de Jem pero también quería mucho a Walter. Ahora estaba tendido junto al muchacho, con el hocico contra su brazo, golpeando la cola contra el suelo, extasiado, cada vez

que Walter lo acariciaba. Lunes no era collie ni setter ni sabueso ni pertenecía a la raza de Newfoundland. Era, como decía Jem, «raza perro» y bien feo a juzgar por los comentarios de los maliciosos. No había duda de que su aspecto no era su fuerte. Tenía manchas negras desparramadas al azar sobre un pelo amarillento y una de esas manchas le borraba un ojo. Tenía las orejas hechas harapos porque nunca salía bien parado en cuestiones de honor. Pero tenía un talismán. Sabía que no todos los perros pueden ser apuestos, elocuentes o victoriosos pero que, aunque no sean ninguna de esas cosas, todos tienen capacidad de cariño. Dentro de su poco atractivo pellejo latía el corazón más fiel, afectuoso y leal que haya tenido cualquier perro; y de sus ojos brotaba algo muy parecido al alma. Todos lo querían en Ingleside, hasta Susan.

Esa tarde en particular, Rilla no tenía ninguna pelea con las condiciones existentes.

—¿No le parece que junio fue un mes delicioso? —preguntó, contemplando con ojos soñadores las nubecillas plateadas que colgaban en paz sobre el Valle del Arco Iris—. Lo pasamos tan bien… y el clima fue tan hermoso. Un mes perfecto en todos los aspectos.

—Eso no me gusta del todo —observó la señorita Oliver, con un suspiro—. Me parece amenazador, aunque no sé por qué. Una cosa perfecta es un regalo de los dioses, una suerte de compensación por lo que vendrá después. Ya me pasó tantas veces que no me gusta oír decir que algo fue perfecto. Pero es cierto, junio fue encantador sin lugar a dudas.

—Aunque, no hubo muchas emociones que digamos —objetó Rilla—. Lo único emocionante que pasó en Glen St. Mary en el último año fue el desmayo de la anciana señorita Mead en la iglesia. A veces me gustaría que pasara algo *dramático* de tanto en tanto.

—No me parece un deseo prudente. Las cosas dramáticas siempre significan amargura para alguien. ¡Qué hermoso verano vais a pasar, chicos! ¡Y yo, aburridísima en Lowbridge!

—¿Vendrá seguido, no es así? Este verano va a estar lleno de diversión, aunque estoy segura de que yo voy a mirar todo desde fuera, como de costumbre. Es horrible que la gente piense que una es una niña cuando no es verdad.

—Tienes tiempo de sobra para crecer, Rilla. No quemes tu juventud deseando que pase rápido. Se va tan pronto… Vas a empezar a sentir el sabor de la vida antes de lo que piensas.

—¡Sentir el sabor de la vida! ¡Lo que quiero es *comérmela*! —rió Rilla—. Quiero todo, todo lo que una chica puede tener. Voy a cumplir quince el mes que viene y ya *nadie* me va a poder decir que sigo siendo niña. Una vez me dijeron que los mejores años de una mujer son de los quince a los diecinueve. Yo pienso hacerlos estupendos, llenos de diversión.

—No sirve de nada pensar en lo que una va a hacer; después no lo haces.

—¡Sí, pero es tan divertido pensarlo! —exclamó Rilla.

—Tú no piensas en otra cosa que en la diversión, criatura absurda —la reprendió cariñosamente la señorita Oliver, mientras reflexionaba que el mentón de Rilla era realmente la última palabra en mentones—. Pero en realidad, ¿para qué otra cosa son los quince años? ¿Piensas ir a la universidad este otoño?

—No, ni éste ni ningún otro. No quiero ir. Nunca me gustaron esas materias extrañas por las que se vuelven locas Nan y Di. Ya hay cinco de nosotros en la universidad. Me parece que con eso basta. En todas las familias hay un ignorante. Yo estoy más que dispuesta a serlo si también puedo ser bonita, encantadora y querida por todos. No tengo ningún talento y no sabe usted lo cómodo que es eso para mí. Nadie espera nada de mí. Y tampoco soy una criatura hogareña que se la pasa en la cocina. Detesto coser y limpiar y ni siquiera Susan pudo enseñarme a hacer galletas. Papá dice que no trabajo ni en cosas pesadas ni en cosas delicadas. Por lo tanto, mi función es ser una violeta del campo —concluyó Rilla, riendo.

—Eres demasiado joven para abandonar tus estudios, Rilla.

—Ah, bueno, mamá me dará un curso de lectura el invierno que viene. De paso le va a sacar el óxido a su título universitario. Por suerte, me gusta leer. No me mire así, como apenada, querida amiga. No puedo ser seria y solemne… ¡Todo me parece tan rosado y lleno de color! El mes que viene voy a cumplir quince, el año que viene dieciséis, después diecisiete. ¿Le parece que hay algo más encantador que eso en la vida?

—Toca madera —le aconsejó Gertrude Oliver, medio en broma, medio en serio —. Toca madera, Rilla-mi-Rilla.

3. Risas a la luz de la luna

Rilla, con los párpados apretados con fuerza todavía, como si estuviera riéndose en sueños, bostezó, se desperezó y sonrió a Gertrude Oliver, que había venido de visita desde Lowbridge la tarde anterior y se había dejado convencer de quedarse para el baile en el faro de los Cuatro Vientos la noche siguiente.

—El nuevo día golpea a la ventana. Me pregunto qué nos traerá.

La señorita Oliver se estremeció. Nunca enfrentaba los días con el entusiasmo de Rilla. Había vivido lo suficiente como para saber que un día cualquiera siempre puede traer algo horrible.

—Pues yo pienso que lo mejor que tienen los días es lo inesperado —prosiguió Rilla—. Es fantástico despertar así en una mañana dorada y soñar durante diez minutos antes de levantarme, imaginando la cantidad de cosas hermosas que pueden suceder antes de la noche.

—Espero que hoy suceda algo inesperado —suspiró Gertrude—. Espero que lleguen las noticias de que se ha evitado la guerra entre Alemania y Francia.

—Ah, sí —respondió Rilla, distraída—. Sería espantoso si hubiera guerra ¿no es así? Pero en realidad a nosotros no nos afectará demasiado ¿no es cierto? Señorita Oliver, ¿qué le parece? ¿Me pongo el vestido blanco esta noche o el verde nuevo? El verde es más bonito, desde luego, pero tengo miedo de usarlo para una fiesta en la playa. Le podría pasar algo. ¿Y me va a hacer usted ese peinado nuevo? Ninguna de las otras chicas de Glen lo usa todavía y estoy segura de que va a ser una *sensación*.

—¿Cómo conseguiste que tu madre te permitiera ir al baile?

—Bueno, Walter la convenció. Él sabía cómo me sentía yo. Que me *moriría* si no voy. Es mi primera fiesta verdadera de adultos, señorita Oliver y me quedé despierta toda la semana pensando en ella. Cuando vi brillar el sol esta mañana, me dieron ganas de aullar de alegría. Sería sencillamente *terrible* que lloviera por la noche. Creo que me voy a poner el verde y correré el riesgo. Quiero estar lo mejor posible para mi primera fiesta. Además, es dos centímetros más largo que el blanco. Y me quiero llevar los zapatos plateados. La señora Ford me los mandó la última Navidad y todavía no tuve oportunidad de usarlos. Son preciosos. Ay, señorita Oliver, espero que alguien me invite a bailar. Me voy a morir de angustia si nadie lo hace y me tengo que quedar sentada contra la pared toda la noche, de veras. Y claro que Carl y Jerry no pueden bailar porque son los hijos del rector; si no fuera así, ellos me salvarían de *semejante* humillación.

—Ah, vas a tener muchísimos compañeros; van a ir muchachos de todas partes; más varones que chicas.

—Me alegro de no ser hija de un rector —rió Rilla—. La pobre Faith está furiosa porque sabe que no se va a atrever a bailar esta noche. A Una no le importa, por supuesto. Alguien le dijo a Faith que habría juegos en la cocina para los que no bailaban y debería haber visto la cara que puso. Ella y Jem se van a pasar toda la

noche sentados afuera en las rocas, supongo. ¿Sabe que vamos a ir todos caminando hasta la ensenada bajo la vieja Casa de los Sueños, la chiquita, y luego en barco hasta el faro? ¿No le parece absolutamente divino?

—Cuando tenía quince años yo también hablaba con exclamaciones y superlativos —observó la señorita Oliver con sarcasmo—. Pienso que la fiesta será agradable para los más jóvenes. Lo que es yo, me voy a aburrir seguro. Ninguno de esos muchachitos se molestará en bailar con una vieja solterona como yo. Jem y Walter me van a invitar, claro, por pura amabilidad. Así que no puedes esperar que tenga tu emoción y tu entusiasmo por la idea de esa fiesta.

—¿No se divirtió en su primera fiesta, señorita Oliver?

—No, fue horrible. Yo era fea, estaba mal vestida y nadie me invitó a bailar, salvo un muchacho, más feo y desaliñado que yo. Era tan torpe que me dio rabia y él se dio cuenta y no me invitó de nuevo. Yo casi no tuve adolescencia, casi. Es una lástima y lo sé. Por eso quiero que la tuya sea espléndida, feliz. Y espero que tu primera fiesta se grabe en tu memoria para siempre como un recuerdo lleno de alegría.

—Anoche soñé que estaba en el baile y de pronto descubría que estaba en bata y pantuflas —suspiró Rilla—. Me desperté gritando.

—Hablando de sueños, yo tuve uno muy raro —comentó la señorita Oliver, distraída—. Fue uno de esos sueños vívidos que tengo a veces. No era de los cotidianos, siempre mezclados y muy vagos; éste era claro y muy realista.

—¿De qué se trataba?

—Yo estaba de pie en los escalones de la galería, aquí en Ingleside, mirando los campos del valle. De pronto, allá a lo lejos, veía una larga ola plateada, reluciente, que rompía sobre ellos. Se acercó más y más; una sucesión de olitas blancas como las que rompen sobre la playa. El valle quedó sumergido. Yo pensé: «las olas no van a llegar a Ingleside», pero ellas se acercaban más y más y cada vez más rápido… De pronto, antes de que pudiera moverme, me estaban mojando los pies. Todo había desaparecido; en el lugar donde había estado el valle sólo había aguas turbulentas. Traté de retroceder y vi que el bajo de mi vestido estaba mojado pero no de agua, de sangre… Me desperté, temblando. No me gusta ese sueño. Tiene un significado siniestro, estoy segura. Cuando sueño esas cosas, siempre se vuelven realidad.

—Espero que no signifique que va a venir una tormenta del este a arruinar la fiesta —murmuró Rilla.

—¡Ay, esos quince años! ¡Incorregibles como siempre! —replicó la señorita Oliver con ironía—. No, Rilla-mi-Rilla, no creo que presagie algo tan espantoso como eso.

En los últimos días, había habido una corriente subterránea de tensión en Ingleside. La única que la había notado era Rilla, concentrada en su vida floreciente. El doctor Blythe se ponía serio y taciturno cada vez que leía el diario. Jem y Walter estaban muy interesados en las noticias. Esa misma tarde, Jem fue a buscar a Walter, entusiasmado.

—Mira, Alemania le declaró la guerra a Francia. Eso significa que Inglaterra va a tener que pelear también. Y entonces, bueno, entonces va a llegar por fin *El Gaitero* de tu vieja fantasía.

—No era una fantasía —respondió Walter, despacio—. Era un presentimiento, una visión, Jem. Lo vi, en serio. Esa tarde lo vi. ¿Qué pasa si Inglaterra entra en la guerra?

—Bueno, vamos a tener que ir a ayudar —exclamó Jem alegremente—. No podemos permitir que la «vieja madre gris del Mar del Norte» se las arregle sola ¿verdad? Pero tú no, tú no puedes; por la fiebre tifoidea, digo.

Walter miró el valle y el puerto azul resplandeciente más allá.

—Somos los cachorros; vamos a tener que meternos a pelear con dientes y uñas si se arma una guerra familiar —siguió Jem, mientras le desordenaba los rizos rojos con una mano fuerte, fina, sensible… la mano del cirujano nato, pensaba con frecuencia su padre—. ¡Qué aventura sería! Pero supongo que Grey o alguno de esos viejos emparcharán las cosas antes de que lleguen a mayores. Yo creo que sería una vergüenza que dejaran a Francia en el brete. Si la ayudan, va a haber diversión, te lo aseguro. Oye, creo que es hora de prepararse para la fiesta del faro.

Jem se alejó silbando y Walter se quedó largo rato donde estaba, con el ceño fruncido. El asunto se le había venido encima con la negrura y la rapidez de una tormenta. Días atrás a nadie se le hubiera ocurrido una cosa así. Era absurdo pensarla ahora. Tenía que haber una solución. La guerra era algo infernal, horrible, espantoso; demasiado siniestro para que pasara en el siglo XX, entre naciones civilizadas. La mera idea era abominable y entristecía a Walter como una amenaza a la belleza de la vida. No, no pensaría en eso; lo alejaría de su mente. Qué bello estaba el valle en la madurez de agosto, con la cadena de viejas casas, praderas labradas y jardines silenciosos. El cielo del oeste era como una gran perla dorada. En la distancia, el puerto se plateaba con la incipiente salida de la luna. El aire estaba lleno de sonidos exquisitos: silbidos de pájaros, murmullos suaves de brisa en los árboles iluminados por el ocaso, susurros de hojas, risas desde las ventanas de las habitaciones donde las muchachas se preparaban para el baile. El mundo era una locura de belleza, sonido y color. Pensaría sólo en eso y en la alegría que le provocaba sentirlo. «De todos modos, nadie va a querer que yo vaya —pensó—. Como dice Jem, no puedo, por la fiebre tifoidea».

Rilla se asomó por la ventana de su habitación, vestida para el baile. Un pensamiento amarillo se le deslizó del pelo y cayó por el aire como una estrella dorada. Rilla trató en vano de atraparlo, pero le quedaban bastantes en el pelo. La señorita Oliver le había trenzado una corona en el pelo.

—¿Hay una calma maravillosa, no cree? Vamos a tener una noche perfecta. Escuche, señorita Oliver, se oyen las viejas campanas del Valle del Arco Iris. Hace diez años que están colgadas ahí.

—El tintineo siempre me hace pensar en la música aérea, celestial que oían Adán

y Eva en el Paraíso de Milton —respondió la señorita Oliver.

—Nos divertíamos tanto en el Valle del Arco Iris cuando éramos niños —musitó Rilla con voz soñadora.

Nadie jugaba ya en el Valle del Arco Iris. Estaba muy silencioso en los atardeceres de verano. A Walter le gustaba ir allí a leer. Jem y Faith se citaban allí con frecuencia; Jerry y Nan iban a discutir durante horas sobre temas profundos, su forma preferida de cortejar al parecer. Y Rilla tenía un escondite donde le gustaba sentarse y soñar.

—Tengo que ir a la cocina a mostrarle a Susan cómo estoy. No me perdonaría que no lo hiciera.

Entró danzando en la cocina sombreada de Ingleside, donde Susan zurcía medias y la iluminó con su belleza. Se había puesto el vestido verde con las guirnaldas de florecillas rosadas, medias de seda y zapatos plateados. Llevaba pensamientos dorados en el pelo y al cuello. Se la veía tan bonita, joven y resplandeciente que hasta la prima Sophia Crawford se vio obligada a expresarle su admiración… y la prima Sophia Crawford admiraba pocas cosas terrenales. Ella y Susan habían hecho las paces desde que Sophia había venido a vivir al valle y ahora ésta se cruzaba por las tardes a una corta visita de vecinas. Susan no la recibía siempre con los brazos abiertos, porque la prima Sophia no era precisamente una compañía estimulante. «Algunas visitas son de cortesía y otras son de pésame, mi querida señora», había dicho Susan en una ocasión, dando a entender que las de Sophia pertenecían a la última categoría.

La prima Sophia tenía un rostro alargado, pálido, arrugado, nariz recta y afilada, una boca larga y delgada y manos muy largas, huesudas y pálidas; casi siempre las entrelazaba sobre el vestido negro en un gesto de resignación. Todo en ella parecía largo, delgado y pálido. Echó una mirada lúgubre a Rilla Blythe y comentó con tristeza:

—¿Todo ese pelo es tuyo?

—¡Claro que sí! —exclamó Rilla, indignada.

—Ah, bueno —suspiró la prima Sophia—, te convendría que no fuera así. Tanto pelo te quita fuerzas. Es señal de debilidad, me han dicho. Bueno, a mí nunca me gustó bailar. Una vez conocí a una chica que se cayó muerta mientras bailaba. No entiendo cómo alguien puede seguir bailando después de una cosa así, es como una señal.

—¿Ella volvió a bailar? —preguntó Rilla con aire travieso.

—Te dije que cayó muerta. Por supuesto que nunca volvió a bailar, pobre criatura. Era de los Kirke de Lowbridge. No vas a irte así sin nada de abrigo ¿verdad?

—Hace calor —protestó Rilla—. Pero pienso ponerme un chal cuando salgamos al agua.

—Me contaron que hace cuarenta años un barco lleno de jovencitos salió a navegar por el puerto en una noche igualita a ésta —sentenció la prima Sophia con

tono lúgubre— y se hundió y se ahogaron todos… todos. Espero que no les pase algo así esta noche. ¿Alguna vez trataste de hacer algo con tus pecas? A mí el jugo de bananas me daba muy buen resultado.

—A mí me parece que si hay alguien que puede emitir juicios sobre pecas eres tú, prima Sophia —declaró Susan, saliendo en defensa de Rilla—. Tenías más manchas que un sapo cuando eras joven. Las de Rilla aparecen solamente en verano, pero las tuyas no se movían nunca de su lugar; y tampoco tenías buen color detrás y Rilla sí. Estás preciosa, querida y ese peinado te queda muy bien. Pero no irás a caminar hasta el puerto con esos zapatos ¿verdad?

—No, no. Vamos a ir todos con zapatos viejos. Llevo los de fiesta aparte. ¿Te gusta el vestido, Susan?

—Me hace pensar en un vestido que usé cuando era jovencita —intervino la prima Sophia antes de que Susan pudiera responder—. Era verde con florecitas rosadas también, y tenía volantes desde la cintura hasta el bajo. No usábamos los trapitos que usa la juventud de hoy en día. Los tiempos han cambiado y no para mejor, me temo. Esa noche se me rasgó toda la tela y alguien me tiró té encima. El vestido quedó completamente arruinado. Pero espero que no le pase nada al tuyo. Ahora que lo pienso, debería ser más largo: tienes las piernas tan largas y flacas.

—La señora del doctor Blythe no aprueba que las chiquillas se vistan como adultas —replicó Susan, muy tiesa; su intención era hacer callar a Sophia, pero Rilla se sintió insultada. ¡Chiquilla, ella! Salió de la cocina muy ofuscada. Su estado de ánimo mejoró de nuevo cuando se mezcló con el grupo que se disponía a partir hacia el faro de los Cuatro Vientos.

Los Blythe zarparon de Ingleside al sonido melancólico de los aullidos de Lunes, encerrado en el granero por temor a que hiciera una aparición poco grata en la fiesta. Recogieron a los Meredith en el pueblo y otros se unieron a ellos cuando tomaron por el viejo camino al puerto. Mary Vance, resplandeciente en un vestido de gasa azul y encaje, salió del portón de la señorita Cornelia y se acercó a Rilla y la señorita Oliver, que caminaban juntas. No recibió una bienvenida muy entusiasta. Rilla no sentía demasiada simpatía por Mary Vance. No había olvidado el día de humillación en que Mary la persiguió por el pueblo con un pescado seco. Mary Vance no era muy popular entre los de su edad aunque todos se divertían en su compañía: tenía una lengua tan mordaz que el efecto de su conversación era estimulante. «Mary Vance es un hábito para nosotros: no la soportamos pero no podemos estar sin ella», había dicho Di Blythe una vez.

Gran parte del grupo iba en pareja. Jem caminaba con Faith Meredith, por supuesto y Jerry Meredith con Nan Blythe. Di y Walter iban juntos, sumidos en conversaciones confidenciales que llenaban de envidia a Rilla.

Carl Meredith caminaba con Miranda Pryor, más para atormentar a Joe Milgrave que por otra razón. Se decía que Joe sentía algo por Miranda, pero su timidez le impedía acercársele. Quizá se habría atrevido a caminar junto a Miranda si la noche

hubiera estado oscura, pero en ese ocaso iluminado por la luna, le era imposible. Así que cerraba la procesión regodeándose con pensamientos malvados acerca de Carl Meredith. Miranda era la hija de *Patillas en la luna*; el pueblo no la despreciaba tanto como a su padre pero tampoco gozaba de mucha popularidad: era una criatura pálida, neutra, de risita nerviosa. Tenía el pelo de un rubio plateado y grandes ojos azules de porcelana, que le daban un aspecto asustado. No había duda alguna de que ella hubiera preferido caminar con Joe que con Carl, con el que no se sentía cómoda. Pero era un honor tener a un universitario a su lado, y sobre todo a un habitante de la rectoría.

Shirley Blythe iba con Una Meredith y ambos guardaban silencio porque eran taciturnos de naturaleza. Shirley era un muchacho de dieciséis años, sereno, sensato, pensativo, de un sentido del humor tranquilo. Seguía siendo el «muchachito moreno» de Susan, con el mismo pelo oscuro, ojos castaños y piel morena. Le gustaba caminar con Una Meredith porque ella nunca trataba de hacerlo hablar ni lo atosigaba con demasiada cháchara. Una era dulce y tímida como en los días del Valle del Arco Iris y sus ojos grandes, azules, seguían siendo tan anhelantes y soñadores como entonces. Sentía una preferencia oculta por Walter Blythe pero nadie lo sospechaba, excepto Rilla, que la aprobaba y deseaba que Walter sintiera lo mismo por Una. Rilla simpatizaba más con Una que con Faith, cuya belleza y aplomo ensombrecían a las otras chicas… y a Rilla no le gustaba que le hiciesen sombra.

Pero en ese momento se sentía muy feliz. Era tan agradable estar caminando con sus amigos por ese camino oscuro, brillante, bordeado de abetos y pinos con un olor punzante a resina flotando como un perfume en el aire. El último brillo del sol coloreaba las praderas y las colinas al oeste. Ante ellos, relucía el puerto. Una campana sonaba en la pequeña iglesia más arriba. El golfo brillaba con la última luz del día. Rilla se sentía encantada con la vida. Iba a pasar una velada estupenda. No había nada de qué preocuparse —ni siquiera sus pecas o sus piernas demasiado largas — nada, salvo el oculto temor de que nadie la invitara a bailar. Era hermoso estar viva, tener quince años, ser bonita. Dejó escapar un suspiro extasiado y lo cortó en forma abrupta. Jem estaba contándole algo a Faith, una historia de la *Guerra de los Balcanes*.

—El médico perdió ambas piernas, destrozadas por las balas y lo dejaron en el campo para que muriera. Él se arrastró de hombre en hombre, entre los heridos que lo rodeaban y trató de aliviarles el sufrimiento, sin pensar en sí mismo. Estaba atando un trozo de venda alrededor de la pierna de otro hombre cuando murió. Los encontraron así: las manos muertas del médico sujetaban la venda con fuerza; la hemorragia se había detenido y el otro hombre se salvó. ¿Qué te parece, Faith? Todo un héroe. Te aseguro que cuando leí eso…

Jem y Faith siguieron su paso, alejándose del alcance del oído de Rilla. Gertrude Oliver se estremeció. Rilla le apretó el brazo con cariño.

—¿No fue horrible, señorita Oliver? No sé por qué Jem cuenta cosas macabras

como ésa justo ahora, cuando todos salimos a divertirnos.

—¿Te pareció horrible, Rilla? Para mí fue hermoso, maravilloso. Una historia así hace que uno se avergüence de sus dudas sobre la naturaleza humana. Ese hombre se comportó como un dios. ¡Cómo responde la humanidad al ideal del sacrificio de uno mismo! No sé por qué me estremecí. La noche es cálida, así que no fue de frío. Quizás alguien esté caminando bajo las estrellas, sobre el lugar oscuro que será mi tumba. Así dice la vieja superstición. Pero no voy a pensar en eso en esta noche. Sabes, Rilla, cuando cae la noche siempre me alegro de vivir en el campo. Aquí conocemos el verdadero encanto de la noche, cosa de la que no puede jactarse ningún habitante de las ciudades. Todas las noches son hermosas en el campo, hasta las noches de tormenta. Adoro las noches de tormenta salvaje en la costa del golfo. Y esta noche… es casi demasiado hermosa… pertenece a la juventud, a los sueños… casi me da miedo.

—Siento como si yo fuera parte de esta noche —suspiró Rilla.

—Sí, claro, tú eres lo suficientemente joven como para no tener miedo a las cosas perfectas. Bueno, aquí llegamos a la Casa de los Sueños. Se la ve abandonada este verano. ¿No vinieron los Ford?

—El señor Ford, la señora y Persis no. Kenneth, sí, pero se quedó en casa de sus parientes maternos, del otro lado del puerto. No lo vimos demasiado este verano. Cojea un poco, y no sale mucho.

—¿Cojea? ¿Qué le pasó?

—Se quebró el tobillo en un partido de fútbol el otoño pasado y estuvo inválido casi todo el invierno. Y mejoró mucho desde entonces. No está bien del todo pero él piensa que terminará de curársele pronto. Estuvo en Ingleside dos veces solamente.

—Ethel Reese está loca por él —comentó Mary Vance—. Creo que perdió el sentido común en lo que respecta a ese muchacho. Volvió con ella caminando desde la última reunión de oración de la iglesia del puerto y no te haces idea de los aires que se estuvo dando Ethel. ¡Como si un muchacho de Toronto como Ken Ford pudiera pensar en una chica de campo como Ethel!

Rilla se sonrojó. No le importaba nada si Kenneth Ford volvía caminando con Ethel Reese una docena de veces…

¡No le importaba! ¡No le importaba *nada* de lo que él hacía! Era mil años mayor que ella. Él siempre andaba con Nan, Di y Faith, y pensaba que Rilla era una chiquilla; nunca le prestaba atención, salvo para molestarla. Y ella detestaba a Ethel Reese y Ethel Reese la detestaba a ella… La había odiado desde que Walter le había dado una paliza a Dan en los días del Valle del Arco Iris; pero no estaba de acuerdo en que la consideraran inferior a Kenneth Ford porque era una chica de campo. Esa Mary Vance, ¡se estaba convirtiendo en una chismosa que sólo pensaba en quién caminaba con quién!

En la orilla debajo de la Casa de los Sueños había un muellecito y dos barcos anclados. Jem Blythe era el capitán de uno y Joe Milgrave del otro; Joe sabía todo lo

que había que saber sobre navegación y estaba encantado de poder mostrárselo a Miranda Pryor. Corrieron una regata por el puerto y ganó el barco de Joe. Estaban llegando más embarcaciones desde Harbour Head y desde el lado oeste. Había risas por todos lados. La luz se esparcía en el aire desde la gran torre blanca de la Punta de Cuatro Vientos y el faro giraba en el extremo. Una familia de Charlottetown, parientes del encargado del faro, veraneaba en el faro y era anfitriona de la fiesta, a la que habían invitado a toda la juventud de Cuatro vientos, Glen St. Mary y el puerto. Cuando el barco de Jem atracó bajo el faro, Rilla se arrancó los zapatos viejos y se puso los plateados, protegida detrás de la espalda de la señorita Oliver. Una mirada le había informado que los escalones cortados en la roca que trepaban al faro estaban llenos de muchachos e iluminados por faroles chinos y no pensaba treparlos con los zapatones que le había hecho poner su madre para el camino. Los zapatos plateados le apretaban mucho los pies, pero nadie lo hubiera adivinado al verla subir con paso ágil, los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas. En cuanto llegó a la cima de la escalera, un muchacho del otro lado del puerto la invitó a bailar y un instante después estaban en el pabellón de baile que habían construido al sur del faro. Era un lugar encantador, techado con ramas de pino y lleno de faroles colgantes. Detrás relucía el mar radiante, a la izquierda se veían las cimas y huecos de las dunas iluminadas por la luna, a la derecha brillaba la costa rocosa con sombras negras y ensenadas cristalinas. Rilla y su compañero se mezclaron entre los bailarines; ella suspiró, feliz. ¡Qué música hechicera brotaba del violín de Ned Burr, de Upper Glen…! ¡El violín era como las gaitas de la vieja leyenda que obligaban a bailar a todos los que las oían! ¡Qué fresca era la brisa del golfo, qué blanca y maravillosa la luz de la luna sobre el paisaje! Esto era vida… ¡y vida encantadora! Rilla sentía que sus pies y su alma tenían alas.

4. La música del Gaitero

La primera fiesta de Rilla fue un triunfo… o por lo menos eso pareció al principio. La invitaron tanto a bailar que tuvo que cambiar de compañero en la mitad de las piezas. Sus zapatos plateados parecían moverse por si mismos y aunque seguían apretándole los dedos y ampollándole los talones, eso no interfirió en absoluto con su alegría. Ethel Reese le hizo pasar un mal rato llamándola con aire misterioso y susurrándole con una sonrisita burlona que tenía un agujero en la parte de atrás del vestido y una mancha en el volante. Rilla corrió afligidísima a la habitación designada temporalmente para vestuario de damas y descubrió que la mancha era apenas una sombra de hierba y el agujero era un desgarro diminuto donde se había soltado un ganchillo. Irene Howard se lo prendió de nuevo y le dirigió unos cumplidos dulces y condescendientes. Rilla se sintió halagada por la atención de Irene. Era una chica de diecinueve años de Upper Glen, que parecía disfrutar de la compañía de muchachas más pequeñas que ella; las malas lenguas decían que era porque podía reinar sobre ellas sin competencia. Pero a Rilla le parecía maravillosa y disfrutaba de su atención. Irene era bonita y elegante. Cantaba muy pero muy bien y pasaba los inviernos en Charlottetown tomando lecciones de música. Tenía una tía en Montreal que le enviaba ropa elegantísima; se decía que había tenido un romance triste: nadie sabía los detalles pero el misterio en sí era atractivo. Rilla sintió que los cumplidos de Irene coronaban la velada. Volvió corriendo al salón de baile y se quedó un instante bajo los faroles de la entrada, contemplando a los bailarines. Una repentina interrupción del movimiento agitado de la juventud le permitió ver a Kenneth Ford de pie en el otro extremo del salón.

El corazón de Rilla dio un vuelco…, bueno, si eso era imposible fisiológicamente hablando, a ella le dio esa impresión. Así que había venido, después de todo. Rilla no esperaba verlo… aunque en realidad, su presencia no tenía ninguna importancia. ¿La vería? ¿Le prestaría atención? Claro que no iba a invitarla a bailar por nada del mundo… ¡eso sí que no podía esperarse! La consideraba una nenita. La había llamado «Araña» hacía pocas semanas una tarde que había estado en Ingleside. Rilla había llorado a solas esa noche y lo había odiado con amargura. Pero su corazón dio otro vuelco cuando lo vio abrirse paso hacia ella por un costado del salón. ¿Sería hacia ella? ¿Era posible? ¡Sí! Venía a buscarla… estaba aquí a su lado… la miraba con algo extraño en los ojos oscuros, algo que Rilla nunca había visto antes. ¡Ay, era demasiado para ella! Y todo seguía como antes: los bailarines daban vueltas, los muchachos que no conseguían pareja seguían recorriendo el salón, las parejas enamoradas conversaban entre las rocas, nadie parecía darse cuenta de que acababa de suceder algo maravilloso.

Kenneth era un muchacho alto, muy apuesto, con cierta elegancia displicente en los movimientos que de algún modo hacía que otros varones parecieran torpes y tiesos. Se decía que era asombrosamente inteligente; lo rodeaba una aureola de

glamour de una ciudad lejana y una universidad importante. También tenía reputación de donjuán. Pero era posible que fuera porque poseía una voz risueña, aterciopelada, que hacía que todas las chicas sintieran que se les aceleraba el corazón al oírla y una forma peligrosa de escuchar como si ellas estuvieran diciendo algo que él había deseado oír toda su vida.

—¿Es ésta Rilla-mi-Rilla? —le preguntó en voz baja.

—Zí —respondió Rilla y de inmediato sintió deseos de arrojarse desde el faro o desaparecer de alguna otra forma de este horrible mundo.

Había ceceado en su primera infancia pero se había corregido con el tiempo. Solamente cuando estaba en tensión o muy nerviosa volvía a sucumbir a esa tendencia. Hacía un año que no ceceaba y justo ahora, cuando deseaba tanto parecer adulta y sofisticada, ¡tenía que hacerlo y quedar como una nenita tonta! Era horrible; sintió que las lágrimas estaban a punto de asomarle a los ojos… en un instante estaría sollozando, sí, sollozando… ojalá Kenneth se fuera… ojalá nunca hubiera venido. La fiesta estaba arruinada. Todo se había convertido en polvo y cenizas.

Y la había llamado «Rilla-mi-Rilla»… no «Araña» ni «Nena» ni «Gatita» como hacía las pocas veces que le había prestado atención. A ella no le molestaba que utilizara el apodo de Walter; sonaba hermoso en ese tono grave, acariciante, con apenas una sugerencia leve de énfasis en el «mi». Habría sido tan bello si ella no se hubiera comportado como una tonta. No se atrevía a levantar la vista. Tenía miedo de ver la burla en los ojos de él. Así que mantuvo la mirada baja; y como tenía pestañas muy largas y oscuras y los párpados cremosos y gruesos, el efecto era encantador y provocativo y Kenneth pensó que, después de todo, Rilla Blythe iba a ser la belleza de Ingleside. Quería hacerle levantar la vista, volver a captar esa miradita temerosa, interrogante. Era la cosa más bonita de la fiesta, sin ninguna duda.

¿Qué estaba diciendo? Rilla apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿Bailamos?

—Sí —respondió ella. Lo dijo con una decisión tan poderosa de no cecear que la palabra salió con estruendo. Rilla volvió a retorcerse. Sonaba tan atrevida, tan ansiosa, ¡cómo si se estuviera muriendo por estar con él! ¿Qué iba a pensar de ella? ¿Qué? ¿Ay, por qué sucedían estas cosas justo cuando uno necesitaba estar lo mejor posible?

Kenneth la guió entre los bailarines.

—Creo que mi desafortunado tobillo va a poder aguantar algunas vueltas por lo menos —dijo.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó Rilla. Ay, ¿por qué no se le ocurría otra cosa que decir? Sabía que él estaba harto de preguntas sobre el tobillo. Le había oído decir eso en Ingleside; es más, le había dicho a Di que iba a colgarse una placa en el cuello anunciando a todo el mundo que estaba mejorando, etcétera, etcétera. ¡Y ahora ella le hacía la misma estúpida pregunta!

Era cierto qué Kenneth estaba cansado de las preguntas sobre el tobillo. Pero

claro, no siempre se las hacían con unos labios doblados de esa forma adorable, esos labios que tenía tantas ganas de besar. Quizá fue por eso que respondió con mucha paciencia que progresaba y ya no le molestaba tanto por lo menos si no caminaba mucho o se mantenía de pie durante horas.

—Me aseguraron que con el tiempo quedará fuerte como siempre, pero este otoño no voy a poder jugar al fútbol.

Bailaron juntos y Rilla se dio cuenta de que todas las muchachas de la fiesta la envidiaban. Después del baile bajaron los escalones de piedra; Kenneth encontró un bote y remaron por el canal iluminado por la luna hasta la playa de arena; caminaron hasta que el tobillo de Kenneth protestó y entonces se sentaron entre los médanos. Kenneth le hablaba como lo hacía con Nan y Di. Rilla, presa de una timidez que no comprendía, no podía hablar mucho y pensaba que él la creería extremadamente estúpida si decía cualquier cosa; pero a pesar de eso, todo era maravilloso… la exquisita noche iluminada por la luna, el mar reluciente, las olitas que susurraban sobre la arena, el viento fresco que acariciaba las hierbas en la cima de los médanos, la música que se oía apenas desde el otro lado del canal.

—«Una alegre música de luna para el baile de las sirenas» —recitó Kenneth en voz baja. Era uno de los poemas de Walter.

¡Solamente ella y él en ese resplandor de sonido y belleza! ¡Si los zapatos no le apretaran tanto, si pudiera hablar con la misma inteligencia como la señorita Oliver… no, aunque fuera hablar normalmente como con otros muchachos! Pero las palabras no brotaban y ella no lograba más que escuchar y asentir con frasecitas triviales de tanto en tanto. Pero quizá los ojos soñadores, el labio con hoyuelo y el cuello delgado hablaran con elocuencia. En cualquier caso, Kenneth no parecía apurado por regresar y cuando lo hicieron, ya habían servido la cena. Kenneth le consiguió un asiento cerca de la ventana de la cocina del faro y se sentó en el alféizar a su lado, mientras ella comía los helados y la torta. Rilla miró a su alrededor y pensó que su primera fiesta había sido hermosa. Jamás, jamás la olvidaría.

De pronto, hubo un pequeño alboroto entre un grupo de muchachos amontonados alrededor de la puerta; un joven se abrió paso a empujones y se detuvo en el umbral, mirando a su alrededor con aire sombrío. Era Jack Elliott, del otro lado del puerto: estudiante de medicina de McGill, callado y no muy amante de las reuniones sociales. Lo habían invitado a la fiesta pero nadie esperaba que fuera porque había tenido que ir a Charlottetown ese día y no regresaría hasta tarde. Y sin embargo, aquí estaba… con un papel doblado en la mano.

Gertrude Oliver lo miró desde su rincón y se estremeció por segunda vez. Se había estado divirtiendo, después de todo: había encontrado a un conocido de Charlottetown que por ser de otra parte y mayor que casi todos los invitados se sentía algo excluido de la fiesta y se había alegrado mucho de estar con esa chica inteligente que podía hablar de asuntos del mundo y acontecimientos actuales con el vigor y la vehemencia de un hombre. En el placer de esa compañía, Gertrude había olvidado

algunas de sus preocupaciones previas. Y ahora de pronto, aquí estaban. ¿Qué noticias traía Jack Elliott? Versos de un viejo poema le cruzaron por la mente: «…*había ruido de algarabía en la noche… ¡Silencio! ¡Escuchad! Suena un ruido profundo como un tañido fúnebre…*». ¿Por qué se le ocurría eso ahora? ¿Por qué no hablaba Jack Elliott, si tenía algo que decir?

—Pregúntele… pregúntele —le suplicó nerviosamente a Allan Daly. Pero alguien ya lo había hecho. El salón quedó en silencio, de pronto. Fuera, el violinista se había tomado un descanso y había silencio, también. Lejos se oía el gemido grave del golfo… presagiando una tormenta que subía por el Atlántico. La risa de una muchacha subió flotando desde las rocas y se apagó como asustada por el silencio repentino.

—Inglaterra le declaró la guerra a Alemania —anunció Jack Elliott, despacio—. Las noticias llegaron por cable justo cuando salía de la ciudad.

—Dios nos ayude —susurró Gertrude Oliver entre dientes—. ¡Mi sueño! ¡Es lo que soñé! La primera ola ya rompió. —Miró a Allan Daly y trató de sonreír—. ¿Será el apocalipsis? —preguntó.

—Eso me temo —respondió él, muy serio.

Se había levantado un coro de exclamaciones alrededor de ellos: sorpresa e interés perezoso, en su mayoría. Pocos de los que estaban allí comprendían la importancia del mensaje… y todavía menos los que tenían conciencia de que significaba algo para ellos mismos. Pocos minutos después, el baile se había reanudado y el zumbido de alegría era tan fuerte como antes. Gertrude y Allan Daly hablaron sobre las noticias en voz baja, preocupada. Walter Blythe se había puesto pálido y había abandonado el salón. Fuera se encontró con Jem, que subía corriendo los escalones en las rocas.

—¿Oíste las noticias, Jem?

—Sí. Llegó *El Gaitero*. ¡Por fin! Sabía que Inglaterra no dejaría varada a Francia. Estuve tratando de convencer al capitán Josiah de que izara la bandera, pero dice que no es correcto hacerlo hasta el amanecer. Jack opina que reclutarán voluntarios a partir de mañana.

—Qué manera de hacer alboroto por nada —dijo Mary Vance desdeñosamente cuando vio que Jem se alejaba corriendo. Estaba sentada afuera con Miller Douglas sobre una trampa para langostas que no sólo era poco romántica sino también muy incómoda. Pero Mary y Miller estaban muy contentos allí. Miller Douglas era un muchacho grande, rústico, que pensaba que Mary Vance tenía una lengua privilegiada y unos ojos que eran estrellas de primera magnitud; ninguno de los dos tenía idea de por qué Jem Blythe quería izar la bandera del faro—. ¿Qué importancia tiene que haya guerra en Europa? No creo que tenga que afectarnos.

Walter la miró y tuvo una extraña premonición.

—Antes de que termine esta guerra —dijo entre dientes—, la sentiremos todos en Canadá, todos, cada hombre, cada mujer y cada niño, tú, Mary, la habrás sentido

hasta lo más profundo del corazón. Lloraremos lágrimas de sangre por ella. *El Gaitero* ha llegado y tocará hasta que en cada rincón del mundo se haya oído su música horrenda e irresistible. Pasarán años antes de que termine la danza de la muerte… años, Mary. Y en esos años, se romperán miles de corazones.

—¡Diablos! —exclamó Mary, que siempre decía lo mismo cuando no sabía qué otra cosa decir. No tenía ni idea del sentido de las palabras de Walter, pero se sentía inquieta. Walter Blythe siempre decía cosas extrañas.

—¿No estás exagerando un poco, Walter? —preguntó Harvey Crawford, que se había acercado unos instantes antes—. Esta guerra no durará años, terminará en un mes o dos. Inglaterra borrará a Alemania del mapa en un santiamén.

—¿Crees que una guerra para la que Alemania se ha estado preparando durante veinte años terminará en unas pocas semanas? —exclamó Walter con vehemencia—. Ésta no es una peleíta absurda en un rincón de los Balcanes, Harvey. Es a muerte. Alemania viene a conquistar o morir. ¿Y sabes qué va a pasar si logra lo que quiere? Canadá será colonia alemana.

—Bueno, supongo que van a pasar muchas cosas antes de eso —respondió Harvey, encogiéndose de hombros—. Tendrían que derrotar a la marina inglesa, en primer lugar; y por otra parte, Miller y yo armaríamos un buen alboroto ¿no es así, Miller? Ningún alemán va a venir a reclamar este viejo país, ¿eh?

Harvey corrió escaleras abajo, riendo.

—Yo creo que todos vosotros, los varones, decís las cosas más locas —declaró Mary Vance con fastidio. Se puso de pie y arrastró a Miller hacia las rocas. No era habitual que tuvieran oportunidad de conversar; Mary estaba decidida a que esta oportunidad no quedara arruinada por las absurdas conjeturas de Walter Blythe sobre gaiteros, alemanes y demás tonterías. Dejaron a Walter solo en los escalones, contemplando la belleza de Cuatro Vientos con ojos sombríos.

También para Rilla había pasado ya lo mejor de la noche. Desde el momento en que Jack Elliott hizo su anuncio, intuyó que Kenneth ya no pensaba en ella. De pronto, se sintió sola y triste. Era peor que si nunca le hubiera prestado atención. ¿Acaso era así la vida, algo maravilloso que se desvanecía justo cuando una empezaba a disfrutarlo? Rilla se dijo con tristeza que se sentía años mayor que cuando había salido de su casa esa noche. Quizás hubiera crecido realmente. ¿Quién lo sabía? No es bueno reír de las angustias de la juventud: son terribles porque los adolescentes todavía no han aprendido que «esto también pasará».

—¿Estás cansada? —preguntó Kenneth, con distraída gentileza. En realidad no le importaba, pensó Rilla

—Kenneth —susurró con timidez—, ¿crees que esta guerra nos va a afectar mucho aquí en Canadá?

—¿Afectarnos? Claro que sí. Algunos van a tener la suerte de participar. Yo, no… gracias a este maldito tobillo. Podrida suerte, la mía.

—No veo por qué tenemos que pelear las batallas de Inglaterra —se quejó Rilla

—. Ella puede arreglárselas por su cuenta.

—Eso no es lo que importa. Somos parte del Imperio Británico. Es un asunto de familia. Tenemos que mantenernos unidos. Lo peor es que todo habrá terminado antes de que yo pueda ser de alguna utilidad.

—¿Quieres decir que realmente te ofrecerías como voluntario si no fuese por el tobillo?

—Claro que sí. Van a ir de a miles, ¿entiendes? Jem se va, estoy seguro… Walter no porque no creo que tenga fuerzas todavía. Y Jerry Meredith… ¡él también! ¡Y yo que me preocupaba porque este año me perdería el fútbol!

Rilla estaba demasiado sorprendida para decir algo. ¡Jem… y Jerry! ¡Qué disparate! Papá y el señor Meredith no lo permitirían. Todavía no habían terminado la universidad. Ay, ¿por qué ese tonto de Jack Elliott no se habría guardado sus horribles noticias?

Mark Warren se acercó y la invitó a bailar. Rilla aceptó, sabiendo que a Kenneth no le importaba si ella se iba o se quedaba. Una hora antes, en la playa, la había mirado como si ella fuera lo único importante del mundo. Y ahora no era nada. Los pensamientos de él se centraban en este *Gran Juego* que se llevaría a cabo en campos ensangrentados con imperios como premios; un juego en el que las mujeres no podían tomar parte. «A las mujeres —pensó Rilla con tristeza—, sólo nos dejan quedarnos a llorar en casa». Pero era una tontería, tenía que serlo. Kenneth no podía ir —lo había admitido él mismo— Walter tampoco —gracias a Dios— y Jem y Jerry serían sensatos. No, ella no iba a preocuparse. Se dedicaría a divertirse. ¡Pero qué torpe era Mark Warren! ¡Qué mal bailaba! ¿Por qué había muchachos que trataban de bailar si no sabían los pasos? ¡Y encima tenían pies como canoas!

Bailó con otros, aunque había perdido el entusiasmo y empezaba a sentir dolor en los pies por los zapatos plateados. Al parecer, Kenneth se había marchado; por lo menos, no se lo veía por ninguna parte. Su primera fiesta estaba arruinada aunque en un momento le había parecido hermosa. Le dolía la cabeza… le ardían los pies. Y todavía faltaba lo peor. Había bajado a las rocas con unos amigos y se habían quedado todos allí mientras la música seguía sonando arriba. Estaba fresco y agradable y los había vencido el cansancio. Rilla estaba en silencio, no conversaba con los demás. Se alegró cuando alguien avisó que se marchaban los barcos del otro lado del puerto. Hubo una carrera hasta el faro. Unas pocas parejas seguían bailando en el salón pero la mayoría de los jóvenes se había marchado. Rilla buscó al grupo de Glen. No vio a nadie. Corrió al faro. Nada. Desesperada, volvió corriendo a la escalera en la roca, por la que descendían los invitados del otro lado del puerto. Vio los barcos abajo. ¿Dónde estaba el de Jem? ¿Y el de Joe?

—Eh, Rilla Blythe, creí que te habías ido hace tiempo —comentó Mary Vance, agitando el chal para detener un barco comandado por Miller Douglas.

—¿Dónde están todos? —jadeó Rilla.

—Pero si ya se fueron, Rilla. Jem se fue hace una hora, Una tenía jaqueca. Y el

resto zarpó con Joe hace unos quince minutos. Mira, allá van, cruzando la Punta Abedul. No fui porque el mar se está picando y estaba segura de que me marearía. No me importa caminar a casa desde aquí. Son solamente dos kilómetros. Supuse que te habías ido. ¿Dónde estabas?

—Abajo, en las rocas, con Jem y Mollie Crawford. ¿Por qué no me vinieron a buscar?

—Te buscaron, pero no te encontraron por ninguna parte. Supusieron que te habías ido en el otro barco. No te preocupes. Puedes quedarte a pasar la noche conmigo. Llamamos a Ingleside para avisar dónde estás y listo.

Rilla se dio cuenta de que no tenía alternativa. Le temblaban los labios y tenía lágrimas en los ojos. Parpadeó con furia; no pensaba dejar que Mary Vance la viera llorando. ¡Pero que la olvidaran de ese modo! ¡Que a nadie le hubiera parecido importante asegurarse de que estaba en camino! Ni siquiera a Walter. De pronto recordó algo, con horror.

—¡Los zapatos! —exclamó—. Los dejé en el barco.

—Pero por Dios —dijo Mary—. Eres la nena más distraída que he visto en mi vida. Tendrás que pedirle a Hazel Lewison que te preste un par.

—No —objetó Rilla, que no simpatizaba con Hazel—. Prefiero ir descalza.

Mary se encogió de hombros.

—Como quieras. Si eres tan orgullosa, tienes que aprender a tener más cuidado. Bueno, a caminar se ha dicho.

Y se pusieron en marcha. Pero caminar por una calle con baches y áspera con zapatitos plateados de tacón alto no es una tarea sencilla. Rilla consiguió arrastrarse cojeando hasta que llegaron al camino del puerto, pero después no pudo seguir andando con esos estúpidos zapatos. Se los quitó, se quitó también las adoradas medias de seda y siguió descalza. Eso tampoco era agradable; tenía ampollas en los pies y las piedras la lastimaban. Pero el dolor físico quedó casi olvidado bajo el ardor de la humillación. ¡Qué situación desastrosa! Si Kenneth Ford la viera ahora, cojeando como una nenita lastimada. ¡Ay, qué forma horrible de terminar una primera fiesta! *Tenía* que llorar. Era demasiado espantoso. Nadie se preocupaba por ella, a nadie le importaba lo que le pasara. Se secó furtivamente las lágrimas con el chal —¡el pañuelo había desaparecido junto con los zapatos!— pero no pudo dejar de resoplar. ¡Cada vez peor!

—Veo que te resfriaste —dijo Mary—. También, sentada al viento sobre las rocas. Tu madre no te va a dejar salir en mucho tiempo, te lo aseguro. Qué fiesta. Los Lewison saben hacer las cosas, lo admito, aunque Hazel Lewison no es amiga mía. ¡Qué furiosa estaba cuando te vio bailando con Ken Ford! Ni qué decir de Ethel Reese. Es un donjuán, no hay duda de eso.

—No me parece —objetó Rilla con toda la firmeza que le permitía el llanto.

—Ya vas a saber más sobre los hombres cuando tengas mi edad —declaró Mary en tono condescendiente—. Recuerda, no hay que creer en todo lo que dicen. No

dejes que Ken Ford piense que lo único que tiene que hacer para tenerte a sus pies es dejar caer un pañuelo. Hay que tener más espíritu, niña.

¡Qué horror! ¡Tener que soportar esa actitud condescendiente de Mary Vance! ¡El colmo! ¡Tan intolerable como caminar descalza y con los pies ampollados sobre las piedras! Y como llorar, no tener pañuelo y no poder controlar el llanto.

—No estoy pensando, ¡snif!, en Kenneth, ¡snif!, Ford, ¡*para nada*! —§exclamó la torturada Rilla.

—Bueno, no hay por qué alterarse así. Tendrías que aceptar los consejos de los mayores. Te vi ir a la playa con Ken. Te quedaste *horas* con él. A tu madre no le gustaría nada saberlo.

—Yo pienso contárselo todo… ¡y a la señorita Oliver y a Walter! —jadeó Rilla—. Tú te pasaste *horas* con Miller Douglas sobre la trampa para langostas, Mary Vance. ¿Qué diría la señora Elliott si lo supiera?

—Ah, no voy a pelear contigo —dijo Mary, retirándose de pronto a las alturas—. Lo único que te digo es que deberías esperar a ser mayor antes de hacer cosas como ésa.

Rilla renunció a tratar de disimular el llanto. Ahora se había arruinado todo; hasta la hora romántica, maravillosa, con Kenneth en la arena, que ahora estaba vulgarizada y envilecida. Maldita fuera Mary Vance.

—¿Eh, qué te pasa? —exclamó Mary, perpleja—. ¿Por qué lloras?

—Es que… me duelen tanto los pies —sollozó Rilla, aferrándose al último vestigio de orgullo. Era menos humillante admitir que lloraba por dolor de pies que porque alguien se había estado divirtiendo a costa de ella, sus amigos la habían olvidado y otra gente se mostraba condescendiente.

—Sí, claro —respondió Mary, con cierta gentileza—. No importa. Sé dónde hay un pote de grasa de ganso en la despensa de Cornelia y eso es mejor que cualquier crema. Te voy a poner un poco en los pies antes de que te acuestes.

¡Grasa de ganso en los pies! De modo que así terminaba su primera fiesta, su primer pretendiente y su primer romance a la luz de la luna.

Rilla dejó de llorar, fastidiada por la futilidad de las lágrimas y se durmió en la cama de Mary Vance sumida en la calma de la desesperación. Afuera, la madrugada llegaba gris sobre las alas de una tormenta. El capitán Josiah, fiel a su palabra, izó la bandera inglesa en el Farol de los Cuatro Vientos y la dejó flamear en el viento fuerte, recortada contra el cielo nuboso, como una luz gallarda, inextinguible.

5. El sonido de una partida

Rilla corrió por el hermoso bosque de arces iluminado por el sol hasta su rincón favorito en el Valle del Arco Iris, detrás de Ingleside. Se sentó sobre una roca mohosa entre los helechos, apoyó el mentón en las manos y contempló el cielo azul resplandeciente de la tarde de agosto; tan azul, tan pacífico: el mismo cielo que siempre se había arqueado sobre el valle en los días dulces del verano.

Deseaba estar sola, pensar, adaptarse si fuera posible, al nuevo mundo al que había sido trasplantada tan repentina y completamente. Su propia identidad la desconcertaba. ¿Seguía siendo la misma Rilla Blythe que había bailado en los Cuatro Vientos hacía seis días, solamente seis días? Le parecía que había vivido tantas cosas en esos seis días como en toda su vida anterior. Aquella velada, con sus esperanzas, temores, triunfos y humillaciones le parecía historia antigua. ¿Realmente había llorado porque la habían olvidado y había tenido que regresar a pie con Mary Vance? Ah, pensó Rilla con tristeza, qué triviales y absurdas parecían esas lágrimas ahora. En este momento sí que podría llorar, ahora sí que tenía motivos, pero no lo haría, no debía hacerlo. ¿Qué era lo que había dicho mamá, mirándola con ojos asustados y labios pálidos que ella nunca le había visto antes?

Cuando nuestras mujeres fallen en valor
¿Seguirán nuestros hombres sin temor?

Sí, ésa era la cuestión. Tenía que ser valiente, como mamá, Nan y Faith… Faith, que había exclamado con ojos relampagueantes: «¡Ah, si pudiera ser hombre, para ir también!». Pero cuando le ardían los ojos y le quemaba la garganta tenía que ocultarse en el Valle del Arco Iris por un rato, para ordenar las cosas en su mente y recordar que ya no era una niña…, ahora era adulta y las mujeres tenían que saber enfrentar cosas como ésta. Pero era bonito escapar sola de vez en cuando; esconderse donde nadie podía verla ni pensar que era cobarde porque se le escaparan algunas lágrimas de tanto en tanto.

¡Qué dulce era el aroma de los helechos! ¡Con qué suavidad se agitaban y susurraban encima de ella las grandes ramas plumosas de los abetos! ¡Cuánta magia tenía el sonido de las campanillas de los «Enamorados del Árbol», un tintineo aquí y allí cuando soplaba la brisa! ¡Qué azul y punzante era el humo del incienso ofrecido en los altares de las colinas! Todo estaba igual que en millones de otras ocasiones y sin embargo, la faz del mundo parecía haber cambiado.

«¡Qué mala fui cuando dije que mi deseo era que pasara algo dramático! —pensó Rilla—. ¡Ah, si pudiéramos volver a disfrutar de esos días queridos, monótonos y placenteros! Nunca, nunca jamás volvería a quejarme».

El mundo de Rilla se había hecho pedazos un día después de la fiesta. Estaban

sentados a la mesa hablando sobre la guerra después de la cena cuando sonó el teléfono de Ingleside. Era una llamada de larga distancia, de Charlottetown, para Jem. Cuando terminó de hablar, colgó el aparato y se volvió, sonrojado y con los ojos brillantes. Antes de que hubiera dicho una palabra, su madre, Nan y Di palidecieron. En cuanto a Rilla, por primera vez en su vida sintió que todos oían el latido de su corazón y eran conscientes del nudo que acababa de formarse en su garganta.

—Están pidiendo voluntarios en la ciudad, papá —anunció Jem—. Ya se han enrolado muchos. Esta misma noche voy a hacerlo yo.

—Ay, Jem, mi niño —exclamó la señora Blythe con la voz quebrada.

Hacía muchos años que no lo llamaba así, desde el día en que él le había dicho que le disgustaba el apodo.

—«Ay, no, Jem, mi niño».

—Tengo que hacerlo, mamá. ¿No es así, papá? —preguntó Jem.

—Sí, Jem, sí… si lo sientes así, sí.

La señora Blythe se cubrió el rostro. Walter miró con los ojos sombríos el plato que tenía delante. Nan y Di se tomaron de la mano. Shirley trataba de no parecer consternado. Susan estaba como paralizada, con el trozo de tarta a medio comer en el plato.

Jem se volvió hacia el teléfono.

—Tengo que llamar a la rectoría. Jerry también querrá ir.

Nan lanzó un grito como si le hubieran clavado un cuchillo y salió corriendo de la habitación. Di la siguió. Rilla se volvió hacia Walter en busca de consuelo, pero Walter estaba perdido en ensoñaciones que no podía compartir con nadie.

—Muy bien —decía Jem, con la misma serenidad con la que hubiera organizado los detalles de un *picnic*—. Pensé que estarías de acuerdo… sí, esta noche… el de las siete de la tarde… nos vemos en la estación. Hasta luego.

—Mi querida señora —dijo Susan—. Me gustaría que me despertara de una vez. ¿Estoy soñando… o estoy despierta? Nuestro Jem, ¿se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Habla de enrolarse como soldado? ¡Y no va a decirme que quieren chiquillos como él! Es un escándalo. Usted y el doctor no van a dejarlo, ¿verdad? No lo permitirán.

—No podemos impedirlo —respondió la señora Blythe, entre lágrimas—. ¡Ay, Gilbert!

El doctor Blythe se acercó a su mujer y le tomó la mano. Bajó la mirada hacia esos dulces ojos grises que sólo una vez había visto llenos de tanta angustia suplicante como ahora. Ambos recordaban la ocasión: el día en que años atrás, en la Casa de los Sueños, había muerto la pequeña Joyce.

—¿Preferirías que se quedara, Ana, que viera marcharse a los otros pensando que es su deber hacerlo? ¿Preferirías que fuera tan egoísta y mezquino de alma?

—¡No, no! Pero… es nuestro primogénito… No es más que un muchacho… Gilbert… Trataré de ser valiente más adelante. Ahora no puedo. Todo es tan brusco.

Dame tiempo.

El doctor y su esposa salieron de la habitación. Jem se había ido… Walter, también. Shirley se puso de pie para marcharse. Rilla y Susan se quedaron mirándose por encima de la mesa desierta. Rilla todavía no había llorado. Estaba demasiado aturdida para eso. Entonces vio que Susan estaba llorando. Sí, Susan, a la que jamás había visto derramar una lágrima.

—Ay, Susan, ¿Jem se va de veras? —preguntó.

Susan se secó las lágrimas con aire decidido y se puso de pie.

—Me voy a lavar los platos. Eso es algo que hay que hacer aunque todos se hayan vuelto locos. Vamos, mi vida, no llores. Jem se va, sí, supongo que es cierto, pero la guerra va a terminar antes de que él llegue. Tratemos de ser valientes y no preocupemos a tu pobre madre.

—En el *Enterprise* de hoy dice que lord Kitchener afirmó que la guerra durará tres años —comentó Rilla con voz vacilante.

—No conozco a lord Kitchener —respondió Susan con dignidad—, pero me atrevo a decir que es capaz de cometer errores con tanta frecuencia como otras personas. Tu padre dice que terminará dentro de unos meses y tengo tanta confianza en su opinión como en la de cualquier lord.

Jem y Jerry fueron a Charlottetown esa noche y dos días más tarde volvieron de uniforme. Todo Glen zumbaba de emoción al respecto. La vida en Ingleside de pronto se había vuelto algo tenso, emocionante. La señora Blythe y Nan se mostraban valientes y llenas de sonrisas. La señora Blythe, junto con la señorita Cornelia estaban organizando una Cruz Roja. El doctor y el señor Meredith estaban reuniendo hombres para una Sociedad Patriótica. Rilla, después del primer impacto y a pesar del dolor que sentía, reaccionó ante lo romántico de la situación. A Jem le quedaba muy pero muy bien el uniforme. Era maravilloso pensar en los muchachos de Canadá respondiendo con tanta rapidez y valentía al llamado del país. Rilla iba con la cabeza alta entre las muchachas cuyos hermanos no se habían enrolado. Escribió en su diario:

> Se va a hacer lo que hubiera hecho yo si la hija de Douglas hubiera sido un varón.

Y estaba segura de que sentía eso. De haber sido un varón, ¡por supuesto que hubiera ido, también! No tenía la menor duda.

Se preguntaba si estaría muy mal de su parte alegrarse de que Walter no se hubiera recuperado tan rápido como lo deseado después de la fiebre tifoidea.

No podría soportar que Walter se fuera también —escribió—. Quiero muchísimo a Jem, pero Walter significa más que nadie en el mundo para mí y me *moriría* si se tuviera que ir. Se lo ve tan *cambiado* en estos días. Casi nunca me habla. Supongo

que quiere ir también y se siente mal porque no puede hacerlo. No se junta con Jem y Jerry en absoluto. Nunca me voy a olvidar del rostro de Susan cuando Jem llegó a casa con su uniforme. Susan se contrajo como si fuera a llorar pero lo único que dijo fue: «Casi un hombre con eso, Jem». Jem rió. A él no le importa que Susan siga pensando que es un niño. Todos parecen muy ocupados, excepto yo. Ojalá hubiera algo que pudiese hacer, pero no encuentro nada. Mamá, Nan y Di están ocupadas todo el tiempo y yo no hago más que deambular como un fantasma. Lo que me duele es que las sonrisas de mamá y de Nan parecen externas, falsas. Los ojos de mamá no se ríen. Nunca. Me hace sentir que yo tampoco debería reír, que es perverso tener *ganas* de hacerlo. Y a mí me cuesta tanto no reír aunque Jem se va. Pero cuando me río, ya no disfruto como antes. Hay algo detrás que me duele, sobre todo cuando me despierto de noche. De noche lloro porque tengo miedo de que Kitchener de Jartum tenga razón y la guerra dure años y Jem… no, no voy a escribirlo. Me haría sentir que realmente puede pasar. El otro día Nan dijo: «Nada puede volver a ser como antes, nunca, nunca». Me hizo sentirme rebelde. ¿Por qué no, cuando todo termine y Jem y Jerry hayan vuelto? Vamos a ser felices y estar alegres y estos días serán como un mal sueño.

La llegada del diario es el acontecimiento más emocionante del día. Papá se lanza sobre él —jamás lo vi lanzarse sobre algo antes—, y el resto de nosotros nos apretujamos a su alrededor y leemos los titulares por encima de su hombro. Susan jura que no cree ni creerá una sola palabra de lo que dicen los periódicos, pero siempre viene a la puerta de la cocina, escucha y después se retira, sacudiendo la cabeza. Está terriblemente indignada, todo el tiempo, pero prepara todas las cosas que le gustan a Jem y no se quejó cuando ayer encontró a Lunes durmiendo en la cama de la habitación de huéspedes, encima de la colcha que le había hecho la señora Rachel Lynde. «Sólo Dios sabe dónde va a dormir tu amo dentro de poco tiempo, mi pobre animal», masculló mientras lo echaba con toda gentileza. Pero no se ha suavizado en absoluto con respecto a Doc. Dice que en cuanto el gato vio a Jem en uniforme, se convirtió en el señor Hyde, cosa que debería dejar bien claro la clase de bestia que es. Susan me causa gracia; la quiero mucho. Shirley dice que es mitad ángel y mitad buena cocinera. Pero claro, ella nunca lo riñe.

Faith Meredith es maravillosa. Creo que Jem y ella se han comprometido. Se la ve con una luz especial en los ojos, pero sus sonrisas son algo tiesas y almidonadas igual que las de mamá. Me pregunto si yo podría ser tan valiente si el muchacho del que estuviera enamorada se fuera a la guerra. Ya es bastante horrible que se vaya el hermano de una. Según la señora Meredith, Bruce Meredith lloró toda la noche cuando se enteró de que se iban Jem y Jerry. Es un niñito encantador. Lo adoro… aunque no me gustan demasiado los niños. Los bebés me disgustan aunque cuando lo digo, la gente me mira como si hubiera dicho algo *terriblemente escandaloso*. Bueno, no me gustan y tengo que ser sincera al respecto. No me molesta *mirar* a un bebé lindo y limpio si lo sostiene otra persona, pero no lo *tocaría* por *nada* del mundo y no

me despierta la menor ternura. Gertrude Oliver dice que siente lo mismo. Es la persona más franca que conozco. *Nunca* finge. Dice que los bebés la aburren hasta que aprenden a hablar; luego le gustan, pero a distancia. Mamá, Nan y Di adoran los bebés y me creen un monstruo porque no siento lo mismo.

No volví a ver a Kenneth desde la noche de la fiesta. Estuvo aquí una tarde cuando volvió Jem pero yo no estaba. Creo que no me mencionó en absoluto; por lo menos nadie me lo dijo y yo estaba *decidida* a no preguntar… y además no me importa. Lo de esa noche ya no me importa, en serio. Lo único que cuenta es que Jem se ofreció como voluntario para el servicio activo y que se va a Valcartier en pocos días, mi querido, mi espléndido hermano mayor, Jem se va. ¡Ay, me siento tan orgullosa de él!

Supongo que Kenneth también se enrolaría si no fuera por el tobillo. Pienso que es providencial que se lo haya quebrado. Es el único hijo de su madre y me imagino lo mal que se sentiría ella si él se fuera. ¡Los hijos únicos jamás deberían pensar en enrolarse!.

Walter se acercó caminando por el valle con la cabeza gacha y las manos entrelazadas detrás de la espalda. Al ver a Rilla sentada allí, dio media vuelta, pero luego se arrepintió y fue hacia ella.

—Rilla-mi-Rilla, ¿en qué estás pensando?

—Todo está tan cambiado, Walter —respondió ella con tristeza—. Hasta tú… estás distinto. Hace una semana estábamos todos tan felices… y ahora… no me encuentro, en serio, no me *encuentro* por ningún lado. Estoy perdida.

Walter se sentó sobre una piedra cercana y tomó la manita suplicante de Rilla.

—Me temo que nuestro antiguo mundo acaba de terminar, Rilla. Tenemos que aceptarlo.

—Es tan terrible pensar en Jem —exclamó Rilla—. A veces me olvido durante un tiempo lo que significa y me siento entusiasmada y orgullosa… y después me llega el verdadero significado de lo que le pasa y entonces es como un viento helado.

—¡Envidio a Jem! —declaró Walter con tono sombrío.

—¡Envidias a Jem! ¡Ay, Walter no vas a decirme que *tú* también quieres ir!

—No —replicó Walter, con la vista fija delante de él, en el verde panorama del valle—. No, no *quiero* ir. Ése es el problema, Rilla, tengo *miedo* de ir. Soy cobarde.

—¡No digas eso! —exclamó Rilla, indignada—. Cualquiera tendría miedo de ir. Podrían… Dios, podrían matarte.

—No me importaría *eso* si no doliera —masculló Walter—. No creo que le tenga miedo a la muerte en sí… Me parece que le tengo miedo al dolor que la precede… No, no sería tan malo morir y que todo terminara… ¡pero morir de a poco! Siempre le tuve miedo al dolor, Rilla… tú lo sabes. Me estremezco cuando pienso en la posibilidad de quedar lisiado… o ciego. Ay. Rilla, no *puedo* enfrentar esa idea. Quedar ciego… no volver a ver nunca la belleza del mundo, la luna sobre Cuatro

Vientos, las estrellas entre los pinos… la bruma sobre el golfo. Debería ir… debería *querer* ir, pero no es así. La idea de hacerlo me enferma y por eso tengo vergüenza, mucha vergüenza.

—Pero, Walter, no *podrías* ir aunque quisieras —protestó Rilla. La invadía un nuevo terror. ¿Y si Walter se fuera después de todo?—. No estás lo suficientemente fuerte.

—Claro que sí. En este último mes me siento tan fuerte como antes de la enfermedad. Pasaría cualquier examen médico, lo sé. Todos piensan que todavía no estoy recuperado y yo me escondo detrás de esa excusa. Debería… debería haber sido mujer —concluyó Walter en un estallido de amargura.

—Aunque estés fuerte, no deberías ir —lloró Rilla—. ¿Qué haría mamá? Se le parte el corazón por Jem. Veros partir a ambos, la mataría.

—No pienso ir, no te preocupes. Ya te dije que tengo miedo, *miedo*. Y no me miento ni ando con rodeos frente a mí mismo. Y es un alivio admitirlo ante ti, Rilla. No se lo confesaría a nadie más… Nan y Di me despreciarían. Pero odio todo lo que tiene que ver con la guerra, el horror, el dolor, la fealdad. La guerra no es un uniforme ni un desfile; todo lo que leí sobre la guerra en viejas historias me estremece. De noche me quedo despierto y *veo* cosas que han sucedido, veo la sangre, la suciedad, la miseria. ¡Una carga de bayonetas! Tal vez pudiera tolerar otras cosas, pero *eso* no, jamás. Me enfermo de sólo pensarlo; me enferma más pensar en herir que en ser herido… pensar en atravesar a otro hombre con una bayoneta. —Walter se estremeció —. Pienso en esas cosas todo el tiempo… Y me parece que Jem y Jerry *no* se dan cuenta. ¡Se ríen y hablan de «reventar a los hunos»! Pero a mí me enfurece verlos de uniforme. Y ellos creen que estoy de mal humor porque mi condición física no me permite ir… —Walter rió con amargura—. No es agradable sentirse cobarde. —Pero Rilla lo abrazó y apoyó la cabeza sobre su hombro. Se alegraba tanto de que él no quisiera ir… había tenido mucho miedo por un instante, cuando él habló del deber. Y era tan bueno que Walter le confiara sus problemas, a ella, no a Di. Ya no se sentía tan superflua ni tan solitaria.

—¿No me desprecias, Rilla-mi-Rilla? —preguntó Walter con tristeza. De algún modo, le dolía pensar que Rilla pudiera sentir desdén, como le hubiera dolido que Di lo despreciara. De pronto se dio cuenta de cuánto quería a esta hermanita suya que lo adoraba, esta chiquilla de ojos suplicantes y rostro preocupado.

—Claro que no. Si cientos de personas sienten lo mismo que tú. Recuerdas esos versos de Shakespeare en el viejo libro de lectura: «el hombre valiente no es el que no siente miedo».

—No, pero es «el hombre cuya noble alma su miedo somete». Y yo no lo hago. No hay nada que hacer, Rilla. Soy cobarde.

—No. Piensa en cómo luchaste contra Dan Reese esa vez, hace tiempo.

—Un estallido de coraje no alcanza para toda una vida.

—Walter, una vez oí decir a papá que tu problema era tu naturaleza sensible y tu

imaginación vívida. *Sientes* las cosas antes de que pasen y las sientes tú solo, y no tienes nada que te ayude a soportarlas, a alejarlas. No es nada vergonzoso. Cuando Jem y tú se quemaron las manos esa vez que se incendiaron los matorrales de la colina, Jem hizo mucho más aspaviento que tú por el dolor. En cuanto a esta guerra horrible, tu presencia no va a ser necesaria, ya verás. No durará mucho.

—Me gustaría creerte. Bueno, Rilla, es hora de ir a cenar. Date prisa. Yo no pienso comer hoy.

—Tampoco yo. No podría tragar bocado. Déjame estar aquí contigo, Walter. Me hace tanto bien hablar con alguien. Todos los demás me consideran demasiado niña. Dicen que no puedo entender lo que pasa.

Así que los dos se quedaron sentados en el viejo valle hasta que el lucero atravesó una delicada nube gris sobre los arces y una fragante oscuridad cayó sobre el escondite. Fue uno de los atardeceres que Rilla atesoraría durante toda su vida, el primero en que Walter le había hablado como si fuera una mujer. Esa tarde los dos hermanos se reconfortaron y se dieron aliento mutuamente. Al menos por un momento, Walter sintió que no era tan despreciable tenerle miedo al horror de la guerra; y Rilla se alegró de recibir las confidencias del poeta, de tener la capacidad que hacía falta para darle fuerzas y serenarlo. Ella era importante para alguien.

Cuando regresaron a Ingleside, encontraron visitas en la galería. Habían venido el señor y la señora Meredith desde la rectoría y el señor Norman Douglas y su esposa, desde la granja. También estaba la prima Sophia, sentada con Susan en un rincón en penumbra. La señora Blythe, Nan y Di habían salido, pero el doctor estaba en casa y por supuesto, también el doctor Jekyll, sentado en dorada majestad sobre el escalón superior. Todos hablaban de la guerra, por supuesto, excepto el gato, que se mantenía en silencio y miraba a todos con aire desdeñoso. En esos días no había otro tema de conversación que la guerra; y el viejo Highland Sandy de Harbour Head hablaba de la guerra hasta cuando estaba solo, sin otra persona con la que charlar y lanzaba anatemas al Káiser desde los acres de su granja. Walter se alejó del grupo. No quería que lo vieran, pero Rilla se sentó en los escalones que olían a menta. Era un atardecer muy calmo; una tenue luz dorada cubría el valle. Rilla se sentía más feliz esa tarde que en toda la horrible semana que había pasado. Ya no la acosaba el miedo de que Walter también se fuera.

—Iría yo mismo si tuviera veinte años menos —gritaba Norman Douglas. Siempre gritaba cuando estaba alterado—. ¡Y le mostraría un par de cosas a ese Káiser! ¿Alguna vez dije que no existe el infierno? Mentira, hay docenas de infiernos y ahí es donde van a ir a parar el Káiser y todos sus secuaces.

—Yo sabía que se venía esta guerra —declaró la señora de Norman con aire triunfante—. La vi venir desde el principio. Podría haberles dicho a todos esos estúpidos ingleses lo que les esperaba. Te lo dije a *ti*, John Meredith, y te lo dije hace años; te advertí lo que tramaba el Káiser pero no quisiste creerme. Dijiste que ese hombre no metería al mundo en una guerra. ¿Quién tenía razón, John, tú o yo?

Dímelo.

—Tú, lo admito —respondió el señor Meredith.

—Ahora es demasiado tarde para admitirlo —respondió la señora Douglas meneando la cabeza, como para insinuar que si John Meredith lo hubiera admitido antes podría haberse evitado la guerra.

—Por suerte, la marina inglesa está lista —observó el doctor.

—Lo mismo digo —asintió la señora Douglas—. Se diría que todos estaban ciegos pero por lo menos, se ve que alguien tuvo la previsión de encargarse de eso.

—El que va a encargarse de Alemania es el *ejército* inglés —gritó Norman—. Ya van a ver. El Káiser va a descubrir enseguida que la guerra en serio no es lo mismo que pasear por Berlín con los bigotes para arriba.

—Inglaterra no tiene ejército —declaró la señora Douglas con vehemencia—. Y no tienes por qué mirarme así, Norman. Con eso no lograrás sacar soldados de los troncos de los árboles. Cien mil hombres son un bocadillo de copetín para los millones de Alemania.

—Pero les va a costar masticarlos, te lo aseguro —insistió Norman con valentía —. Alemania se va a quedar sin dientes. No vas a negar que un inglés vale por diez extranjeros.

—Me dijeron —dijo Susan— que el viejo señor Pryor no cree en esta guerra. Que dice que Inglaterra entró porque estaba celosa de Alemania y que en realidad no le importaba nada de lo que le estaba pasando a Bélgica.

—Sí, tengo entendido que estuvo diciendo disparates de esa clase —estuvo de acuerdo Norman—. Pero yo no lo oí. Si lo oigo, ese *Patillas en la luna* no va a saber qué le sucedió. Esa parienta mía, Kitty Alec, dice lo mismo, parece. No delante de mí, claro está. Por algún motivo, la gente no se permite ese tipo de comentarios en mi presencia. Tienen cierta sensación de que no sería bueno para ellos.

—Mucho me temo que esta guerra sea un castigo por nuestros pecados —interpuso la prima Sophia, abriendo y cerrando las manos sobre su estómago—. El mundo es malvado y corrupto.

—El rector tiene una idea parecida —rió Norman—. ¿No es así, rector? Es por eso que la otra noche dio el sermón sobre el texto «Sin derramamiento de sangre no es posible la remisión de los pecados». Yo no estaba de acuerdo con usted. La verdad que me dieron ganas de subir al púlpito y gritar que lo que estaba diciendo era una estupidez pero Ellen no me dejó. Desde que me casé, ya no puedo divertirme insultando a los predicadores.

—Sin derramamiento de sangre no hay *nada* —declaró el señor Meredith con la suavidad característica con que siempre lograba convencer a sus oyentes—. Yo creo que todo lo que se consigue, se consigue con el sacrificio. Nuestra raza ha marcado cada paso doloroso de su ascenso con sangre. Y ahora van a fluir torrentes. No, señora Crawford, no creo que la guerra haya sido enviada como castigo por nuestros pecados. Pienso que es el precio que debe pagar la humanidad por alguna bendición,

algo lo suficientemente bueno como para valer ese precio, algo que quizá no lleguemos a ver pero que va a ser la herencia de nuestros hijos.

—¿Y si matan a Jerry, va a seguir pensando lo mismo? —quiso saber Norman, que se pasaba la vida diciendo ese tipo de cosas y no veía por qué no debería hacerlo —. Y deja de darme puntapiés, Ellen. Quiero ver si el rector hablaba en serio o si era solamente un cuentito para el púlpito.

Al señor Meredith le temblaron los labios. Había pasado una hora terrible a solas en su estudio la noche que Jem y Jerry se habían marchado a la ciudad. Pero respondió con serenidad.

—Mis sentimientos no importan, no tienen nada que ver con mi forma de pensar, mi *seguridad* es de que un país cuyos hijos están dispuestos a dejar la vida en su defensa obtendrá una nueva visión a causa de su sacrificio.

—Veo que sí habla en serio, rector. Siempre me doy cuenta cuando la gente es franca. Es un don innato que tengo. ¡Me convierte en el terror de muchos presbíteros, créame! Pero a usted, todavía no lo atrapé nunca diciendo algo que no sintiera. Siempre tengo la esperanza de hacerlo… es lo que me reconcilia con la idea de ir a la iglesia. Sería tan reconfortante para mí, un arma tan buena con que golpear a Ellen cuando trata de civilizarme. Bueno, tengo que cruzar un momento a ver a Ab Crawford. Que los dioses los acompañen.

—¡Viejo pagano! —mascculló Susan mientras Norman se alejaba. No le importaba que Ellen Douglas la escuchara. Susan no entendía la razón por la que el fuego divino no descendía sobre Norman Douglas cuando insultaba a los ministros de la Iglesia de esa forma. Pero lo asombroso era que el señor Meredith parecía apreciar realmente a su cuñado.

Rilla deseaba que cambiaran de tema. No había oído otra cosa que conversaciones sobre la guerra en toda la semana y estaba harta. Ahora que estaba libre del terror de que se fuera Walter, la impaciencia la consumía. Pero supuso —con un suspiro— que todavía quedarían tres o cuatro meses de conversaciones de esa clase.

6. Susan, Rilla y Lunes toman una decisión

La amplia sala de Ingleside estaba nevada de tiras de tela de algodón. Las noticias del cuartel general decían que hacían falta sábanas y vendas. Nan, Di y Rilla estaban enfrascadas en su trabajo. La señora Blythe y Susan tenían un trabajo más personal en el cuarto de los varones. Con los ojos angustiados y cansados de llorar, preparaban las cosas de Jem, que tenía que partir hacia Valcartier a la mañana del día siguiente. Todo el mundo sabía que ese momento iba a llegar pero de todas maneras fue difícil aceptar los hechos cuando los tuvieron frente a frente.

Era la primera vez en su vida que Rilla cosía el dobladillo de una sábana. Cuando se enteró de la partida de Jem, desahogó su llanto bajo los pinos del valle y desde allí fue directamente a ver a su madre.

—Mamá, quiero hacer algo. Soy chica y sé que no puedo contribuir en nada para que ganemos la guerra, pero tengo que hacer algo para ayudar en casa.

—Ya llegó el algodón para las sábanas —respondió la señora Blythe—. Ayuda a Nan y Di. Y… Rilla, ¿no sería una buena idea organizar una Cruz Roja Juvenil entre las chicas más jóvenes? Estoy segura de que les gustaría participar y haríais un trabajo mejor entre vosotras que mezcladas con los adultos.

—Pero, mamá, yo nunca hice algo así.

—En los próximos meses todos vamos a tener que hacer cosas que nunca habíamos hecho antes, Rilla.

—Bueno… —Rilla aceptaba el desafío—. Lo voy a intentar, mamá, si me ayudas a empezar. Estuve pensando en el tema y tomé la decisión de ser lo más *valiente, heroica y generosa* posible.

La señora Blythe no se rió del énfasis que había en las palabras de Rilla. Quizá no tenía ánimo para reír o quizá percibió que había un propósito genuino detrás de esa pose romántica. Así que Rilla se puso a hacer dobladillos y a organizar la Cruz Roja Juvenil mentalmente mientras cosía. La verdad era que hasta lo disfrutaba —organizar, no coser—. Era interesante y descubrió en ella una cierta aptitud que la sorprendió.

¿Quién presidiría la organización? Ella no, porque eso disgustaría a las muchachas mayores.

¿Irene Howard? No, por alguna razón Irene no era tan popular como merecía serlo. ¿Marjorie Drew?

No, Marjorie no tenía suficiente determinación y en cambio sí demasiada tendencia a coincidir con el último de sus interlocutores. Betty Mead: tranquila, capaz, discreta.

¡Ella era la indicada! Y Una Meredith como tesorera y, si insistían mucho, podrían nombrarla a ella, Rilla, como secretaria. Habría que formar distintas comisiones después de la organización general; pero Rilla ya sabía con exactitud a quién poner en cada una. Estaría prohibido comer en las reuniones y Rilla sabía que a

ese respecto tendría problemas con Olive Kirk. No, todo sería como en los negocios, muy formal. El libro de actas debía estar forrado en blanco con una cruz roja en la tapa. ¿No sería bonito tener algún tipo de uniforme para ir a los conciertos a recaudar dinero? Tendría que ser algo sencillo pero original.

—Eh, acabas de hilvanar el dobladillo de esa sábana para un lado en la parte de arriba y para el otro en la parte de abajo —le dijo Di.

Rilla empezó a descoser las puntadas y llegó a la conclusión de que odiaba coser. Llevar adelante la Cruz Roja Juvenil era mucho más divertido.

La señora Blythe, que estaba cosiendo arriba, le comentó a Susan:

—¿Te acuerdas del día en que Jem levantó sus bracitos hacia mí y balbuceó «mamá» por primera vez? Fue la primera palabra que dijo en su vida.

—Nunca olvidaré nada que tenga que ver con ese adorable bebé —respondió Susan con la voz sombría.

—Susan, todavía recuerdo esa noche en que lloró tanto, tenía sólo unos meses. Gilbert no me dejaba ir con él, decía que el niño estaba limpio y abrigado y que si lo atendía, iba a malcriarlo. Pero yo fui, y lo levanté, todavía puedo sentir esos tibios brazos alrededor del cuello. Ay, Susan, si esa noche hace veintiún años, yo no hubiese ido a consolarlo, no podría enfrentarme con lo que me espera mañana por la mañana.

—No sé cómo vamos a hacer mañana, mi querida señora. Pero no me diga que va a ser la despedida final. Él va a venir a vernos antes de salir para Europa, ¿no es cierto?

—Eso espero, pero no estoy muy segura. Me estoy haciendo a la idea de que no, para no desmoralizarme si no viene. Susan, tengo el firme propósito de despedir a mi muchacho con una sonrisa mañana. No quiero que se vaya con la imagen de una madre débil que no tiene valor para dejarlo ir, cuando él lo tiene para irse. Espero que ninguno de nosotros llore.

—Le aseguro que yo no voy a llorar, querida señora, quédese tranquila; ahora, que pueda lograr una sonrisa o dos, eso está en manos de la Providencia y de lo que disponga la boca de mi estómago. ¿Tiene lugar ahí para esta torta de frutas? ¿Y para la de manteca? ¿Y para el pan dulce? Ese bendito muchacho no debe pasar hambre. No sabemos cómo es ese lugar, Quebec. Parece que todo está cambiando al mismo tiempo, ¿no es cierto? Hasta murió el viejo gato del pastor. Y no sería yo quien lo lamentara, querida señora, si le pasara lo mismo a esa bestia Hyde. Desde que Jem está de uniforme ha sido el señor Hyde todo el tiempo y eso tiene un significado, estoy segura. No sé qué hará Lunes cuando Jem no esté. La pobre criatura anda por todos lados con una mirada tan humana que me desarma cada vez que lo miro.

—Ellen West se reía del Káiser y pensábamos que estaba loca, pero ahora…

Joe Vickers afirmó:

—La guerra se acaba antes de Navidad.

—¿Por qué no dejamos que las naciones europeas se peleen entre ellas? —fue la pregunta de Abner Reese.

El pastor metodista declaraba:

—Está comprometido el Imperio Británico.

—No se puede negar que hay un cierto «no sé qué» en los uniformes —suspiró Irene Howard.

Un desconocido del hotel costero acotó:

—Ésta es una guerra comercial donde todo está dirigido y premeditado, y no vale la pena derramar en ella ni una sola gota de sangre canadiense.

—La familia Blythe está tranquila —fueron las palabras de la señora Drew.

Nathan Crawford refunfuñaba:

—Los muy tontos se van en busca de aventura.

El doctor del otro lado del puerto decía:

—Tengo plena confianza en Kitchener.

Durante unos diez minutos Rilla pasó por una confusa sucesión de enojo, risas, desdén, depresión e inspiración. Ay, la gente era tan impredecible… ¡Qué poco entendían! «Los Blythe están tranquilos», cuando ni siquiera Susan había pegado un ojo en toda la noche. La señora Drew era siempre la misma bruja. Rilla se sentía como en medio de una pesadilla fantástica.

Ahí venía el tren… mamá le tomaba la mano a Jem… Lunes se la lamía… todo el mundo se despedía… ¡el tren se detenía!…

Jem besaba a Faith en frente de todos… la vieja Drew daba un grito histérico. Los hombres, conducidos por Kenneth, daban vivas en el aire… Rilla sintió que Jem le tomaba la mano… «Adiós, araña»… alguien la besaba en la mejilla… creyó que era Jerry, pero no con seguridad… subían… el tren arrancaba… Jem y Jerry saludaban a todos… todos les devolvían el saludo… mamá y Nan todavía sonreían pero era como si se les hubiese quedado la sonrisa pegada en la cara… Lunes aullaba desconsoladamente mientras el pastor metodista lo tironeaba para que no corriera detrás del tren… Susan revoleaba su mejor sombrero y gritaba hurras como un varón… ¿Se había vuelto loca? El tren desapareció en la curva. Se habían marchado.

Rilla volvió en sí con un suspiro. Se hizo un repentino silencio. No había nada que hacer, sólo ir a casa… y esperar. Al principio nadie se fijó en Lunes. Cuando lo hicieron, fue Shirley quien volvió a buscarlo. Lo encontró acurrucado debajo de un tinglado cerca de la estación y trató de obligarlo. Lunes no se movió de su lugar. Movía la cola para demostrar que no estaba enojado pero que por ninguna razón pensaba irse de ahí.

—Bueno, parece que Lunes tomó la decisión de quedarse aquí hasta que Jem vuelva —comentó Shirley tratando de reír mientras alcanzaba al resto.

Era cierto. Su querido amo se había marchado… él, Lunes, había sido privado de ir con él deliberada y maliciosamente por un demonio disfrazado de pastor metodista. Por lo tanto él, Lunes, esperaría allí a que ese monstruo que se había llevado a su

héroe entre humos y ronquidos, se lo trajera de vuelta.

Ay, espera allí, pequeño y fiel amigo, con esa mirada suave, nostálgica, perpleja. Pero pasarán muchos días amargos hasta que vuelvas a encontrarte con tu juvenil camarada.

El doctor tuvo que salir por un enfermo esa noche, así que Susan pasó por la habitación de la señora Blythe antes de ir a dormir para comprobar si su querida señora se sentía «cómoda y compuesta». Se detuvo a los pies de la cama y declaró, solemne:

—Mi querida señora, he tomado la decisión de ser una heroína.

«La querida señora» tuvo la compulsiva necesidad de soltar una carcajada… algo que hubiera sido totalmente injusto, porque no se había reído cuando Rilla anunció esa misma heroica determinación. Para aclarar mejor la situación, Rilla era una chica delgada, vestía colores claros, con una cara dulce y ojos brillantes llenos de emoción; mientras que Susan estaba envuelta en un camisón de franela muy sencillo y tenía atado un paño de lana roja como amuleto contra la neuralgia alrededor de su cabeza gris. Pero no había ninguna diferencia. ¿No es el espíritu lo que importa? De todas maneras a la señora Blythe le fue muy difícil aguantar la risa.

Susan prosiguió con firmeza:

—No pienso lamentarme ni gemir ni cuestionar la sabiduría del Todopoderoso nunca más. Quejarse o culpar a la Divina Providencia no nos llevará a ningún lado. Tendremos que estar preparadas para hacer lo necesario, ya sea desmalezar la huerta o ser candidatas para el Gobierno. Yo voy a luchar con los demás. Esos benditos muchachos se van a la guerra y *nosotras las mujeres*, mi querida señora, tenemos que esperar aquí con la mirada firme.

7. Un bebé de la guerra y una sopera

—Lieja y Namur… ¡y ahora Bruselas! —El doctor sacudió la cabeza—. No me gusta… no me gusta nada.

—No se descorazone, querido doctor, estaban defendidas por extranjeros —dijo Susan con aire soberbio—. Espere a que los alemanes se encuentren con los ingleses; ésa va a ser otra historia, se lo puedo asegurar.

El doctor volvió a sacudir la cabeza, pero menos preocupado; quizás, inconscientemente compartía la creencia de Susan de que la «delgada línea gris» era inquebrantable y resistente incluso frente a la victoriosa horda de alemanes. Sea como fuere, cuando llegó el día terrible —el primero de muchos días terribles— con la noticia de que el ejército británico había tenido que retroceder, se miraron entre sí con desesperación.

—No… No es cierto, no puede ser —dijo Nan con la voz entrecortada, refugiándose en una incredulidad temporaria.

—Tuve el presentimiento de que hoy íbamos a recibir malas noticias —dijo Susan—. Porque esa criatura-gato se transformó en el señor Hyde esta mañana sin ninguna razón aparente, y semejante cosa no podía ser un buen augurio.

—Un ejército averiado, vencido, pero no desmoralizado —murmuró el doctor al leer un despacho desde Londres—. ¿Será posible que se esté hablando así del ejército británico?

La señora Blythe agregó, abatida:

—Esta guerra va a durar mucho tiempo.

De pronto, la fe de Susan, sumergida temporalmente, renació triunfante:

—No se olvide, mi querida señora, de que el ejército británico no es lo mismo que la marina británica. Tenemos que acordarnos de eso, siempre, siempre. Además, vienen los rusos; aunque tengo que confesar que no sé mucho sobre ellos y no les tengo demasiada confianza.

—Los rusos no van a llegar a tiempo para salvar París —observó Walter, sombrío—. París es el corazón de Francia y los caminos que llevan a ese corazón están abiertos. Ay, ojalá… —Se detuvo abruptamente y salió.

La gente de Ingleside pasó un día paralizada y después se dio cuenta de que era posible «seguir viviendo» a pesar de las noticias, cada vez más desalentadoras. Susan se puso a trabajar afanosamente en la cocina, Nan y Di retornaron a sus actividades en la Cruz Roja; la señora Blythe se fue a Charlottetown a una convención de la Cruz Roja; Rilla, después de desahogarse en un mar de lágrimas en el Valle del Arco Iris y en las hojas de su diario, se acordó otra vez de que había dicho que iba a ser valiente y heroica. Y decidió que realmente había sido heroico ofrecerse para recorrer todo Glen y Cuatro Vientos en el viejo caballo gris de Abner Crawford para recolectar artículos para la Cruz Roja. Uno de los caballos de Ingleside cojeaba y el doctor necesitaba el otro, así que no quedaba otra cosa que el matungo de Crawford, una

criatura plácida, sin apuros, que tenía el hábito de detenerse a cada rato para espantarse las moscas de una pata con la otra. Rilla sintió que eso, y el hecho de que los alemanes estuvieran a noventa kilómetros de París, era algo muy difícil de soportar. Pero partió con valentía en una diligencia que tuvo resultado más que sorprendente.

Cerca del atardecer, Rilla tenía el carro lleno de paquetes y se preguntó si valdría la pena entrar en la casa de los Anderson. Los Anderson eran muy pobres y seguramente la señora Anderson no tendría nada para donar. Por otra parte, el marido, que era inglés de nacimiento, se había marchado a Inglaterra a enrolarse y se decía que nunca más habían oído hablar de él, que ni siquiera había enviado un poco de dinero a su hogar. Rilla pensó todo eso, pero después le pareció que la señora Anderson podía sentirse ofendida si no la tenía en cuenta, así que decidió entrar. Un tiempo después iba a desear no haber entrado nunca, pero con los años, llegó a dar las gracias por haberlo hecho.

La casa de los Anderson era pequeña y estaba casi derruida, agazapada detrás de un bosque de abetos desvencijados cerca de la costa, como avergonzada de sí misma o ansiosa de ocultarse. Rilla ató el flaco caballo a la cerca destartalada y fue hacia la puerta. Estaba abierta y lo que vio detrás la dejó paralizada y sin habla por un momento.

Por la puerta entreabierta del pequeño dormitorio, justo frente a ella, Rilla vio a la señora Anderson tendida en una cama deshecha. Y muerta. No cabía la menor duda de que la señora Anderson estaba muerta ni tampoco de la vitalidad de la otra señora, obesa y desaliñada, de cabellos y cara rojos, sentada cerca de la puerta, fumando. Esa mujer se mecía y sin hacer nada en medio del desorden que había a su alrededor y no prestaba atención alguna al llanto penetrante que provenía de una cuna colocada en el centro de la habitación.

Rilla conocía a la mujer de vista y por comentarios. Era la señora Conover, vivía en la villa de los pescadores; era tía abuela de la señora Anderson y bebía y fumaba en pipa. Su primer impulso fue de girar sobre los talones y escapar. Pero se dio cuenta de que eso no serviría de nada. Quizás esa mujer, que parecía tan repugnante, necesitaba ayuda… aunque ciertamente no demostraba ninguna preocupación.

—Pasa —le dijo mientras se quitaba la pipa de la boca y la miraba con ojos arratonados.

—¿La señora Anderson está muerta? —preguntó Rilla y avanzó un poco más.

—Muerta como una estatua —respondió la señora Conover—. Estiró la pata hace media hora. Mandé a Jen Conover a buscar al sepulturero y alguien más para ayudar a la costa. ¿Tú eres la hija del doctor, no?

—¿Fue… fue de repente?

—Bueno, ella se fue consumiendo desde que ese despreciable de Jim puso pies en polvorosa y se fue a Inglaterra… La verdad es que lamento que se haya ido. Estoy segura de que ella ya se dio por muerta el día que se lo dijeron. Este jovencito nació

hace quince días y desde entonces su madre se fue viniendo abajo; murió hoy, cuando nadie se lo esperaba.

Rilla dudó un poco y le preguntó:

—¿Hay algo que yo… que yo pueda… hacer para ayudar?

—Bendita niña… sí, no… a menos que… tengas habilidad con los niños… La verdad es que yo no la tengo. Ese pequeño sujeto no hace más que chillar día y noche. Decidí hacer de cuenta que no lo oigo.

Rilla se acercó de puntillas a la cuna. Caminó con cuidado y sacó la manta sucia con más cuidado todavía. No tenía intención de tocar al bebé, ella tampoco tenía «habilidad con los niños». Vio a un enanito horrible con la cara roja y desencajada, envuelto en un retazo mugriento de franela vieja. Nunca había visto un bebé más feo y sin embargo, se apoderó de ella un sentimiento de compasión por esa criatura desolada y huérfana.

—¿Qué va a pasar con el bebé?

—¡Sabe Dios! —respondió la señora Conover cándidamente—. Min estaba muy preocupada por eso antes de morirse. Repetía todo el tiempo: «Ay, qué será de mi pobre bebé», y me ponía los nervios de punta. Así que me dije «No me voy a complicar la vida por este asunto». Así que le dije que había que llevarlo a un orfanato hasta que Jim volviera a buscarlo. A ella no le gustó mucho la idea. Pero así fue la cosa, como te cuento.

Rilla insistió:

—Pero ¿quién va a cuidar del chico hasta que se lo lleven a un asilo?

Sentía que por alguna razón le preocupaba el destino de esa criatura.

—Supongo que yo —refunfuñó la señora Conover; guardó la pipa y sorbió con mucho ruido y sin ninguna vergüenza de una botella apoyada en un estante a su lado —. Yo opino que el bebé no va a vivir mucho. Está enfermo. Min no tenía ánimo y creo que el chico tampoco. Y te digo, sería una buena liberación para todos.

Rilla descorrió un poco más la manta.

—¡Este chico está desnudo! —exclamó, sobresaltada.

—¿Quién le iba a hacer la ropa?, digo yo —quiso saber la mujer con tono fastidiado—. Yo no tenía tiempo… estaba siempre detrás de Min. Cuando nació, vino la vieja señora Crawford, lo lavó, lo envolvió en esa franela y, desde entonces, un poco lo atiende Jen. La criatura tiene abrigo suficiente. El tiempo está para derretir bronce.

Rilla se quedó callada. Miraba llorar al bebé. Era su primer contacto con una tragedia de la vida y se sentía golpeada hasta el fondo del corazón. Le dolía profundamente pensar en la pobre madre entrando en el valle de las sombras sola, inquieta por su bebé, sin nadie a su alrededor excepto esa mujer abominable. Si hubiera llegado un rato antes… Pero ¿qué podría haber hecho…?, ¿qué haría ahora?

No sabía, pero *algo* tenía que hacer. Odiaba a los bebés pero no podía irse así como así y dejar a esa pobre criatura con la señora Conover, que ya se había prendido

de nuevo a su botella negra y estaría completamente borracha antes de que apareciera el enterrador.

Después se le ocurrió que no podía quedarse. El señor Crawford le había pedido que volviera para la cena porque necesitaba el poni esa misma noche. Ay, ¿qué hacer?

De pronto tomó una resolución impulsiva, desesperada.

—Me llevo al bebé a mi casa… ¿puedo?

—Bueno, si quieres… —dijo la señora amablemente.

—No tengo en qué llevarlo…, tengo que llevar al caballo. Me da miedo que se me caiga. ¿No hay un… un canasto en el que pueda meterlo?

—No que yo sepa… La verdad es que aquí no hay *nada*, nada de nada. Min era tan pobre y perezosa como Jim. A ver, en ese cajón hay algo de ropa de bebé, creo yo. Llévatela.

Rilla tomó la ropa; prendas baratas y ligeras que la pobre madre había arreglado a su modo. Pero eso no solucionaba el terrible problema de transportar al niño. Rilla miró a su alrededor con desesperación. Ay, si estuviera mamá… o Susan. Sus ojos se detuvieron en una sopera, en la parte de atrás de la cómoda.

—¿Puedo… puedo llevarme esto para acostarlo dentro?

—Bueno, la verdad es que no es mío, pero te lo puedes llevar. Trata de no romperlo, ¿sí?… Jim puede hacer un escándalo si vuelve con vida… y estoy segura de que va a ser así porque hierba mala nunca muere. La sopera la trajo de Inglaterra, dijo que era de la familia. Él y Min no la usaron nunca, porque nunca tuvieron suficiente sopa… pero para Jim era un mundo. Él era muy raro con cosas así y la verdad es que al mismo tiempo no le importaba un bledo no tener comida para llenar los platos.

Por primera vez en su vida Rilla Blythe tocó un bebé… lo levantó… lo envolvió en la manta, temblando de miedo de que se le cayera o se le rompiera. Finalmente lo puso en la sopera.

—¿Le parece que así puede respirar?

—Difícil que se ahogue —respondió la señora Conover. Rilla, aterrada, aflojó un poco la manta que cubría la cara del bebé. El enano había dejado de llorar y la miraba. Tenía unos enormes ojos marrones en la fea carita.

—No dejes que le sople el viento… le puede robar el aliento… —advirtió la señora Conover.

Así fue como Rilla Blythe, que al llegar a la casa de los Anderson se autoproclamaba dominada por una fobia contra los bebés, volvió a Ingleside con uno sobre la falda, dentro de una sopera.

Pensó que no llegaría nunca a Ingleside. Dentro de la sopera había un misterioso silencio. Por un lado, estaba feliz de que el bebé no llorara, pero deseaba que por lo menos soltara un pequeño chillido de vez en cuando para demostrar que estaba vivo. ¿Y si se había asfixiado? Rilla no se atrevió a destaparlo por miedo a que el viento, que era casi huracanado, le «robara el aliento». ¿Qué horrible significado tendría eso?

La llegada a Ingleside le pareció una bendición.

Rilla llevó la sopera hasta la cocina y la colocó sobre la mesa ante los ojos de Susan. Susan miró el contenido y, por primera vez en su vida, quedó tan confundida que no pudo decir palabra.

—¿Qué es esto? —exclamó el doctor, que entraba en ese mismo momento.

Rilla soltó toda la historia:

—Sentí que *tenía* que traerlo, papá. No podía dejarlo ahí.

—¿Y qué vas a hacer con él? —le preguntó el padre con frialdad.

Rilla no esperaba una pregunta así.

—Podríamos tenerlo… por un tiempo… ¿no?… hasta que arreglemos algo —balbuceó, confundida.

El doctor Blythe iba y venía por la cocina mientras el bebé miraba fijo las paredes de la sopera. Susan empezaba a dar signos de recobrar el habla.

De pronto, el doctor se volvió hacia Rilla.

—Un bebé significa un montón de trabajo adicional en una casa, Rilla. Nan y Di se van a Redmond la semana que viene y ni tu mamá ni Susan están en condiciones de prestar esos cuidados en las presentes circunstancias. Si quieres que ese bebé se quede en casa, deberás atenderlo tú misma.

—¿Yo? —Rilla estaba tan desesperada que no le salían las palabras—. ¿Por qué yo, papá? Yo… Yo no podría.

—Hay chicas más jóvenes que tú a cargo de bebés en estos días. Susan te ayudará. Si no puedes, el niño tendrá que volver con Meg Conover. Y si pasa eso, su existencia será muy breve, es evidente que es un niño delicado y necesita cuidado especial. Dudo que sobreviva, aunque llegue a un orfelinato. Pero no puedo permitir que tu madre y Susan se sobrecarguen de trabajo.

El doctor abandonó la cocina; parecía decidido e inmutable. En el fondo de su corazón sabía muy bien que el pequeño habitante de la sopera se quedaría en Ingleside, pero quería ver si Rilla se ponía a la altura de las circunstancias. Rilla se quedó sentada con la mirada perdida. Era absurdo pretender que *ella* cuidara del bebé. Pero… y esa pobre madre muerta que tenía tanta preocupación… y la espantosa Meg Conover.

—Susan, ¿qué cosas hay que hacer para un bebé? —preguntó con melancolía.

—Bueno, mantenerlo calentito y seco y bañarlo todos los días con agua que no esté ni muy fría ni muy caliente; y darle de comer cada dos horas. Si tiene cólicos, hay que ponerle cosas calientes en el estómago —le respondió Susan lisa y llanamente.

El bebé empezó a llorar otra vez.

—Seguramente tiene hambre… hay que darle de comer de todas maneras —dijo Rilla con desesperación—. Dime lo que tengo que darle, Susan.

Según las indicaciones de Susan, Rilla preparó agua y leche en un biberón que sacó del consultorio del doctor. Después, sacó al bebé de la sopera y lo alimentó.

Trajo del altillo un viejo canasto de su infancia y lo acomodó allí dentro. Llevó la sopera a la despensa. Después se sentó a pensar en los acontecimientos.

El resultado de sus pensamientos fue que corrió a buscar a Susan apenas el bebé se despertó.

—Voy a ver qué es lo que puedo hacer, Susan. No puedo dejar a esa pobre cosita en manos de la señora Conover. Enséñame a bañarlo y a vestirlo.

Con la supervisión de Susan, Rilla bañó al bebé. Susan no se atrevía a ayudar porque el doctor estaba en la sala y podría aparecer en cualquier momento. Susan había aprendido algo: cuando el doctor tomaba una resolución y decía que algo debía hacerse de cierta manera, era así como tenía que ser. Rilla apretó los dientes y continuó. ¡Por el amor de Dios, cuántas arrugas y recovecos tenía un bebé! Era tan pequeño que no había de dónde sostenerlo. Ay, ¿y si se le resbalaba y quedaba con la cabeza dentro del agua…? Era tan gelatinoso… ¡Si sólo dejara de aullar así! ¿Cómo podía ser tan estruendosa una cosa tan pequeña? Sus chillidos se oían en todo Ingleside, desde el sótano al altillo.

—¿Lo estaré lastimando, Susan?

—No, mi querida. La mayoría de los bebés odian los baños. Para ser principiante, tienes bastante habilidad. Hagas lo que hagas sostenlo siempre de la espalda y quédate tranquila.

¡Quedarse tranquila! A Rilla le fluía transpiración por todos los poros. Cuando el bebé estuvo seco y vestido, y momentáneamente callado gracias al biberón, la pobre quedó débil como un trapo.

—¿Qué tendré que hacer con él esta noche, Susan?

Un bebé de día era bastante temible; de noche, era impensable.

—Pon el canasto sobre una silla al lado de tu cama y mantenlo cubierto. Tendrás que alimentarlo una o dos veces de noche, así que será mejor que te lleves el calentador de aceite. Si no puedes arreglártelas llámame, se entere o no el doctor.

—Pero, Susan, ¿y si llora?

El bebé no lloró. Fue una sorpresa agradable; quizá se debió a que su pequeño estómago había recibido por fin comida de verdad. Él durmió casi toda la noche pero Rilla no pudo pegar un ojo. Tenía miedo de quedarse dormida y de que algo le pasara al bebé. Preparó la ración de las tres de la mañana. Estaba decidida a no llamar a Susan. Ah, ¿estaría soñando? ¿Era realmente ella, Rilla Blythe, la que se había metido en semejante situación? Ya no le importaba si los alemanes estaban cerca de París… no le importaba si estaban *dentro* de París. Lo único que le interesaba era que el niño no se ahogara ni se asfixiara o tuviera convulsiones. Los bebés tenían convulsiones, ¿no? Reflexionó, con un poco de amargura, sobre el hecho de que su padre había sido muy considerado con la salud de su madre y la de Susan, pero… ¿y la salud de ella, de Rilla? ¿Acaso había pensado en algún momento que ella podía llegar a morirse si dejaba de dormir de noche? Y de todos modos, no importaba, ella *no* pensaba echarse atrás, no era de ésas. Se haría cargo de ese animalito detestable

hasta las últimas consecuencias. Se conseguiría un libro sobre higiene del bebé y no dependería de nadie. Nunca más iría a pedir consejos a su padre… *no* molestaría a su mamá… y sólo en casos de extrema gravedad recurriría a Susan. Ya lo verían todos.

Y así fue que, cuando la señora Blythe volvió dos días más tarde y preguntó por Rilla, quedó paralizada al escuchar la respuesta de Susan:

—Está arriba, mi querida señora, está acostando a su bebé.

8. Rilla decide

Tanto las familias como los individuos se acostumbran pronto a las nuevas condiciones y las aceptan sin cuestionamientos. Una semana después, ya parecía que el bebé Anderson hubiera estado siempre en Ingleside. Después de las tres primeras noches de agitación, Rilla volvió a dormir normalmente. Se despertaba casi por automatismo para atender al niño a la hora que hacía falta. Lo bañaba, lo alimentaba y vestía con una destreza tal que se hubiera dicho que lo había hecho durante toda su vida. No le gustaba ese trabajo, no le gustaba el bebé, lo manejaba con recelo como si fuera un pequeño lagarto de fragilidad suprema; pero cumplía con él a conciencia y no había bebé más limpio ni mejor cuidado en Glen St. Mary. Hasta tomó la costumbre de pesar a la criaturita todos los días y anotar el peso en su diario; pero a veces se preguntaba patéticamente por qué el destino la habría hecho tomar por la calle de los Anderson en ese día fatal. Shirley, Nan y Di no le hacían tantas bromas como había esperado. Parecían aturdidos por el hecho de que hubiera adoptado un bebé de guerra; además tal vez el doctor había dado instrucciones al respecto. Walter jamás la había molestado por nada, eso era evidente; un día le dijo que era genial.

—Hace falta más coraje para hacerte cargo de esos tres kilos de criatura, Rilla-mi-Rilla, que para enfrentar un kilómetro de alemanes. Ojalá yo tuviera la mitad de tus agallas —terminó con pesar.

Rilla se sintió orgullosa de la aprobación de Walter pero esa noche escribió en su diario:

Me gustaría que me *gustara* un poco el bebé. Eso haría que las cosas fueran más fáciles. Pero no. Dice la gente que cuando cuidas a un bebé te encariñas con él, pero no es cierto. Por lo menos no para mí. El bebé es una *molestia*, interfiere en todo. Me tiene atada, justo ahora que estaba tratando de poner en marcha la Cruz Roja Juvenil. Y no pude ir a la fiesta de Alice Clow anoche, con la ilusión que tenía. Por supuesto, papá no se muestra del todo inflexible y siempre puedo tomarme una hora o dos por las noches cuando es necesario; pero sabía que no permitiría que yo saliera toda la noche y dejara a Susan o a mamá a cargo del bebé. Supongo que fue para mejor, porque tuvo un cólico —o algo así— a la una de la mañana. No se puso rígido ni pateó, así que me di cuenta de que no estaba irritado, como dice Morgan; tampoco tenía hambre ni alfileres clavados. Gritó hasta ponerse negro; me levanté, calenté agua y le puse la bolsa de agua caliente sobre el estómago. Chilló más fuerte todavía y contrajo esas piernitas raquíticas. Me dio miedo de haberlo quemado pero no me parecía muy posible. Después, me puse a caminar de un lado a otro con el chico en brazos, aunque el libro de Morgan dice que eso no debe hacerse *nunca*. Caminé kilómetros… ay, estaba tan cansada, desalentada y *furiosa*. Sí, en serio. Podría haber sacudido al chico si hubiese sido lo suficientemente grande, pero no era el caso. Papá

había salido a ver un paciente, mamá estaba con dolor de cabeza y Susan no está de muy buen humor porque cuando ella y Morgan difieren yo insisto en guiarme por lo que dice Morgan, de manera que estaba decidida a no llamarla a menos que fuera absolutamente necesario.

Por fin, vino la señorita Oliver. Ella duerme con Nan, ahora, no conmigo, y yo sufro mucho por ello. Es por el bebé. La verdad es que extraño nuestras largas charlas desde las camas. Eran los únicos momentos en que la tenía para mí. Me sentí muy mal al pensar que los gritos del bebé la habían despertado porque tiene mucho que soportar, ahora. El señor Grant está en Valcartier, también y para la señorita Oliver eso es *terrible*, aunque se está portando muy bien. Piensa que él nunca volverá y la expresión de sus ojos me *parte* el corazón. ¡Es tan trágica! Tomó al pobre desgraciado y lo tendió boca abajo sobre sus rodillas, le golpeó la espalda suavemente varias veces. El bebé dejó de llorar, se durmió en un instante y no volvió a despertarse en toda la noche. Lo que es yo no pegué un ojo. Estaba demasiado cansada.

Poner en funcionamiento la Cruz Roja Juvenil me está dando unos disgustos *terribles*. Conseguí a Betty Mead como presidenta y yo soy secretaria, propusieron a Jen Vickers como tesorera y yo no la *aguanto*. Es la clase de chica que llama a cualquier persona inteligente, bella o distinguida aunque la conozca sólo por el nombre de pila… y después, a sus espaldas, es ladina y falsa. A Una no le importa, por supuesto. Está dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidan y no le importa tener un cargo o no. Es un ángel perfecto. En cambio yo tengo partes de ángel y partes de demonio. Ojalá Walter sintiera algo por ella, aunque creo que nunca la ve de ese modo. Eso sí, una vez le oí decir que Una era igual a una rosa de té. Y lo es. Y todos se aprovechan de ella porque es tan dulce y está tan bien dispuesta. Yo no permito que nadie se aproveche de Rilla Blythe y «puedes contar con eso» como dice Susan.

Como esperaba, Olive dijo que quería que almorzáramos en nuestras reuniones. Tuvimos una batalla campal al respecto. La mayoría estaba en contra de la idea y ahora la minoría tiene mala cara. Irene Howard estaba a favor y se ha mostrado muy fría conmigo desde entonces, cosa que me pone triste. Me pregunto si mamá y la señora Elliott tienen problemas en la Sociedad de Adultos, también. Calculo que sí, pero siguen adelante con serenidad. Yo también sigo adelante, pero *sin* serenidad —la verdad es que lloro y grito— pero en privado. Me desahogo en este diario. Y cuando se me pasa, juro que les voy a dar una lección. Jamás voy por allá con mala cara. Odio a la gente que hace eso. En fin, ya pusimos la sociedad en funcionamiento y nos reuniremos una vez por semana y todas vamos a aprender a tejer.

Shirley y yo volvimos a ir a la estación para tratar de convencer a Lunes de que regresara a casa, pero fue en vano. Toda la familia lo intentó pero nadie tuvo éxito. Tres días después de la partida de Jem, Walter se lo trajo por la fuerza en el carro y lo encerró durante tres días. Entonces Lunes comenzó una huelga de hambre y no dejó de aullar de día ni de noche. Tuvimos que soltarlo o se hubiera dejado morir de

hambre.

Así que hemos decidido dejarlo en paz y papá pidió al carnicero que está cerca de la estación que le dé huesos y restos de carne. Además, alguno de nosotros va casi todos los días y le lleva algo. Se queda allí, acurrucado en el galpón de embarque y cada vez que llega un tren corre a la plataforma, meneando la cola con entusiasmo y se lanza sobre todos los que bajan. Después, cuando el tren se va de nuevo y se da cuenta de que Jem no vino, vuelve al galpón con ojos llenos de desaliento y tristeza, y se recuesta a esperar la llegada del tren siguiente. Un día, unos muchachos le tiraron piedras y el viejo Johnny Mead, que nunca parece darse cuenta de nada, tomó un hacha de la tienda del carnicero y los corrió por todo el pueblo.

Kenneth Ford volvió a Toronto. Vino hace dos tardes a despedirse. Yo no estaba; había que hacerle ropa al bebé y la señora Meredith se ofreció a ayudarme, así que estaba en la rectoría. Él le pidió a Nan que lo despidiera de la Araña y que me dijera que no lo olvide del todo por mis absorbentes tareas maternales. Si pudo dejarme un mensaje tan frívolo y ofensivo, se ve con toda claridad que nuestra hermosa hora sobre la playa no significó *nada de nada* para él y no pienso volver a pensar en Kenneth ni en los momentos que pasamos juntos.

Fred Arnold estaba en la rectoría y me acompañó de vuelta a casa. Es el hijo del nuevo ministro metodista, es muy agradable e inteligente y sería de lo más apuesto si no fuera por la nariz. Es una nariz realmente espantosa. Cuando habla de cosas triviales no me molesta tanto, pero cuando habla de poesía e ideales, el contraste entre su nariz y sus palabras es demasiado para mí y me dan ganas de llorar de risa. Es una injusticia porque todo lo que dijo fue sumamente encantador y si lo hubiera dicho alguien como Kenneth yo estaría en *las nubes*. Cuando lo escuchaba con la mirada baja, me sentía fascinada, pero en cuanto levantaba la vista y le veía la nariz, el hechizo se rompía. Él también quiere alistarse, pero no puede porque tiene solamente diecisiete años. La señora Elliott se encontró con nosotros cuando atravesábamos el pueblo y se mostró tan horrorizada como si me hubiera visto caminando con el mismísimo Káiser. La señora Elliott detesta a los metodistas. Papá dice que tiene una obsesión al respecto.

Alrededor del primero de septiembre se produjo un éxodo en Ingleside y en la rectoría. Faith, Nan, Di y Walter partieron para Redmond; Carl se marchó a su escuela de Harbour Head y Shirley se fue a Queen’s. Rilla quedó en Ingleside y se hubiera sentido muy sola si hubiese tenido tiempo. Echaba muchísimo de menos a Walter; desde su conversación en el Valle del Arco Iris se habían acercado mucho y Rilla hablaba con él de problemas que jamás mencionaba a otros. Pero estaba tan ocupada con la Cruz Roja y el bebé que no le sobraba un minuto para la nostalgia. A veces, cuando se acostaba, lloraba un poco contra la almohada por la ausencia de Walter, por Jem en Valcartier y por el antirromántico mensaje de despedida de Kenneth, pero por lo general se dormía antes de que las lágrimas comenzasen a fluir.

—¿Quieres que haga los arreglos necesarios para que mandemos el bebé a Hopetown? —preguntó el doctor un día, dos semanas después de la llegada de la criaturita a Ingleside.

Por un instante, Rilla sintió la tentación de decir que sí. En Hopetown cuidarían bien del bebé y ella volvería a tener los días y las noches libres. Pero… pero… esa pobre madre joven que no había querido que lo enviaran a un asilo. Rilla no podía quitársela de la mente. Y además, esa misma mañana había descubierto que el bebé tenía doscientos cincuenta gramos más desde que estaba en Ingleside. Se había sentido orgullosa.

—Pero… dijiste que si iba a Hopetown, podía morirse —balbuceó.

—Quizás. A veces, los cuidados institucionales, por mejores que sean, no tienen éxito con bebés delicados. Pero ya sabes lo que significa que se siga quedando aquí, Rilla.

—Ya hace quince días que lo cuido… y aumentó doscientos cincuenta gramos —exclamó la muchacha—. Creo que es mejor que esperemos a tener noticias de su padre. Quizás él tampoco quiera que manden al bebé a un orfanato, mientras él pone en riesgo la vida por su país.

El doctor y la señora Blythe intercambiaron miradas divertidas y satisfechas detrás de la espalda de Rilla; no se dijo nada más acerca del orfanato.

Pero la sonrisa no tardó en borrarse del rostro del doctor; los alemanes estaban a treinta y cinco kilómetros de París. Comenzaban a aparecer horribles historias en los periódicos sobre lo que se había hecho a la gente de la martirizada Bélgica. La vida se llenó de tensión para la generación adulta de Ingleside.

—Devoramos las noticias sobre la guerra —le contó Gertrude Oliver a la señora Meredith, tratando de bromear sin éxito—. Estudiamos los mapas y derrotamos al ejército huno en unos pocos movimientos estratégicos. Pero Papa Joffre no tiene el beneficio de nuestros consejos así que París… tendrá que caer.

—¿Te parece? ¿No habrá alguna mano poderosa que pueda intervenir? —murmuró John Meredith.

—Enseño en la escuela como una sonámbula —continuó Gertrude—. Después vuelvo a casa y me encierro en el dormitorio a caminar de un lado a otro como fiera enjaulada. Estoy dejando una huella sobre la alfombra de Nan. Estamos tan horriblemente cerca de esta guerra.

—Los alemanes están en Senlis. Nada ni nadie puede salvar París —vaticinó la prima Sophia. La prima Sophia había tomado la costumbre de leer los periódicos y había aprendido más sobre la geografía del norte de Francia (aunque no sobre la pronunciación de los nombres franceses) en su septuagésimo primer año que en los días de juventud.

—No tengo una opinión tan pobre sobre el Todopoderoso ni sobre Kitchener —objetó Susan con obstinación—. Veo que hay un hombre Bernstoff en los Estados Unidos que dice que la guerra terminó y que Alemania es la vencedora… y tengo

entendido que *Patillas en la luna* opina lo mismo y está sumamente complacido, pero yo podría decirles a ambos que no hay que contar los pollitos antes de que rompan el cascarón y que se vendió más de una piel de animal sin haberlo matado antes.

—¿Y la marina británica? ¿Qué está haciendo? —se quejó la prima Sophia.

—Ni la marina británica puede navegar por tierra, Sophia Crawford. Todavía tengo esperanzas y pienso seguir teniéndolas a pesar de Tomascow, Moggage y todos esos nombres bárbaros. Mi querida señora, ¿puede decirme si R-h-e-i-m-s se pronuncia Raimes, Rims, Reims o Rems?

—Creo que es algo más parecido a «Rhengs», Susan.

—Ay, esos nombres franceses —se lamentó Susan.

—Me dijeron que los alemanes prácticamente arruinaron la iglesia de allá —suspiró la prima Sophia—. Siempre creí que los alemanes eran cristianos.

—Lo de la iglesia está muy mal, pero las atrocidades que cometieron en Bélgica son mucho peores —masculló Susan, indignada—. Cuando oí al doctor leyendo que mataban con bayonetas a los bebés, mi querida señora, pensé: «¡Ay, si fuera nuestro pequeño Jem!». Estaba revolviendo la sopa cuando me vino ese pensamiento a la cabeza y sentí que si hubiera podido levantar esa marmita llena de sopa hirviendo y arrojársela al Káiser no habría vivido en vano.

—Mañana… mañana… el diario dirá que los alemanes están en París —murmuró Gertrude Oliver entre labios tensos. Poseía una de esas almas que están siempre atadas a la hoguera, ardiendo en los sufrimientos del mundo a su alrededor. Además de su propio interés en la guerra, la desgarraba la idea de París cayendo en las crueles manos de las hordas que habían quemado Louvain y arruinado la maravilla de Reims.

Pero el día siguiente y el otro llegaron las noticias del milagro del Marne. Rilla corrió enloquecida desde la oficina a su casa agitando el *Enterprise* con los grandes titulares en rojo. Susan salió a izar la bandera con manos temblorosas. El doctor iba de un lado a otro, murmurando: «Gracias a Dios». La señora Blythe lloraba, reía y volvía a llorar.

—Dios extendió su mano y los tocó, eso es todo: «Hasta aquí… ni un paso más…» —dijo el señor Meredith esa noche.

Rilla cantaba mientras acostaba al bebé. París se había salvado… La guerra había terminado… Alemania había perdido… pronto llegaría el final… Jem y Jerry regresarían. Las nubes negras habían pasado.

—No te atrevas a tener cólicos en esta noche feliz —le advirtió al bebé—. Si lo haces, te meteré de nuevo en la sopera y te despacharé a Hopetown, en tren de carga. Tienes unos ojos bonitos, eso tengo que reconocerlo, y no estás tan rojo y arrugado como antes, pero eres calvo como un huevo y esas manos tuyas parecen garras… No me gustas ni un poquito más que antes. Espero que tu pobre madre sepa que duermes todas las noches en una canastilla blanda con un biberón de leche tal como lo indica el manual de Morgan en lugar de morir de a poco con la vieja Meg Conover. Y espero que no sepa que esa mañana cuando Susan no estaba y te me caíste de las manos al

agua casi te ahogas. ¿Por qué serás tan resbaladizo? No, no me gustas ni me gustarás nunca, pero pienso convertirte en una criatura respetable. Vas a engordar todo lo que sea necesario, en primer lugar. No voy a permitir que la gente diga: «Qué cosita esmirriada es ese bebé de Rilla Blythe», como comentó la vieja señora Drew ayer en la Cruz Roja. Aunque no te tenga cariño, quisiera sentirme orgullosa de ti.

9. Doc tiene un accidente

—La guerra no terminará hasta la primavera —dijo el doctor Blythe cuando todos se dieron cuenta de que, aparentemente, la larga batalla de Aisne era un estancamiento.

Rilla murmuraba «cuatro derecho, uno revés» muy bajito, mientras mecía la cuna del bebé con un pie. Morgan no era partidario de las cunas pero Susan sí, y valía la pena sacrificar los principios un poco con tal de mantener a Susan de buen humor. Dejó su tejido a un lado un momento y dio:

—¿Es posible esperar tanto tiempo? —Luego retomó la media. La Rilla de dos meses atrás se hubiera ido a llorar al Valle del Arco Iris.

La señorita Oliver suspiró y la señora Blythe juntó las manos por un momento. Luego Susan dijo con energía:

—Bueno, vamos a tener que juntar valor y empezar a trabajar. El trabajo es el lema de Inglaterra; eso me han dicho, mi querida señora, y ahora también es mi lema. No me olvido de que Kitchener está al timón y que a Joffre le está yendo muy bien para ser francés. Le voy a mandar la caja con la torta a Jem y pienso terminar este par de medias hoy mismo. Mi cuota es de un par de medias por día de ahora en adelante. Hasta la prima Sophia se puso a tejer, mi querida señora, y eso sí que es bueno porque así no tiene tiempo de pensar y decir tantas cosas tristes. Le conviene tener las manos ocupadas con las agujas, en lugar de cruzadas sobre el estómago. Ella piensa que para el año que viene todos vamos a ser alemanes y yo le contesto que les va a llevar más de un año hacer una alemana de mí. ¿Sabía usted mi querido doctor, que Rick MacAllister se enroló? También dicen que Joe Milgrave está por hacerlo pero tiene miedo de que *Patillas en la luna* no lo deje acercarse a Miranda si lo hace.

—Está por irse hasta el muchacho de Billy Andrews… y el hijo único de Jane… y el pequeño Jack de Diana —agregó la señora Blythe—. El hijo de Priscilla se fue desde Japón y el de Stella desde Vancouver… y también los dos del reverendo Jo. Philippa dice en la carta que sus chicos zarparon de inmediato y que ni siquiera les preocupó la indecisión de ella.

El doctor le pasó la carta a su mujer mientras comentaba:

—Jem dice que se van pronto, y que no va a tener licencia antes de la partida.

—Eso no es justo —exclamó Susan, indignada—. Ese *Sir* Sam Hughes, ¿no tiene un poco de consideración por nuestros sentimientos? ¡Qué idea la de llevarse a mi bendito niño a Europa sin siquiera dejar que le echemos un vistazo! Yo, si fuera usted, mi querido doctor, escribiría una carta a los diarios al respecto.

—Quizá sea mejor así —comentó la madre, desilusionada—. No creo que pudiera soportar otra despedida. Ay, si por lo menos… pero no. ¡No voy a decirlo! Como Susan y Rilla, estoy decidida a ser una heroína —concluyó con una sonrisa.

—Ustedes son buenas personas —dijo el doctor—. Estoy orgulloso de las mujeres que me rodean. Hasta Rilla, mi lirio del valle, está organizando la Cruz Roja a todo vapor. Y está trabajando muy bien. Rilla, hija de Ana, ¿cómo vas a llamar a tu

bebé de guerra?

—Estoy esperando tener noticias de Jim Anderson, puede que quiera ponerle él mismo el nombre a su hijo.

Pero las semanas de otoño siguieron pasando y Jim Anderson no dio señales y lo único que se supo de él fue que había partido en barco desde Halifax; parecía indiferente al destino de su mujer y su hijo. Con el tiempo, Rilla decidió ponerle James, y Susan opinó que tendría que agregarle Kitchener. De esta manera James Kitchener Anderson fue el poseedor de un nombre un poco más imponente que su propia persona. Con el correr del tiempo, la familia de Ingleside terminó llamándolo Jims, pero para la obstinada Susan fue siempre el «Pequeño Kitchener» y nada más.

—Jims no es un nombre digno de un niño cristiano, querida señora —protestaba Susan—. La prima Sophia dice que es demasiado impertinente; y por única vez me parece que lo que ella dice tiene mucho sentido aunque no le daré el gusto de coincidir abiertamente. En cuanto a la criatura, está pareciéndose más a un bebé y tengo que admitir que Rilla se porta maravillosamente con él pero no pienso consentirla diciéndoselo en la cara. Mi querida señora, nunca olvidaré, nunca, nunca, la primera imagen que tuve del bebé recostado en esa enorme sopera y envuelto en ese trapo de franela sucia. No es muy frecuente que Susan Baker se quede sin habla pero en ese instante, me quedé sin habla, de eso puede usted estar segura. Porque por un momento pensé que mi mente se había obnubilado y que estaba viendo visiones. Luego, tuve un pensamiento: no, yo nunca escuché que viera soperas en sus visiones, así que *tenía* que ser real; y así me compuse un poco. Cuando escuché que el doctor le decía a Rilla que ella tenía que cuidar al bebé, pensé que estaba bromeando, y no creí ni por un minuto que ella quisiera o pudiera hacerlo. Pero miren lo que pasó y cómo maduró la niña. Cuando es absolutamente necesario hacer algo, siempre se puede.

Un día de octubre, Susan pudo agregar una prueba más a sus concluyentes deducciones. El doctor y su señora estaban de viaje. Rilla velaba la siesta de Jims arriba, tejiendo cuatro al revés y uno al derecho con energía insuperable. Susan estaba sentada en la galería de atrás, pelando habas con la ayuda de la prima Sophia. La paz y la tranquilidad reinaban en Glen, el cielo era una tela de terciopelo de nubes plateadas y brillantes.

El Valle del Arco Iris se envolvía en una bruma otoñal suave y rosada. El monte de arces era un incendio de colores y los rosales que bordeaban la cocina formaban una paleta de distintos matices. Parecía como si no existiera conflicto alguno en el mundo, y el fiel corazón de Susan quedó por un momento adormecido por el olvido, a pesar de que no había podido dormir en toda la noche pensando en su querido Jem, allá lejos en el Atlántico, en la flota que llevaba al ejército canadiense por primera vez al otro lado del océano. Hasta la prima Sophia parecía menos melancólica que otras veces y admitía que no había nada que criticar en el tiempo agradable, aunque no había duda de que esa calma bien podía preceder una espantosa tormenta.

—La cosa está demasiado calma como para que dure mucho —vaticinó.

De pronto, y como para confirmar lo dicho, oyeron un ruido estrepitoso y aterrador detrás de ellas. Era casi imposible describir la sucesión de ruidos de metal, vidrio, porcelana que parecían caer al mismo tiempo en la cocina. Susan y la prima Sophia se miraron con desesperación.

—Pero ¿qué pudo haberse roto de esa manera?, digo yo —exclamó la prima Sophia.

—Tiene que haber sido ese gato Hyde que por fin se volvió loco del todo —murmuró Susan—. Hace años que lo estoy esperando.

Rilla apareció como un rayo por la puerta de la sala.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

Susan le respondió:

—No tengo ni la menor idea pero es evidente que esa bestia tuya tiene que tener algo que ver con todos esos ruidos. No te le acerques. Yo voy a abrir la puerta para espiar. Ahí va un poco más de vajilla. Siempre dije que ese gato tenía el diablo adentro y cada vez estoy más segura.

Dicho esto, abrió la puerta y miró. Había platos rotos desparramados por todo el suelo. La tragedia parecía haber sucedido en el aparador más largo, donde Susan había acomodado en perfecto orden todos los boles de la cocina. Y un frenético gato se retorcía por toda la cocina con la cabeza trabada dentro de una vieja lata de salmón. Enceguecido corría por todos lados, dando chillidos diabólicos y golpeándose la cabeza con todo lo que encontraba a su paso; al mismo tiempo, trataba en vano de quitarse la lata de la cabeza con las garras. El espectáculo era tan gracioso que Rilla no pudo dejar de reír.

Susan la miró con aire desaprobador.

—No veo nada de gracioso en todo esto. Esa bestia destruyó el gran bol azul que trajo tu madre de Tejas Verdes cuando se casó. Pero la cuestión es pensar en cómo vamos a sacarle a Hyde la lata de la cabeza.

—Ni se te ocurra tocarlo. Cierra la puerta y ve a buscar a Albert —ordenó la prima Sophia.

—No acostumbro buscar a Albert por problemas familiares —le contestó Susan con altivez—. Esa bestia está atormentada, y cualquiera sea la opinión que me merece, no puedo soportar que sufra de semejante forma. Tú mantente alejada, Rilla, por la salud de Kitchener, y yo veré lo que puedo hacer.

Se introdujo con mucha cautela en la cocina, tomó una vieja chaqueta del doctor y después de una persecución salvaje y algunos saltos y arremetidas infructuosos, se las arregló para arrojar la chaqueta sobre el gato y la lata. Luego trató de serruchar la lata con un abridor, mientras Rilla intentaba mantener quieto al pobre animal enrollado dentro del saco. Nunca se escucharon en Ingleside alaridos semejantes a los que emitió Doc durante el proceso. Cuando lo dejaron libre, el gato estaba furioso. Evidentemente, creía que todo había sido parte de un plan para humillarlo. Su

agradecimiento fue una mirada malévola a Susan y salió disparado hacia el cantero de rosales donde se apoltronó por el resto del día. Susan, con la cara llena de una expresión sombría, barrió los restos de su vajilla destrozada.

—Ni los hunos podrían haber hecho un trabajo tan perfecto —masculló con amargura—. Las cosas han llegado a un extremo tal que una mujer honesta no puede dejar su cocina por unos minutos sin que un gato malvado destruya todo lo que se le cruza con la cabeza metida en una lata de salmón.

10. Los problemas de Rilla

Terminó octubre y llegaron los días tristes de noviembre y diciembre. El mundo se estremecía con el tronar de los ejércitos contendientes; había caído Amberes… Turquía declaró la guerra… la pequeña y valiente Serbia se unificó para combatir contra su opresor. Mientras, en la tranquila Glen St. Mary, a miles de kilómetros de distancia, los corazones latían de esperanza y de miedo al recibir los despachos que llegaban día a día.

—Hace unos meses —decía la señorita Oliver—, hablábamos y pensábamos en términos propios de Glen St. Mary, ahora pensamos y hablamos en términos de tácticas militares e intrigas diplomáticas.

El único acontecimiento importante de cada día era la llegada de la correspondencia. Hasta Susan admitió que desde que oía cómo el coche del correo cruzaba el puentecito que unía la estación con el pueblo hasta que llegaban las noticias, no podía trabajar normalmente.

—En ese momento, tengo que buscar mi tejido y tejer sin parar hasta que llegan los diarios, mi querida señora. Después de que veo los titulares, buenos o malos, eso no importa, me siento más tranquila y lista para volver a mi trabajo. Es una desgracia que el correo llegue justo cuando estoy preparando la cena. Yo creo que el gobierno debería organizar mejor las cosas. Pero el ataque a Calais ha sido un fracaso, yo estaba segura de que iba a ser así; y además el Káiser no estará en Londres para la cena de Navidad. Tengo mucho que trabajar esta tarde. Quiero preparar el paquete con la torta de Navidad para Jem. Estoy segura de que le encantará, siempre y cuando no termine ahogado en el barro antes de recibirla.

El campamento de Jem quedaba en Salisbury Plain y, a pesar del barro, el muchacho escribía cartas alegres y optimistas. Walter estaba en Redmond y se hubiera podido decir cualquier cosa de las cartas que le enviaba a Rilla menos que eran alegres. Cada vez que abría una, Rilla sentía un tirón en el corazón, un presagio de la idea de que lo habían enrolado. La amargura de su hermano la entristecía. Tenía ganas de ponerle un brazo en el hombro y reconfortarlo, como aquel día en el Valle del Arco Iris. Odiaba a todos los responsables de la tristeza de Walter.

—Le van a llamar —murmuraba para sí una tarde en el Valle del Arco Iris mientras leía su carta—. Le van a llamar; y si él se va, no creo que pueda soportarlo.

Walter le contaba en su carta que alguien le había enviado un sobre con una pluma blanca.

> Me la merezco, Rilla. Sentí que tenía que ponérmela y proclamarme el cobarde más cobarde de Redmond. Los chicos de mi clase se van… Todos los días llaman a dos o tres más. Hay momentos en que estoy a punto de creer que lo voy a hacer, que voy a enrolarme… y después me veo atravesando a otro hombre con una bayoneta, a un hombre que puede ser el marido o el novio o

el hijo de alguien, quizá padre de niños pequeños…, me veo tirado en el campo de batalla, herido y rodeado de muertos y agonizantes, y entonces sé que nunca lo haré. No puedo siquiera enfrentarme con la idea. ¿Cómo enfrentarla? A veces me arrepiento de haber nacido. La vida siempre fue tan bella para mí… y ahora es algo tan espantoso. Rilla, mi Rilla, si no fuese por tus cartas, tus queridas cartas, brillantes, alegres, graciosas, cartas que me devuelven la fe… si no fuese por ellas, ya me hubiera dado por vencido. ¡Y las de Una! Una es tan buena chica ¿no es cierto? Debajo de su personalidad tímida y aniñada, hay una calidad y una firmeza maravillosas. No tiene tu facilidad para escribir epístolas graciosas, pero hay algo en sus cartas… no sé qué es… que por momentos me hace creer que sí voy a ir al frente. Y no me dice ni una sola palabra, ni siquiera insinúa que debería ir, ella no es así. Lo que me afecta es simplemente el *espíritu* de esas cartas, la personalidad con que están escritas. En definitiva, no puedo ir. Tú tienes un hermano cobarde y Una tiene un amigo *cobarde*.

Rilla se dijo suspirando:

«Desearía que Walter no escribiera esas cosas. Me *duelen*. Él no es cobarde… no es cobarde… no lo es».

Miró ansiosa a su alrededor, miró el vallecito arbolado y los rastrojos grises que había más allá. ¡Todo le hablaba de Walter! Todavía colgaban hojas rojizas de los rosales que sobresalían por la curva del arroyo con los tallos brillantes por las gotas de lluvia que habían caído un rato antes. Una vez Walter había escrito un poema describiéndolos. El viento suspiraba y crujía entre las ramas heladas y marrones de los helechos, luego disminuía y desaparecía arroyo abajo. Walter había dicho alguna vez que le fascinaba la melancolía del viento de otoño en noviembre. *Los Amantes* del árbol seguían enlazados en un abrazo fiel y la *Dama Blanca*, que se había convertido en un árbol grande, se alzaba suavemente contra el cielo gris. Walter les había puesto esos nombres hacía mucho; y en noviembre pasado, cuando caminaba con ella y la señorita Oliver por el valle, había dicho:

—Un abedul blanco es como una virgen pagana, todavía conserva el secreto del Edén, la sensación por la cual se puede estar desnuda sin sentir vergüenza.

La señorita Oliver comentó:

—¿Por qué no pones eso en un poema, Walter?

Walter le hizo caso y al día siguiente les leyó la obra; algo corto con una chispa de imaginación en cada línea. ¡Qué felices habían sido en esos tiempos!

—Bueno… —Rilla se fue incorporando—. Ya era tiempo. Jims estaría despierto dentro de poco… había que prepararle el almuerzo… planchar sus batitas… había una reunión del comité de la Cruz Roja Juvenil esa noche… tenía que terminar su bolsa de tejido… sería la bolsa más linda de toda la Sociedad Juvenil… más linda que la de Irene Howard… debía volver a casa a trabajar. Estos días había estado

ocupadísima de la mañana a la noche. Ese monito de Jims le llevaba tanto tiempo… Pero crecía… estaba creciendo. Había momentos en que Rilla estaba segura de que no era simplemente una expresión de deseo sino un hecho: estaba mejorando mucho. Algunas veces se sentía orgullosa; otras, tenía ganas de pegarle. Pero nunca lo besaba, nunca tenía ganas de besarlo.

—Los alemanes capturaron Lodz hoy —dijo la señorita Oliver una noche de diciembre mientras ella, la señora Blythe y Susan cosían y tejían en la sala cálida—. Esta guerra amplió mis conocimientos de geografía, no puedo negarlo. Aunque me considero educada, hace tres meses no hubiera sabido que existía un lugar llamado Lodz. No hubiese sabido nada sobre él ni tampoco me hubiera importado. Ahora sé mucho, todo: conozco su superficie, su situación, su importancia militar. Cuando oí ayer que los alemanes la habían capturado en su segundo ataque a Varsovia, se me heló la sangre. Me desperté en medio de la noche preocupada por el destino de la ciudad. Ahora entiendo por qué los bebés lloran de noche. De noche todo pesa más sobre mi alma y es imposible verle el lado bueno a las cosas.

—Cuando yo me despierto de noche y no puedo volver a dormirme —dijo Susan que tejía y leía al mismo tiempo—, trato de sobrellevar el momento torturando al Káiser hasta la muerte. Anoche lo freí en aceite hirviendo y me dio mucho placer por la memoria de esos bebés belgas.

—Se nos ha enseñado a amar a nuestros enemigos, Susan —dijo el doctor, muy solemne.

—Sí, a *nuestros* enemigos sí, pero no a los enemigos del rey George, mi querido doctor —reaccionó Susan, acalorada. Se sentía tan satisfecha por haber encontrado una respuesta tan justa que hasta se sonreía mientras se lustraba los anteojos. Susan siempre se había negado a usar anteojos, pero la necesidad de leer las noticias de la guerra la había forzado a aceptarlos.

—¿Puede decirme, Miss Oliver cómo se pronuncia Mlawa, y Bzura y Przemysl? —preguntó.

—El último es un acertijo que nadie ha podido resolver, Susan y, en cuanto a los otros, solamente puedo arriesgar una solución a tu pregunta.

—Estos nombres extranjeros no son demasiado decentes, diría yo —acotó Susan con disgusto.

La señorita Oliver agregó:

—Me atrevo a decir que para los austríacos y los rusos Saskatchewan y Musquodoboit son igualmente difíciles.

Rilla estaba arriba, desahogando sus sentimientos sobrecargados en el diario.

Esta semana las cosas se han ido al «catawampus», como diría Susan. En parte fue culpa mía y en parte no; me siento igualmente mal por ambas razones. El otro día

fui al pueblo a comprarme un sombrero de invierno. Fue la primera vez en que nadie insistió en acompañarme para ayudarme a elegirlo; llegué a la conclusión de que mi madre ya no me considera una niña. Encontré un sombrero especial y quedé totalmente hechizada. Era de terciopelo y en una tonalidad de verde perfecta para mí. Va magníficamente bien con el color de mi piel y mi cabello, hace resaltar esos reflejos cobrizos que la señorita Oliver llama mi «cremosidad». Creo que solamente una vez me había encontrado con este preciso tono de verde. Cuando era pequeña tuve un sombrerito de paño de ese color y mis compañeras de colegio estaban locas por él. Bueno, cuando vi ese sombrero lo único que se me ocurrió era que tenía que ser mío… y lo compré. El precio era aterrador. No lo voy a poner aquí porque no quiero que mis descendientes sepan que yo me sentía culpable por haber pagado un sombrero tan caro cuando estamos en época de guerra y hay que hacer economía. Cuando llegué a casa y me lo probé otra vez en mi habitación, me asaltaron los remordimientos. Me seguía sentando muy bien, por supuesto, pero era un poco demasiado elaborado y complicado como para ir a la iglesia o hacer las cosas cotidianas en Glen. En resumen: era demasiado llamativo.

«¿Te parece, Rilla —dijo mamá en un tono bajo, demasiado bajo—, te parece correcto gastar tanto dinero en un sombrero cuando el mundo entero está pasando tantas necesidades?».

«Lo pagué con mis ahorros, mamá».

«Ése no es el punto. Tu mensualidad se basa en la condición de que te alcance razonablemente para cada una de tus necesidades. Si pagas demasiado por una sola, vas a tener que recortar tus gastos en las otras y eso no es satisfactorio. Ahora, si piensas que procediste correctamente, Rilla, entonces no hay más que hablar. Lo dejo libre a tu conciencia».

No me gusta cuando mamá deja las cosas libres a mi conciencia. Y además, ¿qué podía hacer? No podía ir a devolver el sombrero: ya lo había usado para ir a un concierto. Tenía que quedármelo. Me sentía tan mal que desemboqué en un estado de ánimo calmo, gélido, mortífero.

«Madre —le dije en tono altanero—, lamento que no apruebes mi sombrero…».

«Lo que no me gusta no es el sombrero, exactamente, aunque lo considero de gusto dudoso para una jovencita…, sino el precio que pagaste por él», interrumpió mamá.

Esa interrupción hizo más firme mi extraño humor así que seguí, calma, gélida y mortífera como nunca, como si mamá no hubiese hablado.

«… pero ahora tengo que quedarme con él. Así y todo, te prometo que no voy a comprarme ningún otro sombrero durante los próximos tres años o mientras dure la guerra. Ni siquiera tú… —¡Qué sarcasmo puse en ese tú!—, podrás decir que he pagado mucho si lo divides por tres años».

«Te vas a cansar de ese sombrero antes de tres años, Rilla», dijo mamá con una risita provocativa que se podía interpretar como una seguridad de que yo no cumpliría

mi palabra.

«Cansada o no, pienso usarlo durante todo ese tiempo», afirmé y subí las escaleras para llorar por el tono sarcástico que había usado con mi madre.

Ya odio el sombrero. Pero dije tres años o lo que dure la guerra y serán tres años o lo que dure la guerra. Me comprometí y cumpliré con lo dicho cueste lo que cueste.

Éste es uno de los casos «catawampus». El otro caso es que discutí con Irene Howard… o que ella me buscó para discutir… o bueno, que las dos discutimos.

Ayer se reunió aquí la Cruz Roja Juvenil. La reunión era a las dos y media pero Irene llegó a la una y media, porque por casualidad pudo venir con alguien que la trajo desde Glen. Irene no está muy bien conmigo desde la cuestión de la comida y, por otra parte, pienso que está un poco resentida por no haber sido elegida presidente. Pero me propuse manejar la situación con delicadeza, así que nunca me di por aludida. Ayer estaba tan dulce y amable conmigo otra vez que tuve la esperanza de que habían terminado las asperezas y podríamos volver a ser tan amigas como antes.

Pero en cuanto nos sentamos, Irene empezó a molestarme. Vi que miraba mi bolsa de tejer nueva. Mis amigas siempre me dijeron que tenía una mente envidiosa, pero yo nunca lo creí.

Lo primero que hizo fue tomársela con Jims; Irene finge que adora a los bebés. Lo sacó de su cuna y comenzó a darle besos en la cara. Bueno, Irene sabe perfectamente que no me gusta que besen tanto a Jims. No es higiénico.

Le molestó tanto que el niño empezó a refunfuñar y entonces, me miró y se rió con esa risita desagradable, pero dijo con voz toda suavidad:

«Ay, Rilla, *querida*, me miras como si lo estuviese envenenando».

«No, no, Irene, no es así —respondí con dulzura forzada—. Pero tú sabes que Morgan ha dicho que el único lugar donde se puede besar a un bebé es en la frente, por los gérmenes, y ésa es mi regla con respecto a Jims».

«Ay, por favor, ¿te parece que estoy tan llena de gérmenes?», preguntó ella, así, directamente.

Yo sabía que me estaba provocando; hervía por dentro pero por fuera nada, ni vapor. Estaba dispuesta a no dejarme llevar a una pelea con Irene.

Después empezó a hacerlo saltar por el aire con movimientos de rebote. Morgan dice que esos movimientos son pésimos para la salud de un bebé. Yo no permito que le hagan esos rebotes a Jims, *nunca*. Pero Irene lo hacía y parecía que a ese bebé exasperante le gustaba. Sonrió… sí, por primera vez. Tiene cuatro meses y hasta ahora no había sonreído. Ni siquiera mamá o Susan lograron sacarle una sonrisa por más esfuerzos que hicieron. Y ahí estaba… sonriendo… ¡porque Irene lo estaba haciendo rebotar!

¡Qué ingratitud!

Tengo que admitir que la sonrisa le cambió la cara. Se le hicieron dos preciosos hoyuelos en las mejillas; los ojos le brillaban de risa. El entusiasmo que demostró Irene por esos hoyuelos estaba completamente fuera de lugar. Hacía suponer que ella

había sido la diseñadora. Pero yo seguí cosiendo sin entusiasmarme para nada; Irene se cansó de hacerlo saltar y lo colocó de nuevo en la cuna. Al bebé no le gustó mucho eso después de haber jugado tanto, así que empezó a llorar y estuvo molesto el resto de la tarde; cosa que no hubiera sucedido si Irene lo hubiese dejado tranquilo.

Entonces, Irene lo miró y preguntó:

«¿Siempre llora así?», como si nunca hubiese oído llorar a un bebé.

«Si Jims no llorase en todo el día yo tendría que hacerlo llorar por lo menos veinte minutos», le contesté.

«Ah, pero cómo no, claro», dijo ella, riendo como sí no me creyera.

El libro de Morgan estaba arriba, si no, la hubiera convencido. Luego dijo que Jims no tenía mucho cabello… que nunca había visto un bebé de cuatro meses tan calvo.

Por supuesto, yo sabía que Jims no tiene mucho pelo aún; pero Irene lo dijo en un tono que sugería que yo tenía la culpa. Le expliqué que había docenas de bebés tan pelados como Jims, y ella me dijo que bueno, que no había querido ofenderme… ¡Como si yo me hubiera ofendido!

La cosa siguió así durante una hora; Irene me lanzaba dardos todo el tiempo. Las chicas siempre habían dicho que ella era así de hiriente cuando algo la irritaba, pero hasta ahora yo no lo creía. Siempre pensé que Irene era perfecta y por eso me hería tanto verla comportarse así. Pero escondí bien mis sentimientos y seguí cosiendo un camisón para una niña belga.

Hasta que Irene me dijo la cosa más cruel y despreciable que nadie haya dicho jamás sobre Walter. No voy a escribir lo que me dijo… no puedo. Por supuesto que dijo que ella también se había puesto furiosa cuando se lo dijeron y todo eso… pero no tenía necesidad de repetir semejante cosa delante de mí. Lo hizo para lastimarme.

Así que estallé:

«¿Cómo puedes venir aquí a repetir una cosa semejante sobre mi hermano, Irene Howard? —exclamé—. Esto sí que yo no te lo perdono… nunca. Tu hermano no se ha enrolado tampoco y no tiene ni idea de qué es enrolarse».

«¡Ay, Rilla, yo no lo dije! Fue la señora de George Burr, y yo le contesté que…».

«La verdad es que no me interesa lo que le dijiste. No vuelvas a dirigirme la palabra en tu vida, Irene Howard».

Claro que no tendría que haber dicho eso. Pero las palabras se me escaparon de la boca. Las chicas se acercaron todas juntas y tuve que hacer el papel de anfitriona lo mejor que pude. Irene se quedó aparte con Olive Kirk y se fue sin mirarme. Supongo que tomó mis palabras en serio y no me importa, porque no puedo ser amiga de alguien que sea capaz de repetir semejante falsedad sobre Walter. Pero la verdad es que no estoy contenta por esto. Siempre fuimos tan buenas amigas y hasta hace muy poco Irene era cariñosa conmigo; ahora me enfrento con otra desilusión más, siento como si ya no existiera la verdadera amistad.

Papá le pidió a Joe Mead que construya una casita para *Lunes* en un rincón del

refugio de la estación. Pensamos que *Lunes* volvería a casa con el frío del invierno pero no. Nada ni nadie pueden convencerlo de irse de su lugar. Se queda ahí y sale al encuentro de cada tren; teníamos que hacer algo para que se sintiera más cómodo. Joe construyó la casita y la colocó para que *Lunes* pueda ver el tren desde dentro; esperemos que la utilice.

Lunes se ha hecho famoso. Vino un periodista del *Enterprise* le sacó una foto y escribió la historia completa del vigía fiel. La historia se publicó en el *Enterprise* y la repartieron por todo el Canadá. Pero eso a *Lunes* no le importa. Lo único que le importa es que Jem se fue a alguna parte, él no sabe ni dónde ni por qué y piensa esperarlo hasta que vuelva. No sé por qué me reconforta: es tonto, supongo pero me da la sensación de que Jem va a volver. Me parece que *Lunes* no lo esperaría si no fuera a volver.

Jims ronca en la cuna aquí a mi lado. Es que tiene un catarro que le hace roncar así… no adenoides. Irene debía estar resfriada ayer y estoy segura de que fue ella la que se lo contagió, de tanto besarlo. Ya no está tan fastidioso como antes, tiene más fuerte la espalda y se puede sentar bastante bien; le encanta que lo bañe: en lugar de gritar y retorcerse ahora salpica. Hoy le hice, unas pocas cosquillas cuando lo desvestí —no lo haría rebotar, pero Morgan no dice nada respecto de las cosquillas— sólo para ver si sonreía como le sonrió a Irene. Y sí y le salieron los hoyuelitos y todo. ¡Qué pena que su madre no haya podido verlos!

Hoy terminé mi sexto par de calcetines. Con los tres primeros tuve que decirle a Susan que me hiciera los talones, luego pensé que no era correcto de mi parte así que aprendí a hacerlos. Es algo que odio, pero desde el 4 de agosto estoy haciendo muchas cosas que odio así que una más no importa. Pienso en Jem haciendo bromas sobre el barro de Salisbury Plain y me vienen ganas de tejerlos.

11. Claro y oscuro

Para Navidad volvieron los universitarios y por un breve tiempo todo fue alegría otra vez. Pero no estaban todos allí… por primera vez faltaba uno en la mesa navideña. Jem, el de labios callados y mirada intrépida, estaba muy lejos; para Rilla, ver su lugar vacío era algo muy difícil de soportar. Susan se encaprichó con la idea de poner su lugar en la mesa como siempre, con el servilletero trenzado que tenía desde pequeño y el extraño copón de Tejas Verdes que le había regalado la tía Marilla, y que no había dejado de usar desde entonces. Dijo con firmeza:

—Ese bendito niño tendrá su lugar en la mesa, mi querida señora. Y no se sienta mal por eso porque hoy estará con nosotros en espíritu y la próxima Navidad de cuerpo entero. Espere a que se haga el Gran Ataque y esta guerra terminará en un periquete.

Todos trataban de pensar así, pero había una sombra oculta detrás de la alegría. Walter también estuvo callado y apático durante todas las vacaciones. Mostró a Rilla una carta anónima que había recibido en Redmond; había más malicia que indignación patriótica en ella.

—No importa, Rilla. Todo lo que dice es verdad.

Rilla se la quitó y la arrojó al fuego.

—No hay nada de verdad en esa carta —declaró, indignada—. Walter, estás morboso como dice la señorita Oliver. Siempre estás pensando en lo mismo.

—No puedo olvidarme de esto, Rilla. La Universidad entera está enardecida por esta guerra. Allí, un muchacho perfectamente apto, un joven que tiene la edad adecuada y no se enrola es alguien que evade la realidad y así se lo trata. El profesor de inglés, el doctor Milne, que siempre demostró una cierta preferencia por mí, tiene dos hijos en el ejército y siento que hay un cambio en nuestra relación.

—No es justo. Tú no eres apto.

—Sí, físicamente sí. Y mentalmente. Mi ineptitud está en mi alma y es una mancha y una desgracia. Bueno, bueno, no llores, Rilla. No voy a irme, no tengas miedo. La música de las gaitas suena en mis oídos día y noche… pero no puedo seguirla.

—Si te fueras destrozarías el corazón de mamá y el mío —dijo Rilla, llorando—. Ay, Walter, con uno en la familia basta.

Las vacaciones no fueron alegres para Rilla. La presencia de Nan, Di, Walter y Shirley ayudó a que las cosas fueran más soportables. También recibió una carta y un libro de Kenneth Ford; algunas frases de la carta le hicieron arder las mejillas y acelerar el corazón… hasta que llegó el último párrafo que echó un frío helado sobre todo lo demás.

> Mi tobillo está como nuevo. En un par de meses, Rilla, mi Rilla voy a

> estar listo para ingresar a las filas. Va a ser todo un acontecimiento ponerme el uniforme de una vez. El pequeño Ken estará en condiciones de mirar a todo el mundo a la cara. No voy a tener deudas con nadie. Fue muy feo últimamente, desde que empecé a caminar sin cojear. La gente que no sabe me mira de una manera como diciendo: «¡Cobarde!». Bueno, ahora ya no podrán hacerlo.

—Odio esta guerra —exclamó Rilla con amargura, contemplando la gloria congelada, rosada y dorada del monte de arces en el crepúsculo invernal.

—Ya terminó mil novecientos catorce —dijo el doctor Blythe el día de Año Nuevo—. Su sol, que nació en medio de la bonanza, murió teñido en sangre. ¿Qué nos deparará mil novecientos quince?

—¡La victoria! —respondió Susan, sin vacilar.

—¿Realmente crees, Susan, que vamos a ganar la guerra? —preguntó la señorita Oliver con voz triste. Había venido desde Lowbridge a despedirse de las chicas y de Walter que regresaban a Redmond. Estaba de un humor un poco melancólico y cínico. Veía sólo el lado oscuro de las cosas.

—¡Creer que vamos a ganar la guerra! —exclamó Susan—. No mi querida señorita Oliver, no lo creo… estoy absolutamente segura. Tenemos que confiar en Dios y construir armas poderosas.

—A veces pienso que es mejor confiar en las armas poderosas —declaró Gertrude, desafiante.

—No diga eso. Los alemanes tenían armas poderosas en el Marne, ¿no es así? La que los detuvo fue la Providencia. No debería olvidarlo. Acuérdese de eso cada vez que tenga dudas. Tómese fuerte de los costados de la silla, siéntese derecha y repita: «Las armas son buenas, pero el Todopoderoso es mejor, y Él está de nuestro lado, no importa lo que diga el Káiser al respecto». Mi prima Sophia es un poco como usted, tiene tendencia a desalentarse. «Dios mío, ¿qué haremos si los alemanes llegan hasta aquí?», se quejaba ayer. «Enterrarlos —le contesté como si tal cosa—. Tenemos mucho lugar para las tumbas». La prima Sophia pensó que eso era una impertinencia, pero yo no soy impertinente, señorita Oliver: confío en la marina británica y en nuestros muchachos canadienses.

—Últimamente, odio irme a la cama —acotó la señora Blythe—, siempre me gustó ir a la cama y tener media hora de pensamientos buenos y alegres antes de dormirme. Ahora me imagino cosas horribles. Es muy diferente.

—Yo me alegro cuando llega la hora de dormir —dijo la señorita Oliver—. Me gusta la oscuridad porque ahí puedo ser yo misma… no necesito sonreír ni decir cosas importantes. Pero algunas veces la imaginación se me escapa y veo… cosas terribles, cosas que van a pasar en los próximos años.

—Estoy muy contenta de no tener imaginación —dijo Susan—. Nunca me pasan esas cosas. Me enteré por el diario de que al príncipe heredero lo han matado de nuevo. ¿Será definitivo esta vez? Y también vi que Woodrow Wilson está por escribir

otra nota. Me pregunto —concluyó Susan, con la ironía que utilizaba últimamente para referirse al pobre Presidente— si es que todavía vive su maestro de escuela.

En enero Jims cumplió cinco meses y Rilla celebró el acontecimiento.

—Pesa seis kilos —anunció jubilosa—. Justo lo que debe pesar un bebé de cinco meses, según Morgan.

Ya no quedaban dudas de que Jims se estaba poniendo bonito. Tenía las mejillas regordetas, firmes y de un rosado suave, los ojos grandes y brillantes, las manitas con hoyuelos en el nacimiento de cada dedo. Para gran alivio de Rilla, le había empezado a crecer el pelo. Se podía distinguir con claridad una pelusa dorada y suave sobre todo bajo algunas luces. Era un buen niño, dormía y digería como dictaminaba Morgan. Sonreía de vez en cuando pero nunca se había reído, por más que todos trataran de provocarlo. Rilla estaba preocupada porque, según Morgan, los bebés reían ruidosamente del tercero al quinto mes de vida. Jims cumplía cinco y no tenía idea de qué era reír. ¿Por qué? ¿Sería normal?

Una noche Rilla llegó tarde de una reunión de reclutamiento donde tuvo que recitar unos poemas patrióticos. No le gustaba mucho la idea de recitar en público. Tenía una tendencia a cecear que se le acentuaba cuando estaba nerviosa. Cuando le pidieron que recitara en Glen la primera vez, se rehusó. Después la negativa empezó a preocuparla. ¿Era cobardía? ¿Qué pensaría Jem de ella? Después de dos días de cavilaciones, llamó al presidente de la Sociedad Patriótica para informarle que lo haría. Fue y ceceó varias veces y se pasó casi toda la noche despierta en la agonía de su vanidad herida. Dos noches más tarde recitó en Harbour Head. También estuvo en Lowbridge, ya resignada a los ocasionales ceceos. Parecía que nadie lo notaba, nadie excepto ella. ¡Recitaba con tanta devoción! ¡Cuánta simpatía despertaba! ¡Cómo le brillaban los ojos! Más de un recluta se enroló porque los ojos de Rilla parecían mirarlo sólo a él cuando exclamaba con pasión que no había mejor forma de morir que hacerlo por las cenizas de nuestros padres y por los templos de nuestros dioses; o cuando aseguraba a sus oyentes con una intensidad escalofriante que valía mucho más una hora concentrada de gloriosa vida que todo un siglo sin nombre. Una noche, el impasible de Miller Douglas se apasionó tanto que Mary Vance tuvo que hablarle durante una hora para hacerlo volver a sus cabales. Mary Vance dijo que si Rilla Blythe realmente se sentía mal porque su hermano Jem estaba en el frente, no podía estar animando a los hermanos y amigos de las otras chicas para que también se marcharan.

Esa noche en particular, Rilla estaba cansada y tenía frío y se sentía agradecida por tener una cama calentita esperándola, aunque no dejaba de pensar en la suerte de Jem y Jerry. Ya estaba entrando en calor y a punto de dormirse cuando Jims comenzó a llorar… a llorar en serio. Rilla se acurrucó en la cama con el firme propósito de dejarlo llorar. Morgan era su justificación. Jims estaba calentito, físicamente

cómodo… el llanto no era llanto de dolor… y tenía la pancita llena. En esas circunstancias, levantarlo sería malcriarlo, y no lo haría. Lo dejaría llorar hasta que se cansara bien y estuviera listo para dormir otra vez.

Entonces la imaginación de Rilla comenzó a atormentarla. «Supongamos —pensó —, que yo soy una criatura pequeña e indefensa de cinco meses, con mi padre en algún lugar de Francia y mi pobrecita mamá, que tanto sufrió por mí, en el cementerio. Supongamos que yo estuviera acostada en un canasto en una gran habitación oscura, sin nada de luz y nadie a kilómetros de distancia, por lo que sé. Supongamos que no hubiese un solo ser humano que me amara… un padre que no me conoce no puede amarme mucho, sobre todo cuando no ha escrito ni una palabra sobre mí ni para mí. ¿No lloraría? ¿No me sentiría sola y desprotegida y asustada, no tendría razones para llorar?».

Rilla salió de la cama de un salto. Sacó a Jims de su canasto y lo metió en su cama. Tenía las manos frías, pobre criatura. Pronto dejó de llorar. Y entonces, cuando lo tenía apretado contra sí en la oscuridad, de pronto el bebé se echó a reír…, una verdadera risa…, una risa deliciosa de verdad.

—Ah, mi pequeñito —exclamó Rilla—. ¿Estás feliz de saber que no estás solo en una habitación tan grande y oscura?

Luego se dio cuenta de que tenía deseos de besarlo y lo besó. Le besó la cabecita sedosa y perfumada, le besó la mejilla regordeta y también las manitas frías. Sentía ganas de apretarlo… abrazarlo, de la misma forma en que apretaba y abrazaba a sus gatitos. Algo delicioso, anhelante, melancólico, comenzó a apoderarse de ella. Nunca se había sentido así.

A los pocos minutos Jims se durmió; y, mientras escuchaba su respiración regular y sentía el cuerpito cálido contra el suyo, llegó a la conclusión de que… por fin… amaba a su bebé de guerra.

—Es tan… tan adorable… —murmuró mientras se iba durmiendo lentamente.

En febrero, se recibió la noticia de que Jem, Jerry y Robert Grant estaban atrincherados en Europa, lo cual sumó más tensión y más miedo a la vida en Ingleside. En marzo empezaron a aparecer las listas de los heridos y cada vez que sonaba el teléfono les daba un escalofrío, porque podía ser de la estación para avisar que llegaba un telegrama desde el extranjero. Se levantaban con la penetrante incertidumbre de no saber qué les depararía el día.

—Y pensar que yo recibía las mañanas con tanta alegría —reflexionó Rilla.

Sin embargo, la monotonía de la vida diaria seguía siendo la misma y casi todas las semanas se enteraban de que otro muchacho de Glen, que no hacía mucho era un niño travieso, estaba por ponerse el uniforme.

—Esta noche hace un frío espantoso, mi querida señora —comentó Susan, que venía de afuera en un anochecer claro y estrellado, con la frescura típica del invierno canadiense—. Me pregunto si los muchachos tendrán suficiente abrigo en las trincheras.

—¡*Todo* tiene que relacionarse con esta guerra! —exclamó Gertrude Oliver—. No podemos escapar de ella ni siquiera cuando hablamos del tiempo. Cada vez que salgo en estas noches heladas pienso en los hombres que están atrincherados. No sólo en nuestros hombres, también en los hombres de *todos* los demás. Me sentiría igual aunque no tuviera a nadie conocido en el frente. Cuando me acurruco cómodamente en la cama siento vergüenza de estar tan cómoda. Pienso que es una crueldad de mi parte sentirme así cuando otros no pueden hacerlo.

—Me encontré con la señora Meredith en un negocio —contó Susan— y me dijo que están muy afligidos por Bruce, que se toma las cosas tan en serio. Estuvo llorando hasta el agotamiento por el hambre de los belgas. «Mamá, mamá —le dice—, seguro que los bebés no tienen hambre… ¡ay, no, los bebés no, mamá! Dime que los bebés no tienen hambre». Y ella no se lo puede decir porque no es cierto y no sabe qué hacer. Tratan de mantenerlo alejado de las noticias pero él siempre las está leyendo y no hay manera de reconfortarlo. A mí me rompen el corazón cuando las leo, mi querida señora, y no puedo consolarme con eso de que no es cierto. Pero tenemos que seguir adelante. Jack Crawford dice que se va a la guerra porque está cansado de trabajar en la granja. Espero que le guste el cambio. Y a la señora de Richard Elliott le preocupa haber retado tanto a su marido porque le llenaba de humo las cortinas del salón. Ahora que él se enroló, está arrepentida de todo lo que le dijo. Patillas en la Luna jura que no apoya a los alemanes, dice que es pacifista, aunque no entiendo lo que quiere decir con eso. No debe ser nada bueno si Patillas está metido, lo puedo apostar. Dice que la victoria de los británicos en New Chapelle costó más de lo que valía y que le prohibió a Joe Milgrave acercarse a la casa porque cuando escuchó la noticia, Joe saltó por encima de la bandera de su padre. ¿Se dio cuenta usted, querida señora, que el Zar se cambió ese nombre de Prish por el de Premysl? Lo que demuestra que, a pesar de ser ruso, tiene sentido común. Joe Vickers me contó que anoche vio algo raro en el cielo por Lowbridge Way. ¿Piensa que pudo ser un Zeppelin, querida señora?

—No lo creo, Susan.

—Bueno, la cosa sería más fácil si Patillas en la Luna no viviera en Glen. Dicen que lo vieron haciendo maniobras raras en el fondo de su casa con una linterna. Algunos creen que estaba enviando señales.

—¿A quién… o a qué?

—Ah, ése es el misterio, mi querida señora. En mi opinión, el Gobierno debería poner el ojo en ese hombre. Corremos el riesgo de aparecer asesinados en nuestras camas cualquiera de estas noches. Ahora voy a mirar un poquito los diarios antes de ponerme a escribirle la carta a Jem. Dos cosas que nunca había hecho, mi querida señora: escribir cartas y leer artículos sobre política. Y ahora lo hago todos los días; me parece que algo tiene la política después de todo. No puedo desentrañar lo que quiere decir Woodrow Wilson, pero algún día lo haré, se lo aseguro.

En su búsqueda diaria sobre el asunto de Wilson y la política, Susan se encontró

de pronto con algo que la perturbó y exclamó con amargura y desilusión:

—Ese maldito Káiser sólo tiene un forúnculo después de todo.

—No blasfemes, Susan —sugirió el doctor Blythe, muy serio.

—Decir «maldito» no es blasfemar, mi querido doctor. Tengo entendido que blasfemar es pronunciar el nombre del Todopoderoso en vano.

—Bueno, pero decir «maldito» no es… ejem… refinado —aclaró el doctor, guiñándole un ojo a la señorita Oliver.

—Pero, querido doctor, el diablo y el Káiser, si es que son dos personas diferentes, no son refinados. Y una no puede referirse a ellos de una manera refinada, así que mantengo lo que dije aunque estoy de acuerdo con tener cuidado de no hablar así cuando está presente la joven Rilla. Y también pienso que los diarios no tienen derecho a decir que el Káiser tiene neumonía y crear falsas expectativas en la gente para después aclarar que se trataba solamente de un forúnculo. ¡Sí, un forúnculo! Ojalá se le llenara el cuerpo de forúnculos.

Susan se fue despacio a la cocina a escribirle a Jem; a juzgar por algunos de los párrafos de la carta del joven soldado, era evidente que necesitaba consuelo.

Esta noche estamos en un sótano, una vieja bodega, papá —escribía—, con el agua hasta las rodillas. Hay ratas por todos lados… sin fuego… una lluvia helada… todo bastante deprimente. Pero podría ser peor. Hoy recibí la caja de Susan y todo estaba en perfecto estado así que tuvimos un festín. Jerry está en la línea y dice que las raciones allí son peores que las de la tía Marta. Aquí no están tan mal, pero son un poco monótonas. Dile a Susan que le daría mi paga de un año entero por una buena cantidad de masitas; pero no dejes que se entusiasme porque no llegarían en buen estado.

Estuvimos bajo fuego desde la última semana de febrero. Mataron a un muchacho de Nueva Escocia justo a mi lado, ayer. Un proyectil cayó cerca de nosotros y cuando todo se despejó vi que estaba tendido, sin un rasguño, con una expresión de susto en los ojos. Fue la primera vez que estuve cerca de algo así y fue una sensación desagradable, pero uno se va acostumbrando a los horrores. Estamos en un mundo absolutamente diferente. Las únicas que no cambiaron son las estrellas, pero nunca están en el lugar debido.

Dile a mamá que no se aflija… estoy bien… en buen estado y tan contento como el día que llegué. Existe algo aquí, delante de nosotros, que tenemos que barrer de este mundo, eso es todo; una emanación del diablo que de otro modo, envenenaría nuestra vida para siempre. Tenemos que hacerlo, papá, no importa lo que cueste ni el tiempo que nos lleve, dile eso de mi parte a la gente de Glen. Ellos no tienen idea de lo que se ha desatado… yo tampoco la tenía antes de venir. Pensé que sería divertido. Y no lo es. Pero estoy donde debo estar y muy bien… no se preocupen por eso. Cuando llegué y vi lo que le habían hecho a las casas, los jardines y la gente… bueno, papá, era como ver que una horda de hunos marchaba sobre el Valle del Arco Iris y

Glen y el jardín de Ingleside. Aquí había unos jardines hermosos, con la belleza de siglos de historia y ¿qué son ahora? Cosas destrozadas, profanadas. Estamos luchando para que esos lugares viejos y queridos donde jugamos cuando niños estén a salvo para otros niños y niñas… peleamos por la conservación de todas esas cosas dulces y saludables.

Si alguno de ustedes pasa por la estación les pido que den una palmada doble a Lunes de mi parte. ¡Imagínense, ese vagabundo esperándome de esa manera! Sinceramente, a veces cuando estoy en estas trincheras frías y oscuras, papá, me reanima y me fortalece saber que a miles de kilómetros de aquí en la vieja estación de Glen hay un pequeño perro manchado que comparte mi vigilia.

Dile a Rilla que me alegra que su bebé de guerra esté progresando tan bien y a Susan que estoy dándoles buena pelea a los hunos y las ladillas.

—Mi querido doctor ¿qué son las ladillas? —preguntó Susan solemne.

La señora Blythe susurró algo y luego respondió a la pregunta de Susan:

—Son cosas que pasan en las trincheras, Susan.

Susan meneó la cabeza y se retiró en silencio para volver a abrir un paquete destinado a Jem y agregarle un fino cepillo de dientes.

12. En los días de Langemarck

¿Cómo puede llegar la primavera y ser tan linda en medio de semejante horror? —escribió Rilla en su diario—. Cuando el Sol brilla y los sauces empiezan a soltar su pelusas amarillas allá en el arroyo, y el jardín se pone precioso, no puedo hacerme a la idea de que pasen cosas tan *espantosas* allá en Flandes. ¡Pero *es cierto, es cierto*!

Esta última semana ha sido espantosa para todos, porque llegaron noticias de la lucha cerca de Ypres y de las batallas de Langemarck y St. Julien. Nuestros muchachos canadienses se portaron como héroes… El general French dice que ellos «salvaron la situación» cuando los alemanes estaban a punto de tomarlo todo. Pero no puedo sentir orgullo o regocijo, sólo una ansiedad que me carcome por Jem y Jerry y el señor Grant. La lista de víctimas sale en los diarios todos los días… ay, son tantos… No puedo leerla. Tengo miedo de encontrar a Jem,… algunas familias leyeron el nombre *antes* de recibir el telegrama oficial. En cuanto al teléfono, por uno o dos días me negué a atenderlo, porque no puedo soportar el instante horrible que media entre el «Hola» y la respuesta. Ese momento me resulta interminable, porque tengo terror de escuchar: «Un telegrama para el doctor Blythe». Después de un tiempo de evadirme, me dio vergüenza dejar todo en manos de mamá y de Susan así que ahora *me* obligo a ir. Pero no es fácil. Gertrude enseña en la escuela, lee las composiciones y prepara exámenes como siempre, pero yo sé que su mente está allá en Flandes todo el tiempo. Su mirada me *persigue* como un fantasma.

Y ahora Kenneth también se puso el uniforme. Lo ascendieron a teniente y espera cruzar el océano a mitad del verano, eso fue lo que escribió. No había mucho más en su carta… parecía que cruzar el Atlántico era la única idea que había en su cabeza. No voy a verlo antes de que se vaya… quizá nunca lo vuelva a ver, *nunca más*. A veces me pregunto si lo que pasó en Cuatro Vientos esa tarde fue sólo un sueño. Es muy probable que así sea… parece que me hubiera sucedido en otra vida, hace muchísimos años; y que todos se olvidaron de esa tarde excepto yo.

Walter, Nan y Di vinieron de Redmond anoche. Cuando Walter bajó del tren, Lunes corrió a su encuentro con frenética alegría. Creo que pensó que Jem también estaría allí. Pasado el primer momento, no prestó más atención a las palmadas de Walter, sólo se quedó allí mirando para ver quién venía detrás de él, mientras movía la cola, muy nervioso, y con una mirada que me ahogaba porque no podía dejar de pensar que, por lo que sabemos, es posible que nunca llegue el día en que Lunes vea bajar a Jem del tren. Cuando bajaron todos, Lunes miró a Walter y le lamió la mano como diciendo: «Sé que no es tu culpa; perdóname por sentirme desilusionado» y luego se fue trotando a su refugio con esa forma tan graciosa de menearse que tiene, como si sus patas traseras fueran exactamente en dirección opuesta a la que tienen las delanteras.

Tratamos de convencerlo de que viniese a casa con nosotros. Di hasta se inclinó, le dio un beso entre los ojos y le dijo: «Lunes, viejo amigo, ¿no vendrías con nosotros

aunque sea por esta noche?». Y Lunes le contestó; juro que le contestó: «Lo siento pero tengo una cita con Jem y a las ocho llega otro tren».

Es bueno tener a Walter de nuevo entre nosotros, aunque está igual que en Navidad. Pero yo voy a amarlo mucho, a levantarle el ánimo y a *obligarle* a reír como antes. Creo que Walter significa cada día más para mí.

La otra tarde Susan comentó que ya había anémonas en el Valle del Arco Iris. Por casualidad yo estaba mirando a mi madre en ese momento. Su cara cambió y dio un pequeño grito ahogado. La mayor parte del tiempo mamá está tan animada y alegre que es imposible adivinar lo que siente; pero cada tanto la afecta de pronto una cosita cualquiera y entonces se nota enseguida. «¡Anémonas! —dijo—. ¡Jem las juntó para mí el año pasado!», y salió corriendo de la habitación. Yo hubiera corrido hasta el Valle del Arco Iris a traerle un ramo enorme pero sabía que no era eso lo que necesitaba. Y ayer cuando llegó, Walter se escurrió hasta el valle y le trajo a mamá todas las flores que encontró. Nadie le había contado nada al respecto… sólo se acordó de que Jem acostumbraba traerle las primeras flores de mayo y entonces lo hizo en su lugar. Eso demuestra lo tierno y atento que es. ¡Y pensar que existe gente que le envía cartas crueles!

Parece raro que podamos seguir nuestra vida cotidiana como si nada estuviera pasando del otro lado del océano, como si no recibiéramos malas noticias todos los días, pero podemos y lo hacemos. Susan está arreglando el jardín y mamá y ella también están haciendo limpieza general de la casa; con la Cruz Roja Juvenil estamos organizando un concierto a beneficio de los belgas. Practicamos durante un mes y seguimos teniendo problemas con gente caprichosa. Miranda Pryor prometió participar en un diálogo y, cuando ya lo tenía aprendido, su papá se puso firme y no le dejó colaborar. No culpo precisamente a Miranda, pero pienso que tendría que tener un poco más de coraje algunas veces. Si alguna vez fuera *ella* la que se pusiera firme, su padre tendría que aceptar sus condiciones: es la única persona que lo cuida y que cuida su casa y… ¿qué podría hacer si ella se declara en huelga? Si yo fuera Miranda buscaría la forma de manejar a Patillas en la Luna. Le pegaría latigazos *o lo mordería* si fuera necesario. Miranda es una hija obediente y dócil que merece una vida mejor. No conseguí que nadie aceptara su parte porque a nadie le gustaba, así que finalmente tuve que tomarla yo. Olive Kirk está en la comisión de conciertos y me contradice en todo. Pero yo, por mi cuenta, le pedí a la señora Channing que viniera a cantar para nosotros. Canta maravillosamente y atraerá tanta gente que ganaremos más de lo que tendremos que pagarle. Olive Kirk pensó que sería suficiente con nuestro talento local; Minnie Clow no cantará en el coro porque dice que se pondrá muy nerviosa con la señora Channing presente. ¡Minnie es la única contralto buena que tenemos! Por momentos me exaspero tanto que tengo ganas de desentenderme de todo; pero me dedico a pasearme ida y vuelta por mi cuarto en plena furia y, así, logro enfriarme un poco para arremeter otra vez. En este momento me atormenta la posibilidad de que Isaac Reese tenga tos convulsa. Todos están terriblemente resfriados y son cinco de la

familia que toman parte en el programa ¿qué hago si les da la tos convulsa? El solo de violín de Dick Reese es uno de nuestros números fuertes y Kit Reese aparece en todos los cuadros y las tres más pequeñas hacen unas figuras lindísimas con las banderas. Trabajé semanas para entrenarlas, y ahora parece que todo mi esfuerzo quedará en la nada.

Jims cortó hoy su primer diente. Estoy muy contenta porque está llegando a los nueve meses y Mary Vance estuvo insinuando que sus dientes venían con retraso. Ya empezó a gatear pero no como la mayoría de los bebés. Se lo ve andar por todos lados en sus cuatro extremidades con algo en la boca como los perritos. Nadie puede decir que no está en el tiempo justo en este aspecto… bastante adelantado por cierto, ya que el promedio de edad para gatear que dice Morgan es diez meses. Es tan adorable, sería una pena que su padre no lo conociese. El pelo le está creciendo muy bien y todavía tengo esperanzas de que tenga rizos.

En estos minutos, mientras escribía sobre Jims y el concierto, pude olvidarme de Ypres, el gas venenoso y las bajas. Ahora todo me vuelve de golpe y con más fuerza. ¡Ay, ojalá pudiera estar segura de que Jem está bien! Me ponía furiosa cuando él me llamaba Araña. Y ahora, si lo oyera entrar por el pasillo silbando y me dijera: «Hola, Araña», como antes, pensaría que es el nombre más bonito del mundo.

Rilla guardó su diario y salió al jardín. Era un magnífico atardecer primaveral. El gran valle verde se iba llenando de oscuridad y más atrás se veían praderas en medio del crepúsculo. El puerto estaba radiante, violeta por un lado, azulino más allá y el resto más grisáceo. El monte de arces se estaba volviendo verde brumoso. Miró a su alrededor con ojos melancólicos. ¿Quién dijo que la primavera era la estación más alegre del año? Era el tiempo de la angustia, y las mañanas rosadas, las estrellas radiantes y el viento en el viejo pino no eran más que punzadas de esa angustia. ¿Llegaría un día en que la vida estuviera libre de ese espanto?

—Es bueno ver el atardecer aquí otra vez —dijo Walter reuniéndose con ella—. En realidad me había olvidado de que el mar era tan azul, los caminos tan rojos y los bosques llenos de hadas. Sí, las hadas están aquí todavía. Te juro que soy capaz de encontrar una gran cantidad de hadas debajo de las violetas del Valle del Arco Iris.

Por un momento, Rilla se sintió aliviada. Esas frases parecían del Walter de antaño. Tenía la esperanza de que él se hubiera olvidado de algunas cosas que lo perturbaban.

—¿Y no te parece muy azul el cielo del Valle del Arco Iris? —le preguntó ella con similar humor—. Azul, azul… tendrías que decir azul cien veces para poder expresar lo azul que es.

Susan vagaba por allí, con la cabeza cubierta por un chal y herramientas de jardín en las manos. Doc le seguía los pasos entre los arbustos de coronas de novia.

—El cielo estará azul —amenazó—, pero ese gato ha sido Hyde durante todo el día; así que esta noche va a llover y por eso tengo reumatismo en el hombro.

—Puede que llueva, Susan… pero no pienses en el reumatismo, piensa en las violetas —le recomendó Walter alegremente… «demasiado alegremente», pensó Rilla.

—A propósito, mi querido Walter, no sé qué quieres decir con eso de pensar en las violetas —respondió Susan con dureza—, y el reumatismo no es algo con lo que se pueda bromear, ya lo sabrás por ti mismo. Espero no ser de esas personas que siempre se están quejando de sus dolores y molestias, en especial ahora cuando las noticias que recibimos son tan terribles. El reumatismo es malo pero entiendo que no se lo puede comparar con el hecho de que los hunos lo envenenen a uno con gas.

—¡Ah, por Dios, eso no! —exclamó Walter y se retiró para entrar en la casa.

Susan sacudió la cabeza. Desaprobaba semejantes expresiones.

—Espero que su madre no lo oiga hablar así.

Rilla se quedó parada entre los narcisos florecientes con los ojos llenos de lágrimas. Su tarde estaba arruinada; odiaba a Susan, que había herido a Walter de algún modo; y Jem… ¿habría muerto por el gas? ¿Habría muerto por la tortura?

—No puedo aguantar más este horror, este suspenso —dijo con desesperación.

Pero lo soportó como todos durante otra semana. Hasta que llegó una carta de Jem. Estaba bien.

> He pasado sin un rasguño, papá. No sé cómo lo hicimos. Ustedes vieron todo en los diarios… yo no puedo escribir sobre el tema. Pero los hunos no pasaron… no pasarán.

Jerry había recibido un proyectil pero fue sólo un susto. Se puso bien en pocos días. Grant también está a salvo. Nan recibió carta de Jerry Meredith. «Recobré el conocimiento al amanecer —le escribió—. No sabía qué me había ocurrido pero pensé que era mi fin. Estaba completamente *solo y aterrado*. Había cadáveres por todos lados, tirados en el campo fangoso, gris, húmedo. Tenía muchísima sed… y pensé en David y en el agua de Belén… y en la primavera bajo los arces en el Valle del Arco Iris. Me parecía que lo tenía frente a mis ojos… y tú allí riendo del otro lado… pensé que ya todo estaba perdido para mí. Y no me importaba. Francamente, no me importaba. Lo único que sentía era un espantoso miedo infantil al ver la *soledad* de los hombres muertos a mi alrededor y una especie de inquietud por saber cómo había llegado yo allí. Entonces me encontraron y me llevaron en camilla; yo ya me había dado cuenta de que no tenía nada. Vuelvo a las trincheras mañana, se necesita la mayor cantidad posible de hombres».

—Ya no hay risa en este mundo —dijo Faith Meredith, que había venido a contar algo de su correspondencia—. Me acuerdo de que hace mucho yo le comenté a la señora Taylor que el mundo era un mundo de risa. Pero ya no.

—El mundo es un grito de angustia —afirmó Gertrude Oliver.

—Hay que seguir riéndose un poquito, chicas —sugirió la señora Blythe—. Una

buena risa es como una plegaria a veces… sólo a veces —agregó por lo bajo.

Durante esas tres semanas, le había costado mucho reírse. A ella, a Ana Blythe, la de la risa espontánea y fresca. Y lo que más la lastimaba era que la risa de Rilla había cambiado también… Solía pensar que Rilla se reía demasiado. ¡Qué adolescencia tan sombría le había tocado! Y ¡qué fuerte, qué inteligente, qué mujer era! Con qué paciencia tejía y cosía y qué bien manejaba a las inconstantes socias de la Cruz Roja Juvenil. Qué maravillosa era con Jims.

—Cuida a ese bebé con tanta destreza, que parece que hubiera criado una docena antes, mi querida señora —declaró Susan con solemnidad—. Yo no era demasiado optimista cuando aterrizó en la casa con esa enorme sopera.

13. Una lección de humildad

—Mucho me temo, mi querida señora —anunció Susan, que había peregrinado a la estación con unos huesos suculentos para Lunes—, que pasó algo terrible. Patillas en la Luna descendió del tren que venía de Charlottetown muy *complacido*. No recuerdo haberlo visto nunca con semejante sonrisa en público. Desde luego, quizás haya hecho un buen negocio ganadero, pero tengo un horrible presentimiento que los hunos han penetrado por alguna parte.

Quizá Susan fue injusta al conectar la sonrisa del señor Pryor con el hundimiento del *Lusitania* cuyas noticias comenzaron a circular una hora más tarde cuando se distribuyó el correo. Pero los muchachos de Glen salieron en banda esa noche y le rompieron todas las ventanas en un arrebato de furia por las andanzas del Káiser.

—No digo que hicieron bien ni digo que hicieron mal —observó Susan cuando se enteró—. Pero lo que sí digo es que no me hubiera disgustado tirarle unas cuantas piedras yo misma. Una cosa es segura: el día que llegaron las noticias, Patillas en la Luna dijo en el correo en presencia de testigos que aquellos que no se quedaron en sus casas luego de haber sido advertidos no merecían un destino mejor. Norman Douglas echa espuma por la boca. «Si el demonio no se lleva a esos hombres que hundieron el *Lusitania*, no existe», gritaba anoche en la tienda de Carter. Norman Douglas siempre pensó que cualquiera que está en su contra está del lado del demonio, pero un hombre así puede tener razón, de tanto en tanto. Bruce Meredith se preocupa por los bebés que se ahogaron. Y parece que rezó por algo muy especial el viernes último y no lo consiguió, cosa que lo dejó de muy mal ánimo. Pero cuando se enteró del hundimiento dijo a su madre que ahora entendía por qué Dios no respondía a su plegaria: estaba ocupado atendiendo las almas de toda la gente que murió. El cerebro de ese chico tiene cien años más que su cuerpo, mi querida señora. En cuando al *Lusitania*, es una tragedia, eso es seguro y no importa de qué lado se lo piense. Pero Woodrow Wilson va a escribir una nota al respecto, así que ¿para qué preocuparse? ¡Vaya presidente! —Susan golpeó las ollas con furia. El presidente Wilson se estaba convirtiendo en un anatema en la cocina.

Mary Vance pasó una tarde contándoles a los residentes de Ingleside que había retirado toda oposición al enrolamiento de Miller Douglas.

—Este asunto del *Lusitania* fue demasiado para mí —declaró con aspereza—. Si al Káiser se le da por ahogar bebés inocentes es buena hora de que alguien le marque los límites. Hay que luchar hasta el final. Me costó un poco asimilarlo, pero ahora estoy decidida. Así que le dije directamente a Douglas que podía ir. Pero Kitty Alec no está convencida. Si hundieran todos los buques del mundo y ahogaran a todos los bebés, a Kitty no se le movería un pelo. Pero me tomo el atrevimiento de pensar que era yo la que retenía a Miller todo este tiempo y no la bella Kitty. Es posible que me haya engañado a mí misma… veremos.

Y lo vieron. El domingo siguiente Miller Douglas entró en la iglesia de Glen al

lado de Mary Vance, vestido con uniforme. Y era tanto el orgullo de Mary que sus ojos blancos casi relampagueaban. Joe Milgrave, que estaba en el fondo, miró a Miller y a Mary, luego a Miranda Pryor y lanzó un suspiro tan profundo que todos los que estaban en un radio de tres bancos se enteraron de su tristeza. Walter Blythe no suspiró. Pero Rilla, que lo miraba con atención, vio una expresión que le atravesó el corazón. Esa expresión la acosó toda la semana y le llenó el alma de amargura, y todo eso, se sumó a su preocupación por el inminente concierto de la Cruz Roja y los inconvenientes que surgían al respecto. El resfrío de Reese no había terminado en tos convulsa, así que ese tema se había resuelto. Pero había otros problemas; y el día anterior al concierto llegó una carta de la señora Channing anunciando con pesar que no podía presentarse para cantar. Su hijo, que estaba en Kingsport con el regimiento, padecía una grave neumonía y ella tenía que ir a cuidarlo. Los miembros de la comisión organizadora del concierto se miraron con horror. ¿Qué se podía hacer?

—Esto pasa por depender de gente de afuera —declaró Olive Kirk de mal modo.

—Tenemos que hacer algo —dijo Rilla, demasiado angustiada como para prestar atención al tono de Olive—. Anunciamos el concierto en todas partes, va a venir una multitud, hasta un grupo de la ciudad… *Tenemos* que encontrar a alguien que reemplace a la señora Channing.

—No sé a quién se puede conseguir con tan poca anticipación —objetó Olive—. Irene Howard podría hacerlo, pero es poco probable que acceda después de la forma en que la ofendió nuestra sociedad.

—¿Y cómo la ofendió nuestra sociedad? —quiso saber Rilla en lo que llamaba su tono «frío y pálido». Ni la frialdad ni la palidez amedrentaron a Olive.

—Tú la ofendiste —respondió con aspereza—. Irene me lo contó todo; estaba *deshecha*. Le dijiste que no volviera a hablarte nunca… y ella me aseguró que no podía imaginar qué había hecho o dicho para merecer que la trataras así. Fue por eso que nunca más vino a nuestras reuniones y se fue a la Cruz Roja de Lowbridge. No la culpo en absoluto, y no pienso pedirle que *se rebaje* ayudándonos a salir de este embrollo.

—¿No me estarás pidiendo que se lo pida yo? —exclamó Amy MacAllister con una risita—. Irene y yo no nos hablamos hace un millón de años. Ella siempre está «ofendida» por algo. Pero no puedo dejar de admitir que canta como un ángel y la gente se quedaría tan conforme con ella como con la señora Channing.

—No serviría de nada que se lo pidieras tú —dijo Olive con intención—. Apenas empezamos a planear este concierto, en abril, me encontré con Irene en la ciudad un día y le pregunté si no quería ayudarnos. Me contestó que le encantaría, pero que no veía la forma de hacerlo estando Rilla Blythe a cargo del programa, sobre todo luego de la forma extraña en que Rilla se había comportado con ella. Así que así estamos. Lindo fracaso, nuestro concierto.

Rilla volvió a su casa y se encerró en su habitación; un torbellino le sacudía el alma. ¡No se humillaría disculpándose ante Irene Howard! Irene había estado tan mal

como ella y había esparcido versiones distorsionadas y mezquinas de la pelea, pintándose como la pobre mártir. Rilla nunca había hablado del tema ni dado su versión. El hecho de que hubiera de por medio una calumnia contra Walter la había decidido a guardar silencio. De manera que la mayoría de la gente creía que Irene había sido muy mal tratada, salvo unas pocas chicas que nunca le habían tenido simpatía y se habían puesto del lado de Rilla. Pero con todo… el concierto iba a ser un fracaso y eso que había trabajado tanto en él. Los cuatro solos de la señora Channing eran la atracción del programa.

—Señorita Oliver, ¿qué piensa usted al respecto? —preguntó, desesperada.

—Que es Irene la que tendría que disculparse —respondió Gertrude—. Pero lamentablemente, mi opinión no va a llenar los vacíos en tu programa.

—Si yo fuera y me disculpara humildemente ante Irene, ella cantaría, estoy segura —suspiró Rilla—. Realmente le gusta mucho cantar en público. Pero sé que va a ser muy desagradable… haría *cualquier cosa* para no ir pero supongo que es *mi deber* hacerlo… si Jem y Jerry pueden enfrentar a los hunos, yo también tengo que poder enfrentar a Irene Howard, tragarme mi orgullo y pedirle un favor por el bien de los belgas. En este momento siento que *no puedo* hacerlo, pero presiento que después de la cena voy a trotar cabizbaja por el valle en dirección al camino de Upper Glen.

El presentimiento de Rilla fue correcto. Después de cenar se puso su vestido de gasa azul bordado porque la vanidad es más difícil de ahogar que el orgullo e Irene siempre veía los defectos en el aspecto de las demás. Además, como dijo Rilla a su madre una vez cuando tenía nueve años: «Es más fácil comportarse correctamente cuando uno lleva puesta la mejor ropa».

Se hizo un buen peinado y se puso un impermeable largo por temor a que se largara un chaparrón. Pero no podía dejar de pensar en la tarea desagradable que le aguardaba y ensayaba sin cesar su parte en ella. Deseaba que hubiera pasado, deseaba no haberse puesto jamás a organizar un concierto para ayudar a los belgas, deseaba no haberse peleado con Irene. Después de todo, un silencio desdeñoso hubiera sido mucho más efectivo para anular la calumnia sobre Walter. Había sido una reacción tonta e infantil enfurecerse de esa forma… bueno, en el futuro sería más prudente, pero por ahora agacharía la cabeza y se tragaría el orgullo, cosa que le gustaba tan poco como a cualquiera.

Al atardecer llegó a la puerta de la casa de los Howard, una morada pretenciosa, con madera tallada alrededor de las vigas y ventanas que sobresalían en todo el frente. La señora Howard, una dama regordeta y voluble, saludó efusivamente a Rilla y la dejó en el saloncito mientras iba a llamar a Irene. Rilla se quitó el impermeable y se miró en el espejo sobre la chimenea. El pelo, el sombrero y el vestido estaban bien… no había nada allí que pudiera provocar la burla de la señorita Irene. Rilla recordó lo sagaces y divertidos que le habían parecido los comentarios irónicos de Irene sobre otras chicas en el pasado. Bueno, ahora le había tocado a ella.

Después de varios minutos apareció Irene muy elegante, con el cabello rubio

peinado a la última moda, envuelta en una nube sofisticada de perfume.

—Ah, la señorita Blythe. ¿Cómo estás? —preguntó con tono dulzón—. Qué placer inesperado.

Rilla se había puesto de pie para estrechar los dedos helados de Irene y ahora, al sentarse, vio algo que la dejó momentáneamente pasmada. Irene también lo vio y una sonrisita divertida e impertinente se dibujó en sus labios. Esa sonrisa quedó fija en su cara durante todo el resto de la entrevista.

Uno de los pies de Rilla lucía un elegante zapatito con hebilla sobre una delicada media de seda azul. ¡El otro mostraba una gruesa bota algo gastada y una media negra de algodón!

¡Pobre Rilla! Se había cambiado de zapatos y medias después de ponerse el vestido. Éste era el resultado de hacer una cosa con las manos y otra con la cabeza. ¡Ay, qué horrible situación en la que estar así… y sobre todo delante de Irene Howard! ¡Irene, que le miraba los pies como si nunca hubiera visto pies! ¡Y pensar que a Rilla los modales de Irene le habían parecido la perfección! El discurso que había preparado desapareció de su memoria. Tratando en vano de ocultar el desafortunado pie debajo de la silla, habló con aspereza.

—Vine a pedirte una coza, Irene.

¡Ay, no, ceceando de nuevo! ¡Qué humillación!

—¿Sí? —contestó Irene con tono sereno, interrogante, elevando sus ojos planos e insolentes hacia el rostro enrojecido de Rilla antes de volverlos a fijar en la vieja bota y el zapato elegante.

Rilla recuperó la compostura. No iba a cecear. Se mostraría tranquila y controlada.

—La señora Channing no puede venir porque su hijo está enfermo en Kingsport y he venido de parte de la comisión para pedirte si serías tan amable de cantar en nuestro concierto en lugar de ella. —Pronunciaba cada palabra con tanto cuidado que parecía estar recitando una lección.

—Es una invitación de último momento, ¿no crees? —dijo Irene, con una de sus sonrisas desagradables.

—Olive Kirk te pidió colaboración no bien se nos ocurrió hacer el concierto y tú se la negaste —replicó Rilla.

—Bueno, ¿cómo querías que colaborara? —se quejó Irene—. Después de que me habías ordenado no volver a dirigirte la palabra… Hubiera sido muy incómodo para ambas ¿no crees?

A tragarse el orgullo. Ahora.

—Quiero pedirte disculpas por haberte dicho eso, Irene —declaró Rilla con firmeza—. Estuve mal y lo he lamentado desde entonces. ¿Quieres perdonarme?

—¿Y cantar en tu concierto? —murmuró Irene con tono almibarado y ofensivo.

—Si lo que quieres decir —masculló Rilla con voz sombría— es que no te estaría pidiendo disculpas si no fuera por el concierto, quizá tengas razón. Pero también es

cierto que todo el invierno me lo pasé lamentándome por haberte dicho lo que dije. Es lo único que puedo asegurarte. Si sientes que no puedes disculparme, entonces creo que no queda nada por decir.

—Ay, Rilla, querida, no me hables así —suplicó Irene—. Claro que te perdono… aunque me he sentido terriblemente mal. Lloré *semanas*. ¡Y *yo* que no te había hecho nada!

Rilla se tragó una respuesta áspera. Al fin y al cabo, no tenía sentido discutir con Irene y los belgas se morían de hambre.

—¿Crees que puedes ayudarnos con el concierto? —se obligó a decir. ¡Si sólo dejara de mirarle la bota! Rilla ya podía *oírla* relatándole lo sucedido a Olive Kirk.

—No veo cómo puedo hacer algo tan a último momento —protestó Irene—. No tengo tiempo de preparar nada nuevo.

—Pero si sabes muchísimas canciones que nadie de Glen te oyó cantar —insistió Rilla, que sabía que Irene había estado tomando lecciones en la ciudad durante todo el invierno y que eso era sólo un pretexto—. Serán nuevas para todos los que asistan.

—Pero no tengo acompañante —protestó Irene.

—Una Meredith puede tocar el piano —le rebatió Rilla.

—Ay, no podría pedirle eso —suspiró Irene—. No nos hablamos desde el otoño pasado. Estuvo tan odiosa conmigo en el concierto de la escuela dominical que tuve que renunciar a ella. Así de simple.

Cielos, ¿acaso Irene estaba peleada con todo el mundo? En cuanto a Una Meredith mostrándose odiosa con alguien, la idea era tan absurda que Rilla tuvo que contenerse para no reír en la cara de Irene.

—La señorita Oliver es una eximia pianista y puede tocar el acompañamiento de cualquier canción —arguyó desesperadamente—. Podrían ensayar mañana por la tarde en Ingleside, antes del concierto.

—Pero no tengo nada que ponerme. Todavía no llegó de Charlottetown mi vestido de noche nuevo y te aseguro que *no* puedo usar el viejo para un asunto tan importante. Está pasado de moda.

—Nuestro concierto —explicó Rilla con paciencia— es para ayudar a los niños belgas que se están muriendo de hambre. ¿No crees que podrías ponerte un vestido pasado de moda por una vez, Irene?

—¿Pero no crees que esos informes que recibimos de las condiciones en que están los belgas son exagerados? —preguntó ésta—. Estoy segura de que no pueden estar muriéndose de hambre, no en el siglo XX. Los diarios siempre dramatizan todo.

Rilla pensó que ya se había humillado bastante. Existía algo que se llamaba respeto por uno mismo. Basta de suplicar, concierto o no. Se puso de pie, sin ocultar sus desparejos zapatos.

—Lamento que no puedas ayudar, Irene; de alguna forma nos arreglaremos.

Eso no le convenía a Irene. Quería cantar en ese concierto y sus vacilaciones eran sólo una forma de resaltar el impacto del consentimiento final. Además, quería

reanudar su amistad con Rilla. La adoración sincera de la muchacha había sido incienso dulce para ella. E Ingleside era una casa hermosa para visitar, sobre todo cuando también estaba un apuesto estudiante universitario como Walter. Dejó de mirar los pies de Rilla.

—Rilla, querida, no seas tan abrupta. Realmente quiero ayudarte, si puedo. Siéntate y conversemos.

—No puedo, lo siento. Tengo que volver a casa. Tengo que acostar a Jims, sabes.

—Ah, sí, el bebé que estás criando. Es absolutamente dulce de tu parte hacerlo, teniendo en cuenta tu odio a los niños. ¡Cómo te enojaste cuando lo besé! Pero ahora vamos a olvidarlo todo y ser amigas de nuevo, ¿no es cierto? En cuanto al concierto… supongo que puedo ir a la ciudad en el tren de la mañana, buscar el vestido y regresar a tiempo para cantar, si le pides a la señorita Oliver que toque el piano para mí. Yo no podría hacerlo… es tan altanera y desdeñosa que me paraliza.

Rilla no perdió tiempo ni aliento defendiendo a la señorita Oliver. Agradeció fríamente a Irene, que de pronto se había vuelto amable y efusiva, y se marchó. Daba las gracias a quien fuere porque la reunión hubiera terminado. Pero sabía que Irene y ella jamás podrían volver a ser amigas como antes. A tratarse bien, sí… pero ser amigas, no. Ni siquiera quería ser amiga de Irene. Se había pasado el invierno lamentando la pérdida de su compañera, un sentimiento constante como una corriente subterránea por debajo de sus otras preocupaciones, las más importantes. Ahora esa sensación había desaparecido. Irene no pertenecía, como diría la señora Elliott, a la raza que conoció a José. Rilla no era consciente de haber madurado, de haber superado su admiración por Irene. Si alguien se lo hubiera dicho, habría pensado que era una idea absurda. Ella todavía no tenía diecisiete años e Irene había cumplido los veinte. Pero era verdad. Irene seguía siendo igual al año anterior, a como sería siempre. La naturaleza de Rilla Blythe había madurado, cambiado, se había profundizado en ese año. Se descubrió entendiendo a Irene con una claridad desconcertante: bajo su dulzura superficial distinguía con nitidez la mezquindad, la falsedad, la falta de sinceridad, la esencial pequeñez de espíritu. Irene había perdido para siempre a su fiel admiradora.

Pero Rilla no recuperó la compostura hasta que atravesó el camino de Upper Glen y se encontró en la soledad plateada del Valle del Arco Iris. Entonces se detuvo bajo un ciruelo silvestre muy alto que resplandecía de blanco y rió.

—Solamente queda una cosa importante ahora: que los Aliados ganen la guerra —dijo en voz alta—. Así que el hecho que haya ido a ver a Irene Howard con zapatos y medias desiguales es *absolutamente nulo*. No importa nada. De todos modos, yo, Bertha Marilla Blythe, juro solemnemente con la Luna como testigo… —Rilla levantó la mano hacia la Luna en un gesto teatral— que jamás volveré a salir de mi habitación sin mirarme cuidadosamente los dos pies.

14. El valle de la decisión

Durante el día siguiente, Susan dejó que la bandera flameara en Ingleside en honor a la declaración de guerra por parte de Italia.

—Y antes no hubiera sido oportuno, mi querida señora, teniendo en cuenta cómo están las cosas en el frente ruso. Diga usted lo que quiera, pero esos rusos son alegres aunque el Gran Duque sea todo lo contrario. Es una suerte para Italia haberse aliado con el bando correcto. En cuanto a los aliados, no sé si les conviene, no puedo decirlo hasta no saber algo más sobre los italianos. De todos modos el asunto le va a dar bastante en qué pensar al fracasado de Francisco José. Un buen emperador por cierto: con un pie en la tumba y sigue planificando muertes al por mayor.

Susan golpeaba y amasaba el pan con la misma energía que hubiese puesto para golpear al mismo Francisco José, si éste hubiera tenido la mala suerte de caer bajo sus garras.

Esa mañana temprano, Walter se había ido a la ciudad en el tren; Nan se ofreció para cuidar a Jims así que Rilla quedó libre. Estaba terriblemente ocupada, ayudando a decorar el teatro de Glen y supervisando cien cosas a la vez. La tarde era preciosa, a pesar de que el señor Pryor había dicho «ojalá llueva a cántaros», mientras le daba un puntapié al perro de Miranda con toda premeditación.

Rilla entró corriendo en su casa y se vistió lo más rápido que pudo.

Todo había salido sorprendentemente bien; hasta Irene estaba abajo practicando las canciones con la señorita Oliver.

Rilla estaba entusiasmada y feliz. Por el momento había dejado de pensar en lo que pasaba en el frente. Tenía la sensación del deber cumplido, una sensación de triunfo por haber logrado que sus esfuerzos dieran frutos de esa forma. Sabía que no había faltado quien pensara que Rilla Blythe carecía del tino y la paciencia necesarios para organizar un programa de concierto. ¡Ella les había demostrado lo equivocados que estaban! Le pareció que tenía buen aspecto: tenía las mejillas pálidas teñidas de un color rosado suave y sentador por el entusiasmo y el color le disimulaba las pecas; el pelo le brillaba con reflejos rojizos. ¿Qué le quedaría mejor, unas flores silvestres o su hilera de perlas? Después de una terrible agonía, optó por las flores y se las insertó detrás de la oreja izquierda. Ahora, una última mirada a los pies. Sí, se había puesto los dos zapatos. Le dio el beso de las buenas noches a Jims —qué carita más preciosa, suave y calentita tenía— y bajó la colina apurada por llegar al teatro. Ya se estaba llenando de gente. Su concierto sería todo un éxito.

Los tres primeros números terminaron muy bien. Rilla estaba en un pequeño camarín detrás de la plataforma, mirando hacia el puerto iluminado por la Luna mientras ensayaba los versos que iba a recitar. Estaba sola, el resto de los participantes ocupaba una habitación del otro lado. De pronto sintió dos brazos desnudos alrededor de la cintura; Irene Howard le dio un beso en la mejilla.

—Rilla, dulce, estás *angelical* esta noche, en serio. ¡Qué espíritu! Pensé que con

la noticia de que Walter se ha enrolado apenas podrías soportarlo y aquí estás fresca como una lechuga. Ojalá tuviera aunque fuera la mitad de tu fortaleza.

Rilla quedó paralizada. No sentía ningún tipo de emoción… no sentía *nada*. El mundo de sus sentimientos se había *borrado* en su interior.

—Walter… enrolado —se oyó decir a sí misma… luego la risita afectada de Irene.

—¿Cómo, no estabas enterada? Pensé que lo sabías. No te lo habría dicho de haber sabido… Yo siempre estoy metiendo la pata ¿no es cierto? Sí, para eso se fue hoy a la ciudad…, me lo dijo cuando bajaba del tren. Yo fui la primera que se enteró. Todavía no tiene uniforme porque no tienen más pero se lo van a dar en uno o dos días. Yo sabía que era tan valiente como los demás. Te aseguro que me sentí orgullosa de él, Rilla, cuando me lo contó. Ah, ya termina la lectura de Rick MacAllister. Tengo que irme. Prometí que tocaría para el próximo coro… Alice Clow tiene dolor de cabeza…

Se fue… ¡Ay, gracias a Dios que se fue! Rilla se quedó sola otra vez, mirando fijamente el faro de Cuatro Vientos, sin cambios, bello, como soñado. Los sentimientos reaparecieron… una estocada de angustia tan aguda que era casi física. Sintió que se hacía pedazos.

—*No puedo* soportarlo —dijo. Y luego vino el espantoso pensamiento de que quizá sí sería capaz y de que tenía ante ella años de sufrimiento terrible.

Tenía que escapar… correr a casa… estar sola. No podía salir a escena y actuar y leer y tomar parte en los diálogos. Arruinaría la mitad del concierto… pero eso no tenía importancia… nada tenía importancia. ¿Era ella, Rilla Blythe, esta criatura torturada, la misma que hacía sólo unos minutos se sentía casi feliz? ¿Por qué no podía llorar como cuando Jem había anunciado que se iba? Si hubiera podido llorar, quizás esa cosa horrible que acababa de apoderarse de su vida entera la dejaría en libertad. Pero las lágrimas no venían. ¿Dónde estaban el abrigo y la bufanda? Tenía que escapar y esconderse como un animal herido de muerte.

¿Era cobardía huir de esa manera? La pregunta se le presentó como si alguien se la hubiera formulado. Pensó en el fluctuante frente de Flandes… pensó en su hermano y el compañero de juegos que se había ido con él tratando de mantener la posición en esas trincheras, soportando el fuego enemigo. ¿Qué pensarían de ella si evadiera su pequeña misión aquí… la humilde tarea de llevar adelante un concierto de la Cruz Roja? Pero no se podía quedar, no *podía*. ¿Qué había dicho mamá cuando Jem partió? Que cuando las mujeres pierdan el valor, ¿podrán nuestros hombres seguir combatiendo sin miedo? Pero esto… esto era… insoportable. Pero se detuvo a mitad de camino hacia la puerta y regresó a la ventana. Irene estaba cantando ahora; su voz, hermosa como siempre —la única cosa genuina que tenía—, resonaba clara y dulce por todo el edificio. Rilla sabía que las siguientes eran las niñas con su cuadro. ¿Podría salir y hacer su parte? Le dolía la cabeza; la garganta le ardía. Ay, ¿por qué Irene había tenido que decírselo justo en ese momento? Había sido una crueldad.

Rilla recordó de pronto que varias veces durante el día había visto a su madre mirándola con expresión rara. Demasiadas ocupaciones como para preguntarse por qué. Ahora comprendía. Mamá sabía. Walter había ido hasta la ciudad pero no había querido hablar con ella, no hasta el final del concierto. ¡Qué fortaleza de espíritu la de mamá!

—Tengo que quedarme y ver que todo termine bien —se dijo tomándose sus propias manos frías.

El resto de la velada fue una pesadilla para ella. Tenía el cuerpo rodeado de gente pero su alma estaba sola en su propia cámara de tortura. De todas maneras, tocó durante el cuadro y leyó sin equivocarse. Incluso se puso el disfraz de una grotesca dama irlandesa y reemplazó a Miranda Pryor. Pero no le dio ese acento inimitable que había logrado en los ensayos ni tampoco leyó con el fuego de siempre. Cuando estuvo frente al público sólo pudo ver una cara… la del muchacho buen mozo de pelo oscuro que estaba sentado al lado de su madre. Y vio esa misma cara en las trincheras… lo vio tendido muerto de frío bajo las estrellas… lo vio consumiéndose en prisión… vio cómo se apagaba la chispa de sus ojos… vio cientos de cosas horribles mientras estaba de pie, allí en el salón de Glen, más pálida que las flores de manzano que tenía en el pelo. Entre cada aparición no hizo más que caminar sin descanso por el camarín. ¡El concierto no terminaba nunca!

Pero por fin terminó. Olive Kirk salió a su encuentro para decirle que habían recolectado cien dólares.

—Muy bien —le contestó ella mecánicamente.

Y se alejó de todas… ¡Ay, Dios, qué lejos estaba de todas ellas! Walter la esperaba en la puerta. Entrelazó el brazo con el de ella y se fueron por el camino iluminado por la Luna. Las ranas cantaban en los charcos, el campo plateado y borroso los rodeaba. La noche de primavera era agradable y seductora. Rilla pensó que esa belleza ofendía su corazón apenado. *Odiaría* la luz de la luna para siempre.

—¿Lo sabes? —preguntó Walter.

—Sí, me lo dijo Irene —respondió ella con el llanto atragantado en el cuello.

—No queríamos que supieras hasta que terminara la velada. Me di cuenta de que lo sabías cuando saliste para el primer número. Hermanita, tenía que hacerlo. No pude seguir viviendo así desde que hundieron el *Lusitania*. Cuando imaginaba a esas mujeres y niños flotando a la deriva en el agua helada y despiadada… bueno, primero sentía una especie de náusea por la vida. Quería huir del mundo donde ocurren cosas como ésas, sacudirme ese polvo maldito de los pies para siempre. Después comprendí que tenía que ir.

—Ya hay bastantes.

—Ése no es el punto, Rilla, mi Rilla. Voy por mi propio bien… para salvar mi alma. Si no fuera, mi alma se convertiría en algo pequeño, cruel, algo muerto. Eso sería mucho peor que la ceguera o la mutilación a la que tanto temía.

—Te pueden… matar… —Rilla se odió por decirlo, sabía que era una actitud

cobarde de su parte, pero estaba hecha pedazos por la tensión de la noche.

Walter le respondió con versos:

—«*Sea veloz o lenta sea es la muerte la que al final nos espera*». —Y le explicó —: No tengo miedo de morir, te lo dije hace mucho tiempo. Hay precios demasiado caros sólo por seguir viviendo, hermanita. Hay tanta *crueldad* en esta guerra… Tengo que ir y ayudar a erradicarla de este mundo. Voy a luchar por la *belleza* de la vida, Rilla, mi Rilla, es mi deber. Puede que existan otros deberes más elevados, pero ése es el mío. Le debo a la vida y a Canadá comprometerme por eso y es lo que voy a hacer. Por primera vez desde que se fue Jem, siento que recuperé algo de mi propia autoestima. Hasta escribí poesía —dijo riendo—, no había escrito nada desde agosto. Esta noche estoy lleno de poesía. Hermanita, sé valiente, como cuando Jem nos dejó.

—Esto… es… diferente. —Rilla tenía que detenerse después de cada palabra para luchar contra el llanto que la invadía—. Amaba… a Jem… por supuesto… pero cuando… él se fue… pensamos… que la guerra… terminaría pronto… y tú… eres *todo* para mí, Walter.

—Tienes que ser fuerte para que yo pueda serlo, Rilla, mi Rilla. Esta noche estoy exaltado… ebrio de la victoria sobre mí mismo… pero habrá momentos en que no me sentiré así… entonces necesitaré tu ayuda.

—¿Cuándo… te… vas? —Rilla tenía que saber lo peor lo más pronto posible.

—Todavía tengo una semana… después nos vamos a Kingsport a entrenarnos. Supongo que saldremos al mar para mediados de julio… no sabemos.

Una semana más. ¡Sólo una semana más con Walter! Sus jóvenes ojos no eran capaces de imaginar cómo podría seguir viviendo después.

Cuando llegaron a la entrada de Ingleside, Walter se detuvo a la sombra de los viejos pinos y la atrajo hacia él.

—Rilla, mi Rilla, en Flandes y en Bélgica había niñas tan dulces y puras como tú. Tú… hasta tú… sabes cuál fue su suerte. Tenemos que hacer lo imposible para que no vuelvan a pasar cosas como ésas en el mundo. Me vas a ayudar ¿no es cierto?

—Lo voy a intentar, Walter… sí, lo voy a intentar.

Abrazada a él, con la cabeza contra su hombro, Rilla entendió que tenía que ser así. Fue allí que aceptó la situación. Walter tenía que partir… su maravilloso Walter con su alma bella, sus sueños, sus ideales. Rilla había sabido que eso pasaría, tarde o temprano. Había intuido que algo vendría… que vendría como la sombra de una nube acercándose a un campo lleno de sol, rápida, inevitable. Dentro de su inmenso dolor, era consciente de una extraña sensación de alivio en algún rincón de su alma, un lugar donde tenía una pequeña herida ignorada que había estado latente todo el invierno. Nadie, pero *nadie* volvería a decir que Walter era un desertor.

Rilla no durmió esa noche. Probablemente nadie durmió en Ingleside, excepto Jims. El cuerpo crece despacio sin detenerse nunca, pero el alma crece a los saltos; puede llegar a su estatura completa en una hora. A partir de aquella noche, el alma de Rilla Blythe se convirtió en el alma de una mujer con toda su capacidad de

sufrimiento, de fortaleza y de resistencia.

Cuando llegó el amanecer, amargo y duro, se levantó y fue hacia la ventana. Abajo se veía un manzano grande, un enorme cono rebosante de flores rosadas. Walter lo había plantado años atrás cuando era niño. Detrás del valle la mañana parecía una costa nublada con pequeñas ondas de sol rompiendo sobre ella. La belleza fría y lejana de una estrella tardía brillaba por encima. ¿Por qué tienen que sufrir los corazones en épocas de hermosura primaveral?

Rilla sintió que unos brazos la rodeaban amorosamente, protegiéndola. Era mamá… la de tez pálida y los ojos enormes.

—Ay, mamá, ¿cómo puedes soportar todo esto? —gritó Rilla con toda su alma.

—Hace varios días que conozco las intenciones de Walter. Ya tuve tiempo de… rebelarme y volver a reconciliarme. Tenemos que dejarlo tranquilo. Existe un llamado más grande y más insistente que el de nuestro amor… y él lo ha escuchado. No debemos agregar más pena a la amargura de su sacrificio.

—Pero si *nuestro* sacrificio es mucho más grande que el de él —exclamó Rilla con pasión—. Nuestros muchachos se entregan a sí mismos, *nosotras los* entregamos a ellos.

Antes de que la señora Blythe pudiera responder, Susan asomó la cabeza por el hueco de la puerta. Como siempre, no pensaba en algo tan superfluo como golpear antes de entrar. Tenía los ojos sospechosamente enrojecidos, pero se limitó a decir:

—¿Quiere que le traiga el desayuno, mi querida señora?

—No, no, Susan, ya bajamos. ¿Sabías que… Walter se enroló?

—Sí, mi querida señora, me lo dijo el doctor anoche. Supongo que el Todopoderoso tendrá sus razones para permitir cosas así. Tenemos que dedicar nuestras energías a pensar en el lado bueno. Es posible que lo cure de su idea de ser poeta, por lo menos. —Susan opinaba que los poetas y los vagabundos eran la misma cosa—. Eso ya sería bastante. Y gracias a Dios —murmuró en tono más bajo— que Shirley no tiene edad para ir.

—¿Estás dando las gracias por el hecho de que el que va a tener que ir en lugar de Shirley es hijo de otra mujer? —preguntó el doctor, que pasaba por la puerta.

—No, por supuesto que no, mi querido doctor —aclaró ella, desafiante, mientras levantaba a Jims, que abría sus ojos oscuros y estiraba los bracitos hacia arriba—. No ponga usted palabras que jamás tuve intención de pronunciar en mi boca. Yo soy una mujer simple y no puedo discutir con usted, pero no le agradezco a Dios que nadie tenga que ir. Lo único que sé es que parece que todos van a tener que dejarnos a menos que queramos ser «kaiserizados». Y ahora —concluyó mientras apoyaba a Jims en el hueco de sus brazos flacos y se iba escaleras abajo—, como ya grité y dije mi decir, voy a recuperar el aliento, y si no puedo estar tranquila, voy a tratar de parecerlo.

15. Hasta la madrugada

—Premysl volvió a caer en manos alemanas —comentó Susan con voz sombría mientras levantaba la vista del diario— y ahora supongo que tendremos que volver a llamarla por ese nombre tan poco civilizado. La prima Sophia estaba aquí cuando llegó la correspondencia y no bien oyó las noticias emitió un suspiro desde las profundidades de su estómago, mi querida señora, y dijo: «Ah, sí y ahora van a tomar Petrogrado, sin duda alguna». Pero yo la refuté: «Mis conocimientos de geografía no son tan profundos como quisiera, pero tengo la impresión de que hay una buena caminata desde Premysl hasta Petrogrado». La prima Sophia volvió a suspirar y dijo: «El gran duque Nicolás me decepciona». «Que no se entere —le contesté—. Podría sentirse herido en sus sentimientos y ya tiene bastantes preocupaciones». Pero no hay forma de alegrar a la prima Sophia, por más sarcástica que se ponga una, mi querida señora. Suspiró por tercera vez y se quejó: «Pero es que los rusos están retrocediendo tan rápido». «¿Y con eso qué? —le contesté—. Hay mucho lugar para la retirada, ¿o no?». Pero la verdad, mi querida señora, aunque jamás lo admitiría ante la prima Sophia, no me gusta *nada* la situación en el frente oriental.

A nadie le gustaba, en realidad pero la retirada siguió durante todo el verano… una agonía larga y lenta.

—Me pregunto si alguna vez volveré a esperar la llegada de la correspondencia con tranquilidad de espíritu… o con placer, eso ya parece totalmente imposible —observó Gertrude Oliver—. La idea que me persigue día y noche es qué va a pasar si los alemanes derrotan a Rusia por completo, ¿se les pasará por la cabeza arrojar su ejército del este, enardecido por la victoria, contra el frente occidental?

—Claro que no, querida señorita Oliver —declaró Susan, adoptando el papel de profetisa—. En primer lugar, el Todopoderoso no va a permitirlo; en segundo lugar, el gran duque Nicolás, aunque me decepcionó en algunos aspectos, sabe cómo escapar con decencia y orden, y eso es algo que resulta muy útil cuando a uno lo persiguen los alemanes. Norman Douglas declara que los está acicateando y que mata diez por cada hombre que pierde. Pero mi opinión es que no puede hacer otra cosa y está tratando de manejar lo mejor posible las circunstancias, igual que el resto de nosotros. Así que no se adelante a buscar más preocupaciones, querida señorita Oliver, ya tenemos bastantes bajo las narices.

Walter se había marchado a Kingsport para entrenarse. Nan, Di y Faith también se habían ido a trabajar para la Cruz Roja durante las vacaciones. A mediados de julio, Walter volvió a casa con una semana de licencia antes de salir para el extranjero. Rilla había vivido su ausencia pensando en esa semana y ahora que había llegado, bebió cada minuto con avidez, odió hasta las horas que tenía que perder durmiendo porque le parecían una pérdida inútil de momentos preciosos. A pesar de la tristeza, fue una semana hermosa, llena de horas inolvidables, significativas, en las que ella y Walter compartieron largas caminatas, conversaciones y silencios. Rilla lo tenía todo

para sí y sabía que él estaba sacando fuerzas y consuelo de su comprensión, de su cariño. Era maravilloso saber que ella significaba tanto para él; eso la ayudaba a soportar momentos que de otro modo hubieran sido intolerables y le permitía sonreír… hasta reír un poco. Cuando Walter ya no estuviera con ella, podría abandonarse al alivio de las lágrimas, pero no lo liaría mientras él viviera en Ingleside. Ni siquiera se permitía llorar de noche, por temor a que sus ojos la delataran por la mañana.

La última tarde de Walter en casa, fueron al Valle del Arco Iris y se sentaron a orillas del arroyo, bajo el abedul blanco, donde en los años sin nubes habían jugado a tantos entretenimientos alegres. Ese día el valle brillaba en un atardecer de esplendor poco habitual seguido por un ocaso gris salpicado de estrellas; luego llegó la luz de la luna para iluminar rincones y grietas, y dejar otros sumergidos en sombras aterciopeladas.

—Cuando esté «en algún sitio de Francia» —dijo Walter contemplando con ojos ávidos la belleza que atesoraba su alma—, recordaré estos lugares silenciosos, bañados por la luz de la luna. El bálsamo de los abedules, la paz de los destellos blancos de la luna, la «fuerza de las colinas»… ¡qué hermosa frase bíblica es ésa, Rilla! Mira esas viejas colinas que nos rodean… las que de niños nos parecían inmensas, las que nos hacían preguntarnos qué nos esperaba en el gran mundo más allá. ¡Qué serenas y fuertes son, qué pacientes e inmutables…!, como el corazón de una buena mujer. Rilla-mi-Rilla, ¿sabes lo que has sido para mí en este último año? Quiero decírtelo antes de marcharme. No hubiera podido soportarlo de no haber sido por ti, por tu corazoncito amante, creyente.

Rilla no se atrevía a hablar. No sabía si podía hacerlo. Deslizó su mano dentro de la de Walter y se la apretó con fuerza.

—Y cuando esté allí, Rilla, en ese infierno sobre la tierra que fabricaron los hombres olvidados de Dios, mi mayor refugio será pensar en ti. Sé que vas a ser tan paciente y valerosa como en este último año… no tengo miedo por ti. Sé que pase lo que pase, serás Rilla-mi-Rilla… pase lo que pase.

Rilla contuvo un suspiro y un sollozo, pero no pudo reprimir un estremecimiento y Walter comprendió que había hablado lo suficiente. Al cabo de un momento de silencio, en el que cada uno hizo una promesa muda al otro, él dijo:

—Bueno, basta de estar tan serios. Miremos más allá de los años, pensemos en el momento en que la guerra termine y Jem, Jerry y yo volvamos marchando hacia la felicidad.

—Pero no vamos a ser felices otra vez…, no del mismo modo —objetó Rilla.

—No, del mismo modo, no. Nadie que haya sido tocado por esta guerra volverá a ser feliz del mismo modo. Pero la felicidad va a ser mejor. Pienso, hermanita, que va a ser una felicidad que nos habremos *ganado*. Fuimos muy felices antes de la guerra, ¿no? Con un hogar como Ingleside, unos padres como los nuestros, no podíamos no ser felices. Pero esa felicidad era un obsequio de la vida y el amor. No era nuestra

realmente, la vida podía arrebatárnosla en cualquier momento. En cambio no podrá sacarnos la felicidad que nos ganamos cumpliendo nuestro deber. Tengo conciencia de eso desde que me enrolé. A pesar de mis depresiones, las tengo de vez en cuando, me siento muy bien desde aquella noche de mayo. Sé buena con mamá mientras yo no esté, Rilla. Debe de ser horrible ser madre en esta guerra… las madres, las hermanas y las novias son las que más sufren. Rilla, chiquilla hermosa, ¿eres novia de alguien? Si es así, cuéntamelo antes de que me marche.

—No —respondió Rilla. Y después, guiada por un deseo de ser absolutamente franca con Walter en esa conversación que podía ser la última que tuvieran, añadió, sonrojándose con intensidad en la penumbra—. Pero si Kenneth Ford… me lo pidiera…

—Entiendo —dijo Walter—. Y Ken también se enroló. Pobre chiquilla mía, qué duro es todo esto para ti. Bueno, yo no dejo a ninguna chica con el corazón sangrando por mí… Gracias a Dios.

Rilla miró hacia la rectoría, sobre la colina. Vio la luz de la ventana de Una Meredith. Se sintió tentada de decir algo… pero después comprendió que no le correspondía. No era su secreto; y además, no estaba realmente segura… sólo lo sospechaba.

Walter miró a su alrededor, despacio, con ternura. Ese lugar siempre había tenido un significado especial para él. ¡Cómo se habían divertido en los viejos tiempos! Los claroscuros de los senderos parecían poblados de fantasmas del recuerdo: Jem y Jerry, colegiales descalzos y bronceados, pescando en el arroyo y friendo truchas en el viejo hogar de piedra; Nan, Di y Faith, con su fresca belleza aniñada. Una, dulce y tímida, Carl, obsesionado por sus investigaciones sobre hormigas e insectos, la pequeña Mary Vance, con su lengua afilada y su buen corazón, el Walter que había sido él mismo, tendido sobre la hierba leyendo poemas o paseando por palacios de fantasía. Todos estaban allí, a su alrededor… los veía casi con la misma claridad con que veía a Rilla, con la que había visto al Gaitero aquella vez, tocando en la creciente oscuridad. Y esos fantasmitas alegres de otros tiempos le hablaban: «Nosotros fuimos los niños de ayer, Walter; lucha bien por los niños de hoy y de mañana. Ten valor».

—Walter, ¿dónde estás? —exclamó Rilla con una risita—. Vuelve, vuelve de una vez.

Walter regresó con un largo suspiro. Se puso de pie y contempló el hermoso valle bajo la luna, como para impregnarse la mente y el corazón con el encanto del lugar.

—Así lo veré en mis sueños —dijo, mientras se volvía. Volvieron a Ingleside. Estaban el señor y la señora Meredith, con Gertrude Oliver, que había venido desde Lowbridge para despedirse. Todos se mostraban alegres, pero nadie hablaba demasiado sobre el inminente final de la guerra como habían hecho cuando partió Jem. No hablaron sobre la guerra en absoluto… y no pensaron en ninguna otra cosa. Por fin se reunieron alrededor del piano y cantaron el viejo y grandioso himno:

Oh, Dios, ayuda nuestra en tiempos pasados, Esperanza nuestra en eras que vendrán. Nuestro refugio del cruel temporal. Y nuestro eterno hogar.

—Todos volvemos a Dios en estos tiempos de tribulación —comentó Gertrude a John Meredith—. Hubo tiempos en que yo no creía en Dios, es decir, no como Dios, sino como la impersonal Gran Causa Primera de los científicos. Ahora creo en Él, *tengo* que creer, no hay nada en qué apoyarse salvo Dios, con humildad, por completo, incondicionalmente.

—«Ayuda nuestra en tiempos pasados», «ayer, hoy y para siempre» —murmuró el ministro con suavidad—. Cuando nos olvidamos de Dios… Él nos recuerda.

No había multitudes en la estación de Glen para despedir a Walter a la mañana siguiente. Ya se estaba volviendo habitual que un muchacho de uniforme tomara ese tren después de su última licencia. Además de la familia, estaban solamente los de la rectoría y Mary Vance. Mary Vance había despedido a su Miller la semana anterior con sonrisa decidida, y ahora se consideraba experta en despedidas.

—Lo importante es sonreír y portarse como si no pasara nada —informó al grupo de Ingleside—. A los chicos no les gustan nada las escenas de llanto. Miller me ordenó que no apareciera cerca de la estación si no iba a poder controlarme. Así que lloré antes en casa y lo último que le dije fue: «Buena suerte, Miller; si vuelves, vas a encontrarme igual que ahora, sin cambios y si no vuelves, siempre estaré orgullosa de que hayas ido y en cualquier caso, no te enamores de una francesa». Miller juró que me sería fiel, pero nunca se sabe con esas fascinantes mujeres foráneas. En fin, me miró hasta el final con una enorme sonrisa. La verdad es que me quedó la cara como almidonada por el resto del día.

A pesar de los consejos y el ejemplo de Mary, la señora Blythe, que había despedido a Jem con una sonrisa, no pudo hacer lo mismo con Walter. Pero por lo menos nadie lloró. Lunes salió de su guarida en el depósito y se sentó junto a Walter, meneando la cola cada vez que Walter le hablaba y mirándolo con aire confiado, como si quisiera decirle: «Sé que encontrarás a Jem y me lo traerás de vuelta».

—Hasta la vista, mi viejo —dijo Carl Meredith alegremente cuando llegó el momento de las despedidas—. Diles a los muchachos que mantengan el ánimo… yo me voy dentro de poco.

—Yo también —acotó Shirley con tono lacónico, extendiéndole su mano bronceada. Susan lo oyó y se puso pálida.

Una le estrechó la mano en silencio, mirándolo con ojos azules, tristes y profundos. Pero los ojos de Una siempre habían sido tristes. Walter inclinó su apuesta cabeza morena tocada con la gorra militar y le dio un beso cálido, fraternal. Jamás la había besado antes y por un instante, el rostro de Una la traicionó. Pero nadie la estaba mirando; el conductor gritaba «¡Todos a bordo!»; todos trataban de parecer alegres. Walter se volvió hacia Rilla; ella le tomó las manos y levantó la vista hacia

él. No volvería a verlo hasta que saliera el Sol y desaparecieran las sombras… y no sabía si ese amanecer sería de este lado de la tumba o más allá de ella.

—Adiós —dijo.

En sus labios la palabra perdía toda la amargura de siglos de despedidas y se cargaba de la dulzura de los amores de todas las mujeres que amaron a sus seres queridos y rezaron por ellos.

—Escríbeme y cría a Jims con fe, según el evangelio de Morgan —bromeó Walter, que había dicho todo lo serio la noche anterior en el Valle del Arco Iris. Pero a último momento tomó el rostro de ella entre sus manos y miró bien adentro de sus ojos valientes—. Qué Dios te bendiga, Rilla-mi-Rilla —susurró con ternura. Después de todo no era tan difícil luchar por una tierra que producía hijas como ella.

De pie en la plataforma trasera, saludó a todos mientras el tren se alejaba. Rilla estaba sola, separada del resto, pero Una Meredith se le acercó y las dos chicas que más amaban a Walter se apretaron las manos frías al ver doblar al tren por la curva de la colina boscosa.

Rilla pasó una hora en el Valle del Arco Iris, esa mañana, pero nunca dijo nada de ella; ni siquiera escribió una palabra en el diario; después, volvió a su casa y cosió un mameluco para Jims. Por la tarde fue a una reunión del comité de la Cruz Roja Juvenil y se mostró severamente eficiente.

—No se podría decir —dijo Irene Howard a Olive Kirk más tarde— que Walter partió para el frente esta misma mañana. Pero algunas personas no tienen sentimientos. A veces me gustaría poder tomarme las cosas con tanta ligereza como Rilla Blythe.

16. Realismo y romance

—Varsovia ha caído —anunció el doctor Blythe con aspecto resignado, al traer la correspondencia un cálido día de agosto.

Gertrude y la señora Blythe se miraron tristemente y Rilla, que estaba alimentando a Jims con una dieta Morgan impartida en cuchara cuidadosamente esterilizada, dejó a un lado el instrumento, haciendo caso omiso de los gérmenes y exclamó: «Ay, mi Dios», con tono trágico, como si las noticias hubieran caído como relámpago en lugar de ser una conclusión lógica de los informes de la semana anterior. Creían que se habían resignado a la caída de Varsovia, pero ahora tomaron conciencia de que, como siempre, habían estado esperando contra toda esperanza.

—Bueno, no nos desanimemos —dijo Susan—. No es tan terrible como creíamos. Leí un artículo de tres columnas en el *Montreal Herald* de ayer, que señalaba que Varsovia no era importante desde un punto de vista militar. Así que tomemos el punto de vista militar, mi querido doctor.

—Yo también lo leí y me dio ánimos saberlo —acotó Gertrude—. Sabía que era una gran mentira; y sigo sabiéndolo. Pero estoy en un estado de ánimo en el que una mentira reconforta, siempre y cuando sea una mentira optimista.

—En ese caso, mi querida señorita Oliver, los informes oficiales alemanes satisfarían sus necesidades —puntualizó Susan con sarcasmo—. Ya no los leo más, porque me ponen tan furiosa que no puedo ordenar mis pensamientos y concentrarme en el trabajo. Y estas noticias de Varsovia me estropearon los planes de la tarde. Las desgracias nunca vienen solas. Hoy arruiné la masa del pan… ahora cae Varsovia… y aquí está el pequeño Kitchener decidido a atragantarse.

Jims trataba de tragarse la cuchara, con gérmenes y todo. Rilla lo rescató mecánicamente y cuando se disponía a reanudar la tarea de alimentarlo, un comentario casual de su padre le provocó tal estremecimiento de emoción que dejó caer la desafortunada cuchara.

—Kenneth Ford está del otro lado del puerto, en casa de Martin West —comentó el doctor—. Su regimiento iba hacia el frente, pero fue demorado en Kingsport por no sé qué motivo y Ken obtuvo licencia para venir a la isla.

—Espero que venga a visitarnos —exclamó la señora Blythe.

—Creo que no tiene más que uno o dos días libres —respondió el doctor, distraído.

Nadie notó el rostro arrebolado de Rilla ni sus manos temblorosas. Ni siquiera los padres más atentos y cariñosos ven lo que sucede bajo sus narices. Rilla hizo un tercer intento de dar de comer al resignado Jims, pero no podía pensar en otra cosa que en la pregunta: ¿vendría Ken a verla antes de partir? Hacía tiempo que no tenía noticias de él. ¿La habría olvidado por completo? Si no venía, sabría que era el olvido. Quizás hasta hubiera… alguna otra chica allí en Toronto. Claro que sí. Era una tonta al pensar en él. No seguiría pensando en él. Si venía, bien. Sería cortés de

su parte hacer una visita de despedida a Ingleside, donde lo habían recibido como invitado tantas veces. Y si no venía, bien también. No importaba demasiado. Nadie se iba a preocupar. Eso estaba decidido; le resultaba indiferente. Pero mientras tanto, el pobre Jims recibía comida con una prisa y un descuido que hubieran llenado de horror el alma de Morgan. A Jims no le gustaba: era un bebé metódico, acostumbrado a tragar cucharadas con un intervalo respetable para poder respirar. Protestó, pero en vano. Rilla estaba completamente desmoralizada en lo que a alimentación y cuidado de bebés se refería.

Entonces sonó el teléfono. No había nada de extraño en que sonara el teléfono. Sonaba cada diez minutos, aproximadamente en Ingleside. Pero Rilla volvió a dejar caer la cuchara —esta vez sobre la alfombra— y corrió a atenderlo como si su vida dependiera del hecho de llegar antes que nadie. Jims, agotada su paciencia, elevó su voz y lloró.

—Hola, ¿hablo con Ingleside?

—Sí.

—¿Eres tú, Rilla?

—Zí… zí…

Ay, ¿por qué no dejaba Jims de llorar aunque fuera por un minuto? ¿Por qué no lo estrangulaban?

—¿Sabes quién habla?

¡Cómo no iba a saberlo! ¿Acaso no reconocería esa voz en cualquier lado, en cualquier momento?

—Ken… ¿Eres tú, no es cierto?

—Exactamente. Estoy de paso. ¿Puedo ir a verte esta noche?

—Por zupuezto.

¿Qué había dicho? ¿A verte o a verlos? Iba a estrangular a Jims, de eso no cabía duda alguna… ¿Qué estaba diciendo Ken?

—Oye, Rilla ¿puedes ingeniártelas para que no haya más de una docena de personas por allí? ¿Me entiendes? No puedo ser más explícito por esta espantosa línea rural. Está ligada con medio país.

¿Que si entendía? ¡Claro que sí!

—Voy a tratar —contestó.

—A eso de las ocho, entonces. Nos vemos.

Rilla colgó y corrió a atender a Jims. Pero no lo estranguló. Lo levantó de la sillita, lo apretó contra su rostro, lo besó con fervor y bailó con él por la habitación. Luego de este arrebato, Jims descubrió con alivio que recobraba la cordura, le terminaba de dar la comida y lo acostaba para la siesta con la canción de cuna que a él más le gustaba. Durante el resto de la tarde, Rilla cosió camisas de la Cruz Roja y construyó un castillo de sueños y arcos iris cristalino. Ken quería verla… a solas. Eso era algo fácil de arreglar. Shirley no los molestaría, mamá y papá estarían de visita en la rectoría, la señorita Oliver nunca se entrometía y Jims ya estaría acostado a esa

hora: dormía sus religiosas doce horas, de siete a siete. Recibiría a Ken en la galería… habría luz de luna… se pondría el vestido blanco de gasa y se recogería el pelo… sí, al menos un pequeño rodete en la nuca. Mamá no podría objetar algo tan tonto. ¡Ah, qué maravilloso y romántico sería! ¿Le diría algo su Ken? Debía de tener algo en mente, ¿por qué habría insistido en verla a solas? ¿Y si llovía? Susan se había estado quejando del señor Hyde esa mañana. ¿Y si alguna muchacha entrometida de la Cruz Roja venía a hablar de belgas y camisas? O peor aún, ¿si aparecía Fred Arnold de visita? De vez en cuando pasaba por Ingleside a verla.

Por fin, llegó el atardecer, y no podría haber sido mejor. El doctor y su señora partieron hacia la rectoría, Shirley y la señorita Oliver desaparecieron, Susan fue al almacén a buscar provisiones y Jims partió al país de los sueños. Rilla se puso el vestido blanco, se recogió el pelo y se ató dos hileras de perlas alrededor del cuello. Luego se adornó la cintura con rositas rosadas. ¿Le pediría Ken un pimpollo de recuerdo? Sabía que Jem se había llevado a las trincheras de Flandes una rosa marchita que Faith había besado y le había entregado la noche anterior a la partida.

Rilla estaba preciosa cuando se encontró con Ken en el claroscuro de la gran galería iluminada por la luna. La mano que le tendió estaba fría y ella sentía tanta desesperación por no cecear que el saludo brotó de sus labios formal y correcto. ¡Qué apuesto y alto estaba Ken con su uniforme de teniente! Lo hacía parecer mayor… tanto que Rilla se sintió algo tonta. ¿No habría sido un absurdo creer que este espléndido joven oficial tenía algo especial que decirle a ella, la pequeña Rilla Blythe de Glen St. Mary? Sin duda no habría comprendido bien, después de todo. Ken sólo había querido decir que no quería una multitud de gente a su alrededor, haciendo aspavientos y convirtiéndolo en héroe como probablemente había sucedido en el puerto. Sí, claro, era sólo eso… Y ella, como una idiota, había imaginado que deseaba verla. Ahora él pensaría que ella había tramado ese encuentro a solas y se reiría de sus maquinaciones.

—No creí que se pudiera tener tanta suerte —dijo Ken, repantigándose en la silla y observándola con clara admiración en sus ojos expresivos—. Estaba seguro de que alguien andaría cerca y eras tú a quien quería ver, Rilla-mi-Rilla.

El castillo de ensueños de Rilla volvió a aparecer en su paisaje. No había forma de interpretar mal eso.

—Ya no hay… tanta gente aquí en casa como antes —musitó.

—No, es cierto —asintió Ken con suavidad—. Sin Jem ni Walter ni las chicas… el vacío es grande, ¿no es así? Pero… —Se inclinó hacia adelante hasta que sus rizos oscuros casi rozaron el pelo de Rilla—. ¿Fred Arnold no trata de llenarlo, de tanto en tanto? Me contaron algo de eso.

En ese momento, antes de que Rilla pudiera responder, Jims comenzó a llorar a todo pulmón en la habitación justo encima de ellos… Jims, que casi nunca lloraba de noche. Además, Rilla sabía por experiencia que cuando lloraba así era porque hacía un tiempo que protestaba sin que lo oyeran y su paciencia se había agotado. Era un

llanto imposible de pasar por alto. No iba a callarse; y era imposible mantener cualquier clase de conversación con esos chillidos sobre la cabeza. Además, temía que Kenneth la considerara insensible por quedarse allí y permitir que un niño llorara de esa manera. No era probable que él conociera las opiniones del invalorable Morgan. Se puso de pie.

—Me parece que Jims tuvo una pesadilla. A veces se asusta muchísimo. Discúlpame un instante.

Rilla voló escaleras arriba; ¡ojalá no se hubieran inventado las soperas! Pero cuando Jims, al verla, extendió sus bracitos y tragó varios sollozos, el rencor desapareció de su corazón. Al fin y al cabo, el pobrecito estaba asustado. Lo levantó con suavidad y lo acunó hasta que cesó de llorar y cerró los ojos. Luego intentó volver a colocarlo en la cuna. Jims abrió los ojos y emitió un chillido de protesta. Esta actuación se repitió dos veces. Rilla comenzó a desesperarse. No podía seguir dejando solo a Ken allí abajo… ya había pasado casi media hora. Con aire resignado, bajó la escalera, con Jims en brazos y se sentó en la galería. Era, sin duda, ridículo sentarse y acunar a un malhumorado bebé de guerra cuando el muchacho que a una más le gustaba venía a despedirse, pero no veía qué otra cosa se podía hacer. Jims estaba feliz. Movió los piecitos debajo del camisón blanco y emitió una de sus raras risas. Se estaba convirtiendo en un bebé precioso; el pelo dorado y sedoso se le rizaba alrededor de la cabeza y tenía unos ojos hermosos.

—¿Es una preciosura, no? —comentó Ken.

—De aspecto no está mal —replicó Rilla con amargura, como para insinuar que era lo mejor que tenía. Jims, que era una criatura astuta, intuyó problemas en el aire y comprendió que le correspondía resolverlos. Levantó la carita hacia Rilla, sonrió y dijo con claridad:

—Will… Will.

Era la primera vez que decía una palabra o trataba de hablar. Rilla se sintió tan encantada que lo perdonó con un abrazo y un beso. Jims comprendió que todo se había aclarado y se acurrucó contra ella, justo donde un reflejo de luz de la sala le iluminaba el pelo y lo convertía en una aureola de oro contra el pecho de Rilla.

Kenneth permaneció muy quieto, contemplando a Rilla… la delicada silueta, las largas pestañas, el labio con hoyuelo, el mentón adorable. En la penumbra de la luz de la Luna, con la cabeza inclinada ligeramente sobre Jims, la luz brillando sobre las perlas, le pareció que se parecía mucho a la Virgen que colgaba sobre el escritorio de su madre, en casa. Llevaría esa imagen de ella en su corazón al horror de los campos de batallas de Francia. Desde aquella noche en el baile de Cuatro Vientos se había sentido muy atraído por Rilla Blythe, pero al verla allí, con el pequeño Jims en brazos, tomó conciencia de que la amaba. Y mientras tanto, la pobre Rilla se sentía decepcionada y humillada, pues consideraba arruinada su última velada con Ken. ¿Por qué siempre salían mal las cosas? Se sentía tan ridícula que ni siquiera se atrevía a hablar. Era evidente que Ken estaba disgustado: ahí estaba, en ese silencio pétreo.

Sintió renacer brevemente las esperanzas cuando Jims se durmió y pudo recostarlo en el sofá de la sala. Pero cuando volvió a salir, Susan estaba sentada en la galería, desatándose las cintas del sombrero con la expresión de alguien que piensa quedarse por un buen tiempo donde está.

—¿Has hecho dormir a tu bebé? —preguntó Susan con amabilidad.

¡Tu bebé! Realmente, Susan era una mujer sin tacto.

—Sí —respondió Rilla con aspereza.

Susan dejó los paquetes sobre la mesa de caña, decidida a cumplir con su deber. Estaba muy cansada, pero tenía que ayudar a Rilla. Allí estaba Kenneth Ford, que había venido a visitar a la familia y no había nadie; «la pobre chiquilla» tenía que atenderlo sola. Pero Susan había acudido en su ayuda; cumpliría su papel, a pesar del cansancio.

—Cielos, cómo has crecido —observó, contemplando el metro ochenta uniformado de Ken sin ningún reparo. Susan se había acostumbrado ya a los uniformes y a los sesenta y cuatro años un uniforme de teniente es ropa, nada más—. Es asombroso cómo crecen los niños. Rilla ya va a cumplir quince.

—Voy a cumplir diecisiete, Susan —exclamó Rilla con vehemencia. Hacía un mes que tenía dieciséis. La actitud de Susan era intolerable.

—Parece que fue ayer cuando todos ustedes eran bebés —continuó Susan, haciendo caso omiso de la protesta de Rilla—. Te aseguro, Ken, que eras verdaderamente precioso, aunque tengo que decir que a tu madre le costó muchísimo curarte del vicio de chuparte el dedo. ¿Te acuerdas el día en que te di una paliza?

—No —respondió Ken.

—Ah, bueno, supongo que eras demasiado pequeño… tendrías unos cuatro años y estabas aquí con tu madre. Molestaste a Nan hasta que se echó a llorar. Yo había intentado impedírtelo varias veces, pero en vano. Así que decidí que el único remedio era una paliza. Te levanté, te acosté sobre mis rodillas y te propiné una de las buenas. Chillaste como un marrano, pero dejaste de fastidiar a Nan.

Rilla se retorcía en la silla. ¿Acaso Susan no se daba cuenta de que le estaba hablando a un oficial del ejército canadiense? Al parecer, no. Cielos, ¿qué pensaría Ken?

—Supongo que tampoco recuerdas la vez que tu mamá te pegó —prosiguió Susan, en su estado de ánimo reminiscente—. Yo nunca me voy a olvidar. Estaba aquí una noche, tú tendrías cerca de tres años. Tú y Walter jugaban en el jardín trasero con un gatito. Yo tenía un gran recipiente lleno de agua de lluvia junto al desagüe y lo estaba guardando para hacer jabón. Walter y tú comenzaron a pelear por el gatito. Walter estaba de un lado del recipiente, de pie sobre una silla, sujetando el gatito. Tú estabas al otro lado, también sobre una silla. Te inclinaste por sobre esa vasija, tomaste el gatito y tiraste. Siempre fuiste rápido para tomar lo que deseabas sin demasiada ceremonia. Walter tiró para su lado y el gato chilló, pero tiraste a Walter y al gato hacia tu lado y luego ambos cayeron en ese fuentón, con gato y todo.

De no haber estado yo allí, los tres se hubieran ahogado. Los rescaté al instante, sin demasiada dificultad. Tu madre, que había visto todo desde la ventana de arriba, bajó, te levantó en brazos, empapado como estabas y te dio una paliza de antología. Ah —suspiró Susan—, aquéllos eran los buenos tiempos en Ingleside.

—Ajá —respondió Ken. Su voz sonaba extraña y tensa. Rilla supuso que estaba furioso. La verdad era que no se atrevía a hablar por temor a estallar en carcajadas.

—A Rilla, en cambio —prosiguió Susan, mirando a la desafortunada damisela— nunca hubo que pegarle demasiado. Se portaba realmente bien por lo general. Pero su padre le dio una paliza una vez. Tomó dos frascos de pastillas del consultorio del doctor y desafió a Alice Clow a ver quién se las tragaba primero. Si su padre no hubiera aparecido a tiempo, las dos criaturas habrían sido cadáveres al anochecer. Pero por suerte, todo terminó bien, a pesar de lo mal que se sintieron. Pero el doctor le dio una paliza en ese mismo momento y después de eso, ella nunca volvió a tocar las cosas del consultorio. Hoy en día se habla mucho de «persuasión moral», pero en mi opinión, una buena paliza es lo mejor.

Rilla se preguntó con ferocidad si Susan pensaba relatar todas las palizas familiares. Pero Susan había terminado con eso y se desvió alegremente a otro tema.

—Me acuerdo que el pequeño Tod MacAllister se mató de ese modo, comiéndose una caja entera de pastillas que creyó eran caramelos. Fue un asunto muy triste. Nunca vi —declaró Susan con vehemencia— un cadavercito tan precioso. Fue un gran descuido de su madre dejar los medicamentos a su alcance, pero todos sabían que era una mujer imprudente.

—¿Viste a alguien en el almacén? —preguntó Rilla, desesperada, tratando de llevar la conversación a temas más agradables.

—Sólo a Mary Vance —respondió Susan— y estaba más apurada que pulga de irlandés.

¡Qué comparaciones espantosas las de Susan! ¿Creería Kenneth que las había aprendido de la familia?

—De oír a Mary hablando de Miller Douglas, cualquiera diría que es el único que se alistó en Glen —siguió diciendo Susan—. Pero claro, a ella siempre le gustó ufanarse y tiene algunas cualidades, supongo, aunque no pensé lo mismo la vez que persiguió a la pequeña Rilla por el pueblo con un pescado seco hasta que la pobrecilla cayó de cabeza en el charco delante de la tienda de Carter Flagg.

Rilla se sintió paralizada por una oleada de furia y vergüenza. ¿Quedaba alguna otra escena desgraciada de su pasado que Susan pudiera sacar a relucir? En cuanto a Ken, podría haberse desternillado de risa pero no iba a ofender de esa forma a la protectora de su amada, de modo que mantuvo una expresión desacostumbradamente solemne, que la pobre Rilla interpretó como altanera y ofendida.

—Pagué once centavos por un frasco de tinta, hoy —se quejó Susan—. Es el doble de lo que costaba el año pasado. Quizá se deba a las notas de Woodrow Wilson, son tantas. Le deben de costar una suma considerable. Mi prima Sophia afirma que

Woodrow Wilson no es la clase de hombre que esperaba que fuera… pero claro, ningún hombre lo es, para ella. Como soy una solterona, no me jacto de saber mucho sobre los hombres, pero mi prima Sophia se muestra muy dura con ellos, a pesar del hecho de que tuvo dos maridos, lo cual es bastante a mi entender. La chimenea de Albert Crawford se desmoronó en el temporal que tuvimos la semana pasada y cuando Sophia oyó los ladrillos golpeando el techo, creyó que era un ataque aéreo de Zepelines. Y la señora de Crawford dice que entre las dos cosas hubiera preferido el ataque.

Rilla estaba inerte en la silla, como hipnotizada. Sabía que Susan dejaría de hablar cuando quisiera y que ningún poder terrenal podría hacerla parar antes. Por lo general, sentía gran afecto por Susan, pero ahora la aborrecía con un odio letal. Eran las diez de la noche. Ken pronto tendría que marcharse, llegarían los demás y ella ni siquiera había tenido la oportunidad de explicarle que Fred Arnold no llenaba ningún vacío en su vida ni podría hacerlo nunca. Su castillo de sueños yacía en ruinas a su alrededor.

Kenneth por fin se puso de pie. Comprendió que Susan se quedaría allí mientras durara su visita y lo esperaba una caminata de cinco kilómetros hasta la casa de Martin West, en el puerto. Se preguntó si Rilla habría tramado la intervención de Susan para no quedarse a solas con él, por miedo a que dijera algo que la novia de Fred Arnold no quería escuchar. Rilla también se puso de pie y caminó en silencio a su lado hasta el extremo de la galería. Se detuvieron un instante allí; Ken, en el escalón inferior. La menta alrededor de los escalones emanaba su aroma punzante que se elevaba alrededor de ellos como una bendición silenciosa. Ken levantó la vista hacia Rilla; la espesa cabellera le brillaba a la luz de la luna; sus ojos eran lagunas de seducción. De pronto tuvo la certeza de que no había nada de cierto en los chismes acerca de Fred Arnold.

—Rilla —susurró súbitamente, con vehemencia—. Eres una verdadera dulzura.

Rilla se sonrojó y echó una mirada a Susan. Ken hizo lo mismo y vio que Susan les daba la espalda. Rodeó a Rilla con un brazo y la besó. Para Rilla, era el primer beso. Pensó que quizá debiera molestarle, pero no era así. Miró tímidamente a Ken, que la contemplaba con aire interrogante y su mirada también fue un beso.

—Rilla-mi-Rilla —susurró Ken—. ¿Me prometes que no permitirás que nadie más te bese hasta que yo vuelva?

—Sí —respondió Rilla, temblando de emoción.

Susan se estaba volviendo. Ken soltó a Rilla y bajó al sendero.

—Adiós —dijo con tono casual. Rilla oyó su propia voz saludándolo con el mismo tono. Se quedó sobre la galería, y lo miró alejarse por el sendero, salir por el portón y desaparecer calle abajo. Cuando el bosque de abedules lo ocultó de su vista, de pronto susurró: «Oh» con voz ahogada y corrió hasta el portón enganchándose la falda en arbustos florecidos. Se inclinó por encima del portón y vio a Kenneth caminando con paso rápido por la calle, muy erguido a la luz de la luna. Al llegar a la

curva, Ken se detuvo y se volvió; vio a Rilla de pie entre los lirios blancos. Agitó una mano, ella le devolvió el saludo… Ken desapareció por la curva.

Rilla permaneció allí unos instantes, mirando las praderas de bruma y plata. Había oído decir a su madre que amaba las curvas en los caminos, porque eran provocativas y seductoras. Rilla creía detestarlas. Había visto a Jem y Jerry desaparecer de su vista por una curva, luego a Walter… ahora a Ken. Hermanos, amigo, pretendiente… todos se habían ido, quizá para siempre. Pero el Gaitero tocaba y la danza de la muerte proseguía.

Cuando Rilla regresó a la casa, Susan seguía sentada junto a la mesa de la galería y tenía los ojos sospechosamente húmedos.

—Estuve pensando, Rilla, querida, en los viejos tiempos de la Casa de los Sueños cuando los padres de Kenneth estaban de novios y Jem era un bebé y tú ni siquiera estabas en los planes. Fue un asunto muy romántico; tu madre y ella eran tan amigas. Pensar que he vivido para ver marcharse a su hijo al frente. Como si no hubiera tenido suficientes problemas en la vida sin necesidad de añadirle éste… Pero hay que sobreponerse y ser valientes.

La furia de Rilla contra Susan se evaporó. Con el beso de Ken todavía ardiéndole sobre los labios y el maravilloso significado de la promesa que le había pedido a su emocionado corazón, no podía estar enfadada con nadie. Deslizó la delgada mano dentro de la mano áspera de Susan y se la apretó. Susan era fiel y cariñosa, y daría la vida por cualquiera de ellos.

—Estás cansada, Rilla, querida; será mejor que te acuestes —recomendó Susan, acariciándole la mano—. Me di cuenta de que estabas demasiado cansada para hablar, hace unos momentos. Me alegro de haber llegado justo a tiempo para ayudarte. Es un fastidio tener que dar conversación a hombres jóvenes cuando no se está acostumbrada.

Rilla llevó a Jims arriba y se acostó, no sin antes, reconstruir ante la ventana su castillo de arco iris, con varias cúpulas y torretas añadidas.

—Me pregunto —masculló para sus adentros—, si soy o no la novia de Kenneth Ford.

17. Las semanas van pasando

Rilla leyó su primera carta de amor en su reducto sombreado del Valle del Arco Iris. Sabía que la primera carta de amor, no importa lo que digan sobre eso los adultos, es un hecho de suma importancia para una adolescente.

Después de que el regimiento de Kenneth abandonó Kingsport, se sucedieron dos semanas de ansiedad dolorosa y monótona. Cuando los domingos la congregación cantaba en la iglesia:

Oh, Señor, escúchanos llorar
por aquellos que perecen en el mar.

A Rilla se le quebraba la voz, porque con esas palabras se imaginaba una escena vívida y horrible en la que un submarino se hundía entre las olas despiadadas mientras los hombres se ahogaban dando gritos de desesperación. Pero más tarde llegaron noticias de que el regimiento de Kenneth, había llegado sano y salvo a Inglaterra; y ahora por fin, tenía una carta. Comenzaba con algo que la hizo muy pero muy feliz a pesar de la situación y terminaba con un párrafo que la hizo ruborizar de deleite, alegría y esperanza. Entre el principio y el final la carta estaba escrita con alegría y con la información que Ken podría haber dirigido a cualquiera; pero, gracias al encabezamiento y al final, Rilla durmió con esa carta bajo su almohada durante semanas. A veces se despertaba en mitad de la noche sólo para tocarla y sentía pena por las demás muchachas, pensaba que ninguno de sus novios podía haber escrito nada que se acercara siquiera parecido a esos párrafos maravillosos y exquisitos. No en vano Kenneth era hijo de un famoso escritor de novelas. Él *tenía un estilo* para expresar las cosas con pocas palabras, punzantes, significativas, que sugerían mucho más que su mero significado; y por más que las releyera miles de veces nunca se hacían viejas ni remanidas ni tontas. Rilla regresó a su casa flotando. Pero los momentos de alegría fueron escasos durante ese otoño. Hubo, por ejemplo, un día de septiembre, en que llegó la noticia de una gran victoria aliada en el Oeste y Susan corrió a izar la bandera, era la primera vez desde que se había quebrado la línea rusa y sería la última durante muchas tristes lunas.

—Parece que el Gran Ataque empezó por fin, querida señora —exclamó—. Pronto veremos el fin de los hunos. Nuestros muchachos estarán de vuelta para Navidad. ¡Hurra!

Se sintió avergonzada por el grito de inmediato, y pidió disculpas por semejante explosión de locura juvenil.

—Pero bueno, mi querida señora, las buenas noticias se me subieron a la cabeza después de ese verano terrible entre bajas rusas y retiradas en Gallipoli.

—¡Buenas noticias! —exclamó la señorita Oliver—. Me pregunto si las mujeres

de los hombres que murieron ahí pueden decir que son buenas noticias. Sólo porque nuestros hombres no están en ese frente nos regocijamos como si la victoria no hubiese costado ninguna vida.

—Bueno, querida señorita Oliver, no lo vea de ese modo —la desaprobó Susan —. No creo que hayamos tenido muchas oportunidades de regocijo últimamente y aun así los hombres siguen muriendo. No se deje caer. Parece usted la prima Sophia.

La prima Sophia llegó al máximo de su pesimismo en ese otoño sombrío; hasta Susan, optimista incorregible, tuvo dificultades para levantar los ánimos. Cuando Bulgaria se alió con Alemania, lo único que dijo, en tono malhumorado fue:

—La mujer de ese Constantino de Grecia es alemana, mi querida señora, y ese hecho aplasta todas las esperanzas. ¡Quién hubiera pensado que yo viviría para interesarme por la nacionalidad de la esposa de Constantino de Grecia! Ese individuo miserable está dominado por su mujer y eso es lo peor que le puede pasar a un hombre. Yo seré una vieja criada pero una vieja criada tiene que ser independiente o termina aplastada. Pero si me hubiese casado, querida señora, sería dócil y humilde. Opino que Sofía de Grecia es una descarada.

Susan se enfureció cuando llegó la noticia de que Venizelos había sufrido una derrota.

—Yo le daría una buena paliza a Constantino y después lo desollaría vivo; se lo aseguro.

—Ay, Susan, me sorprende usted mucho —acotó el doctor con cara larga—. ¿Es que no tiene un poco de respeto por el protocolo? Desollarlo vivo por supuesto que sí, pero darle una paliza, jamás.

—Si le hubiesen dado una buena zurra en su juventud, tendría un poco más de sentido común ahora —replicó ella—. Pero supongo que a los príncipes nunca se les pega, y es una gran pena. Tengo entendido que los Aliados le mandaron un ultimátum. Yo les diría que les costará mucho más que un ultimátum despellejar a una serpiente como Constantino. Puede ser que el bloque de los Aliados haga que actúe con sensatez a martillazos, pero eso lleva tiempo y me pregunto: ¿qué será de la pobre Serbia mientras tanto?

Durante el tiempo en que se fue definiendo lo de Serbia, Susan estuvo insoportable. En su exasperación maltrataba a todo el mundo, excepto a Kitchener y se ensañó con todas sus fuerzas con el pobre presidente Wilson.

—Si hubiera cumplido con su deber entrando en guerra hace tiempo, como corresponde, no hubiésemos sido testigos de semejante desastre en Serbia —declaró.

—Es algo muy serio sumergir en la guerra a un país tan grande y con una población tan heterogénea como la de Estados Unidos, Susan —dijo el doctor, que a veces salía en defensa del Presidente, no porque pensara que Wilson lo necesitaba, sino por el mero placer de hacer reaccionar a Susan.

—Quizá, mi querido doctor, quizá. Pero esto me recuerda la historia de la muchacha que le anunció a su abuela que iba a casarse. «Estar casada es algo serio»,

dijo la vieja señora. «Sí, pero más serio es no estarlo», le contestó la chica. Y se lo aseguro, mi querido doctor, por experiencia propia. Yo pienso que es mucho más grave para los yanquis mantenerse afuera de esta guerra que entrar en ella. Y aunque no sé mucho sobre ellos, soy de la opinión de que en algún momento harán algo, con Woodrow Wilson o sin él, sí, apenas les entre en la cabeza que esta guerra no es una lección por correspondencia.

Carl Meredith partió una tarde amarilla y ventosa de octubre. Se había enrolado el día en que cumplió dieciocho años. John Meredith lo despidió impertérrito. Sus dos muchachos se habían ido; sólo le quedaba el pequeño Bruce. Él amaba a Bruce y a la madre de Bruce; pero Jerry y Carl eran los hijos de su primera mujer y Carl era el único de sus hijos que había heredado los ojos de Cecilia. Cuando éstos lo miraron con cariño profundo por encima del uniforme, el pálido pastor recordó de pronto el primero y último día en que quiso azotar a Carl. Por primera vez advirtió el parecido de esos ojos con los de Cecilia. Ahora lo veía otra vez. ¿Podría volver a ver los ojos de su mujer muerta mirándolo a través de los ojos de su hijo? ¡Qué muchacho alegre, transparente y apuesto! Parecía ayer cuando era el jovencito desaliñado que juntaba insectos en el valle, traía lagartijas a la cama, y escandalizaba a todo Glen con las ranas que llevaba a la Escuela Dominical. Parecía casi imposible que ahora fuera un hombre de uniforme. Y, pese a todo, John Meredith jamás trató de persuadirlo para que no se alistara.

Rilla sintió profundamente la partida de Carl. Habían sido siempre muy compañeros y amigos. Él era apenas un poco más grande que ella y habían pasado la infancia juntos en el Valle del Arco Iris. Mientras caminaba lentamente hacia su casa, empezó a recordar las viejas travesuras y escapadas que habían compartido. La luna llena espiaba entre la nubes escurridizas enviando oleadas de luz extraña, los cables telefónicos cantaban en el viento y las espigas mustias y grises de los solidagos se inclinaban contra los cercos de los jardines como grupos de viejas brujas que se llaman entre sí mientras preparan maléficos hechizos. En noches como ésas, Carl acostumbraba a llamarla con un silbido desde la entrada de Ingleside:

—Vamos a jugar con la luna, Rilla —solía decir, y se escabullían los dos hacia el Valle del Arco Iris.

Rilla nunca había tenido miedo de los insectos y escarabajos del valle aunque sí trataba de mantenerse alejada de las serpientes. Podían hablar de cualquier cosa cuando estaban juntos y en la escuela hacían bromas sobre todos y todo. Y sin embargo, una vez, a los diez años, sé habían prometido solemnemente no casarse. Alice Clow había escrito un corazón en su pizarra con sus dos nombres y después de eso, todos sus amiguitos decían que ya estaban casados. A ninguno de los dos le cayó bien esto; por eso hicieron el juramento en el valle. Nada hacía suponer lo que vendría después. Rilla sonrió ante los viejos recuerdos… luego suspiró. Ese mismo día había llegado un despacho de Londres con el anuncio de que «era el momento más oscuro desde el comienzo de la guerra». Y claro que lo era. Rilla sentía la

imperiosa necesidad de hacer algo más que esperar y servir en la casa mientras día tras día todos sus amigos se iban marchando a la guerra. ¡Si fuera varón estaría acompañando a Carl en el frente occidental! Esa idea, repentina y romántica, le había rondado en la cabeza en el momento de la partida de Jem pero no había tomado verdadera conciencia de ella. Ahora estaba segura. Por momentos, esperar en casa, rodeada de comodidades y seguridad, se le hacía insoportable. La Luna salió de pronto por detrás de una nube bastante más oscura que las demás; las sombras y el reflejo plateado se perseguían mutuamente por todo el valle. Rilla recordó una noche de luna llena de su niñez cuando le dijo a su mamá:

—La luna tiene una cara triste, muy triste.

Seguía teniendo la misma sensación… la de la Luna era una cara agonizante, gastada por la preocupación, por el horror de mirar las cosas espantosas que ocurrían abajo.

¿Qué habría visto en la frontera occidental? ¿En la destruida Serbia? ¿Y en las playas devastadas de Gallipoli?

—Estoy cansada —había dicho ese día la señorita Oliver; en un arrebato poco habitual de impaciencia—, cansada de esta seguidilla de tormentos, de que cada día traiga un nuevo horror o el temor de lo que pueda ocurrir. No, no me mire con reproche, señora Blythe. Hoy no tengo nada de heroico. Me siento hundida. Ojalá Inglaterra hubiera dejado que Bélgica corriera su propio destino… ojalá Canadá no hubiera enviado ni un solo hombre… ojalá hubiéramos mantenido a los muchachos atados a nuestras faldas. Ay, en media hora me voy a avergonzar de mí misma… pero en este instante me hago responsable de cada una de mis palabras. ¿Es que no piensan avanzar nunca los Aliados?

—La paciencia es el don de los elegidos —sermoneó Susan.

—Mientras los corceles de Armagedón galopan como truenos dentro de nuestro corazón —rebatió la señorita Oliver—. Dígame, Susan… ¿nunca tuvo… nunca tuvo… la necesidad sobrenatural de gritar… de maldecir… de romper alguna cosa… simplemente porque su sufrimiento ha llegado a un punto en el que se le hace insoportable?

—Nunca maldije ni quise maldecir, mi querida señorita Oliver, pero tengo que admitir —reconoció Susan con franqueza— que en algunas ocasiones he sentido alivio golpeando objetos.

—¿Y no le parece que eso es maldecir un poco? ¿Qué diferencia hay entre dar un portazo deliberado y decir una palabra…?

Susan interrumpió, desesperada y decidida a salvar a Gertrude de sí misma:

—Querida señorita Oliver, está usted muy cansada y sin fuerzas… no me extraña, teniendo que estar todo el día detrás de esos niños revoltosos y después, llegar a casa y recibir malas noticias. ¿Por qué no sube y se recuesta un poco? Yo le llevo una taza de té caliente y unas tostadas y así no le van a dar ganas de golpear puertas o de maldecir.

—Susan, usted es un alma buena… ¡una joya!… pero Susan, sería un alivio poder decir una vez, despacito, por lo bajo una…

—Ya le traigo una bolsa de agua caliente para los pies, además —volvió a interrumpir Susan, resuelta—, y así no va a sentir que necesita decir esa palabra que está pensando, señorita Oliver, se lo puedo asegurar.

—Bueno, voy a hacer un intento con la bolsa de agua caliente primero —dijo la señorita Oliver, arrepentida de sus bromas y desapareció escaleras arriba. Susan meneó la cabeza con preocupación mientras llenaba la bolsa. La guerra estaba afectando los niveles de comportamiento de los suyos. Era lamentable. La señorita Oliver había llegado al borde de lo profano.

«Hay que sacarle la sangre de la cabeza —se dijo Susan—, y si con esta bolsa no tengo suerte, voy a recurrir a una cataplasma de mostaza».

Gertrude recobró las fuerzas y siguió adelante. Lord Kitchener se marchó a Grecia, donde Susan predijo que Constantino iba a experimentar un cambio de actitud. Lloyd George comenzó a fastidiar a los Aliados respecto de los equipos y armamentos y Susan vaticinó que todavía no había dicho todo lo que tenía que decir. Los valientes soldados australianos y neozelandeses se retiraron de Gallipoli y Susan aprobó el movimiento, pero con reservas. Comenzó el sitio de Kut-al-Amara y Susan desplegó sus mapas de la Mesopotamia e insultó a los turcos. Henry Ford partió para Europa y Susan lo criticó con sarcasmo. *Sir* John French fue reemplazado por *Sir* Douglas Haig y Susan opinó que era mala política cambiar de caballo en mitad de la batalla. No se le escapaba ni un solo movimiento de reyes, alfiles y peones de la gran partida de ajedrez a pesar de que poco tiempo atrás sólo había leído los Apuntes de Glen St. Mary.

—En una época —se lamentaba—, no me importaba nada que pasara fuera de la isla Príncipe Eduardo, y ahora me preocupa hasta el dolor de muelas de un rey de Rusia o China. Es cierto que es un beneficio para la mente, como dijo el doctor, pero perjudica los sentimientos.

Cuando llegó la Navidad otra vez, Susan no dejó ningún lugar vacante en la mesa. Dos lugares vacíos ya eran demasiado, sobre todo para Susan que en septiembre pasado había dicho que en diciembre no habría ninguno.

Aquella noche, Rilla escribió en su diario:

Ésta es la primera Navidad que Walter no está con nosotros. Jem a veces pasaba la Navidad en Avonlea, pero Walter siempre estaba. Hoy recibí carta suya y de Ken. Todavía están en Inglaterra pero esperan partir hacia las trincheras muy pronto. Cuando lo hagan, supongo que vamos a estar en condiciones de soportarlo. Para mí lo más extraño de todo lo que pasó desde 1914, es cómo hemos aprendido a aceptar cosas que nunca hubiéramos aceptado antes… para seguir viviendo como si tal cosa. Sé que Jem y Jerry están en las trincheras… que Ken y Walter van a estar ahí muy pronto… que si alguno de ellos no vuelve se me partirá el corazón… pero sigo

trabajando y haciendo planes… sí y hasta disfruto de la vida de a ratos. Hay momentos en que realmente nos divertimos porque, durante ese instante, no pensamos en lo que pasa… después nos acordamos… y eso es más doloroso que estar pensándolo constantemente.

Hoy fue un día oscuro, nublado y esta noche, como dice la señorita Oliver, es especial para que un novelista se inspire para poner en el papel un asesinato o un rapto. Las gotas de lluvia que chorrean por las ventanas parecen lágrimas corriendo por la cara y el viento aúlla en el monte de arces.

No fue una linda Navidad en ningún sentido. Nan tenía dolor de muelas y Susan, los ojos irritados aunque trató de convencernos con artimañas de que no era así, Jims estuvo muy resfriado todo el día y tengo miedo de que tenga un crup. Ya tuvo crup dos veces desde octubre. La primera vez casi me muero del susto porque no estaban ni papá ni mamá… Papá no está *nunca*, creo, cuando se enferma alguien de la casa. Pero Susan estuvo fría como un témpano y supo qué hacer con exactitud y para la mañana Jims ya estaba bien. Ese chico es una cruza entre pato y duende. Tiene un año y cuatro meses, anda por todos lados y dice algunas palabras. Tiene la manera más simpática de llamarme Villa Will. Siempre me recuerda esa noche espantosa, absurda y deliciosa cuando Ken vino a despedirse y yo estaba tan furiosa y tan feliz. Jims es rosado y blanco y tiene ojos grandes, cabello ondulado y de tanto en tanto le descubro un hoyuelo nuevo. Todavía no puedo entender cómo puede ser la misma criatura horrible, amarilla y huesuda que traje aquel día en la sopera. Nadie sabe nada de Jim Anderson. Si no vuelve, me quedaré con Jims para siempre. Aquí todo el mundo lo adora y lo malcría… o lo harían si no estuviéramos Morgan y yo para impedirlo. Susan dice que es el niño más inteligente que ha visto en su vida y que reconoce al viejo Nick cuando lo ve… esto es porque Jims arrojó al pobre Doc por la ventana de arriba una vez. Doc se convirtió en el señor Hyde en su viaje hacia la planta baja y aterrizó en un arbusto escupiendo y maldiciendo. Traté de consolar su gato interior con un plato de leche pero no quiso nada y se mantuvo en señor Hyde por el resto del día. La última travesura de Jims fue la de pintar el almohadón del sillón viejo de afuera con caramelo y, antes de que alguien lo descubriera, la señora Clow vino a hablar por asuntos de la Cruz Roja y se sentó sobre él. Su vestido de seda nuevo quedó arruinado y nadie pudo culparla por sentirse humillada. Pero dijo tantas cosas desagradables, me dio tantos sermones sobre cómo debo educarlo y no malcriarlo, que casi pierdo los estribos yo también. En realidad, me quedé tranquila hasta que se fue y luego estallé.

«Esa vieja horrible, torpe y gorda», dije, y con qué placer pronuncié cada palabra.

«Tiene tres hijos en el frente», comentó mamá, con aire de reproche.

«Supongo que eso la disculpa de su falta de educación», le repliqué. Pero me sentí avergonzada, porque es cierto que todos sus hijos varones se fueron y ella lo sobrelleva con valentía, así como también es un pilar de la Cruz Roja. Es difícil olvidarse de todas las heroínas. De todas maneras, era su segundo vestido de seda en

un año, en un momento en que todos están ahorrando o ayudando, o por lo menos tratan de hacerlo.

Tuve que volver a sacar mi sombrero de terciopelo verde y usarlo. Traté de usar el marinero todo lo que pude. ¡Cómo odio el verde! Es tan elaborado y estridente. No entiendo cómo alguna vez pudo haberme gustado. Pero juré que me lo pondría y así tenía que ser.

Esta mañana fuimos con Shirley a la estación a llevarle una comida especial de Navidad a Lunes. Lunes espera y vigila todavía, con más esperanza y confianza que nunca. A veces da vueltas por la estación y habla con la gente y el resto del tiempo se queda quieto, mirando las vías sin pestañear. No tratamos de llevarlo a casa: sabemos que es inútil. Cuando Jem vuelva, Lunes vendrá con él; y si Jem… no vuelve más… Lunes seguirá esperando allí mientras siga latiendo su valiente corazón de perro.

Anoche vino Fred Arnold. Cumplió dieciocho en noviembre y se alistará tan pronto su madre se recupere de una operación. Últimamente viene muy seguido por aquí y, a pesar de que me cae bien, me pone un poco incómoda porque tengo miedo que piense que siento algo por él. No puedo decirle nada sobre Ken… después de todo ¿qué le diría si no hay nada que contar? Pero no puedo mostrarme distante ni fría porque se está por ir y eso me afecta. Es raro. Me acuerdo que pensaba que sería divertido tener docenas de pretendientes… y ahora me hago un problema tremendo porque dos son demasiados.

Estoy aprendiendo a cocinar. Susan me enseña. Hace mucho que quería aprender; no, tengo que ser franca: Susan trata de enseñarme, que es algo totalmente diferente. No tenía mucho éxito conmigo y estaba desanimada. Pero desde que los chicos se fueron quiero hacer tortas y ese tipo de cosas para ellos, así que empecé otra vez y para mi sorpresa lo estoy haciendo bien. Susan dice que el secreto está en contener la boca y papá dice que es mi subconsciente y que ahora sí tengo ganas de aprender. Creo que los dos tienen razón. Y ahora sé dos recetas de torta. Me puse un poco ambiciosa la semana pasada y traté de hacer bombas de crema, pero fue un terrible fracaso. Salieron del horno chatas como monedas. Creí que al rellenarlas con la crema se inflarían un poco pero no fue así. Creo que Susan se sintió bien por dentro. Ella es toda una campeona haciendo bombas de crema así que le dolería mucho que alguien la igualara en esa tarea. Me pregunto si no me habrá dado mal las instrucciones; no, no la creo capaz de semejante cosa.

Hace algunos días Miranda Pryor pasó una tarde conmigo ayudándome a recortar unas prendas para la Cruz Roja conocidas por el encantador nombre de «camisas para insectos». Susan dice que ese nombre no es decente y yo sugerí que las llamáramos «camisetas para piojos», que es una versión del viejo Sandy. Pero ella movió la cabeza y le comentó a mi madre más tarde que, en su opinión, ni piojos ni camiseta eran palabras que debían pronunciar niñas de mi edad. Se espantó, en especial cuando Jem en la última carta le escribió a mamá: «Dile a Susan que esta mañana hice un buen recuento de piojos ¡y me encontré cincuenta y tres!». Susan se puso verde.

«Querida señora, cuando yo era joven, si alguna persona tenía la desgracia de encontrarse con… esos insectos… lo mantenía en secreto lo más posible. Perdone mí mentalidad estrecha, pero sigo pensando que es mejor no mencionar semejantes cosas».

Mientras trabajábamos con las camisas, Miranda tomó confianza y me contó que se siente muy, pero muy mal. Está comprometida con Joe Milgrave y Joe se enroló en octubre y se está entrenando en Charlottetown desde entonces. El padre de Miranda se puso furioso cuando Joe se enroló y le prohibió a Miranda todo tipo de comunicación con él. Pobre Joe, espera partir para Europa en cualquier momento y quiere que Miranda se case con él antes de irse, es decir que hubo comunicación entre ellos a pesar de lo que dijo Patillas-en-la-Luna. Miranda quiere casarse pero no puede y eso le desgarra el alma.

«¿Por qué no te escapas y te casas?», le dije. No sentí ningún cargo de conciencia por el consejo. Joe Milgrave es una persona excelente y el señor Pryor le había tomado cierto cariño hasta que comenzó la guerra, de manera que sabía que Patillas la perdonaría después de un tiempo cuando quiera que su ama de llaves vuelva a casa. Pero Miranda movió la cabeza de cabello brillante con tristeza.

«Joe me lo pidió pero no puedo. Las últimas palabras de mi madre en su lecho de muerte fueron: "Nunca, nunca te fugues de casa, Miranda" y yo se lo prometí».

La madre de Miranda murió hace dos años, y parece que, según Miranda, su mamá y su papá se fugaron para casarse. Imaginarme a Patillas-en-la-Luna como el héroe de semejante aventura está fuera de mis posibilidades. Pero la cosa fue así y la señora Pryor vivió para arrepentirse. Su vida junto al señor Pryor fue muy dura y siempre creyó que lo que le pasaba era el castigo por haberse escapado con él. Por eso hizo prometer a Miranda que ella nunca haría una cosa así por ninguna razón posible.

Por supuesto que no se puede instigar a una chica a que rompa la promesa hecha a su madre moribunda, así que no se me ocurrió otra cosa que decirle que se casara con Joe cuando el chico fuera a su casa y su padre no estuviera allí. Pero Miranda dijo que eso no se podía organizar. Su papá parecía sospechar que ella planeaba algo por el estilo porque nunca se iba por mucho tiempo y, por supuesto, Joe no podía conseguir una licencia en tan poco tiempo.

«No, tengo que dejar que Joe se vaya y allá lo van a matar… sé que es así… y se me va a romper el corazón», dijo Miranda, mientras que las lágrimas corrían por sus mejillas copiosamente y salpicaban las camisas para piojos.

Escribo así, no por falta de compasión por la pobre Miranda sino porque he tomado la costumbre de dar a las cosas un cariz cómico; cuando escribo a Jem, a Walter y a Ken, lo hago para hacerlos reír. Realmente me dio pena Miranda, tan enamorada de Joe y profundamente avergonzada de los sentimientos progermanos de su padre. Y creo que ella lo sabía porque dijo que quería contarme todo porque este último tiempo notó que yo me preocupaba por su situación. Sé bien que yo

acostumbraba ser una criatura egoísta, despreocupada… me acuerdo de cómo era y me da vergüenza, así que creo que no soy tan mala como antes.

Ojalá pudiera ayudar a Miranda. Sería muy romántico planear una boda de guerra y me encantaría poder darle una lección a Patillas-en-la-Luna. Pero por el momento el oráculo no ha dicho una palabra.

18. Una boda de guerra

—Le voy a decir una cosa, mi querido doctor —dijo Susan, pálida de ira—: Alemania ha llegado al extremo del ridículo.

Estaban todos en la cocina de Ingleside. Susan preparaba unos bizcochos para la cena. La señora Blythe estaba haciendo un budín para Jem y Rilla acomodaba golosinas para Ken y Walter… alguna vez habían sido Walter y Ken en sus pensamientos, pero casi inconscientemente había cambiado y el nombre de Ken ahora iba primero. También estaba la prima Sophia, tejiendo.

La pacífica escena se vio interrumpida por la aparición del doctor, furioso y excitado por causa del incendio del edificio del Parlamento de Ottawa. Y Susan, automáticamente, se contagió de su furia y su excitación.

—¿Qué harán después estos hunos? —quiso saber—. ¡Venir hasta aquí e incendiar el edificio de *nuestro* Parlamento! ¿Se ha visto alguna vez *semejante* cosa?

—No sabemos todavía si los alemanes son los responsables del asunto —señaló el doctor, con la seguridad de que sí lo eran—. Los incendios existen y no hacen falta ellos para causarlos. La semana pasada se incendió el granero del tío Mark MacAllister. No creo que puedas acusar de ello a los alemanes, Susan.

—Por cierto, querido doctor, no sé —replicó Susan, moviendo la cabeza con aire importante—. Patillas-en-la-Luna estuvo allí ese mismo día. El incendio empezó media hora después de que se fue él. Hasta allí, los hechos… pero yo personalmente no acusaría a un ministro presbiteriano de haber incendiado el granero de nadie sin tener pruebas de ello. Sin embargo, todo el mundo sabe que también se enrolaron los dos muchachos del tío Mark y que el mismo tío Mark da conferencias en las reuniones de reclutamiento. Así que no hay duda de que Alemania está ansiosa por vengarse de él.

—Yo no sería capaz de hablar en una reunión de reclutamiento —declaró, solemne, la prima Sophia—. Mi conciencia no me permitiría invitar a los hijos de otras mujeres a asesinar y ser asesinados.

—¿No podrías? —preguntó Susan—. Mira, Sophia Crawford, después de saber que en Polonia ya no quedan niños de menos de ocho años, siento que sería capaz de convocar a cualquiera para ir a pelear. Piensa en eso, Sophia Crawford —continuó, amenazándola con el dedo—. ¡Ni-un-solo-niño-de-menos-de-ocho-años!

—Supongo que los alemanes los tienen a todos —suspiró la prima Sophia.

—Bueno… no —respondió de mala gana, como si odiara admitir que podía existir crimen del que los hunos no fuesen los responsables—. *Que yo sepa*, los alemanes todavía no se convirtieron en caníbales. Deben de haberse muerto de inanición y de abandono, las pobres criaturitas. Eso es asesinato, prima Sophia. El solo hecho de pensarlo me amarga cada mordisco que doy.

—Me dijeron que a Fred Carson, de Lowbridge, le otorgaron una Medalla por Actuación Sobresaliente —acotó el doctor, por encima del diario local que leía.

—Sí, me enteré la semana pasada —dijo Susan—. Es mensajero de su batallón y parece que demostró un valor extraordinario. La carta, donde contaba todo a sus familiares, llegó cuando la vieja abuela Carson estaba en su lecho de muerte. Le quedaban unos pocos minutos de vida y el ministro episcopal le preguntó si no le gustaría que rezara. «Ah, sí, sí, puede rezar», dijo con impaciencia; era una santa… siempre con buen ánimo… «Puede rezar, pero, por favor, hágalo en voz baja y no me perturbe. Quiero pensar en esta espléndida noticia y no me queda mucho tiempo para hacerlo». Así era Almira Carson de pies a cabeza. Fred era la luz de sus ojos. Con sus setenta y cinco años no se le conoce una sola cana, dicen.

—A propósito, eso me recuerda… que esta mañana me encontré una cana, la primera —comentó la señora Blythe.

—Yo la había notado hace tiempo, mi querida señora, pero no dije una palabra. Me dije a mí misma: «Bastante tiene que soportar la señora». Pero ahora que ya la vio, permítame decirle que las canas son símbolo de dignidad.

—Me estoy poniendo vieja, Gilbert —bromeó Ana con tristeza—. La gente ya empieza a decirme que me *mantengo* joven. Eso no te lo dicen cuando joven. Pero esa cana no me preocupa, nunca me gustó ser pelirroja.

La señorita Oliver levantó la vista de su libro y preguntó:

—¿Notaron lo distante que parece todo lo que se escribió antes de la guerra? A uno le parece estar leyendo algo tan antiguo como la *Iliada*. Estuve releyendo este poema de Wordsworth que tienen que preparar los alumnos del último año. Esa calma y reposo tan clásicos, la belleza de los versos, parecen venir de otro planeta y nada tienen que ver con la confusión actual de este mundo.

—Lo único que me reconforta leer en este momento es la *Biblia* —comentó Susan, poniendo en el horno los bizcochos—. Hay muchísimos párrafos que describen fielmente a los hunos. El viejo Sandy afirma que no hay duda de que el Káiser es el Anticristo del que se habla en el Apocalipsis. Pero yo no llego a tanto; en mi modesta opinión, querida señora, pienso que sería demasiado honor para él.

Una mañana muy temprano, días más tarde, Miranda Pryor llegó hasta Ingleside con el pretexto de la costura para la Cruz Roja; pero, en realidad venía a compartir con la compasiva Rilla los problemas que no podía soportar sola. Trajo consigo a su perro, un animalito sobrealimentado y de patas chuecas que le había regalado Joe Milgrave. El señor Pryor no sentía cariño por los perros, pero como en aquellos tiempos veía a Joe como un buen aspirante a la mano de su hija, le permitió quedárselo. Miranda estaba tan agradecida que, para complacer a su padre, le puso el nombre de su ídolo político, el gran caudillo liberal *Sir* Wilfrid Laurier… título que pronto quedó reducido a Wilfy. *Sir* Wilfrid fue creciendo y poniéndose cada vez más gordo; Miranda lo malcriaba absurdamente y nadie lo quería. Rilla, en especial, lo odiaba porque le gustaba echarse patas para arriba para invitar a que le hicieran cosquillas en la barriga. Cuando vio que Miranda tenía aspecto de haber llorado toda la noche, la invitó a subir a su cuarto para que le contara el problema, pero ordenó a

Wilfrid que se quedara abajo.

—¿No lo dejas subir? —preguntó Miranda con melancolía—. El pobre Wilfy no va a molestar, te lo aseguro… le limpié con tanto cuidado las patas antes de entrar… Se siente muy mal cuando lo dejo solo en un lugar desconocido… y pronto será… lo único que me… recuerde a… Joe.

Rilla se dio por vencida y *Sir* Wilfrid, con la cola enroscada con aire impertinente sobre el lomo manchado, subió triunfante las escaleras delante de ellas.

Miranda empezó a sollozar:

—Ay, Rilla, estoy tan triste. No sé cómo empezar a contarte lo mal que me siento. De verdad, tengo destrozado el corazón.

Rilla se sentó en el sofá junto a Miranda. *Sir* Wilfrid acomodó sus ancas frente a ellas, sacó la lengua roja e impertinente y escuchó.

—¿Cuál es el problema, Miranda?

—Joe llega esta noche, es su última licencia. Recibí una carta suya el sábado, por intermedio de Bob Crawford, ya sabes, por papá… y ay, Rilla, se queda solamente cuatro días… el viernes a la mañana tiene que irse… y quizá no lo vea nunca más.

—¿Todavía quiere casarse contigo?

—Ah, sí. En la carta me suplica que me fugue con él y nos casemos. Pero yo no puedo hacerlo, Rilla, ni siquiera por Joe. Lo único que me reconforta es saber que voy a verlo un rato mañana a la tarde. Papá se tiene que ir a Charlottetown por trabajo. Por lo menos vamos a tener una buena charla de despedida. Pero… ay, después, Rilla… Sé que papá no me permitirá ir a la estación a despedirlo el viernes a la mañana.

—¿Y por qué no se casan tú y Joe mañana a la tarde en casa? —preguntó Rilla.

Miranda, asombrada, tragó un sollozo y casi se ahogó.

—Pero, pero… eso es imposible, Rilla.

—¿Por qué? —inquirió la organizadora de la Cruz Roja Juvenil y transportadora de bebés en soperas.

—Porque… bueno… porque nunca pensamos en eso… Joe no tiene licencia… yo no tengo vestido… no podría casarme de negro… yo… yo… tú… tú… —Miranda se desmoronó por completo. *Sir* Wilfrid al verla tan desesperada, echó la cabeza para atrás y emitió un aullido melancólico.

Rilla Blythe pensó por unos minutos con intensidad y con rapidez. Luego dijo:

—Miranda, mira, si te pones en mis manos, para las cuatro de la tarde de mañana, vas a estar casada con Joe.

—No, no podrías.

—Claro que sí. Pero tienes que hacer exactamente lo que te diga.

—Ay… no sé… papá me va a matar…

—Tonterías. Se va a enojar muchísimo, eso sí. ¿Pero le tienes más miedo a la rabia de tu padre que a no volver a ver a Joe nunca más en la vida?

—No —respondió Miranda con repentina firmeza—. Es cierto. No.

—Entonces, ¿vas a hacer lo que yo te diga?

—Sí.

—Bueno, entonces comunícate con Joe por larga distancia y dile que consiga una licencia y que luego te llame.

—Ay, no podría —respondió Miranda horrorizada—, sería tan… tan… *indecoroso*.

Rilla apretó los dientes blancos. «Dios me dé paciencia» pensó, y después dijo:

—Entonces lo llamo yo. Mientras tanto, ve a tu casa y prepara todo lo que puedas. Cuando te llame para que vengas a ayudarme con la costura, hazlo de inmediato.

Apenas se fue Miranda, pálida, asustada pero desesperadamente resuelta, Rilla pidió una llamada a Charlottetown. Se la dieron con tanta rapidez que pensó que era una señal de la Providencia de que estaba haciendo lo correcto, pero le costó más de una hora dar con Joe Milgrave en el campamento. Mientras tanto, caminaba impaciente y rezaba para que cuando tuviera a Joe en la línea no lo escuchara nadie que pudiera irle con el cuento a Patillas-en-la-Luna.

—¿Eres tú, Joe? Habla Rilla Blythe… Rilla… Rilla… ay, no importa. Escucha esto. Antes de venir para casa esta noche tienes que conseguirte una licencia matrimonial… sí… de matrimonio… y un anillo de bodas. ¿Entendiste bien? ¿De acuerdo? Muy bien, pero hazlo porque es tu única oportunidad.

Desbordada por su triunfo —su peor miedo era no conseguir hablar con Joe a tiempo—, Rilla llamó a Miranda. Esta vez no tuvo tanta suerte porque fue Patillas-en-la-Luna el que atendió.

—¿Hablo con Miranda?… ah, señor Pryor. Bueno, señor Pryor, ¿sería tan amable de decirle a Miranda que venga esta tarde a casa para ayudarme con la costura? Es muy importante… en serio, no es que quiera molestarlo pero es necesario. Ay… muchas gracias.

El señor Pryor estuvo de acuerdo, se lo oía un poco desconforme, pero estuvo de acuerdo… no quería que el doctor Blythe se ofendiera y sabía que si no le permitía a Miranda colaborar con la Cruz Roja no sería bien visto por la opinión pública de Glen. Rilla fue hasta la cocina y cerró todas las puertas con una expresión tan misteriosa que Susan se alarmó. Luego dijo solemne:

—¿Susan, puedes hacer una torta de bodas esta tarde?

—¿Una torta de bodas? —Susan quedó pasmada. Tiempo atrás, Rilla había traído su bebé de guerra, sin aviso previo. ¿Estaría por hacer lo mismo, pero esta vez con un marido?

—Sí, una torta de bodas… una para chuparse los dedos, Susan. Una hermosa torta con ciruelas, ralladura de limón, huevos y todo. Y hay otras cosas que hacer. Mañana de mañana te ayudo, esta tarde tengo que hacer un vestido de novia y el tiempo es oro, Susan.

Susan llegó a la conclusión de que estaba demasiado vieja para someterse a

semejante estado de alarma.

—¿Con quién vas a casarte, Rilla? —preguntó con un hilo de voz.

—Pero Susan, querida. Yo no soy la novia feliz. Es Miranda Pryor que se casará con Joe Milgrave mañana por la tarde cuando se vaya su papá. Un casamiento de guerra, Susan. ¿No es romántico y conmovedor? En mi vida estuve tan entusiasmada.

El entusiasmo pronto se esparció por todo Ingleside y hasta la señora Blythe y Susan se contagiaron.

—Me pongo a trabajar ya mismo en esa torta —prometió Susan, mirando el reloj —. Querida señora, ¿podría usted juntar la fruta y batir los huevos? Así yo podría poner la torta en el horno antes de la noche. Mañana podemos hacer las ensaladas y todo eso. Yo haría cualquier cosa para vencer a Patillas-en-la-Luna, incluso trabajar toda la noche.

Miranda llegó llena de lágrimas y sin aliento.

—Tenemos que arreglar mi vestido blanco —dijo Rilla—. Te quedará muy lindo con algunos retoques.

Y pusieron manos a la obra; cortaron, probaron, hilvanaron, cosieron como si fuera asunto de vida o muerte. A puro esfuerzo terminaron el vestido a las siete de la tarde y Miranda se lo probó en el cuarto de Rilla.

—Es muy bonito… pero… si pudiera tener un velo —suspiró Miranda—. Siempre soñé con tener un hermoso velo blanco el día de mi boda.

Evidentemente, hay un hada madrina para las novias de la guerra.

Se abrió la puerta y apareció la señora Blythe con una tela livianísima.

—Querida Miranda, quiero que mañana te pongas el velo que usé en mi casamiento. Me lo puse hace veinticuatro años en Tejas Verdes. Fui la novia más feliz del mundo y usar el velo de una novia feliz trae suerte, dicen.

—Ay, es usted tan dulce, señora Blythe —dijo Miranda con las lágrimas a punto de brotar de nuevo.

Le probaron el velo y lo drapearon. Susan entró para hacer su comentario pero no se atrevió a quedarse.

—Tengo la torta en el horno —dijo— y estoy en alerta. La noticia de la noche es que el Gran Duque ha tomado Erzerum. Es un disgusto para los turcos. Ojalá tuviera la oportunidad de decirle al Zar que cometió un error al rechazar a Nicolás.

Susan desapareció escaleras abajo para volver a la cocina; se escuchó un golpe fuerte y luego un alarido penetrante. Todos corrieron hacia allí: el doctor y la señorita Oliver, la señora Blythe, Rilla, Miranda con el velo puesto. Susan estaba sentada con toda su humanidad en el medio del suelo de la cocina con cara aturdida, desconcertada, mientras Doc —que por supuesto estaba encarnado en Hyde— miraba desde el aparador, con el lomo arqueado, los ojos como llamaradas y la cola que parecía medir el triple de su tamaño.

—Susan, ¿qué pasó? —gritó la señora Blythe alarmada—. ¿Te caíste? ¿Te lastimaste?

Susan se incorporó.

—No —dijo, sombría—. No me lastimé, aunque estoy toda destartalada. No se asusten. Y en cuanto a lo que paso… traté de patear a ese maldito gato con los dos pies, eso fue lo que pasó.

Todos rieron a carcajadas. El doctor, casi sin aliento, le dijo:

—Ay, Susan, Susan. Y pensar que nunca creí que te escucharía maldecir alguna vez.

—Siento mucho —respondió ella, apenada— haberlo hecho frente a dos jovencitas. Pero dije que esta bestia es maldita y maldita es. Le pertenece al viejo Nick.

—¿Te parece que uno de estos días va a desaparecer de golpe dejando un olor a azufre en el aire, Susan?

—Pronto va a volver al lugar que le corresponde, denlo por cierto —replicó Susan de malhumor y se acercó hasta el horno sacudiendo sus huesos—. Supongo que semejante golpe habrá movido la torta, y saldrá pesada como plomo.

Pero no. La torta tenía todo lo que una torta de bodas debe tener y Susan le hizo una cobertura hermosísima. Al día siguiente Susan y Rilla trabajaron hasta el mediodía haciendo delicados bocaditos y, tan pronto como Miranda avisó que su padre había salido, empacaron todo en un gran canasto y lo llevaron a casa de los Pryor. Joe llegó con su uniforme y acompañado por quien sería su padrino de bodas, el sargento Malcolm Crawford. La gente era bastante, toda la gente de la rectoría y de Ingleside, y cerca de una docena de parientes de Joe, incluyendo a su mamá, la señora del fallecido Angus Milgrave, como la llamaban para diferenciarla de otra señora cuyo Angus estaba vivo. La señora del fallecido Angus tenía una expresión que mostraba cierta desaprobación, parecía no entusiasmarle mucho esta alianza con la casa de Patillas-en-la-Luna.

Así fue como Miranda Pryor se casó con el soldado Joseph Milgrave antes de su partida. Tendría que haber sido un casamiento romántico, pero no lo fue. Había demasiados factores en contra del romanticismo, Rilla tuvo que admitirlo. En primer lugar, Miranda, a pesar del vestido y el velo, fue una novia de rostro aplanado, común y poco interesante. En segundo lugar, Joe lloró amargamente durante toda la ceremonia, y eso irritó a Miranda sin razón. Mucho tiempo después, ella comentaría a Rilla:

—Sentí la necesidad de decirle allí mismo que si lo ponía tan mal el hecho de casarse conmigo, no tenía por qué hacerlo. Pero luego él me explicó que estaba triste porque tenía que dejarme tan pronto.

En tercer lugar, Jims, que siempre se comportaba tan bien en público, tuvo un ataque de vergüenza y malhumor y no hizo más que gritar «Willa» durante toda la ceremonia. Nadie quería llevárselo afuera porque no querían perderse la boda, así que Rilla, que era madrina, tuvo que tenerlo en brazos todo el tiempo.

En cuarto lugar, a *Sir* Wilfrid Laurier le dio un ataque. *Sir* Wilfrid estaba

atrincherado en un rincón del salón detrás del piano de Miranda. Comenzó a hacer los ruidos más extraños y espantosos. Comenzó con una especie de tos espasmódica, siguió con un gorgoteo horripilante y terminó con un aullido estrangulado. Nadie pudo oír una sola palabra de lo que decía el señor Meredith excepto en los pocos momentos en que *Sir* Wilfrid paraba para respirar. Nadie miraba a la novia, excepto Susan, que no podía sacar sus ojos fascinados de la cara de Miranda… todos los demás estaban mirando al perro. Miranda no había dejado de temblar por el nerviosismo, pero en cuanto *Sir* Wilfrid comenzó su actuación, se olvidó de todo. Lo único que pensaba era que su querido perro se estaba muriendo y ella no podía correr hacia él. Nunca recordó ni una palabra de la ceremonia.

Rilla, que a pesar de Jims hizo lo que pudo para tener un aspecto absorto y romántico como debe tener una madrina de guerra, se tuvo que dar por vencida y concentró sus energías en digerir las inoportunas ganas de reír. No se atrevió a mirar a nadie, mucho menos a la señora del fallecido Angus por temor a que la risa contenida estallara en una carcajada poco digna de una jovencita como ella.

Y por fin se casaron, y tuvieron su cena de bodas en el comedor, una cena tan abundante y generosa como si fuera producto de un mes de labor. Todos habían llevado algo: la señora del fallecido Angus, un pastel de manzana que colocó sobre una silla, para luego sentarse sobre él, distraída. Ni su humor ni su vestido negro mejoraron desde ese momento, pero nadie echó de menos el pastel durante la fiesta y la señora del fallecido Angus se lo pudo llevar de vuelta a su casa. Por lo menos no se lo arrojarían a los cerdos del pacifista de Patillas-en-la-Luna.

Esa noche el señor y la señora Milgrave, acompañados por el ya recuperado *Sir* Wilfrid, partieron hacia el faro de Cuatro Vientos, que estaba a cargo del tío de Joe, para una corta luna de miel. Una Meredith, Rilla y Susan lavaron los platos, ordenaron y dejaron sobre la mesa una cena fría y la nota compasiva que le escribió Miranda a su padre. Volvieron caminando a casa cuando el místico velo soñoliento y encantado del atardecer invernal se envolvía sobre Glen.

—A mí no me hubiera importado ser una novia de la guerra —comentó Susan, poniéndose sentimental.

Rilla se sentía aplastada, tal vez por el contraste ante la excitación y el apuro de las últimas treinta y seis horas. Estaba un poco desilusionada: todo el asunto había resultado tan ridículo, y Miranda y Joe tan lacrimógenos y vulgares.

—Si Miranda no le hubiese dado semejante cena a su perro no le habría dado ese ataque —dijo con rabia—. Yo se lo advertí… pero ella dijo que no iba a dejar al pobre perro muerto de hambre… que pronto sería lo único que le quedaría, etcétera. Me dieron ganas de zamarrearla.

Susan comentó:

—El padrino estaba más emocionado que el novio. Le dijo a Miranda que deseaba que días como éste se repitieran para ellos. Ella no parecía muy contenta, bueno, quizás era por las circunstancias.

—Bueno —continuó Rilla—, igualmente pienso escribir un informe detallado sobre esto a los muchachos. Jem se morirá de risa cuando le cuente sobre el espectáculo que dio *Sir* Wilfrid.

Pero, así como Rilla se sintió desilusionada por el casamiento de guerra, también comprobó que todo había salido a la perfección el viernes a la mañana cuando Miranda se despidió de su marido en la estación de Glen. El amanecer tenía una blancura como de perlas y era transparente como un diamante. Más atrás, el aromático bosquecito de pinos estaba cubierto de neblina y escarcha. La luna fría del amanecer colgaba sobre los campos nevados hacia el oeste mientras por encima, los arces de Ingleside brillaban con los hilos dorados del sol que salía. Joe tomó en sus brazos a su mujercita pálida y ella apretó la cara contra la de él. Rilla contuvo la emoción. Ya no importaba que Miranda fuese insignificante, común y desabrida. Ya no importaba que fuera la hija de Patillas-en-la-Luna. Lo único importante era la expresión de éxtasis y de sacrificio que tenían sus ojos, la llama perpetua y sagrada de devoción, lealtad y coraje que ella juró mantener viva en silencio, como miles de otras mujeres que tenían a sus hombres en el frente occidental.

Rilla se retiró del lugar; no había que interrumpir semejante momento. Fue hasta el final de la plataforma donde estaban echados *Sir* Wilfrid y Lunes, mirándose mutuamente.

Sir Wilfrid le decía con aire superior:

—¿Por qué frecuentas este cobertizo viejo cuando podrías estar echado sobre la alfombra frente al hogar de Ingleside y disfrutar de la vida? ¿Es una pose? ¿O una idea fija?

A lo que Lunes respondió lacónicamente:

—Tengo una cita.

Cuando el tren se fue, Rilla se reunió con la pequeña y temblorosa Miranda.

—Bueno —dijo ella—, se ha ido y quizá no vuelva jamás… pero yo soy su mujer y voy a ser digna de él. Me voy a casa.

—¿No te parece que sería mejor que vinieras a casa conmigo? —preguntó Rilla. Nadie sabía todavía cómo había tomado la noticia el señor Pryor.

—No. Si Joe puede enfrentar a los hunos, yo puedo enfrentarme a mi padre —declaró Miranda con osadía—. La mujer de un soldado no puede ser cobarde. Vamos Wilfy. Me voy a casa aunque tenga que aguantar lo peor.

Pero no hubo nada demasiado espantoso que enfrentar. Es probable que el señor Pryor hubiera pensado que las amas de llaves eran difíciles de conseguir y que Miranda tendría muchos hogares de los Milgrave donde ir a vivir; o que había algo llamado asignación por separación. De todas maneras, a pesar de que le dijo que había actuado como una tonta y que se arrepentiría de por vida, eso fue todo. Fue así que la señora Milgrave se puso el delantal y empezó a trabajar como siempre. *Sir* Wilfrid Laurier, mientras tanto, se durmió pensando que un faro como residencia de invierno no le merecía una buena opinión y que se sentía agradecido por haber

terminado con las bodas de guerra.

19. «No pasarán»

Una mañana gris y fría de febrero, Gertrude Oliver se despertó con un escalofrío, entró en la habitación de Rilla y se acostó en la cama junto a ella.

—Rilla… tengo miedo… estoy asustada como un bebé… tuve otro de esos sueños extraños. Nos espera algo terrible… lo sé.

—¿Qué soñó?

—Estaba de pie sobre los escalones de la galería, igual que en aquel sueño que tuve la noche anterior al baile en el faro y se acercaba desde el este una gigantesca nube negra hinchada de truenos. Yo veía la sombra corriendo delante de ella y cuando me envolvió, me estremecí con un frío helado. Luego se desató la tormenta… era terrible… relámpagos y truenos aterradores, torrentes de lluvia. Me volví asustada y traté de buscar refugio y en ese instante, un hombre, un soldado con uniforme de oficial del ejército francés, trepó corriendo los escalones y se detuvo junto mí en el umbral. Tenía el uniforme empapado en sangre con una herida en el pecho, parecía débil y exhausto; pero su rostro pálido estaba tenso y los ojos le ardían bajo la frente demacrada. «No van a pasar», dijo en una voz baja y vehemente que oí perfectamente por encima del rugido de tormenta. Y entonces me desperté. Rilla, tengo miedo… la primavera no traerá el Gran Avance que hemos estado esperando; lo que va a venir es un golpe terrible para Francia. Estoy segura. Los alemanes tratarán de abrirse paso por algún lado.

—Pero el soldado le dijo que no pasarían —objetó Rilla.

Jamás tomaba en broma los sueños de Gertrude, ella no era el doctor.

—No sé si era una profecía o pura desesperación. El horror de ese sueño me oprime con mano de hielo. Creo que vamos a necesitar valentía, más de la que tuvimos hasta ahora.

El doctor Blythe rió al escuchar el cuento durante el desayuno… pero jamás volvió a tomar a la chacota los sueños de la señorita Oliver: ese día trajo la noticia del comienzo de la ofensiva de Verdún y de allí en adelante, durante toda la hermosa primavera, la familia de Ingleside vivió sumida en el temor. Había días en que aguardaban el final con desesperanza mientras los alemanes se acercaban más y más a la valiente barrera de una Francia desesperada.

—Si los alemanes toman Verdún, el espíritu de Francia se va a quebrar para siempre —dijo la señorita Oliver con amargura.

—Pero no van a tomarlo —objetó Susan, que había perdido el apetito por temor a la toma—. En primer lugar, usted lo soñó, soñó lo que los franceses están diciendo ahora antes de que se conocieran sus palabras: ellos dicen que los alemanes no pasarán. Le aseguro, mi querida señorita Oliver, que cuando leí eso en el diario y me acordé de su sueño, me recorrió un escalofrío de temor. Parecen los tiempos bíblicos, cuando la gente soñaba así con frecuencia.

—Lo sé… lo sé —asintió Gertrude, caminando de un lado a otro con paso

inquieto—. Me aferro a una fe persistente en mi sueño, sí, pero cada vez que llegan malas noticias… la pierdo. Luego me digo que es «mera coincidencia», «memoria subconsciente» y todo eso.

—No veo cómo la memoria puede recordar algo antes de que el otro lo diga —insistió Susan—, aunque por supuesto, no soy una persona culta, como usted o el doctor. Y creo que es mejor así, si la cultura hace que algo tan simple como eso resulte difícil de creer. Pero en cualquier caso, no es necesario preocuparse por Verdún, aunque caiga en manos de los hunos. Joffre afirma que no tiene significación desde un punto de vista militar.

—Es el viejo consuelo. Ya me lo dijeron demasiadas veces, cada vez que surgen dificultades oigo las mismas palabras —replicó Gertrude—. Ya no me hace efecto.

—¿Alguna vez hubo una batalla como ésta en el mundo? —preguntó el señor Meredith una noche a mediados de abril.

—Es algo tan titánico que escapa a nuestra comprensión —acotó el doctor—. ¿Qué eran las luchas homéricas comparadas con esto? Toda la guerra de Troya podría pelearse alrededor de un fuerte de Verdún y un corresponsal no le otorgaría más que una frase en el diario. No gozo de la confianza de los poderes ocultos —el doctor hizo un guiño a Gertrude—, pero tengo la corazonada de que el destino de toda la guerra depende de Verdún. Como dicen Susan y Joffre, no tiene importancia militar; pero tiene la tremenda importancia de una *Idea*. Si Alemania triunfa aquí, ganará la guerra. Si pierde, va a perder su suerte.

—Y va a perder —declaró el señor Meredith con vehemencia—. No se puede conquistar una *Idea*. Francia es una maravilla, eso es seguro. Me parece ver en ella la figura blanca de la civilización que toma una postura firme contra los poderes negros de la barbarie. Pienso que todo nuestro mundo lo ve así y que por eso esperamos el resultado con tanta ansiedad. No es cuestión de que unos pocos fuertes cambien de manos ni de que se ganen o pierdan unos kilómetros de tierra ensangrentada.

—Me pregunto —murmuró Gertrude con aire soñador—, si habrá alguna gran bendición, lo suficientemente grande como para valer el precio, como recompensa por tanto dolor… ¿Les parece que esta agonía con que se estremece el mundo puede ser el dolor de parto de una era nueva y maravillosa? ¿O es solamente una tonta «pelea de hormigas bajo el resplandor de millones y millones de soles»? Pensamos con mucha ligereza, señor Meredith, en una calamidad que destruye un hormiguero y la mitad de sus habitantes. ¿Acaso el Poder que rige el universo nos considera más importantes de lo que nosotros consideramos a las hormigas?

—Olvida usted —objetó el señor Meredith con un destello en los ojos oscuros— que un Poder infinito tiene que ser infinitamente pequeño además de infinitamente grande. Nosotros no somos ninguna de las dos cosas y, por lo tanto, hay cosas muy pequeñas y muy grandes que se nos escapan. Para Aquel infinitamente pequeño una hormiga es tan importante como un mastodonte. Somos testigos de los dolores de nacimiento de una nueva era… pero nacerá débil y llorosa, como todos los seres del

mundo. No soy de esos que esperan un nuevo cielo y una nueva tierra como resultado inmediato de esta guerra. No es así como trabaja Dios. Pero no le quepan dudas de que trabaja, Miss Oliver y al final Su propósito se cumplirá.

—Ortodoxo y lleno de sentido común… ortodoxo y lleno de sentido común —masculló Susan con gesto aprobador, en la cocina. Le gustaba, de tanto en tanto, ver a la señorita Oliver amilanarse ante el ministro. La quería mucho, pero opinaba que a la señorita Oliver le gustaba demasiado decir herejías delante de los ministros y se merecía que le recordaran cada tanto que esos asuntos estaban fuera de su jurisdicción.

En mayo, Walter escribió diciendo que le habían otorgado una Medalla D.C. No explicó por qué, pero los otros muchachos se encargaron de que todo Glean supiera el acto de valor realizado por Walter. «En cualquier guerra excepto ésta —escribió Jerry Meredith—, hubiera significado una V.C. Pero no pueden hacer tan corrientes las V.C. como los actos de valor que se realizan aquí a diario».

—Deberían haberle dado la V.C. —protestó Susan, indignada. No estaba muy segura acerca de quién tenía la culpa de ese error, pero si se trataba del general Haig, comenzaba a dudar seriamente de su capacidad para ser Comandante en jefe.

Rilla no cabía en sí de alegría. Su querido Walter se había merecido la medalla… Walter, a quien alguien había enviado una pluma blanca a Redmond; había sido Walter el que corrió fuera de la seguridad de las trincheras para arrastrar a un compañero herido caído en tierra de nadie. ¡Podía ver su hermoso rostro pálido y sus maravillosos ojos en ese momento! ¡Qué honor ser hermana de semejante héroe! Y él ni siquiera se había molestado en contar lo acontecido. La carta estaba llena de otras cosas, cosillas íntimas que ambos habían conocido y querido en los tiempos sin nubes del siglo anterior.

Estuve pensando en los narcisos del jardín de Ingleside —escribía Walter—. Para cuando recibas esta carta, estarán en flor, agitándose bajo ese hermoso cielo rosado. ¿Siguen tan brillantes y dorados como siempre, Rilla? Se me ocurre que deberían teñirse de rojo sangre… como las amapolas, aquí.

Hay luna joven esta noche: una cosita delgada, preciosa, plateada que cuelga sobre estos pozos de tormento. ¿La verás tú también entre los árboles?

Te mando un poema, Rilla. Lo escribí una noche en la trinchera, a la luz de un trozo de vela. Mejor dicho, me vino a la mente allí; no sentía que yo lo estuviera escribiendo: algo me utilizaba como instrumento. Tuve esa sensación un par de veces antes, pero nunca tan intensa como esta vez. Fue por eso que lo mandé al *Spectator* de Londres. Lo publicaron y la copia llegó hoy. Espero que te guste. Es el único poema que escribí desde que estoy en el extranjero.

El poema era breve y mordaz. Al cabo de un mes, había llevado el nombre de Walter a todos los rincones del globo. En todas partes lo copiaron, en periódicos

metropolitanos y pequeños semanarios de pueblos, en editoriales profundos y columnas emotivas, en artículos de la Cruz Roja y en propaganda del gobierno. Madres y hermanas lloraron sobre los versos, jóvenes muchachos se emocionaron con ellos; el gran corazón de la humanidad lo tomó como un epítome del dolor, la esperanza, la pena, el propósito del poderoso conflicto; cristalizados en tres estrofas breves, inmortales. Un muchacho canadiense en las trincheras de Flandes había escrito el gran poema de la guerra. *El Gaitero*, por el soldado Walter Blythe fue un clásico desde la primera aparición.

Rilla lo copió en su diario al comienzo de un relato sobre la dura semana que acababa de transcurrir.

Ha sido una semana espantosa —escribió—, y a pesar de que ya pasó y sabemos que todo fue un error, no se nos van las magulladuras que dejó. Y sin embargo, en algunos sentidos, fue una semana maravillosa y he tenido atisbos de cosas que jamás había visto antes: de lo valientes y recias que pueden ser las personas aunque estén en medio del sufrimiento más terrible. Estoy segura de que jamás podría tener la fortaleza que tuvo la señorita Oliver.

Hace exactamente una semana, recibió una carta de la madre del señor Grant, de Charlottetown, en la que decía que había llegado un cable informando que el mayor Robert Grant había muerto en acción unos días antes.

¡Ay, pobre Gertrude! Al principio estuvo muy caída. Después de un día solamente, se compuso y volvió a la escuela. No lloró; en ningún momento la vi derramar una lágrima. ¡Pero ay, su rostro y sus ojos!

«Tengo que volver al trabajo —dijo—. Ése es mi deber en este momento».

Yo jamás podría haberme elevado a esa altura.

No tuvo resentimiento, nunca, bueno, apenas una vez, cuando Susan comentó algo acerca de que por fin llegaba la primavera y Gertrude dijo:

«¿Realmente puede llegar la primavera este año?». Después, rió… una risita espantosa, como la que se lanzaría frente a la muerte, pienso, y dijo:

«Qué egoísmo el mío. Porque yo, Gertrude Oliver, perdí un amigo, me parece increíble que la primavera pueda llegar como de costumbre. La primavera no deja de venir cuando hay millones de seres que sufren, pero si soy yo… ay, entonces me pregunto si el universo puede seguir su curso».

«No seas amarga contigo misma, querida —le recomendó mamá con suavidad—. Es muy natural sentir que las cosas no pueden seguir igual cuando un gran golpe nos cambia el mundo. Todos sentimos lo mismo».

Entonces habló esa bruja de Sophia, la prima de Susan. Estaba sentada allí, tejiendo y mascullando como un cuervo de mal agüero, como solía llamarla Walter.

«Pero usted no está tan mal como otros, señorita Oliver —dijo—, y no debería tomarlo tan a la tremenda. Hay gente que perdió a su marido; eso sí que es un golpe; y hay otros que perdieron hijos. Usted no».

«No —asintió Gertrude con más amargura todavía—. Es cierto que no perdí un marido: solamente perdí al hombre que hubiera sido mi marido. No perdí un hijo: solamente los hijos que podría haber tenido…, los que ahora jamás tendré».

«No queda bien que una dama hable de ese modo», exclamó la prima Sophia, escandalizada; y entonces Gertrude lanzó una carcajada tan extraña que la prima Sophia se asustó de veras. Y cuando la pobre Gertrude, incapaz de seguir soportando la situación, salió corriendo de la habitación, la prima Sophia preguntó a mamá si el golpe no habría afectado el cerebro de la señorita Oliver.

«Yo sufrí la pérdida de dos buenos compañeros —explicó—, pero no me afectó de esa forma».

¡Claro que no! Los pobres hombres deben de haberse sentido agradecidos por morir.

Oí a Gertrude caminando por la habitación casi toda la noche. Lo hacía todas las noches. Pero nunca durante tanto tiempo. Y en una oportunidad la oí lanzar un repentino chillido como si la hubieran apuñalado. No podía dormir y sufría por ella; tampoco podía ayudarla. Pensé que la noche no terminaría nunca. Pero terminó; y «el gozo llegó por la mañana» como dice la Biblia. Bueno, no llegó exactamente a la mañana, sino a la tarde. Sonó el teléfono y atendí yo. Era la anciana señora Grant que llamaba desde Charlottetown para decir que todo había sido un error, Robert no había muerto en acción; solamente lo habían herido levemente y estaba a salvo en el hospital, lejos de los campos por un tiempo. Todavía no sabían cómo se había originado el equívoco, pero suponían que debía de haber habido otro Robert Grant.

Corté y volé al Valle del Arco Iris. Estoy segura de que volé: no recuerdo que mis pies hayan tocado el suelo en ningún momento. Me encontré con Gertrude cuando volvía desde la escuela en el bosquecito de pinos donde siempre jugábamos y le lancé las novedades sin previo aviso. Debí de haber tenido más cabeza, por supuesto. Pero estaba tan loca de alegría y emoción que no me detuve a pensar para nada. Gertrude cayó cuan larga era en medio de la hierba, como si le hubieran disparado. El susto que me di me curó —en este aspecto al menos— por el resto de mi vida. Pensé que la había matado… recordé que su madre había muerto repentinamente de un ataque cardíaco, y que había muerto joven, muy joven. Me llevó lo que pareció un siglo descubrir que su corazón seguía latiendo. ¡Qué horror! Jamás vi a nadie desmayarse antes y sabía que en casa no había nadie porque todos se habían ido a la estación para recibir a Di y Nan que regresaban de Redmond. Pero sabía —en teoría— cómo debía tratarse un desmayo y ahora lo sé en la práctica. Por suerte, el arroyo estaba cerca y después de un largo rato Gertrude regresó a la vida. No dijo una palabra sobre las noticias y no me atreví a tocar el tema de nuevo. La ayudé a subir a su habitación y allí dijo: «Rob… vive…», como si le hubieran arrancado las palabras. Se arrojó sobre la cama y lloró, lloró y lloró. Jamás vi a nadie llorar de ese modo. Brotaron todas las lágrimas que no había derramado en la semana. Lloró casi toda la noche, creo, pero esta mañana tenía la expresión transfigurada y nuestra felicidad llegó a rayar en el

temor.

Di y Nan volvieron a casa. Van a quedarse un par de semanas. Luego volverán a trabajar en el campo de entrenamiento de la Cruz Roja en Kingsport. Las envidio. Papá dice que yo estoy haciendo un trabajo igualmente bueno aquí, con Jims y la Cruz Roja Juvenil. Pero mi vida no tiene *romance*, aunque supongo que las de ellas sí.

Kut cayó frente a los alemanes. La noticia fue casi un alivio: hacía tiempo que teníamos miedo de oírla. Nos aplastó el ánimo por un día, pero luego lo superamos y nos recuperamos. La prima Sophia estuvo lúgubre como siempre y se quejó de que los ingleses perdían por todas partes.

«Son buenos perdedores —respondió Susan con aspereza—. Cuando pierden algo, lo buscan hasta que vuelven a encontrarlo. En cualquier caso, mi rey y mi país me necesitan. Tengo que ir a cortar raíces de papas para el jardín de atrás, así que búscate un cuchillo y ayúdame, Sophia Crawford. Así te vas a distraer y dejarás de preocuparte por una campaña de la que nadie te pidió tu opinión».

Susan es genial y es un placer verla azuzar a la prima Sophia.

En cuanto a Verdún, la batalla sigue y para nosotros es un sube y baja de esperanza y temor. Pero yo sé que ese extraño sueño que tuvo la señorita Oliver presagiaba la victoria de Francia. «¡No pasarán!».

20. Norman Douglas da su opinión en una reunión

—¿Por dónde andas, mi Ana? —preguntó el doctor, que todavía, después de veinticuatro años de matrimonio, llamaba así a su mujer de tanto en tanto cuando no había nadie alrededor. Ana estaba sentada sobre los escalones de la galería, contemplando el festivo mundo primaveral con mirada distraída. Más allá del huerto blanco había un bosquecillo de pinos oscuros y cerezos silvestres donde los pájaros cantaban con regocijo; caía la noche y el fuego de las primeras estrellas ardía sobre el bosque de arces.

Ana volvió con un suspiro.

—Me estaba evadiendo de las intolerables realidades con un sueño, Gilbert; un sueño en el que todos nuestros hijos estaban de nuevo en casa, y eran pequeños y jugaban en el Valle del Arco Iris. Está tan silencioso ahora… pero imaginaba las voces claras y los sonidos infantiles como en el pasado. Oía el silbido de Jem y el aullido de Walter, la risa de las mellizas y por unos instantes benditos olvidé los cañones del frente y sentí una felicidad falsa, dulce.

El doctor no respondió. A veces, su trabajo le permitía olvidar por unos instantes el frente de guerra pero no era algo que pasara con frecuencia. Tenía el pelo grueso salpicado por abundantes hebras grises que no habían estado allí hacía dos años. Pero sonrió a los ojos soñadores que amaba, los ojos que una vez habían sido pozos risueños y ahora siempre parecían llenos de lágrimas sin derramar.

Susan pasó con una azada en la mano y su segundo mejor sombrero en la cabeza.

—Acabo de leer un artículo en el *Emperor* que dice que una pareja se casó en un aeroplano. ¿Cree usted que es legal, querido doctor? —preguntó, ansiosa.

—Pienso que sí —respondió el doctor, muy serio.

—Bueno —opinó Susan—, a mí me parece que un casamiento es demasiado solemne para un asunto tan vertiginoso como un aeroplano. Pero ya nada es como antes. Falta media hora para la reunión de oración, así que voy a sacar unas malezas de la huerta. Pero voy a estar pensando todo el tiempo en esta nueva desventura de Trentino. No me gusta nada esa locura austríaca, mi querida señora.

—A mí tampoco —estuvo de acuerdo la señora Blythe con pesar—. Toda la mañana estuve preservando ruibarbo con las manos y aguardando las noticias de la guerra con el alma. Cuando llegaron, sentí que me marchitaba por dentro. Bueno, yo también tengo que ir a prepararme para la reunión de oración.

Cada pueblo tiene su propia historia no escrita, transmitida oralmente de generación en generación, de sucesos trágicos, cómicos y dramáticos. Se cuentan en bodas y festivales y se representan alrededor de fuegos invernales. Y en esos anales orales de Glen St. Mary, el relato de la reunión de oración de esa noche, que se llevó a cabo en la Iglesia Metodista, estaba destinado a llenar un lugar inmortal.

La reunión de oración había sido idea del señor Arnold. El batallón del distrito, que se había estado adiestrando todo el invierno en Charlottetown, partiría en breve

hacia Europa. Los muchachos del Puerto de Cuatro Vientos, de Glen, de Harbour Head y Upper Glen estaban en casa, disfrutando de la última licencia y al señor Arnold le había parecido adecuado llevar a cabo una reunión mixta de oración por ellos antes de que partieran. El señor Meredith estuvo de acuerdo y se anunció que la reunión se llevaría a cabo en la Iglesia Metodista. Las reuniones de oración en Glen no solían tener éxito, pero esa noche la Iglesia Metodista estaba abarrotada. Todos los que estaban en condiciones de ir se habían hecho presentes. Hasta la señorita Cornelia… y era la primera vez en su vida que la señorita Cornelia pisaba una Iglesia Metodista. Había sido necesario nada menos que un conflicto mundial para que pasara semejante cosa.

—Antes aborrecía a los metodistas —declaró la señorita Cornelia con serenidad cuando su marido manifestó sorpresa ante su intención de asistir a la reunión—, pero ahora ya no. No tiene sentido odiar a los metodistas cuando hay un Káiser o un Hindenburg en el mundo.

De manera que la señorita Cornelia estaba allí, y también Norman Douglas y su esposa. Y Patillas-en-la-Luna se pavoneó por la nave central hasta un asiento delantero, como si fuera plenamente consciente del honor que confería al edificio. La gente se sorprendió de que estuviera allí: por lo general evitaba todas las reuniones relacionadas con la guerra. Pero el señor Meredith había dicho que esperaba que su sesión tuviera buena presencia y era evidente que el señor Pryor se había tomado a pecho sus palabras. Tenía puesto su mejor traje negro, corbata blanca y los apretados rizos canosos prolijamente peinados. La cara ancha, regordeta y roja tenía, como pensó Susan con un dejo de perversión, un aire más «santurrón» que nunca.

—Apenas vi entrar a ese hombre en la iglesia, con ese aspecto, supe que habría problemas, mi querida señora —declaró Susan más tarde—. No tenía ni idea de qué tipo de problemas serían, pero me di cuenta por su expresión de que estaba tramando algo.

La reunión de oración comenzó en forma convencional y prosiguió tranquilamente. Primero habló el señor Meredith con su habitual sentimiento y elocuencia. El señor Arnold dijo una homilía que hasta para la señorita Cornelia fue impecable en gusto y tema.

Y luego, el señor Arnold pidió al señor Pryor que condujera las oraciones.

La señorita Cornelia siempre había dicho que el señor Arnold no tenía cabeza. Y no era de esperarse que fuera caritativa en sus juicios sobre los ministros metodistas, pero en este caso no erró mucho el blanco. El reverendo señor Arnold no tenía mucha cabeza, eso era evidente, o jamás hubiera pedido a Patillas-en-la-Luna que condujera las oraciones en una reunión de oración por los soldados. Pensó que devolvía la atención al señor Meredith, que al concluir las homilías había pedido a un diácono metodista que condujera el servicio.

Algunos esperaban que el señor Pryor se negara de mal modo… y eso también hubiera provocado considerable escándalo. Pero el señor Pryor se puso de pie

enseguida, dijo pomposamente: «Oremos» y procedió a orar. Con una voz sonora que llegó a todos los rincones del atestado edificio, soltó un torrente de palabras fluidas y ya estaba bien adentrado en su oración cuando el público, aturdido y horrorizado, cayó en la cuenta de que lo que estaba oyendo era un burdo discurso pacifista. El señor Pryor tenía al menos el coraje de sus convicciones o quizá, como dijeron algunos después, creyó que estaba a salvo en una iglesia y que era una excelente oportunidad de ventilar ciertas opiniones que no se atrevía a manifestar en otra parte por temor a que lo agredieran. Pidió para que la guerra profana cesara para que los engañados ejércitos llevados a la masacre en el frente occidental pudieran abrir los ojos a la iniquidad y arrepentirse mientras todavía hubiera tiempo, para que los pobres hombres presentes de uniformes que habían sido obligados a seguir el sendero del asesinato y el militarismo pudieran ser rescatados…

El señor Pryor llegó hasta allí sin obstáculos; tan paralizados estaban los oyentes. Tan encarnada tenían la convicción de que pasara lo que pasare no debía provocarse alboroto dentro de una iglesia que parecía probable que continuase, desbocado, hasta el final. Pero un hombre, al menos, entre los oyentes, no se sentía contenido por reverencia heredada ni adquirida por el sacro edificio. Norman Douglas era, como Susan había asegurado más de una vez, ni más ni menos que un «pagano». Pero era un pagano fervientemente patriótico y cuando el significado de lo que decía el señor Pryor penetró en su mente, Norman Douglas perdió los estribos. Se puso de pie con un rugido, en su banco lateral, de frente a la gente y gritó con voz atronadora:

—¡Basta… basta… TERMINE con esa plegaria abominable! ¡Qué oración más horrible!

Se irguieron todas las cabezas de la iglesia. Un muchacho uniformado, de pie en la parte de atrás, lo vitoreó con timidez. El señor Meredith levantó una mano prudente, pero Norman ya estaba más allá de toda prudencia. Esquivando las manos represoras de su mujer, saltó por adelante del banco y tomó al desafortunado Patillas-en-la-Luna de las solapas. El señor Pryor no se había callado ante el primer exabrupto de Norman Douglas, pero tuvo que hacerlo ahora por la fuerza: Douglas, con la larga barba rojiza hirsuta de furia, lo sacudía hasta hacerle castañetear los dientes, enfatizando las sacudidas con improperios terribles y epítetos abusivos.

—¡Pedazo de animal! —Sacudida—. ¡Buitre maligno! —Sacudida—. ¡Gusano mugriento! —Sacudida—. ¡Carnaza podrida! —Sacudida—. ¡Parásito maloliente! —Sacudida—. ¡Basura! —Sacudida—. ¡Reptil indecente!…

Norman se quedó callado, de pronto, como balbuceando. Todos creyeron que lo que estaba a punto de decir, estuviera o no en una iglesia, sería algo que habría que deletrear con asteriscos; pero en ese momento, Norman se topó con la mirada de su mujer y tomó brusca conciencia de dónde estaba.

—¡Sepulcro profanado! —gritó con una sacudida final y apartó a Patillas-en-la-Luna de sí con un vigor que llevó al desafortunado pacifista hasta el extremo de la entrada del coro. El rostro rubicundo del señor Pryor estaba ceniciento. Pero no se

amilanó…

—Lo denunciaré ante la ley por esto —jadeó.

—Por favor, hágalo —rugió Norman, abalanzándose nuevamente sobre él. Pero el señor Pryor había desaparecido. No deseaba caer por segunda vez en manos de un militarista vengativo. Norman se volvió hacia la plataforma por un instante triunfal.

—No se pongan así, pastores —atronó—. Ustedes no podían hacerlo, su condición no sé lo permite, pero alguien tenía el deber de hacerlo callar. Saben muy bien que se alegran de que lo haya echado, no se podía permitir que siguiera gimoteando y lloriqueando como un traidor sedicioso. Eso era sedición y traición; alguien tenía que hacerse cargo. Nací para este momento; por fin me he salido con la mía en una iglesia. ¡Ahora puedo quedarme sentado en silencio durante otros sesenta años! Prosigan con sus oraciones. Calculo que no los volverán a molestar con más alegatos pacifistas.

Pero el espíritu de devoción y reverencia se había evaporado. Los dos ministros se dieron cuenta de ello y vieron que lo único que quedaba por hacer era dar por terminada la reunión y dejar que la gente se marchara. El señor Meredith dirigió unas breves y elocuentes palabras a los muchachos uniformados —que probablemente salvaron las ventanas del señor Pryor de un nuevo ataque— y el señor Arnold pronunció una bendición incongruente; al menos, a él le pareció incongruente, porque no podía borrarse de la mente la imagen del gigantesco Norman Douglas sacudiendo al regordete y pomposo Patillas-en-la-Luna como un enorme gran danés sacudiría a un cachorro recién nacido. Y sabía que la misma imagen se había fijado en las mentes de todos los demás. En conjunto, la reunión de oración no podía calificarse como un éxito. Pero se siguió recordando en Glen St. Mary mucho después de que cientos de reuniones ortodoxas y pacíficas hubieran pasado al olvido.

—Jamás, mi querida señora, jamás volverá usted a oírme llamar pagano a Norman Douglas —declaró Susan cuando llegó a casa—. Si Ellen Douglas no se siente orgullosa esta noche, debería estarlo.

—Norman Douglas hizo algo imposible de defender —alegó el doctor—. Habría que haber dejado en paz a Pryor hasta el final de la reunión. Sólo entonces su propio ministro y su sesión tendrían que haberse encargado de él. Ése hubiera sido el procedimiento adecuado. La actitud de Norman fue absolutamente incorrecta y escandalosa, pero ¡qué diablos! —El doctor echó la cabeza hacia atrás y rió—. ¡Qué diablos, Ana, muchacha, me sentí tan satisfecho al verlo!

21. Los asuntos amorosos son horribles

Ingleside, 20 de junio de 1916

Estuvimos tan ocupados y todos los días trajeron noticias tan emocionantes, buenas y malas, que no tuve ni tiempo ni compostura para escribir en el diario desde hace semanas. Me gusta mantener el diario al día: papá dice que un diario de época de guerra tiene que ser algo muy interesante para mostrar a los hijos. El problema es que me gusta escribir cosas personales que no creo que quiera que lean mis hijos. ¡Pienso que con ellos voy a ser mucho más estricta de lo que soy conmigo misma en lo que a decoro se refiere!

La primera semana de junio fue espantosa. Los austríacos parecían a punto de invadir Italia: luego llegaron las primeras noticias terribles de la Batalla de Jutlandia, que los alemanes aclamaron como una gran victoria. Susan fue la única que mantuvo el espíritu.

«No vengan a decirme a mí que el Káiser derrotó a la Marina Británica —declaró con desdén—. Es una mentira alemana, ténganlo por seguro».

Y cuando un par de días después descubrimos que tenía razón y que había sido una victoria británica y no una derrota, tuvimos que soportar sus aires de superioridad, pero lo hicimos con mucho placer.

Fue la muerte de Kitchener lo que terminó con Susan.

Por primera vez la vi mal. Todos sentimos el impacto de esa muerte, pero Susan se hundió en pozas de desesperación. Las noticias llegaron de noche por teléfono, pero Susan no quiso creerlas hasta que vio el titular en el *Enterprise* al día siguiente. No lloró ni se desmayó ni sucumbió a un ataque de histeria; pero olvidó poner sal a la sopa y eso es algo que nunca le pasó, no desde que tengo memoria. Mamá, la señorita Oliver y yo lloramos pero Susan nos miró con una expresión de sarcasmo pétreo y dijo:

«El Káiser y sus seis hijos siguen vivitos y coleando. Así que el mundo no queda totalmente desolado. ¿Por qué llorar, mi querida señora?». Siguió en ese estado durante veinticuatro horas y luego apareció la prima Sophia y dio su lúgubre punto de vista.

«¿Qué noticias terribles, verdad, Susan? Habrá que prepararse para lo peor, porque sin duda llegará. Dijiste una vez, y recuerdo muy bien tus palabras, Susan Baker, que tenías absoluta confianza en Dios y en Kitchener. Bueno, ahora te queda solamente Dios, Susan Baker».

Y la prima Sophia se llevó el pañuelo a los ojos como si el mundo estuviera realmente en grandes aprietos. En cuanto a Susan, su prima fue su salvación. Volvió a la vida en un periquete.

«¡Sophia Crawford, cállate la boca! —exclamó con severidad—. Podrás ser una idiota, pero no es necesario que además seas irreverente. No se puede llorar y

quejarse porque el Todopoderoso es el único apoyo de los Aliados, ahora. En cuanto a Kitchener, su muerte es una gran pérdida y no lo discuto. Pero el resultado de esta guerra no depende de la vida de un hombre y ahora que los rusos están volviendo al ataque vas a ver qué pronto mejoran las cosas».

Susan lo dijo con tanta vehemencia que se convenció a sí misma y recuperó el ánimo de inmediato. Pero la prima Sophia sacudió la cabeza.

«La esposa de Albert quiere ponerle al bebé el nombre de Brusiloff —dijo—, pero le dije que antes esperara a ver qué resulta de él. Estos rusos tienen la costumbre de desaparecer».

»Sin embargo hay que decir que los rusos se están portando espléndidamente. Salvaron a Italia. Pero aunque llegan las noticias diarias de su avance arremetedor, no nos sentimos tan llenos de júbilo como antes. Como dice Gertrude, Verdún terminó con las exaltaciones. Nos sentiríamos más entusiasmados si las victorias fueran en el frente occidental».

«¿Cuándo van a atacar los británicos? —suspiró Gertrude esta mañana—. Hace tanto… tanto que esperamos».

El acontecimiento local de más importancia en las últimas semanas fue la marcha que hizo el batallón del distrito por la zona antes de partir al extranjero. Marcharon desde Charlottetown hasta Lowbridge, luego dieron la vuelta por Harbour Head, pasaron por Upper Glen y bajaron hasta la estación St. Mary. Todo el mundo salió a verlos excepto la anciana tía Fannie Clow, que está inválida y el señor Pryor, que no apareció ni siquiera por la iglesia desde la noche de la famosa reunión de oración la semana anterior.

Fue maravilloso y emocionante ver la marcha del batallón. Había hombres jóvenes y maduros. Estaba Laurie MacAllister, que apenas tiene dieciséis años, pero juró que tenía dieciocho para poder enrolarse; y Angus Mackenzie, de Upper Glen, que tiene por lo menos cincuenta y cinco y juró que tenía cuarenta y cuatro. Había dos veteranos de Sudáfrica de Lowbridge y estaban los trillizos Baxter, de dieciocho años. Todos vitorearon cuando pasaron y luego vitorearon a Foster Booth, que tiene cuarenta y caminaba junto a su hijo Charley, de veinte. La madre de Charley murió cuando él nació y cuando Charley se enroló, Foster declaró que jamás permitiría a Charley ir a un sitio donde no se atrevía a ir él mismo y no pensaba empezar con las trincheras de Flandes. En la estación, Lunes casi perdió la razón. Corrió como un loco y envió mensajes a Jem con cada uno de los soldados. El señor Meredith leyó un discurso y Reta Crawford recitó *El Gaitero*. Los soldados aplaudieron con ahínco y gritaron: «Adelante… adelante… no perderemos la fe». ¡Me sentí tan orgullosa de que fuera mi querido hermano el que hubiera escrito algo tan bello y emocionante! Y luego miré las filas de uniformes y me pregunté si esos muchachos altos y gallardos podían ser los chicos con los que he reído, jugado, bailado y bromeado toda la vida. Algo parece haberlos tocado y apartado. Escuchan el llamado del Gaitero.

Fred Arnold estaba en el batallón y me sentí muy mal por él, porque me di cuenta

de que era por mi causa que partía con una expresión tan apesadumbrada. No era culpa mía, pero me sentí tan mal como si lo fuera.

La última noche de su licencia, Fred vino a Ingleside y me dijo que me quería y me preguntó si podía prometerle que me casaría con él algún día, si regresaba. Lo dijo tan en serio que me sentí peor que nunca en mi vida. No podía prometerle eso… aun si no fuera por Ken… No amo a Fred y no voy a quererlo nunca, pero parecía tan cruel y desalmado enviarlo al frente sin alguna esperanza. Lloré como una chiquilina; y sin embargo… ay, creo que debe de haber algo muy frívolo en mí, algo permanente, porque en medio de todo, mientras lloraba y Fred me miraba con aspecto trágico, me vino a la mente la idea de que sería intolerable ver esa nariz frente a mí en la mesa del desayuno durante toda la vida. Bueno, ésa es una de las cosas que no me gustaría que leyeran mis descendientes. Pero es la verdad aunque sea humillante y quizá sea mejor así, o podría haberme dejado engañar por la compasión y el remordimiento y haberle hecho una promesa apresurada. Si la nariz de Fred fuera tan atractiva como sus ojos o su boca, quizá lo hubiera hecho… ¡Y en qué lío me hubiera metido entonces!

Cuando el pobre Fred se convenció de que no podía prometerle nada, se portó como un caballero, aunque eso me hizo sentir peor. Si se hubiera puesto mal, yo no me hubiera sentido tan triste ni llena de remordimientos… aunque sigo sin saber la razón por la que tendría que sentir remordimientos, porque jamás hice nada para que Fred creyera que sentía algo por él. Sin embargo, allí estaban los remordimientos —y allí están—. Si Fred Arnold no vuelve nunca de la guerra, me voy a sentir culpable toda la vida.

Entonces Fred dijo que si no podía llevarse mi amor con él a las trincheras, al menos quería sentir que tenía mi amistad. ¿Podía darle yo un beso de despedida antes que partiera… quizá para siempre?

No sé cómo pude haber creído alguna vez que los asuntos amorosos eran fascinantes y deliciosos. Son *horribles*. Ni siquiera podía darle un beso al pobre Fred por la promesa que le hice a Ken. Me pareció *cruel*. Tuve que decirle a Fred que podía contar con mi amistad, pero que no podía besarlo porque le había prometido a otro no hacerlo.

Dijo:

«¿Se trata… se trata de Ken Ford?».

Asentí. Me parecía terrible tener que contarlo; era un secreto sagrado entre Ken y yo.

Cuando Fred se fue, subí a mi habitación y lloré tanto y tan amargamente que mamá subió y quiso saber qué me pasaba. Se lo conté. Escuchó mi relato con una expresión que decía claramente: ¿Es posible que alguien haya querido casarse con esta beba? Pero estuvo tan buena y comprensiva y cariñosa que me sentí muy reconfortada. Las madres son de lo mejor.

«Ay, pero, mamá —sollocé—, quería que le diera un beso de despedida… y no podía… y eso me dolió más que el resto».

«¿Pero por qué no? —preguntó mamá con tranquilidad—. Considerando las circunstancias, creo que hubieras podido hacerlo».

«Pero no podía, mamá… le prometí a Ken que no besaría a nadie más hasta que él volviera».

Ése fue otro explosivo para la pobre mamá. Me miró y exclamó, con una nota extraña en la voz:

«Rilla, ¿estás de novia con Kenneth Ford?».

«No… no… lo… sé», sollocé.

«¿No lo sabes?», repitió Mamá.

Entonces tuve que contarle toda la historia a ella también; y cada vez que la cuento me parece más tonto imaginar que Ken tenía intenciones serias. Para cuando terminé, me sentía boba y avergonzada.

Mamá se quedó unos minutos en silencio. Luego se acercó, se sentó a mi lado y me abrazó.

«No llores, querida Rilla-mi-Rilla. No tienes nada que reprocharte respecto de Fred; y si el hijo de Leslie West te pidió que reservaras tus labios para él, creo que puedes considerarte su novia. Pero… ay, mi beba… mi última beba… te he perdido… la guerra te ha convertido en mujer demasiado pronto».

Creo que de todos modos nunca seré demasiado mujer como para no sentirme reconfortada por los abrazos de mamá. No obstante, cuando vi a Fred pasar marchando dos días más tarde en el desfile, el corazón se me comprimió en el pecho.

¡Pero me alegra que mamá piense que estoy realmente de novia con Ken!

22. Lunes lo sabe

—Hoy hace dos años desde que Jack Elliott nos trajo las noticias de la guerra en el baile en el faro. ¿Se acuerda, señorita Oliver?

La prima Sophia respondió en lugar de la señorita Oliver.

—Ay, sí, Rilla, claro que me acuerdo de esa noche y muy bien; viniste bailando a lucir tu ropa de fiesta. ¿No te advertí que no se podía decir qué nos esperaba? Nunca pensaste en lo que te esperaba a ti.

—Nadie lo sabía ni lo pensaba —replicó Susan con aspereza—. No tenemos el don de la profecía. No hay que ser adivino, Sophia Crawford, para decirle a alguien que va a tener problemas antes de que termine su vida. Hasta yo podría hacerlo.

—Entonces todos creíamos que la guerra terminaría en unos pocos meses —comentó Rilla con nostalgia—. Cuando miro hacia atrás me parece absurdo que alguna vez hayamos podido creerlo.

—Y ahora, dos años más tarde, no está más cerca de terminar que entonces —acotó la señorita Oliver con voz sombría.

Susan hizo chasquear las agujas de tejer.

—Vamos, querida señorita Oliver, bien sabe usted que ése no es un comentario razonable. Estamos dos años más cerca del final, sea cuando sea.

—Albert leyó en un periódico de Montreal en el que un experto vaticinaba que duraría otros cinco años —fue la alegre contribución de la prima Sophia.

—No puede ser —objetó Rilla, y después agregó con un suspiro—: Hace dos años hubiéramos dicho que no podía durar dos años. ¡Pero cinco años más de esto! ¡No!

—Si entra Rumania, y espero que entre, terminará en meses no en años —anunció Susan.

—Yo no tengo ninguna confianza en los extranjeros —suspiró la prima Sophia.

—Los franceses son extranjeros —replicó Susan— y mira lo que pasó en Verdún. Y todas las victorias del Somme en este bendito verano. El Gran Avance está en marcha y los rusos siguen bien. Si hasta el general Haig dice que los oficiales alemanes que capturó admiten que perdieron la guerra.

—A los alemanes no se les puede creer una palabra —protestó la prima Sophia—. No tiene sentido creer algo sólo porque te gustaría que así fuera, Susan Baker. Los británicos perdieron millones de hombres en el Somme y ¿adónde llegaron con eso? Vamos, tienes que enfrentarte a los hechos, Susan Baker.

—Están agotando a los alemanes y mientras sea así, no me importa si sucede unos kilómetros más o menos hacia el este. No soy —admitió Susan con impresionante humildad— una experta en temas militares, Sophia Crawford, pero hasta yo me doy cuenta de eso y también lo harías tú si no te empecinaras en ser tan pesimista. Los hunos no tienen toda la inteligencia del mundo. Bueno, que la guerra quede en manos de Haig por el resto del día. Me voy a preparar un baño para la torta de chocolate. Y

cuando esté lista, voy a ponerla en el estante más alto. La última la dejé en el de abajo y el pequeño Kitchener le clavó los dedos y se comió todo el baño. Teníamos invitados esa noche y cuando fui a buscar la torta, me encontré con un espectáculo que…

—¿No saben nada del padre de ese pobre huérfano, todavía? —preguntó la prima Sophia.

—Sí, recibí una carta de él en julio —respondió Rilla—. Decía que cuando se enteró de la muerte de su esposa y de que yo había tomado al bebé, el señor Meredith le escribió, ¿se acuerdan?, mandó carta de inmediato, pero como nunca le contestaron, supuso que la carta se habría perdido.

—Le llevó dos años empezar a pensar que se había perdido —replicó Susan con desdén—. Algunas personas sí que piensan despacio. Jim Anderson no tuvo ni un rasguño, a pesar de haber estado dos años en las trincheras. No hay como un tonto para tener suerte, como dice el viejo refrán.

—Escribió con cariño sobre Jims y dijo que le gustaría verlo —explicó Rilla—. Así que le contesté y le conté todo sobre el niño y le mandé fotografías. Jims va a cumplir dos años la semana que viene y es una preciosura.

—Antes no te gustaban demasiado los bebés —comentó la prima Sophia.

—Y siguen sin gustarme, en lo abstracto —admitió Rilla con franqueza—. Pero adoro a Jims y me temo que no me alegré demasiado cuando la carta de Jim Anderson demostró que estaba sano y salvo.

—¡No habrás estado esperando que mataran al pobre hombre! —exclamó la prima Sophia, horrorizada.

—¡No… no… no! Esperaba que olvidara a Jims, señora Crawford.

—Y entonces tu padre tendría que afrontar el gasto de criarlo —dijo la prima Sophia con aire reprobador—. Ustedes los jóvenes son muy poco considerados.

En ese instante entró Jims, tan rozagante, lleno de rizos y precioso que provocó un comentario positivo hasta de la prima Sophia.

—Es un niño realmente bonito ahora, aunque quizá tenga los colores un poco fuertes… con tendencia febril, como quien dice. Nunca creí que podrías criarlo cuando lo vi un día después de que lo trajiste aquí. Pensé que era demasiado para ti, en serio, y se lo comenté a la esposa de Albert cuando llegué a casa. Y ella me dijo: «Hay más en Rilla Blythe de lo que crees, tía Sophia». Ésas fueron sus palabras textuales. «Hay más en Rilla Blythe de lo que crees». La esposa de Albert siempre tuvo buena opinión de ti.

La prima Sophia suspiró, como para insinuar que la esposa de Albert estaba sola contra el mundo en ese respecto.

Pero en realidad no quería decir eso. A su manera, siempre melancólica, apreciaba mucho a Rilla; lo que pasaba era que creía que había que ser estricto con los jóvenes o la sociedad se iría por el camino de la inmoralidad.

—¿Te acuerdas de tu vuelta a casa a pie desde el faro hace dos años? —preguntó

la señorita Oliver a Rilla, sonriendo.

—Y cómo —sonrió Rilla; luego su sonrisa se volvió soñadora y ausente; también se acordaba de otra cosa… esa hora con Ken en la playa. ¿Dónde estaría Ken esta noche? Jem, Jerry, Walter y todos los otros muchachos que habían bailado y reído en el viejo faro aquella noche de diversión… la última noche sin nubes en el horizonte. En las inmundas trincheras del frente de Somme, con el rugido de los disparos y los gemidos de los heridos en lugar de la música del violín de Ned Burr y el destello de las explosiones en lugar del resplandor plateado del golfo azul. Dos de ellos descansaban para siempre bajo las amapolas de Flandes: Alec Burr, de Upper Glen y Clark Manley, de Lowbridge. Otros estaban heridos en hospitales. Pero hasta ahora nada había tocado a los muchachos de la rectoría ni de Ingleside. Parecían tener una protección especial. Y el suspenso era cada vez más difícil de soportar con el correr de las semanas y los meses de la guerra.

—Esto no es una clase de fiebre a la que pudieran volverse inmunes —suspiró Rilla—. El peligro sigue siendo tan real como el primer día que fueron a las trincheras. Eso es algo que me tortura día tras día. Pero no puedo dejar de esperar que ya que no les pasó nada hasta ahora, consigan terminar la guerra a salvo. Ay, señorita Oliver, ¿cómo sería *no* despertar de mañana con el miedo a las noticias que puede traer el día? No me lo puedo imaginar. Y hace dos años, desperté una mañana preguntándome qué nuevo y maravilloso regalo me traería el día. Yo creía que estos dos años estarían llenos de diversión.

—¿Los cambiarías, ahora, por dos años de diversión?

—No —contestó Rilla, despacio—. No los cambiaría. Es extraño, ¿no es cierto? Fueron dos años terribles… pero me siento agradecida por ellos, como si me hubieran traído algo muy valioso, a pesar del dolor. Aunque pudiera, no me gustaría nada volver a ser la chica que fui hace dos años. No es que crea que mejoré tanto, pero ya no soy la muñequita egoísta y frívola de entonces. Supongo que en ese tiempo también tenía un alma, señorita Oliver, pero no lo sabía. Ahora lo sé… y eso vale mucho, vale todo el sufrimiento de los últimos dos años. Pero… —Rilla emitió una risita, como pidiendo disculpas—. No quiero más sufrimiento, aunque sé que eso hace que el alma crezca. Dentro de dos años más quizá mire hacia atrás y me sienta agradecida porque me hizo crecer, pero ahora no lo quiero.

—Nunca lo queremos —respondió la señorita Oliver—. Es por eso que no se nos permite elegir nuestra propia forma de desarrollo, ni la medida, supongo. Por mucho que valoremos lo que aprendimos, no queremos seguir con la amarga enseñanza. Bueno, esperemos lo mejor, como dice Susan; las cosas van bien ahora y si Rumania entra en la guerra con los Aliados, quizás el fin llegue y nos sorprenda por su rapidez.

Rumania entró en la guerra… y Susan comentó con aprobación que el rey y la reina de Rumania eran la pareja real más apuesta que había visto. Así transcurrió el verano. A comienzos de septiembre, llegaron noticias de que los canadienses habían sido transferidos al frente del Somme; la ansiedad y la tensión crecieron. Por primera

vez, el espíritu de la señora Blythe se tambaleó y con el correr de los días el doctor comenzó a mirarla con preocupación y a objetar tal o cual esfuerzo especial en el trabajo de la Cruz Roja.

—Ay, déjame trabajar… déjame trabajar, Gilbert —suplicó ella—. Mientras trabajo, no pienso tanto. Si no hago nada, empiezo a imaginarme toda clase de cosas. El descanso es una tortura para mí. Mis dos hijos están en ese frente terrible, en el Somme… y Shirley se lo pasa leyendo libros de aviación y no dice nada. Pero veo crecer el propósito en sus ojos. No, no puedo descansar… no me lo pidas, Gilbert.

Pero el doctor se mostró inexorable.

—No puedo dejar que te mates, Ana, muchachita —dijo—. Cuando vuelvan los muchachos quiero que esté la madre para recibirlos. Mírate bien: te estás poniendo transparente. No se puede seguir así; pregúntaselo a Susan, si no.

—¡Bueno, si Susan y tú se han aliado contra mí! —protestó Ana, impotente.

Un día llegaron las noticias gloriosas de que los canadienses habían tomado Courcelette y Martenpuich, con muchos prisioneros y armas. Susan izó la bandera y declaró que era evidente que Haig sabía qué soldados elegir para una tarea difícil. Los demás no se atrevieron a sentirse triunfantes. ¿Quién sabía cuál había sido el precio?

Rilla despertó esa mañana cuando empezaba a amanecer y se acercó a la ventana para mirar hacia afuera, con los párpados todavía pesados de sueño. El aspecto del mundo en la madrugada no se parece a ningún otro momento del mundo. El aire estaba frío de rocío y el huerto, el bosque y el Valle del Arco Iris tenían un encanto misterioso. Sobre la colina, hacia el este, había brillos dorados y rosados. No soplaba viento y Rilla oyó con claridad el aullido triste de un perro en la distancia, en dirección a la estación. ¿Sería Lunes? ¿Y si era, por qué aullaba así? Rilla se estremeció; el sonido tenía algo de angustioso y triste. Recordó que la señorita Oliver había dicho una vez, al regresar a casa de noche y oír aullar a un perro: «Cuando un perro llora así, está pasando el Ángel de la Muerte». Rilla escuchó el aullido con un frío temor en el corazón. Era Lunes… de eso estaba segura. ¿A quién iba dirigido ese canto fúnebre, al espíritu de quién enviaba ese angustiado lamento?

Rilla volvió a la cama pero no pudo dormir. Durante todo el día vigiló y esperó, presa de un miedo del cual no se atrevió a hablar con nadie. Fue a la estación a ver a Lunes y el jefe de estación le dijo:

—Ese perrito suyo aulló desde la medianoche hasta el amanecer. Fue muy raro. No sé qué le pasaba. Me levanté una vez, salí y le grité, pero no me prestó atención. Estaba sentado solito a la luz de la luna, al final de la plataforma y a cada rato levantaba el hocico y aullaba como si se le partiera el corazón. Nunca lo hizo antes; siempre dormía tranquilo entre las llegadas de los trenes. Pero anoche algo lo preocupaba, de eso no hay duda.

Lunes estaba tendido en su guarida. Meneó la cola y lamió la mano de Rilla. Pero no quiso tocar la comida que ella le había llevado.

—Me temo que esté enfermo —dijo Rilla con preocupación. No le gustaba nada

la idea de marcharse y dejarlo. Pero ese día no llegó ninguna mala noticia y tampoco el día siguiente ni el otro. El temor de Rilla comenzó a desvanecerse. Lunes no volvió a aullar y reanudó su rutina de esperar la llegada de los trenes y examinar a los pasajeros. Cuando pasaron cinco días, en Ingleside comenzaron a sentir que podían estar tranquilos de nuevo. Rilla corría por la cocina, ayudando a Susan con el desayuno y cantando con tanto entusiasmo y dulzura que la prima Sophia la oyó desde enfrente y comentó a la señora de Albert:

—Canta antes de comer y llorarás antes de dormir. Así dice el refrán.

Pero Rilla Blythe no derramó lágrimas antes del anochecer. Cuando su padre, con el rostro gris, tenso y avejentado, fue a buscarla esa tarde y le dijo que Walter había muerto en acción en Courcelette, ella se desmoronó, inconsciente, en sus brazos. Y tardó varias horas en despertar al gran dolor que la abrasaba.

23. «Entonces, buenas noches»

La feroz llama de sufrimiento se había consumido a sí misma y el polvo gris de sus cenizas caía sobre el mundo. La vida joven de Rilla se recuperó físicamente antes que la de su madre. Durante semanas la señora Blythe estuvo enferma de dolor y tristeza. Rilla descubrió que era posible seguir existiendo porque la vida no le daba descanso. Había trabajo que hacer: Susan no podía hacerlo todo. Por el bien de su madre durante el día, tenía que envolverse en serenidad y tolerancia como en una manta; pero noche tras noche se tendía en la cama a llorar las lágrimas amargas y rebeldes de la juventud hasta que no tuvo más lagrimas y un dolor pequeño y constante se le instaló en el corazón, un dolor que duraría hasta el día de su muerte.

Se aferró a la señorita Oliver, que sabía qué decir y qué no decir. Eran tan pocos los que sabían eso. Las visitas amables, bien intencionadas, querían reconfortarla pero a veces le hacían pasar momentos terribles.

—El tiempo lo cura todo —dijo la señora Reese con un tono estoico. Tenía tres hijos pero ninguno de ellos había ido al frente.

—Es una bendición que haya sido Walter y no Jem —declaró la señorita Sarah Clow—. Walter era miembro de la Iglesia y Jem, no. Le dije muchas veces al señor Meredith, muchas veces, que debió de haber hablado seriamente con Jem al respecto antes de que se marchara.

—Pobre, pobre Walter —suspiró la señora Reese.

—No venga aquí a llamarlo pobre Walter —dijo Susan, indignada, asomándose por la puerta de la cocina, y Rilla se sintió aliviada. Estaba empezando a sentir que ya no podía soportar esa conversación ni un minuto más—. No era pobre. Era más rico que cualquiera de ustedes. Son ustedes, los que se quedan en casa y no dejan partir a los hijos, los que son pobres, pobres, desnudos, mezquinos y pequeños, pobres como ratas, al igual que sus hijos con sus prósperas granjas, su ganado gordo y sus almas del tamaño de una pulga.

—Vine aquí a consolar a los afligidos, no a ser insultada —declaró la señora Reese y se marchó. Nadie lo sintió mucho. La llama de indignación de Susan se apagó y ella se retiró a la cocina, apoyó su cabeza anciana y fiel sobre la mesa y lloró amargamente un buen rato. Luego se puso a trabajar y planchó los mamelucos de Jims. Rilla la regañó con suavidad cuando fue a la cocina para hacer el mismo trabajo.

—No voy a permitir que te mates trabajando para un bebé de guerra —dijo Susan con gesto obstinado.

—Ay, ojalá pudiera trabajar todo el tiempo, Susan —exclamó la pobre Rilla—. Ojalá no tuviera que irme a dormir. Es horrible irse a dormir y olvidar por un tiempo, luego despertar y ahogarme por la mañana, recibir la noticia de nuevo. ¿Hay gente que termina por acostumbrarse a estas cosas, Susan? No puedo dejar de pensar en lo que dijo la señora Reese. ¿Habrá sufrido mucho Walter? Siempre fue tan sensible al

dolor. Ay, Susan, si supiera que no sufrió, creo que podría sentirme un poco mejor, tener un poco más de valor y de fuerza.

Y ese regalo le fue dado con una carta del oficial superior de Walter, informándoles que había muerto instantáneamente de un balazo durante una carga en Courcelette. El mismo día llegó una carta para Rilla, escrita de puño y letra de Walter.

Rilla se la llevó al Valle del Arco Iris, sin abrirla y la leyó allí, en el lugar donde había tenido su última conversación con él. Es tan extraño leer una carta cuyo autor ha muerto… es algo agridulce donde se conjugan el dolor y el consuelo. Por primera vez desde el terrible golpe, Rilla sintió que Walter seguía *viviendo* con los mismos dones y los mismos ideales. Nada podía destruir ni eclipsar los ideales y los dones. La personalidad que se expresaba en esa última carta, escrita en la víspera de Courcelette, no se extinguiría a causa de una bala alemana. Perduraría, aunque se hubiera quebrado el lazo material con las cosas de la tierra.

Mañana trepamos la colina, Rilla-mi-Rilla —escribía Walter—. Ayer escribí a mamá y a Di, pero me pareció que *tenía* que escribirte a ti esta noche. No tenía intenciones de ponerme a escribir, pero ahora siento la necesidad de hacerlo. ¿Recuerdas a la vieja señora Crawford del puerto, que siempre decía que «le había sido impuesto» hacer tal o cual cosa? Bueno, es así como me siento. «Me ha sido impuesto» escribirte, a ti, hermana y compañera mía. Hay algunas cosas que quiero decir antes… bueno, antes de mañana.

Ingleside y tú están cerca de mí esta noche. Es extraño y es la primera vez que lo siento desde que llegué. El hogar me pareció siempre tan lejano, tan desesperadamente lejano, tan otro con respecto a esta horrible locura de suciedad y sangre. Pero esta noche están muy cerca… casi me parece que puedo verte… oírte hablar. Y veo la luna brillando blanca y quieta sobre las viejas colinas de mi casa. Desde que llegué aquí me pareció imposible que pudiera haber noches suaves y luz serena de luna en cualquier parte del mundo. Pero esta noche, de algún modo, las cosas hermosas que siempre amé, todas, parecen haberse vuelto posibles… y eso es bueno y me hace sentir una felicidad profunda, certera, exquisita. Debe de ser otoño en casa ahora… el puerto es un sueño y las colinas del valle están azules de bruma; el Valle del Arco Iris es el mismo sitio delicioso y fragante en el que despedimos el verano.

Rilla, tú sabes que siempre tuve premoniciones. ¿Te acuerdas del Gaitero…?, no, claro que no, eras demasiado chica. Un atardecer, hace mucho tiempo, cuando Nan, Di, Jem, los Meredith y yo estábamos juntos en el Valle del Arco Iris, tuve una extraña visión o un presentimiento… como quieras llamarla. Vi al Gaitero bajando por el valle con una fila de sombras tras él. Los otros pensaron que eran ideas mías pero yo lo vi, lo vi unos instantes. Y, Rilla, anoche lo vi de nuevo. Estaba haciendo guardia y lo vi marchando por la tierra de nadie, desde nuestras trincheras hacia las de los alemanes, la misma figura alta, en sombras, haciendo sonar su gaita… Detrás

de él iban muchachos de uniforme. Rilla, te aseguro que lo vi; no fue una fantasía ni una ilusión. Oí su música y luego… desapareció. Pero lo había visto, y sabía lo que significaba: sabía que yo estaba entre los que lo seguirían.

Rilla, el Gaitero me llevará al «Oeste» mañana. Estoy seguro. Y no tengo miedo. Cuando recibas las noticias, recuerda eso. Me gané mi propia libertad, aquí, la libertad de toda clase de miedo. Jamás voy a temblar de nuevo: ni ante la muerte ni ante la vida, si, después de todo, me toca seguir viviendo. Y la vida, creo, sería lo más difícil de afrontar para mí, porque jamás volvería a ser bella. Siempre tendría tantas cosas horribles que recordar, cosas que la volverían fea y dolorosa para mí, siempre. Yo no puedo olvidarlas. Pero sea la vida o la muerte, no tengo miedo, Rilla-mi-Rilla y no me arrepiento de haber venido. Estoy *satisfecho*. Jamás escribiré los poemas que una vez soñé escribir… pero hice algo para que Canadá sea un sitio seguro para los poetas del futuro, para los trabajadores del futuro… sí, para los soñadores, también, porque si nadie sueña, los trabajadores no tendrán por qué trabajar… El futuro, no sólo de Canadá, sino del mundo, cuando la «lluvia roja» de Langemarck y Verdún haya traído una cosecha de oro, eso es lo importante; no dentro de un año o dos, como piensan algunos tontamente, sino generaciones más tarde, cuando la semilla sembrada haya tenido tiempo de germinar y crecer. Sí, me alegro de haber venido, Rilla. No es solamente el destino de la pequeña isla que tanto amo el que está en la balanza, ni el de Canadá ni el de Inglaterra. Es el destino de la humanidad. Es por eso que luchamos. Y triunfaremos… no lo dudes ni por un instante, Rilla. Porque no sólo los vivos están luchando, también lo hacen los muertos. Un ejército así no *puede* ser derrotado.

¿Todavía hay risa en tu rostro, Rilla? Espero que sí. El mundo necesitará risas y valor más que nunca en los años venideros. No quiero sermonear… no hay tiempo para eso. Pero sí quiero decir algo que quizá te ayude a pasar lo peor cuando te enteres que me fui al «Oeste». Tuve una premonición que tiene que ver contigo, Rilla, además de la que me concierne a mí. Creo que Ken regresará a ti sano y salvo… y que los esperan largos años de felicidad. Y vas a hablarle a tus hijos de la *Idea* por la que luchamos y morimos… les enseñarás que hay que vivir por ella además de morir, porque si no, el precio que pagamos por ella habrá sido en vano. Ése será parte de tu trabajo, Rilla. Y si tú… todas ustedes, las muchachas de mi patria, lo hacen, entonces nosotros, los que no volvamos, sabremos que no han «perdido la fe» en cuanto a nosotros.

Quería escribir a Una, también esta noche, pero ya no tendré tiempo. Léele esta carta y dile que en realidad es para ambas… para ustedes dos, muchachitas queridas, valientes, leales. Mañana, cuando trepemos la colina, pensaré en ustedes dos, en tu risa, Rilla-mi-Rilla y en la constancia de los ojos azules de Una… los veo muy claramente esta noche. Sí, ambas van a seguir teniendo confianza, estoy seguro de eso: tú y Una. Y entonces, buenas noches. Este amanecer, vamos a subir la colina.

Rilla leyó la carta varias veces. Había una luz nueva en su pálido rostro joven cuando por fin se puso de pie, entre las flores que Walter había amado, con el sol del otoño a su alrededor. Por el momento, al menos, se sentía elevada por encima del dolor y la soledad.

—Claro que voy a seguir teniendo confianza, Walter —dijo con firmeza—. Y a trabajar, enseñar, aprender… y reír, sí, hasta reír con los años, gracias a ti y a lo que entregaste al mundo cuando seguiste el llamado del Gaitero.

Rilla quería guardar la carta de Walter como tesoro sagrado. Pero al ver la expresión en el rostro de Una cuando ésta la leyó y se la devolvió, tuvo una idea. ¿Sería capaz de hacerlo? No, no, no podría deshacerse de la carta de Walter… su última carta. No podía ser egoísmo guardarla. Una copia sería algo tan vacío. Pero Una… Una tenía tan poco… y sus ojos eran los ojos de una mujer herida en lo más profundo del corazón, una mujer que sabe que no debe llorar ni pedir compasión.

—Una, ¿te gustaría guardarte la carta? —preguntó, despacio.

—Sí… si tú pudieras dármela… —respondió Una con voz ahogada.

—Tómala, entonces —se apresuró a decir Rilla.

—Gracias —susurró Una. Fue lo único que dijo, pero algo en su voz hizo que Rilla se sintiera recompensada por el pequeño sacrificio.

Una tomó la carta y cuando Rilla se marchó, se la llevó a los labios. Ahora sabía que el amor jamás llegaría a su vida: estaba sepultado para siempre bajo el suelo ensangrentado de «algún sitio de Francia». Nadie más que ella —y quizá Rilla— lo sabrían. A ojos del mundo, no tenía derecho a llorar por Walter. Tendría que ocultarse y soportar su larga pena como mejor pudiese… a solas. Pero también ella mantendría la confianza y cumpliría con su deber.

24. Mary llega justo a tiempo

El otoño de 1916 fue una estación amarga para Ingleside. La señora Blythe se recuperó lentamente y en todos los corazones había dolor y soledad. Todos trataban de ocultarlo ante los demás y de parecer alegres. Rilla reía bastante, pero nadie se dejaba engañar por su risa. Le brotaba de los labios, nunca del corazón. Pero los de afuera comentaban que algunas personas se reponían del dolor con mucha facilidad e Irene Floward dijo que le sorprendía ver lo frívola que era realmente Rilla Blythe.

—Bueno, después de tanto cariño a Walter, parece que su muerte no le importa para nada. Nadie la vio llorar ni una vez, no dice su nombre. Es evidente que ya se olvidó de él. Pobre muchacho, cualquiera hubiera dicho que su familia iba a sentirlo mucho más. En la última reunión le hablé a Rilla de él, de lo valiente y gallardo que era y le dije que para mí la vida nunca volvería a ser igual, éramos tan amigos, sabes, fui la primera persona a la que le contó que se había enrolado, y ella me contestó con tanta serenidad e indiferencia como si hablara de un completo desconocido: «Fue uno de los tantos muchachos valientes y gallardos que dieron todo por su país». Bueno, a mí me gustaría poder tomarme las cosas con tanta calma. Pero yo no soy así. Yo soy tan sensible… las cosas me duelen mucho y no consigo recuperarme. Le pregunté a Rilla por qué no llevaba luto por Walter y respondió que su madre no quería. Pero todo el mundo habla de eso.

—Rilla no se pone colores; solamente blanco —protestó Betty Mead.

—El blanco es el que mejor le queda —comentó Irene con ironía—. Y todos sabemos que el negro no va para nada con su tono de piel. Desde luego, no estoy diciendo que ése sea el motivo. Me llama la atención, nada más. Si mi hermano hubiera muerto yo llevaría luto y riguroso. No hubiera podido dejar de hacerlo. Confieso que Rilla Blythe me decepciona.

—A mí no —exclamó Betty Mead, en un gesto de lealtad—. Pienso que Rilla es una chica maravillosa. Admito que hace unos años, la consideraba algo vanidosa y frívola, pero ahora no es así en absoluto. No creo que haya una chica en Glen que sea tan altruista y valiente como Rilla, *nadie* que haya cumplido su tarea con tanta constancia y paciencia. Nuestra Cruz Roja Juvenil se hubiera atascado cientos de veces de no haber sido por su tino, perseverancia y entusiasmo… y eso te consta, Irene.

—Pero si yo no estoy desmereciendo a Rilla, por favor —exclamó Irene, abriendo grandes los ojos—. Solamente criticaba su falta de sentimientos. Supongo que es más fuerte que ella. Desde luego, es una dirigente nata, todos lo saben. Y le encanta dirigir, también. Admito que las personas así son muy necesarias. De manera que no me mires como si hubiera dicho algo espantoso, Betty, por favor. Estoy dispuesta a admitir que Rilla Blythe es la encarnación de *todas* las virtudes, si eso es lo que quieres. Y sin duda es una virtud ser inmune a cosas que *destruirían* a la mayoría de las personas.

Algunos de los comentarios de Irene llegaron a oídos de Rilla; pero no la hirieron como hubiera pasado en otros tiempos. Sencillamente no tenían importancia. La vida era demasiado grande como para dejar espacio a las trivialidades mezquinas. Tenía un pacto que cumplir y trabajo que hacer, y durante los días largos y las semanas arduas de ese desastroso otoño fue fiel a su tarea. Las noticias de la guerra eran malas: Alemania marchaba de victoria en victoria sobre la pobre Rumania. «Estos extranjeros… —mascullaba Susan, no muy convencida—. Rusos, rumanos o lo que sean, son extranjeros y uno no puede contar con ellos. Pero después de Verdún, no pienso abandonar la esperanza. ¿Puede decirme, mi querida señora, si el Dobruja es un río, una cadena montañosa o una condición atmosférica?».

La elección presidencial de los Estados Unidos fue en noviembre y Susan estuvo al rojo vivo con el tema, disculpándose ante los demás por su entusiasmo.

—Jamás creí que viviría para ver el día en que me interesaría una elección yanqui, mi querida señora. Lo que demuestra que nunca se sabe lo que va a pasar y por lo tanto, no hay que ser soberbio.

Susan se quedó levantada hasta tarde la noche del 7, supuestamente para terminar un par de medias. Pero llamaba a la tienda de Carter Flagg a cada rato y cuando llegó el primer informe de que Hughes había sido electo, subió con paso decidido y solemne hasta la habitación de la señora Blythe y se lo anunció en un emocionado susurro desde los pies de la cama.

—Pensé que si no dormía, le gustaría saberlo. Creo que es para bien. Quizás él también termine escribiendo notas, mi querida señora, pero tengo esperanzas. Nunca me gustaron las patillas, pero no se puede tener todo.

Cuando por la mañana llegaron noticias de que, después de todo, habían reelegido a Wilson, Susan no perdió el optimismo.

—Bueno, más vale malo conocido que bueno por conocer, como dice el refrán —comentó, sin apocarse—. No es que Woodrow me parezca malo, lo que se dice malo, pero a veces parece que no tiene nada en la cabeza. Por lo menos escribe buenas cartas y del tal Hughes no sabemos ni siquiera eso. A pesar de todo, felicito a los yanquis. Han demostrado sensatez y no me importa admitirlo. La prima Sophia quería que eligieran a Roosevelt y está de muy mal humor porque no le dieron una oportunidad. A mí tampoco me hubiera molestado Roosevelt, pero hay que creer que la Providencia rige estos asuntos y conformarnos, aunque realmente no me puedo imaginar qué intenciones tiene el Todopoderoso en este asunto de Rumania… dicho con toda reverencia, claro está.

Susan comprendió algo más —o creyó hacerlo— cuando cayó Asquith y Lloyd George se convirtió en Primer Ministro.

—Mi querida señora, Lloyd George está al timón, por fin. Hace mucho que estoy rezando por esto. Ahora vamos a ver cambios, sí, pronto. Fue necesario el desastre de Rumania pero ya no habrá más tonterías. Considero que la guerra está casi ganada y pienso seguir pensándolo caiga o no Bucarest.

Bucarest cayó… y Alemania propuso negociaciones de paz. Susan hizo oídos sordos y se negó a escuchar las propuestas. Cuando en diciembre el presidente Wilson envió su famosa nota de paz, el sarcasmo de Susan se tornó violento.

—Parece que Woodrow Wilson va a conseguir la paz, ahora. Primero lo intentó Henry Ford y ahora quiere probar él. Pero la paz no se consigue con dos tinteros, Woodrow, eso te lo aseguro —dijo Susan, dirigiéndose al desafortunado Presidente por la ventana de la cocina que daba hacia los Estados Unidos—. El discurso de Lloyd George le informará al Káiser cómo son las cosas, así que guárdate tus notitas de paz y ahórrate el franqueo.

—Qué lástima que el Presidente no pueda oírte, Susan —comentó Rilla, sonriendo.

—De veras, Rilla querida, es una lástima que no haya nadie entre todos esos demócratas y republicanos que le dé algún buen consejo —replicó Susan—. No sé en qué se diferencian, la política yanqui me resulta incomprensible. Pero me temo que en cuanto a insensatez, están todos cortados con la misma tijera.

Me alegro de que haya pasado la Navidad —escribió Rilla en su diario la última semana de un tormentoso diciembre—. Le teníamos tanto miedo… Era la primera Navidad después de Courcelette. Pero vinieron todos los Meredith a cenar y nadie trató de mostrarse alegre ni dicharachero. Fue una reunión serena y amistosa, y eso nos ayudó a todos. Yo estaba tan agradecida de que Jims se hubiera mejorado que casi me sentí contenta. Me pregunto si alguna vez volveré a sentirme verdaderamente contenta por algo. Es como si esa capacidad hubiera muerto dentro de mí, atravesada por la misma bala que mató a Walter. Quizás algún día nazca en mi alma una nueva clase de alegría… pero será distinta, sin duda.

El invierno llegó muy temprano este año. Diez días antes de Navidad tuvimos una gran tormenta de nieve… al menos en ese momento nos pareció grande. En realidad, fue sólo el preludio de la verdadera protagonista. El día siguiente fue lindo e Ingleside estuvo hermoso, con los árboles cubiertos de nieve y grandes montículos blancos por todas partes, tallados en formas fantásticas por el cincel del viento del noreste. Papá y mamá se fueron a Avonlea. Papá pensó que el cambio haría bien a mamá y además, querían ver a la pobre tía Diana, cuyo hijo, Jack, cayó gravemente herido hace poco. Nos dejaron a Susan y a mí a cargo de la casa; papá estaba decidido a volver al día siguiente. Pero no volvió en una semana. Esa noche se desató un temporal que duró cuatro días. Fue la peor tormenta, la más larga de la Isla Príncipe Eduardo por muchos años. Los caminos se cerraron, los trenes quedaron atrapados y los teléfonos se cortaron.

Y luego Jims se enfermó.

Tenía un leve resfrío cuando se fueron papá y mamá y empeoró durante los dos días que siguieron, pero en ningún momento se me ocurrió que podía ser algo grave. Ni siquiera le tomé la temperatura y no me lo perdono porque fue por puro descuido.

La verdad es que me había venido abajo. Mamá no estaba, así que me abandoné. Estaba cansada de mostrarme valiente y alegre… me pasé varios días echada boca abajo sobre la cama, llorando. Descuidé a Jims: ésa es la horrible verdad. Falté a la promesa que le hice a Walter y si Jims hubiera muerto, jamás me lo habría perdonado.

La tercera noche luego de la partida de mamá y papá, Jims empeoró de pronto… muchísimo. Susan y yo estábamos solas. Gertrude estaba en Lowbridge cuando se desató la tormenta y no había podido volver. Al principio no nos asustamos demasiado. Jims tuvo varios ataques de crup y entre Susan, Morgan y yo siempre lo sacamos adelante sin mucha dificultad. Pero pronto sentimos pánico. «Nunca vi un crup como éste», dijo Susan.

Yo me di cuenta cuando ya era demasiado tarde, de qué clase de crup era. Vi que no era el crup común, falso crup como lo llaman los médicos, sino el crup verdadero, y comprendí que era peligroso y letal. Papá no estaba, el médico más cercano se encontraba en Lowbridge, no podíamos llamar por teléfono y ni un ser humano ni un caballo podía atravesar la tormenta esa noche.

El valiente Jims luchaba con fuerza por su vida. Susan y yo intentamos con todos los remedios que conocíamos o que encontramos en los libros de papá, pero el niño empeoraba. Era desgarrador verlo y oírlo. Jadeaba mucho, pobrecito, se le ponía la cara azul y agitaba las manos como pidiéndonos que lo ayudáramos. Me descubrí pensando en los muchachos que murieron por el gas en el frente. Seguramente tenían ese aspecto, y la idea me persiguió a pesar del miedo y la tristeza por Jims. Durante todo el tiempo la membrana fatal en su gargantita crecía y se hacía más gruesa. No podía respirar.

¡Ay, yo estaba enloquecida! No me había dado cuenta hasta ese momento de cuánto quería a Jims. ¡Qué impotente me sentía!

Y hasta Susan se dio por vencida.

«No podemos salvarlo… ay, si tu padre estuviera aquí… míralo, pobre criaturita. Ya no sé qué hacer».

Miré a Jims y me pareció que se moría. Susan lo tenía levantado en la cuna para facilitarle la respiración, pero parecía que ya no respiraba. Mi bebé de guerra, con sus costumbres zalameras y su rostro travieso se moría asfixiado delante de mis ojos y yo no podía ayudarlo. Tiré el paño que tenía en la mano, el que estaba usando para las cataplasmas. ¿De qué servía? Jims se estaba muriendo… y era culpa mía. ¡No lo había cuidado lo suficiente!

Justo entonces, a las once de la noche, sonó el timbre de la puerta. El sonido recorrió la casa, haciéndose oír por encima del rugido de la tormenta. Susan no podía ir: no se atrevía a dejar a Jims, así que corrí escaleras abajo. En el vestíbulo me detuve un minuto… de pronto me invadió un temor absurdo. Recordé una extraña historia que me había contado Gertrude una vez. Una tía de ella estaba sola en la casa una noche con el marido enfermo. Oyó un golpe en la puerta. Y cuando fue a abrir,

no había nada, nada que pudiera verse, al menos. Pero al abrir la puerta entró un frío helado que pareció pasar junto a ella y subir las escaleras, a pesar de que, afuera, la noche estaba cálida y serena. De inmediato oyó un grito y cuando subió, su marido había muerto. Gertrude dijo que la tía siempre creyó que al abrir la puerta había dejado entrar a la Muerte.

Era ridículo que me sintiera tan asustada. Pero estaba alterada y exhausta y por un instante sentí que no me atrevería a abrir, que afuera esperaba la muerte. Luego recordé que no tenía tiempo para perder, que no podía ser tan necia y salté hacia adelante y abrí la puerta.

Por cierto, entró un viento helado y el vestíbulo se llenó de nieve. Pero allí, en el umbral, había una figura de carne y hueso: Mary Vance, cubierta de nieve… y con ella traía la Vida, no la Muerte, aunque en ese momento yo no lo sabía. Me quedé mirándola.

«No me echaron de casa —sonrió Mary, entrando y cerrando la puerta—. Fui a la tienda de Carter Flagg hace dos días y tuve que quedarme allí desde entonces. Pero ya estaba harta así que me vine para aquí. Pensé que podría caminar por la nieve, pero la verdad es que casi no llego. En un momento, creí que me quedaba atascada del todo. ¿No es una noche espantosa?».

Volví en mí y recordé que tenía que hacer arriba. Le di explicaciones a Mary y la dejé tratando de quitarse la nieve. Arriba encontré a Jims presa de otro paroxismo. No pude hacer otra cosa que echarme a llorar… ¡ay, qué avergonzada me siento cuando lo recuerdo! Pero ¿qué podía hacer?, habíamos intentado todo. Y entonces, de pronto, oí a Mary Vance diciendo detrás de mí.

«¡Pero ese chiquillo se está muriendo!».

Giré en redondo. ¡Por supuesto que se estaba muriendo, mi pobre Jims! Me dieron ganas de tirar a Mary Vance por la ventana o por la puerta. Allí estaba, muy tranquila, mirando a mi bebé con sus extraños ojos blancos, como podría mirar a un gatito asfixiado. Mary Vance siempre me había inspirado antipatía; en ese momento la odié.

«Ya hicimos de todo —mascculló Susan—. No es un crup común».

«No, es el crup de la difteria —anunció Mary, mientras se ponía un delantal—. Y no hay mucho tiempo que perder… pero yo sé lo que hay que hacer. Cuando vivía en el puerto con la señora Wiley, hace años, el hijo de Will Crawford murió de crup diftérico, a pesar de que había dos médicos. Y cuando la vieja tía Christina MacAllister se enteró, ella fue la que me curó cuando casi me muero de neumonía, ¿saben?, era una maravilla, no había médico que pudiera igualarla, dijo que podría haberlo salvado con el remedio de su abuela, si hubiera estado allí. Le contó a la señora Wiley cómo era y nunca lo olvidé. Tengo una memoria fantástica, las cosas se me quedan en la cabeza hasta que llega el momento de usarlas. ¿Hay azufre en la casa, Susan?».

Sí, teníamos azufre. Susan bajó con Mary a buscarlo y yo sostuve a Jims. No

tenía esperanzas, ninguna esperanza. Mary Vance podía jactarse todo lo que quisiera (siempre se jactaba), pero yo no creía que ningún remedio de abuelas pudiera salvar a Jims. Al cabo de unos minutos, volvió. Se había atado un trozo de tela gruesa sobre la boca y la nariz y traía una vieja sartén de Susan, llena de brasas.

«Miren —dijo, orgullosa—. Nunca lo hice, pero hay que creer o reventar y el niño se está muriendo, de todos modos».

Desparramó una cucharada de azufre sobre las brasas, luego tomó a Jims, lo puso boca abajo y lo sostuvo sobre ese humo asfixiante, cegador. No sé por qué no salté hacia adelante y se lo quité de las manos. Susan dice que fue porque así tenía que ser y creo que tiene razón, porque a mí me pareció que no podía moverme. Susan también estaba inmóvil, observando a Mary desde la puerta. Jims se revolvía entre las manos grandes y hábiles de Mary —hábil es, de eso no hay duda—, tosía y se ahogaba, tosía y jadeaba hasta que creí que moriría torturado. Entonces, de pronto, luego de lo que me pareció una hora, aunque sé que no fue tanto, escupió la membrana que lo estaba matando. Mary lo dio vuelta y volvió a recostarlo en la cuna. Estaba blanco como el mármol y le caían lágrimas de los ojos marrones, pero ese horrendo aspecto lívido había desaparecido de su rostro y respiraba con facilidad.

«¿No les pareció magnífico? —exclamó Mary, encantada—. No estaba segura de que diera resultado, pero me arriesgué. Le voy a ahumar la garganta un par de veces más antes de la mañana, para destruir todos los gérmenes, pero estará bien, ya verán».

Jims se quedó dormido, no en coma, como temí al principio. Mary lo «ahumó» como lo llamaba, dos veces durante la noche y por la mañana la garganta estaba despejada y la temperatura era casi normal. Cuando me aseguré de eso, me volví y miré a Mary Vance. Estaba sentada sobre el sofá, dando cátedra a Susan sobre algún tema acerca del cual Susan debía de saber cuarenta veces más que ella. Pero ahora no me importaba si daba cátedra o no. Tenía derecho… se había atrevido a hacer lo que yo jamás hubiera hecho y había salvado a Jims de una muerte horrible. Ya no me importaba que una vez me hubiera perseguido por el pueblo con un pescado muerto ni que me hubiera desparramado grasa de ganso sobre el sueño romántico de la noche en el baile del faro; no me importaba que creyera saber más que todo el mundo sobre cualquier tema; ya nunca volvería a sentir antipatía por Mary Vance. Me acerqué y le besé la mejilla.

«¿Qué pasa?», preguntó.

«Nada… que te estoy tan agradecida, Mary…».

«Bueno, deberías estarlo, te diré. Ustedes dos hubieran dejado morir a ese bebé de no haber llegado yo en ese instante», —declaró Mary, sonriendo complacida. Nos preparó un desayuno estupendo, nos obligó a comerlo y «nos sermoneó de lo lindo», como dice Susan, durante dos días, hasta que se abrieron los caminos y pudo volver a su casa. Jims estaba bastante recuperado a esa altura y además volvió papá. Escuchó nuestro relato sin opinar demasiado. Papá siempre se muestra algo desdeñoso respecto de lo que llama «remedios de comadronas». Rió un poco y comentó:

«Después de esto, Mary Vance pretenderá que la llame para consultarla en mis casos más difíciles».

De manera que la Navidad no fue tan dura como esperaba; y ahora llega el Año Nuevo. Todavía seguimos esperando el Gran Avance que terminará con esta guerra. El pobre Lunes se está poniendo tieso y reumático de tanto esperar los trenes en el frío, pero sigue su vigilia y Shirley sigue leyendo sobre las hazañas de los ases del aire. Ay, 1917, ¿qué nos traerás?

25. La partida de Shirley

—No, Woodrow, no habrá paz sin victoria —dijo Susan, clavando malévolamente la aguja de tejer a través del nombre del presidente Wilson en la columna del periódico —. Nosotros, los canadienses, vamos a querer paz y victoria. Tú, Woodrow, si lo prefieres, puedes tener la paz sin victoria… —Y Susan se marchó a la cama sin el consuelo de haber ganado la discusión con el Presidente. Pero unos días más tarde, corrió a ver a la señora Blythe presa de una gran excitación.

—Mi querida señora, ¿qué le parece? Acaba de llegar un mensaje telefónico de Charlottetown diciendo que Woodrow Wilson mandó al diablo al embajador alemán, por fin. Me dicen que eso significa guerra. Así que empiezo a pensar que Woodrow tiene el corazón bien puesto después de todo, aunque tenga la cabeza en cualquier parte y voy a conseguir un poco de azúcar para celebrar la ocasión con torta de chocolate, a pesar de los chillidos de la Junta Alimentaria. Estaba segura de que ese asunto de los submarinos provocaría una crisis. Se lo dije a la prima Sophia cuando vaticinó que era el comienzo del fin para los aliados.

—Que el doctor no se entere de la torta, Susan —le recomendó Ana con una sonrisa—. Ya sabes que sus reglas son muy estrictas en lo que respecta a la economía que pidió el gobierno.

—Sí, mi querida señora, y me parece bien que un hombre sea amo en su propia casa, que cuente con la obediencia de sus mujeres. Me satisface poder decir que me estoy volviendo bastante eficiente en esto de economizar, pero se puede ser un poco atrevido, de vez en cuando, por lo menos en secreto. Shirley me estuvo pidiendo la torta, marca Susan, la llama, y el otro día le dije que en cuanto hubiera una victoria para celebrar, le haría una. Esta noticia es equivalente a una victoria y si el doctor no lo sabe, no se va a preocupar. Asumo toda la responsabilidad, mi querida señora, así que no preocupe a su conciencia.

Susan mimaba espantosamente a Shirley ese invierno. El chico volvía de Queen’s todos los fines de semana y Susan le tenía listos sus platos preferidos, siempre y cuando pudiera evadir o convencer al doctor, y lo atendía como una esclava. Si bien hablaba de la guerra con todos los demás, jamás tocaba el tema con Shirley ni delante de él; pero lo observaba como un gato a un ratón y cuando comenzó la retirada alemana de Bapaume, la emoción de Susan no fue sólo por la buena noticia: sin duda se acercaba el fin… sin duda llegaría ahora, antes de que pudiera partir un muchacho más.

—Las cosas se nos están dando, por fin —informó triunfal a la prima Sophia—. Los Estados Unidos declararon la guerra por fin y yo siempre dije que lo harían a pesar de la debilidad de Woodrow por la correspondencia y vas a ver que vienen con todas las energías, como tengo entendido que hacen cuando se deciden a entrar en movimiento. Y tenemos a los alemanes en retirada, también.

—Estados Unidos tiene buenas intenciones —se quejó la prima Sophia—, pero ni

toda la energía del mundo puede ponerlos en la línea de batalla esta primavera y los aliados estarán vencidos antes de eso. Los alemanes los están engañando. Ese tal Simonds dice que la retirada pone a los aliados en un agujero.

—Ese tal Simonds ha dicho más de lo que tendría que haber hablado en toda su vida —replicó Susan—. Su opinión no me preocupa, mientras Lloyd George sea Primer Ministro británico. George no va a dejarse engañar, dalo por seguro. Para mí, las cosas tienen buen aspecto. Estados Unidos entró en la guerra, recuperamos Kut y Bagdad, y no me sorprendería ver a los aliados en Berlín antes de junio… y a los rusos también, ahora que se sacaron de encima al Zar. Ése fue un buen trabajo, en mi opinión.

—El tiempo lo dirá —respondió la prima Sophia, que se hubiera sentido indignada si alguien le hubiera dicho que prefería ver a Susan avergonzada como adivina que ver la caída de una tiranía, o aun la marcha de los aliados por Unter den Linden. Pero claro, los sufrimientos de los rusos eran desconocidos para la prima Sophia, y en cambio, esa Susan, siempre irritante y optimista, era una espina siempre presente en su costado.

En ese preciso momento, Shirley estaba sentado sobre el extremo de la mesa de la sala, balanceando las piernas en el aire: un muchacho moreno, fornido, saludable de la cabeza a los pies.

—Mamá y papá —dijo con tranquilidad—: el lunes pasado cumplí dieciocho años. ¿No creen que es hora de que me enrole?

La pálida madre fijó su mirada en él.

—Dos de mis hijos se han ido y uno no va a volver nunca. ¿También tengo que entregarte a ti, Shirley?

La protesta antigua como el tiempo: «José no está y Simeón no está; y te llevarás a Benjamín». ¡Cómo repetían las madres de la Gran Guerra el lamento del viejo Patriarca, ese lamento que tenía tantos siglos antes!

—¿No querrías que fuera un cobarde, verdad, mamá? Puedo entrar en la aviación. ¿Qué dices, papá?

Las manos del doctor temblaron mientras preparaba la mezcla de polvos para el reumatismo de Abbie Flagg. Había sabido que llegaría ese momento, pero no estaba del todo preparado para él. Contestó muy despacio:

—No voy a tratar de impedir que hagas lo que crees que es tu deber. Pero no vas a ir a menos que tu madre te dé su aprobación.

Shirley no dijo nada más. No era un joven de muchas palabras. Ana no abrió la boca tampoco. Pensaba en la tumba de la pequeña Joyce en el viejo cementerio del puerto; la pequeña Joyce que, si hubiera vivido, ahora sería mujer; en la cruz blanca en Francia y en los espléndidos ojos grises del chiquillo qué había aprendido sus primeras lecciones de deber y lealtad sobre sus rodillas… en Jem, en las terribles trincheras, en Nan, Di y Rilla, esperando… esperando… *esperando*, mientras pasaban los años dorados de la juventud. Se preguntó si podría soportar más. Creía

que no; sin duda había entregado suficiente. Y sin embargo, esa noche le dijo a Shirley que podía ir.

No se lo contaron a Susan enseguida. Ella no se enteró hasta que unos días más tarde, Shirley se presentó en la cocina con el uniforme de aviador. Susan no hizo la mitad del aspaviento que había hecho cuando partieron Jem y Walter. Dijo con voz pétrea:

—Así que te llevan, también.

—¿Llevarme? No. Yo me voy, Susan. Tengo que hacerlo.

Susan se sentó junto a la mesa, entrelazó las manos viejas y llenas de nudos que se habían vuelto ásperas y torcidas de trabajar para los niños de Ingleside y dijo:

—Sí, tienes que ir, es cierto. Antes no entendía por qué tenían que ser así las cosas, pero ahora sí.

—Eres de primera, Susan —respondió Shirley. Era un alivio para él que Susan lo tomara con tanta tranquilidad. Como todo muchacho, le tenía horror a las «escenas». Salió silbando alegremente. Media hora más tarde, cuando la pálida Ana Blythe entró en la cocina, Susan seguía en la misma posición.

—Mi querida señora —dijo Susan haciendo una confesión que en un tiempo jamás habría salido de sus labios—. Me siento muy vieja. Jem y Walter eran suyos, pero Shirley es mío. Y no soporto la idea de él volando, de la máquina estrellándose, de la vida escapándose de su cuerpo, el cuerpito que yo cuidé y mimé cuando era un diminuto bebé.

—Susan… basta —exclamó Ana.

—Ay, mi querida señora, perdóneme. No tendría que haber dicho una cosa así en voz alta. A veces me olvido de que tomé la decisión de ser una heroína. Esto… esto me altera un poco. Pero no se va a repetir. Por lo menos —prosiguió la pobre Susan, forzando una sonrisa—, por lo menos volar es un asunto limpio. No se ensuciará tanto como en las trincheras y eso es bueno, porque siempre fue un chico limpio y prolijo.

Y así partió Shirley: no con aire radiante, como hacia una gran aventura, como Jem, y tampoco envuelto en una llama blanca de sacrificio, como Walter, sino sereno, eficiente, como quien afronta el hecho de tener que llevar a cabo algo sucio y desagradable. Besó a Susan por primera vez desde que tenía cinco años y dijo:

—Adiós, Susan… mamá Susan.

—Mi nenito moreno… mi nenito moreno —murmuró Susan.

«Me pregunto —pensó con amargura, al contemplar el rostro triste del doctor—, si recordará la paliza que le dio una vez cuando era pequeño. Por suerte no tengo nada parecido en mi conciencia».

El doctor no pensaba en la vieja medida de disciplina. Pero antes de ponerse el sombrero para salir a hacer la ronda de visitas, se detuvo en la gran sala silenciosa que una vez había estado llena de risas infantiles.

—Nuestro último hijo… nuestro último hijo —dijo en voz alta—. Un muchacho

bueno, fuerte, sensato. Siempre me hizo acordar a mi padre. Supongo que debería sentirme orgulloso de que haya querido ir… así fue como me sentí cuando Jem partió… y con Walter… pero la casa queda tan vacía.

«He estado pensando, doctor —le había dicho el viejo Sandy de Upper Glen esa tarde—, que dentro de poco esa casa suya le parecerá demasiado grande».

Las palabras del viejo Sandy le parecieron muy adecuadas. Ingleside parecía muy grande y vacía esa noche. Y sin embargo, Shirley había estado lejos todo el invierno excepto los fines de semana y siempre había sido un muchacho callado. ¿Sería porque era el último en marcharse que la partida dejaba un vacío tan grande, que las habitaciones parecían tristes y vacías, que hasta los árboles del jardín parecían consolarse mutuamente con caricias de ramas en flor por la pérdida del último de los niños que había jugado debajo de ellos en la infancia?

Susan trabajó mucho todo el día y se quedó hasta muy tarde. Cuando dio cuerda al reloj de la cocina y sacó al doctor Jekyll sin demasiada suavidad, permaneció un instante en el umbral, mirando el valle bañado por la luz de una luna joven. Pero no veía las colinas familiares ni el puerto. Miraba hacia el campo de aviación de Kingsport, donde estaría Shirley esa noche.

«Me llamó mamá Susan —pensaba—. Bueno, ahora todos nuestros hombres están allá… Jem y Walter, Shirley, Jerry y Carl. Y no hubo que obligar a ninguno. Así que tenemos motivos para enorgullecernos. Pero el orgullo —suspiró con amargura —, el orgullo no sirve como compañía, por cierto».

La Luna se hundió en una nube negra hacia el oeste, el valle desapareció en sombras… y a miles de kilómetros, los muchachos canadienses de uniforme —los vivos y los muertos— tomaron posesión de las Colinas de Vimy.

Las Colinas de Vimy es un nombre escrito en rojo y dorado en los anales canadienses de la Gran Guerra. «Los británicos no pudieron tomarlas, los franceses tampoco —dijo un prisionero alemán a sus captores—, pero ustedes los canadienses son tan tontos que no se dan cuenta cuando un lugar no puede ser tomado».

De modo que los «tontos» lo tomaron… y pagaron el precio.

Jerry Meredith quedó herido de gravedad; un disparo en la espalda, decía el telegrama.

—Pobre Nan —suspiró la señora Blythe cuando llegaron las noticias. Pensó en su adolescencia feliz en Tejas Verdes. No, no había habido tragedias como ésta. ¡Cómo tenían que sufrir las muchachas de hoy! Cuando Nan volvió a casa desde Redmond dos semanas después, su rostro delataba lo que habían sido esas semanas para ella. John Meredith también parecía haber envejecido de pronto. Faith no volvió; cruzaba el Atlántico como VAD. Di había tratado de obtener permiso de su padre para partir, pero éste le había dicho que por la salud de su madre, no podía otorgárselo. Así que Di, después de una breve visita, regresó a su trabajo para la Cruz Roja de Kingsport.

Las flores de la primavera brotaban en los escondrijos secretos del Valle del Arco Iris. Rilla las esperaba. Jem le había llevado una vez a su madre las primeras en

florecer; cuando Jem se marchó, Walter las recogió y se las llevó; la última primavera, Shirley se las había buscado; ahora, pensó Rilla, le tocaba a ella reemplazar a los muchachos. Pero antes de que hubiera podido descubrirlas, Bruce Meredith apareció en Ingleside un atardecer con las manos llenas de flores rosadas. Subió los escalones de la galería y las depositó sobre el regazo de la señora Blythe.

—Como Shirley no está aquí para traérselas… —explicó con su graciosa timidez.

—Entonces te acordaste tú, tesoro —dijo Ana, al borde de las lágrimas, contemplando al fornido chiquillo de cejas negras, de pie ante ella con las manos en los bolsillos.

—Hoy le escribí a Jem y le dije que no se preocupara porque usted recibiría las flores —dijo Bruce, muy serio—, le dije que yo me encargaría de eso. Y le dije que muy pronto cumpliría diez, así que no falta tanto para que tenga dieciocho, y entonces voy a poder ir a ayudarlo a pelear. O tal vez hasta quieran dejarlo venir a casa a descansar un poco mientras yo lo reemplazo. También le escribí a Jerry. Está mejor, ¿sabe?

—¿De veras? ¿Tuvieron buenas noticias de él?

—Sí. Hoy mamá recibió una carta y dice que está fuera de peligro.

—Ay, gracias a Dios —susurró la señora Blythe. Bruce la miró con curiosidad.

—Lo mismo dijo papá cuando mamá se lo contó. Pero cuando yo lo dije el otro día cuando vi que el perro del señor Mead no había lastimado a mi gatito, me pareció que lo había matado de tanto sacudirlo, ¿sabe?, papá se puso muy, muy serio y dijo que jamás debía volver a decir eso sobre un gatito. Pero no entiendo por qué, señora Blythe. Yo estaba tan contento, tan contento y tuvo que ser Dios el que salvó a Stripey, porque ese perro tenía mandíbulas enormes y… ¡ay, cómo lo sacudía, pobre Stripey! ¿Por qué no podía agradecérselo, entonces? Claro —añadió Bruce, recordando—, quizá lo dije demasiado *fuerte*, porque estaba muy contento cuando vi que Stripey no había muerto. Casi lo grité, señora Blythe. Quizá si lo hubiera dicho medio en un susurro, como usted y papá, no habría habido problemas. ¿Sabe, señora Blythe… —Bruce bajó la voz a un susurro y se acercó a Ana— lo que me gustaría hacerle al Káiser si pudiera?

—¿Qué te gustaría hacerle, chiquito?

—Hoy en la escuela, Norman Reese dijo que le gustaría atar al Káiser a un árbol y soltar perros furiosos para que lo asustaran —relató Bruce con solemnidad—. Y Emily Flagg dijo que le gustaría ponerlo en una jaula y pincharlo con agujas. Y todos dijeron cosas por el estilo. Pero señora Blythe… —Bruce sacó una manita cuadrada del bolsillo y la apoyó con vehemencia sobre las rodillas de Ana— a mí me gustaría convertir al Káiser en un buen hombre, en un muy buen hombre, de pronto, si pudiera. Eso es lo que haría. ¿No cree, señora Blythe, que ése sería el más *peor* castigo de todos?

—Niño bendito —acotó Susan—. ¿Cómo crees que eso sería un castigo para ese perverso demonio?

—¿No entiende? —insistió Bruce, mirando fijamente a Susan con sus ojos azules, casi negros—. Si se convirtiera en un buen hombre, comprendería las terribles cosas que ha hecho y se sentiría tan mal por eso que sería más infeliz de lo que podría ser de cualquier otra forma. Sufriría, se sentiría *muy pero muy* mal… y seguiría sintiéndose así para *siempre*… Sí. —Bruce apretó los puños y asintió—. Sí, lo convertiría en un buen hombre: es lo que se merece.

26. Susan recibe una propuesta matrimonial

Un aeroplano sobrevolaba Glen St. Mary, como un enorme pájaro recortado contra el cielo del oeste: un cielo tan claro y de un color tan amarillo que daba la impresión de un espacio de libertad vasto y fresco. El pequeño grupo en el jardín de Ingleside lo contemplaba con ojos fascinados, si bien ese verano no era nada extraordinario ver un avión. Susan siempre se entusiasmaba mucho. ¿Quién sabe si no sería Shirley allí arriba en las nubes, volando a la isla desde Kingsport? Pero Shirley se había ido a Europa, así que ese avión en particular y el piloto no interesaban a Susan. No obstante, levantó la vista con respeto.

—Me pregunto, mi querida señora —dijo con solemnidad— qué pensarían los ancianos sepultados en el cementerio si pudieran levantarse de sus tumbas por un instante y ver este espectáculo. Estoy segura de que mi padre no lo aprobaría, porque no creía en ideas modernas de ninguna clase. Cosechó a mano hasta el día de su muerte. Ni oír hablar de máquinas. Lo que había estado bien para su padre, estaba bien para él, solía decir. Espero que no esté mal decir que pienso que se equivocaba en ese aspecto, pero no sé si llego al punto de dar mi aprobación a los aeroplanos, por más que sean una necesidad militar. Si el Todopoderoso hubiera querido que volásemos, nos habría provisto de alas. No lo hizo, así que es evidente que quería que nos quedásemos en tierra. En fin, mi querida señora, le aseguro que no me van a ver haciendo piruetas por el cielo en un aeroplano.

—Pero no te vas a negar a hacer algunas piruetas en el automóvil nuevo de papá cuando llegue, ¿verdad, Susan? —bromeó Rilla.

—Tampoco pienso poner a prueba a mis viejos huesos en automóviles —replicó Susan—. Pero no los miro con espanto como alguna gente de mente estrecha. Patillas-en-la-Luna dice que habría que echar al gobierno por permitirles andar por la isla. Tengo entendido que le sale espuma por la boca cada vez que ve uno. El otro día vio uno por el camino estrecho que va alrededor de su campo de trigo y Patillas saltó la cerca y se detuvo en la mitad del camino, horquilla en mano. El hombre que venía en la máquina era un agente de alguna clase y Patillas odia a los agentes tanto como a los automóviles. Le dijo que se quedara ahí porque no había lugar para pasar; el pobre hombre no podía pisarlo, tampoco. Patillas-en-la-Luna agitó la horquilla y gritó: «¡Salga de aquí con su máquina diabólica o lo voy a atravesar con la horquilla!». Y aunque no me lo crea, mi querida señora, el agente tuvo que retroceder hasta el camino a Lowbridge casi dos kilómetros, porque Patillas lo seguía blandiendo la horquilla e insultándolo. Ahora bien, mi querida señora, para mí esa conducta no es razonable, pero con esto de los aviones y los automóviles, esta isla ya no es lo que era.

El aeroplano se elevó, descendió en picada y volvió a elevarse, hasta convertirse en un punto sobre las colinas.

—Me pregunto —comentó la señorita Oliver— si la humanidad será más feliz

gracias a los aeroplanos. Me da la impresión de que el total de la felicidad humana sigue siendo igual, era tras era, a pesar de que pueda cambiar en distribución y que las «diversas invenciones» no la aumentan ni la disminuyen.

—Al fin y al cabo, «el Reino de los Cielos» está dentro de uno —acotó el señor Meredith contemplando el punto en el cielo que simbolizaba la última victoria del hombre en una lucha antigua como el tiempo—. No de logros materiales ni triunfos.

—A mí los aeroplanos me parecen fascinantes —dijo el doctor—. El sueño de volar siempre fue uno de los sueños preferidos de la humanidad. Y todos los sueños se van haciendo realidad. Depende del esfuerzo. Me gustaría volar en uno.

—Shirley me dijo en una carta que su primer vuelo fue una gran decepción —dijo Rilla—. Esperaba sentir la sensación de elevarse de la tierra como un pájaro y en cambio sintió que la tierra caía debajo de él. Y la primera vez que voló solo se sintió muy extraño. Dice que de pronto le pareció estar flotando en el espacio y le dieron ganas de volver al viejo planeta y a la compañía de otros seres humanos.

El aeroplano desapareció. El doctor echó la cabeza atrás con un suspiro.

—Después de ver perderse en el cielo a uno de esos hombres-pájaro, vuelvo a la Tierra con la sensación de no ser más que un insecto. Ana —dijo, volviéndose hacia su esposa—, ¿te acuerdas de la primera vez que te llevé a dar un paseo en calesín en Avonlea, la noche que fuimos al concierto en Carmody, el primer otoño que enseñabas en Avonlea? Tenía la yegüita negra con la estrella blanca en la frente y un calesín nuevo, y me sentía el hombre más orgulloso del mundo. Supongo que nuestro nieto llevará a la novia a dar un paseo en aeroplano, como si fuera lo más normal del mundo.

—Un aeroplano no puede ser tan lindo como la pequeña Silverspot —dijo Ana—. Una máquina es eso, una máquina y nada más pero Silverspot, vaya, tenía una gran personalidad, Gilbert. Un paseo detrás de ella tenía algo que no podría igualar ni un vuelo entre las nubes del atardecer. No, no envidio a la novia de mi nieto. El señor Meredith tiene razón. «El reino de los Cielos» y del amor y de la felicidad no depende de lo externo.

—Además —observó el doctor, con el rostro serio—, nuestro nieto tendrá que prestar toda su atención al aeroplano y no podrá soltar las riendas para perder su mirada en la de su amada. Y tengo la horrible sospecha de que no se puede comandar un aeroplano con una sola mano. No… —El doctor sacudió la cabeza—. Creo que todavía preferiría a Silverspot, después de todo.

La línea rusa se quebró de nuevo ese verano y Susan declaró con amargura que lo había esperado desde que a Kerensky se le había ocurrido la peregrina idea de casarse.

—Lejos está de mí objetar el sagrado estado matrimonial, mi querida señora, pero pienso que cuando un hombre está a cargo de una revolución, tiene las manos llenas y tiene que posponer el matrimonio hasta un momento mejor. Esta vez los rusos están fritos y no tendría sentido negarlo. ¿Pero escuchó usted la respuesta de Woodrow

Wilson a las propuestas papales de paz? Es magnífica. Realmente, ni yo misma hubiera podido expresarlo mejor. Me parece que voy a poder perdonarle todo a Wilson por eso. Conoce el significado de las palabras, de eso no hay duda. Hablando de significados, ¿supo usted la última historia de Patillas-en-la-Luna, mi querida señora? Parece que estaba en la escuela del Camino a Lowbridge el otro día y tuvo la idea de tomar examen de ortografía en cuarto grado. Allí tienen clases en el período de verano, ya sabe, con vacaciones en primavera y otoño, todavía, no son gente moderna. Mi sobrina, Ella Baker, va a esa escuela y fue la que me contó la historia. La maestra no se sentía bien, al parecer tenía una jaqueca horrible y salió a tomar un poco de aire fresco mientras el señor Pryor tomaba examen a la clase. Los niños lo estaban haciendo bien con la ortografía, pero cuando Patillas comenzó a interrogarlos sobre el significado de las palabras, se quedaron en el aire, porque no las habían aprendido. Ella y los otros estudiantes se sintieron muy mal. Adoran a su maestra y parece que el hermano del señor Pryor, Abel Pryor, es apoderado de la escuela y está en contra de ella y hace mucho que está tratando de convencer a los demás apoderados de su punto de vista. Mi sobrina Ella y los demás tenían miedo de que si el cuarto grado no podía decirle a Patillas el significado de las palabras, él pensaría que la maestra no servía y se lo haría saber a Abel y éste aprovecharía la ocasión. Pero el pequeño Sandy Logan salvó la situación. Es del orfanato, pero listo como un zorro y le tomó el tiempo a Patillas de inmediato.

»—¿Qué quiere decir anatomía? —preguntó Patillas.

»—Dolor de estómago —contestó Sandy, rápido como un rayo y sin siquiera parpadear. Patillas-en-la-Luna es un hombre muy ignorante, mi querida señora; ni siquiera él conocía el significado de las palabras.

»—Muy bien, muy bien —dijo. El resto de la clase captó la broma de inmediato, es decir, tres o cuatro de los más avispados lo hicieron, y la siguieron. Jean Blane declaró que «acústica» significaba «discusión religiosa», y Muriel Baker dijo que un «agnóstico» era el que sufría de indigestión; Jim Carter aseguró que «acerbo» era el que no comía otra cosa que vegetales y así siguieron. Patillas se lo creyó todo y siguió diciendo «Muy bien, muy bien», hasta que Ella creyó que se iba a morir por el esfuerzo de no reír. Cuando volvió la maestra, Patillas la felicitó por la excelente comprensión que tenían los niños de la lección y aseguró que pensaba contarles a los apoderados qué joya tenían en la escuela. Era «muy poco habitual», dijo, encontrar un cuarto grado que pudiese responder tan bien cuando se trataba de explicar el significado de las palabras. Y se marchó, encantado. Pero Ella me lo contó como un gran secreto, mi querida señora, así que tenemos que mantenerlo como tal, por la maestra, ¿sabe? Si Patillas fuera a descubrir cómo lo engañaron, ella perdería su puesto en la escuela en un abrir y cerrar de ojos.

Mary Vance caminó hasta Ingleside esa misma tarde para contarles que a Miller Douglas, herido cuando los canadienses tomaron la Colina 70, habían tenido que amputarle una pierna. Todos en Ingleside se solidarizaron con Mary, cuyo patriotismo

había tardado en encenderse, pero ahora ardía fuerte y firme como el de los demás.

—Algunas personas me estuvieron haciendo comentarios sarcásticos. Vas a tener un marido con una sola pierna y todo eso. Pero —dijo Mary, elevándose a las alturas — prefiero a Miller con una sola pierna que a cualquier otro hombre con una docena… a menos —añadió, pensativa—, a menos que se tratara de Lloyd George. Bueno, tengo que irme. Pensé que querrían saber lo de Miller así que me vine desde la tienda, pero tengo que volver porque le prometí a Luke MacAllister que lo ayudaría a armar su parva esta tarde. Ahora depende de nosotras, las mujeres, ver que se termine la cosecha. Quedan pocos varones. Tengo mameluco y les diré que no me queda tan mal. La señora Douglas opina que son indecentes y que habría que prohibirlos y hasta la señora Elliott los mira con mala cara. Pero el mundo avanza, y en cualquier caso, si hay algo que me encanta es escandalizar a Kitty Alec.

—A propósito, papá —dijo Rilla—, voy a reemplazar a Jack Flagg en la tienda de su padre durante un mes. Le dije que lo haría si tú no te oponías. Así él va a poder ayudar a los granjeros con la cosecha. No creo que yo sirviese de mucho en el campo, aunque muchas de las chicas son de gran ayuda, pero puedo dejar libre a Jack haciendo su trabajo en la tienda. Jims ya no da trabajo de día, y de noche pienso estar aquí de vuelta.

—¿Crees que te va a gustar pesar azúcar y habas, y vender manteca y huevos? —bromeó el doctor.

—Pienso que no. Pero eso no es lo importante. Es una forma de ayudar un poco.

Así que Rilla trabajó detrás del mostrador del señor Flagg durante un mes y Susan partió hacia los campos de avena de Albert Crawford.

—Todavía soy tan buena como el que más —dijo con orgullo—. No hay hombre que pueda superarme cuando se trata de armar una parva. Cuando me ofrecí para ayudar, Albert se mostró poco convencido. «Tengo miedo de que el trabajo sea mucho para usted», dijo. «Pruébame por un día y verás —le respondí—. Trabajaré como un demonio».

Ninguno de los de Ingleside dijo nada por un instante. El silencio quería significar que aprobaban y admiraban la valentía de Susan. Pero Susan lo interpretó mal y se ruborizó.

—Esta costumbre de hablar mal se me está pegando, mi querida señora —se disculpó—. ¡A mi edad! Es un muy mal ejemplo para las jóvenes. Pienso que tiene que ver con toda esa lectura de diarios. Están llenos de profanidades y no las escriben con asteriscos, como se hacía en mi juventud. Esta guerra nos desmoraliza a todos.

Susan, de pie sobre un cargamento de grano, con el cabello gris despeinado por el viento y la falda trepada hasta las rodillas para poder trabajar más cómoda y segura —nada de mamelucos para Susan, por favor— no era una figura bella ni romántica, pero el espíritu que animaba sus brazos flacos era el mismo que capturó las Colinas de Vimy y mantuvo a las legiones alemanas fuera de Verdún.

No es probable, sin embargo, que esa haya sido la idea que golpeó la mente del

señor Pryor cuando pasó por allí una tarde y vio a Susan trabajando con ahínco.

«Qué mujer capaz —reflexionó—. Vale por dos de otras más jóvenes. No está mal para mí, no está mal. Si Milgrave regresa sano y salvo, perderé a Miranda y el servicio doméstico cuesta más caro que una esposa y no es nada confiable. Creo que voy a pensarlo».

Una semana más tarde, la señora Blythe, que volvía del pueblo al caer la tarde, se detuvo en el portón de Ingleside presa de un estupor que la privó temporariamente del poder de movimiento. Un espectáculo extraordinario se desarrollaba frente a sus ojos. Por el costado de la cocina apareció el señor Pryor, corriendo como no había corrido en años, con el terror pintado en cada una de sus facciones: un terror justificable, por cierto, puesto que detrás de él corría Susan como un ángel vengador, blandiendo una enorme olla de hierro. La expresión de sus ojos no auguraba nada bueno para el objeto de su indignación si lograba alcanzarlo. Perseguidora y perseguido atravesaron el jardín. El señor Pryor llegó al portón unos metros delante de Susan, lo abrió y huyó calle abajo, sin dirigir ni una mirada a la anonadada dueña de Ingleside.

—Susan —jadeó Ana.

Susan detuvo su carrera alocada, dejó la olla y agitó el puño en dirección al señor Pryor, que seguía corriendo, sin duda con la idea de que Susan todavía lo perseguía.

—Susan, ¿qué significa esto? —quiso saber Ana, con voz severa.

—Me parece muy bien que lo pregunte, mi querida señora —respondió Susan, furiosa—. Hace años que no me altero de esta forma. Ese… ese… ese pacifista tuvo la audacia de venir aquí y, en mi propia cocina, proponerme matrimonio. ¡A mí! ¡Con él!

Ana ahogó una carcajada.

—¡Pero… Susan! ¿No podías haber buscado una… bueno, una forma menos espectacular de rechazarlo? Piensa en los chismes que se habrían desatado en el pueblo si alguien hubiera visto lo sucedido.

—Mi querida señora, tiene usted razón. No encontré otra forma de hacerlo porque estaba más allá de todo pensamiento racional. Me volví loca, eso es todo. Venga, entre; le cuento lo que pasó.

Susan tomó la olla y se fue a la cocina, temblando de indignación. Dejó la olla sobre la hornalla con un golpe violento.

—Espere un instante a que abra todas las ventanas para ventilar esta cocina, mi querida señora. Listo, así está mejor. Y también tengo que lavarme las manos, porque le estreché la mano a Patillas cuando entró… no es que haya querido hacerlo, pero cuando tendió su mano regordeta y grasosa no supe qué otra cosa hacer. Acababa de terminar la limpieza de la tarde y por fortuna todo estaba impecable.

»Justo en ese momento cayó una sombra en el suelo y al levantar la vista vi a Patillas, de pie en el umbral, muy engalanado, como si acabara de almidonarse. Le estreché la mano, como dije, mi querida señora y le informé que el doctor y usted habían salido. Pero dijo: «En realidad vengo a verla a *usted*, señorita Baker».

»Lo invité a sentarse para no ser grosera y me quedé allí, mirándolo con todo el desdén posible. Eso pareció perturbarlo un poco, a pesar de su aplomo descarado; pero empezó a mirarme con algo sentimental en esos ojitos porcinos y de pronto tuve la horrible sospecha, mi querida señora, que iba a recibir mi primera propuesta matrimonial. Siempre pensé que me gustaría tener al menos una para rechazarla, cosa de poder mirar a las otras mujeres a los ojos, pero le aseguro que no me va a oír enorgullecerme de ésta, nunca jamás. La considero un insulto y si hubiera podido pensar en alguna forma de evitarla, lo habría hecho. Pero me tomó por sorpresa, mi querida señora y quedé en desventaja. Algunos hombres, tengo entendido, consideran que es preciso hacer un mínimo de corte antes de la proposición, aunque más no sea para dejar en claro sus intenciones; pero Patillas, sin duda creyó que yo lo aceptaría encantada. Bueno, ya está desengañado, sí, mi querida señora, le abrí los ojos. Me pregunto si todavía seguirá corriendo.

—Entiendo que no te sientas halagada, Susan. ¿Pero no podías haberlo rechazado con un poco más de delicadeza que persiguiéndolo por el jardín de esa forma?

—Bueno, quizá sí, mi querida señora, y tenía intención de hacerlo, pero un comentario que hizo me enfureció todavía más. De no haber sido por eso, no lo hubiera corrido con la olla. Le cuento. Patillas se sentó, como le dije; Doc estaba en la silla, a su lado. El animal fingía dormir, pero yo sabía muy bien que no dormía porque hoy fue Hyde todo el día y Hyde nunca duerme. A propósito, mi querida señora, ¿ya notó usted que últimamente ese gato pasa mucho más tiempo como Hyde que como Jekyll? Cuantas más victorias logran los alemanes, más se convierte en Hyde. Que cada uno saque sus propias conclusiones al respecto. Bueno, supongo que Patillas pensó que podría quedar bien conmigo si decía algo lindo del animal. No se imaginó mis verdaderos sentimientos hacia él, así que extendió la mano y lo acarició. «Qué lindo gato», dijo. El lindo gato se le arrojó encima y lo mordió. Después lanzó un aullido aterrador y huyó por la puerta de la cocina. Patillas se quedó mirándolo, azorado. «Qué bicho extraño», comentó. En cuanto a eso estoy de acuerdo con él pero no iba a dejar que lo supiese. Además, ¿quién es él para llamar bicho a nuestro gato? «Puede ser un bicho extraño o no —dije—, pero conoce la diferencia entre un canadiense y un huno». No va a decirme, mi querida señora, que con una insinuación así no tendría que haberle bastado. Pero a él no le traspasó ni la piel. Lo vi arrellanarse cómodamente en la silla, como para conversar un buen rato, y pensé: «Si tiene algo en mente, más vale que me lo diga pronto y termine de una vez, porque tengo mucho que hacer antes de la cena como para perder tiempo flirteando», así que le dije: «Si tiene algo en particular que decirme, señor Pryor, le agradecería que lo mencionara sin pérdida de tiempo, porque estoy muy ocupada esta tarde». Me miró por entre esas patillas rojizas, muy complacido, y contestó: «Usted es una mujer directa y me parece muy bien. No tiene sentido andar por las ramas. Hoy vine aquí para pedirle que se case conmigo». Así que ahí estaba, mi querida señora. Por fin tenía una propuesta matrimonial, después de una espera de sesenta y cuatro años.

»Fulminé con la mirada a ese presumido y repliqué: «No me casaría con usted aunque fuera el último hombre sobre la tierra, Josiah Pryor. Ésa es mi respuesta; puede llevársela de inmediato». Nunca se vio un hombre tan desconcertado, mi querida señora. Quedó tan anonadado que farfulló la verdad: «Pero yo creí que se alegraría de tener la oportunidad de casarse», dijo. Fue entonces, mi querida señora, cuando perdí los estribos. ¿No le parece que tenía una buena excusa, considerando que un huno pacifista me había ofendido de esa forma? «Váyase», rugí y tomé la olla de hierro. Vi que creyó que había perdido la razón y calculo que consideró que una olla de hierro es un arma peligrosa en manos de una lunática. En fin, se marchó a toda velocidad, como pudo usted ver. Y no creo que volvamos a verlo por aquí haciendo propuestas de ninguna clase. No, creo que entendió perfectamente que en Glen St. Mary hay por lo menos una mujer soltera que no tiene ansias de convertirse en la señora Patillas-en-la-Luna.

27. Esperando

Ingleside, 1 de noviembre de 1917

Ya llegó noviembre… y el valle está todo gris y marrón, salvo donde los álamos de Italia se elevan aquí y allá como grandes antorchas doradas en el paisaje sombrío. Todos los demás árboles se quedaron sin hojas. Ha sido muy difícil mantener el ánimo últimamente. El desastre de Caporetto es algo terrible y ni siquiera Susan puede consolarse con el estado actual de las cosas. Los demás ni lo intentamos. Gertrude no deja de decir con desesperación: «No pueden tomar Venecia… no *es posible que* tomen Venecia», como si con el solo hecho de repetirlo pudiera evitarlo. Pero yo no tengo ni la menor idea de qué puede *impedirles* tomar Venecia. Sin embargo, como dice Susan todo el tiempo, en 1914 parecía que no había nada que fuera a impedirles tomar París y no lo hicieron así que ella afirma que no van a llegar a Venecia. Ah, rezo y espero que no la tomen… Venecia, la bella reina del Adriático. Nunca la visité pero me inspira los mismos sentimientos que a Byron… siempre me encantó, siempre fue para mí «una ciudad mágica del corazón». Quizá me haya contagiado de Walter, porque él la amaba. Siempre soñó con conocer Venecia. Me acuerdo de que una vez planeamos hacer un viaje alguna vez juntos y flotar en una góndola bajo la luz de la luna, sí, lo dijimos una noche en el Valle del Arco Iris justo antes de que estallara la guerra.

Cada otoño, desde que empezó la guerra, se produjo un golpe terrible para nuestras tropas: Antwerp en 1914, Serbia en 1915; Rumania el otoño pasado y ahora, Italia, lo peor de todo. Creo que me daría por vencida y cedería a la desesperación si no fuera por lo que dijo Walter en su última carta: «los muertos y los vivos luchan de nuestro lado y un ejército así no puede ser vencido».

Todos estuvimos haciendo campaña por el nuevo Préstamo de la Victoria. Nosotras, con la Cruz Roja Juvenil, hicimos recorridas a domicilio y conseguimos a varios clientes duros que al principio se habían negado a invertir. Yo —sí, yo— ataqué a Patillas-en-la-Luna. Supuse que me diría que no y además, me haría pasar un mal rato. Pero ante mi gran sorpresa, se mostró muy agradable y prometió allí mismo comprar un bono de mil dólares. Será pacifista, pero sabe reconocer una buena inversión cuando se la ponen delante.

Papá dice que fue el discurso de Susan en la Campaña para el Préstamo de la Victoria lo que convirtió al señor Pryor. Lo dice para tomarle el pelo. Yo no lo creo porque el señor Pryor está muy resentido con Susan desde que rechazó de plano sus avances amorosos. Pero es cierto que Susan pronunció un discurso y que fue el mejor de la reunión. Fue la primera vez que hizo una cosa así y juró que era la última. Estaba todo Glen en la reunión y se hicieron varios discursos, pero el ambiente estaba frío y no podíamos levantar el entusiasmo de la gente. Susan estaba horrorizada ante la falta de fervor. Ella quería que la isla encabezara la lista de los mayores aportes.

Nos susurraba a Gertrude y a mí que esos discursos «no tenían sal»; lo decía con furia, y cuando nadie se adelantó para subscribirse al préstamo, Susan «perdió la cabeza». Por lo menos, así dice ella. Se puso de pie de un salto, con una expresión muy decidida bajo el sombrero —es la única mujer de Glen St. Mary que todavía usa sombrero— y comentó con tono sarcástico:

«Sin duda es mucho más barato "hablar" de patriotismo que "pagar" por él. Y claro, esto que les pedimos no es una limosna, les estamos pidiendo que nos presten el dinero por nada. Sin duda el Káiser se sentirá muy decepcionado cuando se entere de esta reunión».

Susan cree a pies juntillas que los espías del Káiser, presumiblemente representados por el señor Pryor, le informan de inmediato sobre cualquier suceso de Glen. Norman Douglas gritó:

«¡Eso, eso!».

Y un muchacho de atrás dijo:

«¿Y Lloyd George?», con un tono que no agradó a Susan. Lloyd George es su héroe preferido, ahora que Kitchener ya no está.

«Apoyo incondicionalmente a Lloyd George», replicó Susan.

«Supongo que su apoyo le debe levantar muchísimo el ánimo», se burló Warren Mead con una de sus risotadas groseras.

El comentario de Warren fue la chispa que encendió la pólvora. Susan «entró con todo», como dice ella y «se hizo oír». Y la verdad es que habló muy bien. Por cierto, a su discurso no le faltó sal. Cuando entra en calor, Susan tiene un poder de oratoria considerable y la forma en que se dedicó a dejar chiquitos a esos hombres fue cómica, maravillosa y efectiva al mismo tiempo. Dijo que eran las personas como ella, millones, los que apoyaban a Lloyd George y lo alentaban. Ésa fue la nota de su discurso. ¡Vieja y querida Susan! Es una dínamo perfecta, produce patriotismo, lealtad y desdén hacia los flojos de todo tipo y cuando descargó sus opiniones sobre los presentes, los dejó electrizados. Susan siempre dice que no es feminista, pero esa noche dejó bien paradas a las mujeres. Casi se podía ver a los hombres tratando de desaparecer dentro de la ropa. Cuando terminó con ellos, estaban completamente mansitos. En el cierre, les ordenó —sí, les ordenó— que se adelantaran hasta la plataforma y se suscribieran a los Bonos para la Victoria. Y luego de un aplauso atronador, la mayoría lo hizo, hasta Warren Mead. Cuando salió publicado el monto total de suscripciones en los periódicos de Charlottetown al día siguiente, descubrimos que Glen y los alrededores habían superado a todos los distritos de la isla. Gracias a Susan, por supuesto. Ella, pobre, regresó a casa esa noche muy avergonzada. Tenía miedo de haberse portado muy mal y le confesó a mamá que «no había sido una dama».

Esta tarde salimos todos —menos Susan— a dar una vuelta experimental en el automóvil nuevo de papá. Nos fue muy bien, a pesar de que al final caímos con poca gloria en la zanja a causa de una dama malhumorada, a saber, la señorita Elizabeth

Carr de Upper Glen, que no quiso correr el caballo del camino para dejarnos pasar, por más bocina que tocamos. Papá estaba furioso; pero en el fondo de mi ser, creo que estoy del lado de la señorita Elizabeth. Si yo hubiera sido una señorita solterona manejando mi propio carro y dando rienda suelta a mis pensamientos, no hubiera movido una rienda por la bocina de un automóvil pretencioso. Me hubiera quedado muy tranquila, como ella, que dijo:

«Si está decidido a pasar, vaya por la zanja».

Y por allí fuimos… y nos hundimos en la arena… y nos quedamos como tontos mientras la señorita Elizabeth azuzaba su caballo y se alejaba victoriosa.

Jem se reirá cuando le cuente esto. Hace mucho que conoce a la señorita Elizabeth.

Pero… ¿y Venecia? ¿Se salvará?

19 de noviembre de 1917

Todavía no está a salvo… el peligro es mucho. Pero los italianos están conteniendo al enemigo sobre la línea del Piave. Los críticos militares aseguran que no van a poder seguir así y que tendrán que retroceder hasta el Adige. Pero Susan, Gertrude y yo pensamos que *tienen* que resistir porque Venecia *debe* salvarse, ¿así que a quién le importa lo que opinan los críticos?

Ay, ¡si pudiera *creer* lo que estoy escribiendo!

Nuestras tropas canadienses tuvieron otra gran victoria: tomaron las Colinas Passchendaele y resistieron todos los ataques del enemigo. Ninguno de nuestros muchachos estuvo en la batalla, pero ¡ay, la lista de víctimas de otras familias! Joe Milgrave participó pero salió ileso. Miranda pasó unos días difíciles hasta que recibió noticias de él. Es maravilloso cómo ha florecido Miranda desde su casamiento. Ya no es la misma. Hasta sus ojos se oscurecieron, y están más profundos y supongo que es porque brillan con la intensidad que ella tiene adentro. Mantiene a raya a su padre en una forma asombrosa: iza la bandera cada vez que se toma un metro de trinchera en el frente occidental y asiste con regularidad a la Cruz Roja Juvenil; se da unos aires de «mujer casada» que son fatales, pero es la única recién casada de Glen con el marido en el frente, de manera que no hay por qué mezquinarle la satisfacción que le causa.

Las noticias de los rusos también son malas: el gobierno de Kerensky ha caído y Lenin es dictador en Rusia. Es difícil mantener el valor en la sombría desesperanza de estos días grises de otoño, llenos de suspenso y noticias desalentadoras. Pero estamos empezando a entusiasmarnos con las elecciones que se acercan. La conscripción es el tema más importante de la votación y será la elección más emocionante que hayamos tenido. Todas las mujeres que tienen la edad suficiente y cuyos maridos, hijos o hermanos están en el frente, pueden votar. ¡Ay, si tuviera veintiún años! Gertrude y Susan están furiosas porque no votarán.

«No es justo —declara Gertrude con vehemencia—. Agnes Carr puede votar porque el marido está en el frente. Hizo todo lo que pudo para impedir que partiera y ahora va a votar en contra del Gobierno de Unión. ¡Y yo no puedo votar porque el que está en el frente es mi novio y no mi marido!».

En cuanto a Susan, cuando piensa que ella no puede votar y un pacifista como el señor Pryor sí, sus comentarios son más que ácidos.

Siento compasión por los Elliott y Crawford y MacAllister del puerto. Siempre se alinearon en campos muy marcados de Liberales y Conservadores, y ahora están a la deriva. Algunos preferirían morir antes de votar por *Sir* Robert Borden, y sin embargo tienen que hacerlo porque creen que ha llegado el momento de que tengamos conscripción. Y algunos pobres conservadores que están en contra de la conscripción tienen que votar por Laurier, que siempre fue anatema para ellos. Algunos se lo están tomando muy mal. Otros parecen tener la misma actitud que la señora Elliott en cuanto a la Unión Eclesiástica.

Estuvo aquí anoche. Ya no viene con tanta frecuencia como antes. Se está poniendo demasiado viejita para caminar hasta aquí, la pobre y querida señorita Cornelia. Odio la idea de que envejezca. Siempre la quisimos muchísimo y ella fue muy buena con todos nosotros, la muchachada de Ingleside.

Me acuerdo que se enfrentaba amargamente a la idea de la Unión Eclesiástica. Pero anoche, cuando papá le contó que ya prácticamente estaba decidido, dijo con tono resignado:

«Bueno, en un mundo en el que están rompiendo y desgarrando todo ¿qué importancia tiene una rotura más? Comparados con los alemanes, los metodistas hasta me resultan atractivos».

La Cruz Roja Juvenil marcha bien, a pesar de la vuelta de Irene. Tengo entendido que tuvo inconvenientes con la sociedad de Lowbridge. En la última reunión me clavó una puñalada llena de almíbar, diciendo que me reconoció en la plaza de Charlottetown gracias a mi sombrero verde de terciopelo. Todo el mundo me reconoce por ese sombrero detestable y detestado. Ésta será la cuarta temporada que lo uso. Hasta mamá quiso que me comprara otro este otoño, pero me negué. Mientras dure la guerra, ése será mi sombrero de invierno.

23 de noviembre de 1917

La línea del Piave todavía se mantiene… y el general Byng tuvo una victoria espléndida en Cambrai. Icé la bandera cuando lo supe, pero Susan se limitó a decir:

«Voy a poner una olla de agua a hervir esta noche. Veo que el pequeño Kitchener siempre tiene un ataque de crup luego de cualquier victoria británica. Espero que no corra sangre alemana en sus venas. Nadie sabe mucho sobre la familia de su padre».

Jims tuvo algunos ataques de crup este otoño aunque de los comunes, no esa cosa espantosa del año pasado. Pero sea cual fuere la sangre que le corre por las venas, es

buena y sana. Está rozagante, regordete y precioso. Dice cosas cómicas y hace preguntas de lo más insólitas. Le gusta mucho sentarse en una silla en particular en la cocina; pero es la silla preferida de Susan también, y cuando ella la quiere, Jims tiene que desocuparla. La última vez que ella lo bajó, Jims se volvió y preguntó, muy serio:

«¿Susan, cuando estés muerta, puedo sentarme en la silla?».

A Susan le pareció espantoso y creo que fue allí cuando empezó a preocuparse por los antepasados de Jims. La otra noche llevé a Jims conmigo hasta el almacén. Era la primera vez que salía tan tarde de noche y cuando vio las estrellas, exclamó.

«¡Willa, mira la Luna grande y todas las lunitas!».

Y el miércoles pasado, por la mañana, cuando despertó, mi despertador se había parado porque me olvidé de darle cuerda. Jims saltó de su cuna y corrió hacia mí, espantado.

«¡El reloj se murió, Willa! ¡El reloj se murió!».

Una noche estaba enojado conmigo y con Susan porque no le dimos algo que quería. Dijo sus oraciones muy ofuscado y cuando llegó a la petición «Hazme cada día más bueno —añadió—: Y a Willa y a Susan también, porque son muy malas».

No ando por allí citando los comentarios de Jims a todo el mundo. ¡Siempre me aburrió cuando me lo hacían a mí! Lo único que hago es guardarlos en este viejo diario.

Esta noche, cuando lo acosté, Jims me miró y me preguntó con tono serio:

«¿Por qué ayer no puede volver, Willa?».

Ay, Jims, ¿por qué? Ese hermoso ayer de sueños y risas, cuando los muchachos estaban aquí, cuando Walter y yo leíamos, hablábamos y mirábamos la Luna y los atardeceres juntos en el Valle del Arco Iris. ¡Si pudiera volver! Pero el ayer no vuelve nunca, pequeño Jims… y el hoy está lleno de nubes… y no nos atrevemos a pensar en el mañana.

11 de diciembre de 1917

Hoy llegaron noticias maravillosas. Ayer las tropas británicas capturaron Jerusalén. Izamos la bandera y a Gertrude le volvió la antigua chispa por un instante.

«Después de todo —dijo—, vale la pena vivir en los días que ven logrado el objetivo de las cruzadas. Los fantasmas de los que lucharon en ellas deben haber golpeado los muros de Jerusalén, anoche, con Corazón de León a la cabeza».

Susan también tenía motivos para mostrarse satisfecha. «¡Me alegra tanto poder pronunciar Jerusalén y Hebrón! —exclamó—. Me producen una sensación reconfortante ¡después de Przemysl y Brest, o Litovsk! Bueno, ya echamos a los turcos, y Venecia está a salvo y a Lord Lansdowne no hay que tomarlo en serio; no veo motivos para preocuparse».

¡Jerusalén! ¡La bandera de Inglaterra flota sobre ti… la Medialuna ha desaparecido! ¡Qué bien se hubiera sentido Walter con eso!

18 de diciembre de 1917

Ayer hubo elecciones. Al anochecer, mamá, Susan, Gertrude y yo nos reunimos en la sala a esperar; papá se había ido al pueblo. No teníamos forma de escuchar las noticias, porque la tienda de Carter Flagg no está en nuestra línea y cuando tratábamos de llamar, Central siempre respondía que la línea estaba ocupada, cosa que sin duda es cierta, porque de seguro toda la zona estaba intentando comunicarse con la tienda por los mismos motivos que nosotros.

A eso de las diez, Gertrude fue al teléfono y por casualidad captó a alguien del puerto hablando con Carter Flagg. Gertrude escuchó descaradamente y recibió su castigo: el Gobierno de Unión no había «hecho nada» en el Oeste.

Nos miramos, espantadas. Si el gobierno no había podido triunfar en el Oeste, estaba derrotado.

«Canadá se ha deshonrado a ojos del mundo», dijo Gertrude con amargura.

«Si todos fueran como la familia de Mark Crawford esto no hubiera sucedido —se quejó Susan—. Ellos encerraron al tío en el granero esta mañana y no lo dejaron salir hasta que prometió que votaría la Unión. Eso es lo que llamo persuasión eficaz, mi querida señora».

Gertrude y yo no pudimos descansar luego de eso. Caminamos de un lado a otro hasta que las piernas cedieron y tuvimos que sentarnos por la fuerza. Mamá tejía sin parar como un reloj y fingía estar muy tranquila. Nos engañó a todas hasta el día siguiente, cuando la descubrí destejiendo seis centímetros de media. ¡Había tejido mucho más allá del comienzo del talón!

Papá no volvió hasta las doce. Se quedó en el umbral, nos miró y lo miramos. No nos atrevíamos a preguntarle qué noticias traía. Entonces dijo que era Laurier el que no había «hecho nada» en el Oeste y que el Gobierno de Unión había triunfado por mayoría. Gertrude aplaudió. Yo tuve ganas de llorar y reír, los ojos de mamá brillaron como en los viejos tiempos y Susan emitió un chillido.

«Esto sí que no le va a gustar al Káiser», vaticinó.

Nos fuimos a acostar, pero la emoción era tan grande que no pudimos dormir. En realidad, como dijo Susan solemnemente esta mañana:

«Mi querida señora, creo que la política es demasiado agotadora para las mujeres».

31 de diciembre de 1917

Pasó nuestra cuarta Navidad en guerra. Estamos tratando de juntar valor para enfrentar otro año igual. Alemania ha triunfado durante casi todo el verano. Y ahora dicen que tiene las tropas del frente ruso listas para un Gran Avance en la primavera. A veces pienso que no podemos pasar el invierno esperando eso.

Recibí muchas cartas de Europa esta semana. Shirley está en el frente, ahora, y

escribe con la misma tranquilidad y objetividad con que escribía sobre el fútbol de Queen’s.

Carl escribió que había estado lloviendo durante semanas y que las noches en las trincheras siempre le recuerdan la vez que tuvo que hacer penitencia en el cementerio por escapar del fantasma de Henry Warren. Las cartas de Carl siempre están llenas de bromas y cosas divertidas. Cuenta que hicieron una gran cacería de ratas la noche antes de escribir la carta —había que traspasarlas con la bayoneta— y él ganó. Tiene una rata amaestrada que lo conoce y duerme en su bolsillo por las noches. Las ratas no le molestan a Carl, no es como a otras personas: siempre se llevó bien con los animalitos. Dice que está estudiando las costumbres de la rata de trincheras y que algún día piensa escribir un tratado sobre el tema que lo hará famoso.

La carta de Ken fue muy corta. Todas sus cartas son bastante cortas, ahora, y no pone con *tanta* frecuencia esas frasecitas cariñosas que tanto me gustan. A veces pienso que ya se olvidó de la noche en que vino a despedirse… y luego aparece un renglón o una palabra que me hace pensar que la recuerda y que no la olvidará nunca. Por ejemplo, la carta de hoy no tenía nada que no hubiera podido escribir a cualquier chica, salvo que firmó Tu Kenneth, en lugar de «Kenneth», como hace por lo general. Ahora, el cambio, ¿habrá sido intencional o una distracción? Me voy a pasar la mitad de la noche preguntándomelo. Lo ascendieron a capitán, ahora. Me siento feliz y orgullosa… y sin embargo, capitán Ford suena tan lejano y altanero. Ken y el capitán Ford parecen dos personas diferentes. *Es posible* que esté prácticamente de novia con Ken —la opinión de mamá al respecto es mi apoyo y sostén— ¡pero *no* con el capitán Ford!

Y Jem es teniente, ahora… se ganó el ascenso en el campo. Me mandó una fotografía con el nuevo uniforme. Se lo veía delgado y viejo… *viejo*, mi niño-hermano Jem. No puedo olvidar la cara de mamá cuando se la mostré. «¿Ése… es mi pequeño Jem… el bebé de la Casa de los Sueños?», fue lo único que dijo.

Recibí carta de Faith, también. Está trabajando en el Destacamento de Voluntarias en Inglaterra y escribe con alegría y esperanzas.

Creo que se siente casi feliz: vio a Jem en su última licencia y está tan cerca de él que podría ir a verlo si lo hirieran. Eso significa tanto para ella… ¡Ay, ojalá estuviera con Faith! Pero mi trabajo es quedarme aquí en casa. Sé que Walter no hubiera querido que dejase a mamá y trato de «cumplir» con él aun en los detalles de la vida cotidiana. Walter murió por Canadá… yo debo vivir por él. Es lo que me pidió que hiciera.

28 de enero de 1918

«Voy a anclar mi alma atormentada a la flota británica y a preparar unas galletas», dijo Susan hoy a la prima Sophia, que había llegado con un extraño cuento acerca de un nuevo submarino de máxima potencia lanzado por los alemanes. Pero Susan

últimamente no está de buen humor, debido a las disposiciones culinarias. Su lealtad al Gobierno de Unión está a prueba. Al principio sobrevivió con gallardía: cuando llegó la orden acerca de la harina, Susan comentó alegremente:

«Estoy demasiado vieja para aprender trucos nuevos, pero voy a aprender a hacer pan de guerra si eso ayuda a derrotar a los hunos».

Pero las siguientes sugerencias iban contra su espíritu. De no haber sido por el decreto de papá, creo que le hubiera hecho pito catalán a *Sir* Robert Borden.

«¿Cómo quieren que haga una torta sin manteca ni azúcar, mi querida señora? No puede hacerse… es decir, una torta que sea torta, claro está. Por supuesto, uno puede hacer un mazacote, mi querida señora. ¡Y ni siquiera podemos camuflarlo con un poco de cobertura! Pensar que iba a vivir para ver el día en que un gobierno en Ottawa se metería en mi cocina para imponerme racionamiento».

Susan daría hasta la última gota de sangre por su país y su rey, pero renunciar a sus recetas es asunto mucho más grave.

Recibí cartas de Nan y Di, también… es decir, notas. Están demasiado ocupadas para escribir cartas, se acercan los exámenes. Esta primavera se gradúan en Artes. Es evidente que voy a ser la burra de la familia. Pero nunca tuve ganas de ir a la universidad y ahora tampoco me atrae. Creo que no tengo ambiciones. Hay una *cosa* que realmente quiero ser… y no sé si va a pasar o no. Si no es así, no quiero ser *nada*. Pero no lo escribiré. Está muy bien pensarlo; pero como diría la prima Sophia, no quedaría elegante escribirlo.

Bueno, sí lo voy a escribir. No me voy a dejar asustar por las convenciones ni por la prima Sophia. ¡Quiero ser la esposa de Kenneth Ford! Ya está. Lo escribí.

Acabo de mirarme en el espejo y no me ruboricé. Creo que no soy una damisela delicada.

Hoy fui a ver a Lunes. Está tieso y reumático, pero sigue allí, esperando el tren. Meneó la cola y me miró a los ojos. «¿Cuándo va a volver Jem?», parecía preguntarme. Ay, Lunes, no hay respuesta a esa pregunta; tampoco para la otra pregunta que todos nos hacemos. ¿Qué va a pasar cuando Alemania vuelva a atacar en el frente occidental, buscando el último golpe hacia la victoria?

1º de marzo de 1918

«¿Qué va a traernos la primavera? —preguntó Gertrude hoy—. Le tengo más miedo que a ninguna otra primavera en mi vida. ¿Creen que dejaremos de tener miedo alguna vez? Hace casi cuatro años que nos acostamos con miedo y nos levantamos con miedo. El miedo fue el convidado de piedra en todas las comidas, el compañero no deseado en todas las reuniones».

«Hindenburg dice que va a llegar a París el primero de abril», suspiró la prima Sophia.

«¡Hindenburg! —No hay poder de pluma ni tinta que pueda expresar el desprecio

que infundió Susan al nombre—. ¿Acaso ha olvidado qué día es el primero de abril?».

«Hasta ahora, Hindenburg cumplió siempre», dijo Gertrude con el mismo pesimismo que podría haber empleado la prima Sophia.

«Sí, luchando contra rusos y rumanos —replicó Susan—. Espere a que se encuentre con los ingleses y los franceses, para no mencionar a los yanquis, que van hacia allí a toda velocidad y van a hacerlo bien, estoy segura».

«Dijiste lo mismo antes de Mons, Susan», le recordé.

«Hindenburg dice que sacrificará un millón de vidas para quebrar el frente aliado —prosiguió Gertrude—. A ese precio, *tiene* que comprar algunos éxitos. ¿Cómo vamos a aguantar aunque pierda al final? Estos últimos dos meses de estar agazapados esperando el golpe me parecieron más largos que todo el resto de la guerra. Ojalá no existieran las tres de la mañana. Es a esa hora que veo a Hindenburg en París y a Alemania triunfante. No me pasa en todo el resto del día; sólo a esa maldita hora».

Susan adoptó una expresión reprobadora al oír el adjetivo de Gertrude, pero no dijo nada.

«Me gustaría que fuera posible tomar una poción mágica y dormir durante los próximos tres meses… luego despertar y ver que Armagedón ha pasado», suspiró mamá casi con impaciencia.

No es frecuente que mamá tenga ese tipo de deseos… o al menos que sienta la necesidad de expresarlo en palabras. Mamá cambió mucho desde aquel terrible día de septiembre cuando nos enteramos de que Walter no regresaría; pero siempre fue valerosa y paciente. Ahora parecería que hasta ella ha llegado al límite de la tolerancia.

Susan se le acercó y le palmeó el hombro.

«No tenga miedo ni pierda la esperanza, mi querida señora —le dijo con suavidad —. Anoche yo también me sentí un poco así; me levanté de la cama, encendí la luz y leí la Biblia. ¿Y cuál cree que fue el primer versículo sobre el que se posaron mis ojos? "Lucharán contra ti, pero no vencerán, porque Yo estoy contigo, dice el Señor, para salvarte". No tengo el don de los sueños, como la señorita Oliver pero supe en ese mismo momento, mi querida señora, que era algo significativo y que Hindenburg no va a entrar en París. Así que no leí más, volví a la cama y no me desperté a las tres ni a ninguna otra hora».

Repito las palabras que leyó Susan una y otra vez para mis adentros. El Señor está con nosotros… como también los espíritus de todos los hombres justos y hasta las legiones y las armas que Alemania está mandando al frente tienen que ceder ante semejante barrera. Así me siento en algunos buenos momentos; pero en otros, como Gertrude, me parece que no *puedo* seguir aguantando esta calma espantosa y amenazadora, la calma antes de la tormenta.

23 de marzo de 1918

¡Empezó el Armagedón! ¡La última gran lucha! ¿Será así realmente, me pregunto? Ayer fui hasta el correo a buscar la correspondencia. Era un día sombrío, amargo. No había nieve, pero la tierra estaba helada, gris, sin vida, y soplaba un viento cortante. Todo el paisaje del valle estaba feo y triste.

Entonces vi el periódico con los grandes titulares negros. Alemania atacó el 21. Alega haber tomado gran cantidad de armas y prisioneros. El general Haig informa que «prosiguen las cruentas luchas». No me gusta cómo suena esa última expresión.

Ninguna de nosotras puede hacer nada que necesite concentración, así que todas tejemos furiosamente porque eso se puede hacer en forma mecánica. Por lo menos, la terrible espera terminó. Llegó el golpe… ¡pero no van a vencernos!

Ay, ¿qué estará pasando esta noche en el frente occidental mientras escribo estas líneas, sentada aquí en mi habitación con el diario delante de mí? Jims duerme en la cuna y el viento gime contra las ventanas; sobre mi escritorio cuelga el retrato de Walter, que me mira con sus ojos, profundos y hermosos; la Mona Lisa que me regaló la última Navidad que estuvo en casa está a un lado de su retrato y al otro, una copia enmarcada de *El Gaitero*. Me parece que oigo la voz de Walter recitando ese poemita en el que puso su alma y que por lo tanto, vivirá para siempre, inmortalizando el nombre de Walter en el futuro de nuestra tierra. Siento que mi interior está calmo, sereno, «en casa». Siento a Walter muy cerca… si pudiera correr el fino velo que cuelga entre los dos, lo *vería*, como él vio al Gaitero la noche antes de Courcelette.

¿Y allí, en Francia, esta noche… *resiste la línea*?

28. Un domingo negro

Hubo una semana en marzo del año 1918 que fue capaz de reunir tanta agonía humana como ninguna otra en toda la historia del mundo. Y dentro de esa semana hubo un día en el que pareció que la humanidad entera estaba clavada en una cruz; en ese día el planeta entero debe de haber estado a punto de sufrir una convulsión universal, los corazones de toda la humanidad a punto de fallar de temor.

En Ingleside amaneció calmo, frío y gris. La señora Blythe, Rilla y la señorita Oliver se habían preparado para ir a la iglesia en un suspenso atemperado por la esperanza y la fe. El doctor estaba de viaje, lo habían convocado a la casa de los Marwood en Upper Glen porque una esposa de guerra estaba tratando de darle una vida y no una muerte a este mundo. Susan comunicó que se quedaría en casa toda la mañana, decisión bastante extraña de su parte.

—Es que hoy preferiría no ir a la iglesia, querida señora —explicó—. Si llegara a ver a Patillas-en-la-Luna con esa mirada satisfecha y feliz que pone cuando piensa que los hunos están ganando, podría perder la paciencia y el sentido del decoro y terminar tirándole la Biblia por la cabeza, cosa que me pondría en una situación desgraciada a mí y a todo el santo edificio. No, querida señora, me quedaré aquí a rezar con todas mis fuerzas.

—Creo que yo también hubiera preferido quedarme en casa, no sé si me alcanza con lo bueno que la iglesia pueda proporcionarme hoy —confesó la señorita Oliver a Rilla mientras iban por el camino rojizo y escarchado que conducía a la iglesia—. No hago otra cosa que preguntarme si la línea sigue resistiendo.

—El próximo domingo es Pascua —dijo Rilla—. ¿Eso será un presagio de vida o de muerte para nuestra causa?

Esa mañana el señor Meredith leyó del texto: «Aquel que soporte hasta el final se salvará». Sus palabras despertaron fe y esperanza en todos. Rilla, mirando el cuadro en memoria de los caídos que veía desde su reclinatorio, se consagró a la memoria de Walter Cuthbert Blythe, y se sintió elevada por encima de sus miedos, se sintió imbuida de nuevas fuerzas. Walter no podía haber entregado su vida en vano. Su don había sido el de la visión profética, él había previsto la victoria. Ella se aferraría a esta creencia… la línea resistiría.

Renovada, Rilla volvió de la iglesia casi con alegría. Los demás también volvían esperanzados a Ingleside. No había nadie en la sala, excepto Jims, que se había quedado dormido en el sofá y Doc, sosegado en siniestro reposo, estaba echado en la alfombra junto al hogar con una expresión que tendía, más bien, a Hyde.

No había nadie en el comedor tampoco y lo más extraño de todo era que no había cena y la mesa ni siquiera estaba puesta. ¿Dónde estaba Susan?

La señora Blythe exclamó, preocupada:

—¿Se habrá enfermado? Me pareció extraño que no hubiese querido ir a la iglesia esta mañana.

La puerta de la cocina se abrió y apareció Susan en el umbral con una expresión tan terrorífica en la cara que la señora Blythe dio un grito de pánico.

—Susan, ¿qué pasó?

—Quebraron la defensa británica y París está cayendo bajo las armas de Alemania.

Las tres mujeres se miraron, aturdidas.

—No, no es verdad… no *puede* ser —gritó Rilla.

—Sería… ridículo —dijo Gertrude Oliver y luego soltó una horrible carcajada.

—Susan, ¿quién te dijo eso?, ¿de dónde sacaste la noticia? —preguntó la señora Blythe.

—Lo supe por un llamado de larga distancia desde Charlottetown hace una hora —respondió Susan—. La noticia les llegó anoche. El que llamó fue el doctor Holand y dijo que era una triste realidad. Desde ese momento no pude hacer nada, querida señora, lamento muchísimo que no esté servida la cena. Es la primera vez que soy tan descuidada. Si tienen un poquito de paciencia, muy pronto habrá algo de comer. Pero creo que se me quemaron las papas.

—¿Cenar? Nadie tiene ganas de cenar, Susan —replicó la señora Blythe—. Ay, esto es increíble… tiene que ser una pesadilla.

—Perdimos París… perdimos Francia… perdimos la guerra —susurró Rilla, confundida entre las últimas ruinas de su esperanza, su confianza y su fe.

—Ay, Dios… ay, Dios… —se lamentaba Gertrude Oliver mientras caminaba por la habitación retorciéndose las manos—. ¡Ay, Dios!

Nada más… ninguna otra palabra… nada más que una única plegaria vieja como el tiempo… el llanto de la agonía suprema, de la súplica suprema, el llanto que proviene del corazón del ser humano cuando ve que ha perdido todo tipo de sostén humanamente posible.

—¿Dios murió? —preguntó una vocecita asustada desde el pasillo que daba al living. Jims estaba allí, con el rostro enrojecido de sueño y los ojitos oscuros llenos de temor—. Ay, Willa, Willa… ¿se murió Dios?

La señorita Oliver dejó de caminar y de exclamar y se detuvo frente a Jims, que tenía los ojos llenos de lágrimas de angustia. Rilla corrió a calmarlo. Susan se incorporó rápidamente del sillón donde se había dejado caer.

—No —dijo llena de energía, recuperando su verdadera forma de ser—. Dios no está muerto… y Lloyd George tampoco. Nos estábamos olvidando de eso, querida señora. No llores, pequeño Kitchener. Las cosas podrían estar mucho peor. La defensa británica cedió pero no la marina. Concentrémonos en eso. Ya estoy mejor, voy a preparar un bocado para todos, porque hay que recuperar fuerzas.

Todos fingieron comer el «bocado» de Susan, nadie en Ingleside pudo olvidar esa tarde negra. Gertrude Oliver no hacía más que caminar, todos caminaban menos Susan, que se puso a tejer sus zoquetes grises para la guerra.

—Querida señora, finalmente me veo *obligada* a tejer en domingo. Jamás se me

había pasado por la cabeza, porque sea como fuere, lo consideraba una violación del Tercer Mandamiento. Pero sea pecado o no, hoy tengo que tejer porque si no tejo me vuelvo loca.

—Teje si puedes, Susan —respondió la señora Blythe nerviosa—. Si yo pudiera tejer… lo haría… pero no puedo.

—Si pudiéramos conseguir más información —se quejó Rilla—. Debe de haber algo que nos dé esperanza… si supiéramos todo.

—Sabemos que los alemanes están bombardeando París —dijo la señorita Oliver con amargura—. En tal caso deben de haber arrasado con todo y ya deben de estar en las mismas puertas de la ciudad. No, perdimos… hagamos frente a los hechos como otros pueblos en otros tiempos. Muchas naciones sufrieron derrotas con la razón de su lado y buenos soldados y luchadores…

—Yo no pienso darme por vencida de esa manera —gritó Rilla, recuperando el color—. No me voy a desesperar. Aunque Alemania arrase con toda Francia, todavía no nos conquista. Me da vergüenza haber tenido esta hora de desesperación. No va a volver a pasar, no pienso volverme a *desplomar*. Voy a llamar al pueblo de inmediato para pedir más detalles.

Pero era imposible comunicarse con el pueblo. La operadora de larga distancia estaba atiborrada de llamados similares provenientes de todas partes. El país estaba aturdido y se comunicaba. Rilla se dio por vencida y se escapó al Valle del Arco Iris. Se arrodilló sobre el pasto marchito y gris en el rincón donde ella y Walter se habían reunido a charlar por última vez, con la cabeza reclinada sobre el tronco lleno de musgo de un árbol caído. El Sol apareció por entre las oscuras nubes y el valle se llenó de un pálido esplendor dorado. Las campanas de los Amantes del Árbol brillaban mágicamente a intervalos en el viento impetuoso de marzo.

—Dios, dame fuerza —susurró Rilla—. Sólo fuerza… y coraje.

Luego, juntó las manos como Jims y dijo:

—Por favor, haz que mañana vengan mejores noticias. Estuvo arrodillada así largo rato y cuando volvió a Ingleside estaba más calma, más resuelta. El doctor había vuelto a casa, cansado pero triunfante, porque el pequeño Douglas Haig Marwood había logrado llegar a tiempo a la vida. Gertrude seguía deambulando sin descanso pero la señora Blythe y Susan ya habían reaccionado. Susan estaba planeando una nueva estrategia para la defensa en los puertos del canal.

—Escuché en lo de Marwood que habían roto la línea defensiva —dijo el doctor —. Pero esa historia de que los alemanes estén bombardeando París es un poco increíble. Aunque hayan superado la línea, hay cincuenta millas desde el punto más cercano hasta París. ¿Cómo podrían acercar la artillería lo suficiente como para atacar en tan poco tiempo? Créanme, señoras, parte de la noticia es falsa.

Este punto de vista animó un poco a las mujeres y les permitió sobrellevar mejor la tarde. Y a las nueve en punto recibieron un llamado de larga distancia que las ayudó a pasar mejor la noche.

—La defensa fue superada sólo en parte, cerca de San Quintín —dijo el doctor mientras colgaba el receptor—, y las tropas británicas se están retirando en orden. Eso no está tan mal. En cuanto a los bombardeos a París, vienen de una distancia de setenta millas… de un arma sorprendente que acaban de inventar los alemanes y que acompaña a las tropas ofensivas. Éstas son todas las noticias hasta la fecha y el doctor Holland dice que son confiables.

—Ayer nos hubiesen parecido espantosas —dijo Gertrude—, pero si lo comparamos con lo que escuchamos esta mañana parecen buenas. De todas maneras —continuó, tratando de sonreír—, me parece que no voy a poder dormir mucho esta noche.

—Hay algo por lo que hay que estar agradecidas en todo caso, querida señorita Oliver —dijo Susan—, y es que la prima Sophia no haya venido por aquí hoy. Realmente no hubiera sido capaz de soportarla, encima de todo lo demás.

29. Heridos y desaparecidos

«GOLPEADOS PERO NO ABATIDOS», decía la primera plana del periódico del lunes y Susan se lo repetía a sí misma una y mil veces mientras hacía su trabajo. El hueco ocasionado por el desastre de San Quintín fue rellenado a tiempo pero la línea aliada iba saliendo inexorablemente del territorio que habían conseguido en 1917 a costa de medio millón de vidas. El miércoles la primera plana decía: «INGLATERRA Y FRANCIA CONTIENEN A LOS ALEMANES»; pero la retirada continuaba. Atrás… y atrás y ¡atrás! ¿Cuándo terminaría? ¿Volverían a romper la defensa otra vez…? ¿Sería esta vez la catástrofe definitiva?

El sábado, los diarios decían: «BERLÍN ADMITE QUE SU OFENSIVA HA SIDO CONTENIDA» y por primera vez los habitantes de Ingleside se animaron a dar un largo suspiro.

—Bueno, ya pasamos una semana… ahora esperemos la próxima —dijo Susan decidida.

—Me siento como un prisionero al que le acaban de detener el potro de tortura —dijo la señorita Oliver a Rilla, cuando iban para la iglesia el domingo de Pascua—. Pero todavía no me bajaron. La tortura puede volver a comenzar de un momento a otro.

—El domingo pasado dudé de Dios —dijo Rilla—, pero no me pasa lo mismo hoy. El *Mal* no puede ganar. El espíritu está de nuestro lado e inevitablemente sobrevivirá a la carne.

Pero su fe estuvo a prueba varias veces más durante la oscura primavera que sobrevino. Armagedón no fue, como habían deseado, una cosa de días. Se estiró durante semanas y meses. Una y otra vez Hindenburg asestó sus golpes duros y salvajes, sin éxito, pero alarmantes. Una y otra vez los expertos militares consideraron que la situación era extremadamente peligrosa. Una y otra vez la prima Sophia estuvo en completo acuerdo con los expertos militares.

—Si los aliados se retiran tres millas más, la guerra está perdida —se lamentaba.

—¿Te acuerdas de que la Armada británica está anclada en esas tres millas? —preguntaba Susan con desdén.

—Yo opino que los alemanes estarán en París en poco tiempo y te digo más, Susan Baker, en Canadá también.

—Aquí no van a venir. Los hunos nunca van a poner ni un pie en la Isla Príncipe Eduardo, no mientras yo esté viva para empuñar una horqueta —declaró Susan, con una mirada que la hacía parecer capaz de enfrentar ella sola a todo el ejército alemán—. No, Sophia Crawford, a decir verdad estoy harta de tus sombrías predicciones. No niego que se hayan cometido algunos errores. Los alemanes nunca habrían vuelto a Passchendaele si los canadienses se hubieran quedado allí; y fue una mala maniobra confiar en los portugueses en el río Lys. Pero no hay razón alguna para que tú o

cualquier otra anden por ahí proclamando que la guerra está perdida. No quiero discutir contigo, y menos en un momento como éste, pero tenemos que mantener la moral bien alta. Así que voy a pensar en voz alta de una vez por todas para decirte que si sigues con tu cacareo, me va a gustar mucho más tu ausencia que tu compañía.

La prima Sophia se fue a su casa llena de inquina a digerir semejante afrenta, y no apareció por la cocina de Susan durante varias semanas. Quizá fue mejor, porque fueron semanas arduas: los alemanes seguían atacando y siempre eran puntos vitales los que caían en sus manos. Hasta que un día de mayo, cuando el viento y el sol retozaban en el Valle del Arco Iris y el bosque de arces estaba verde y brillante y el puerto, azul, salpicado de manchas blancas, llegaron noticias de Jem.

Habían atacado una trinchera en el frente canadiense… una incursión tan pequeña que ni siquiera había aparecido en los despachos y cuando terminó se informó que el teniente James Blythe figuraba como «herido y desaparecido».

—Creo que eso es peor que si nos hubiesen informado de su muerte —se lamentó Rilla, con los labios más blancos que nunca.

—No, no. «Desaparecido» deja abierta una esperanza, Rilla —exhortó Gertrude Oliver.

—Sí… una esperanza que te tortura, te desangra y no te permite resignarte de una vez a lo peor —dijo Rilla—. ¿Ay, señorita Oliver, estaremos semanas y meses sin saber si Jem está vivo o muerto? Quizá nunca nos enteraremos. No… no *puedo* soportarlo… *no puedo*. Walter… y ahora Jem. Mi madre se va a morir con esto… mire su cara, señorita Oliver, y se dará cuenta. Y Faith… pobre Faith… ¿Cómo va a aguantar la noticia?

Gertrude tembló de dolor. Y luego dijo suavemente:

—No, esto no va a matar a tu madre. Su templanza está hecha para mucho más. Por otra parte, ella se niega a aceptar que Jem murió, se aferra a la esperanza y todos tenemos que hacer lo mismo. Faith también lo hará.

—Yo no puedo —gimió Rilla—. Jem está herido. ¿Qué posibilidad puede tener? Si los alemanes lo encuentran… ya sabemos cómo tratan a los prisioneros. Ojalá *pudiera* tener esperanza, señorita Oliver… eso me ayudaría, supongo. Pero siento como si la esperanza hubiese muerto dentro de mí. No hay esperanza sin *razón*, y no hay razón alguna.

Cuando la señorita Oliver se retiró a su habitación y Rilla se quedó acostada en su cama a la luz de la Luna, rezando desesperadamente por un poco de fuerza, apareció Susan como una sombra y se sentó junto a ella.

—Rilla, querida, no te preocupes, el pequeño Jem no está muerto.

—¿Cómo puedes creer eso, Susan?

—No lo creo. Lo sé. Escúchame. Cuando recibimos la noticia, lo primero que vino a mi mente fue Lunes. Y esta noche, apenas terminé de lavar los platos de la cena y de hacer el pan, me fui derechito a la estación. Ahí estaba Lunes, esperando el tren, tan paciente como de costumbre.

»Mira, Rilla querida, el ataque a la trinchera fue hace cuatro días, el lunes pasado, y le pregunté al agente de la estación: «¿Podría decirme si este perro aulló o hizo algún tipo de revuelo el lunes pasado?». El señor lo pensó un poco y luego dijo: «No, no hizo nada». Y yo le dije: «¿Está seguro? De lo que usted diga dependen muchas cosas». Y él me contestó: «Completamente seguro. El lunes pasado estuve despierto toda la noche porque mi mula estaba enferma y el perro no hizo un solo ruido. Lo hubiera oído porque la puerta del establo estaba abierta y su guarida está justo enfrente». Te juro, Rilla querida, éstas fueron las palabras del hombre. Y tú te acuerdas bien cuánto aulló ese perro la noche de la batalla de Courcelette. Y eso que no amaba a Walter tanto como ama a Jem. Si gimió de esa forma por Walter, ¿no te parece raro que haya dormido profundamente la noche en que mataron a Jem? No, Rilla querida, el pequeño Jem no está muerto, te apuesto lo que quieras. Lunes lo hubiera sabido, como antes, y no seguiría esperando el tren.

Absurdo… irracional… imposible. Pero Rilla creyó, así de simple. La señora Blythe también creyó y el doctor, aunque sonrió simulando una burla, sintió que una extraña confianza reemplazaba su desesperación. Y por más absurdo o tonto que pareciera, todos recobraron el ánimo para seguir adelante; sólo porque un perrito fiel estaba en la estación de Glen esperando con fe inquebrantable que su amo volviera a casa.

30. La marea cambia

Susan se sintió apenada al ver cómo habían arado el hermoso césped de Ingleside para plantar papas en primavera. Pero no dijo una palabra a pesar de que tuvo que sacrificar su cantero de peonías. Sin embargo, cuando el gobierno dispuso adelantar la hora para aprovechar mejor la luz solar, Susan se opuso. Existía un Poder Mayor que el Gobierno de la Unión al que Susan debía obediencia.

—¿A usted le parece correcto inmiscuirse en la organización del Todopoderoso? —demandó indignada, dirigiéndose al doctor.

El doctor, con bastante indiferencia, le respondió que se debía respetar la ley y que había que adelantar los relojes. Pero el doctor no ejercía ningún poder sobre el pequeño reloj despertador de Susan.

—Éste lo compré yo con mi dinero, querido doctor —dijo seria—, así que va a seguir marcando la hora de Dios y no la de Borden.

Susan se levantaba y se iba a dormir de acuerdo con la «hora del Señor» y regulaba sus salidas y entradas según la misma. Las comidas las servía, protesta mediante, según la hora de Borden y del mismo modo iba a la iglesia, cosa que le parecía el colmo de los agravios. Pero rezaba y alimentaba a las gallinas según su reloj, de manera que siempre miraba al doctor con un brillo de triunfo furtivo en sus ojos. Por lo menos en algo lo había vencido.

—Patillas-en-la-Luna está encantado con esto del cambio de horario —le contó una vez—. Y claro, ¿cómo no?, si fueron los alemanes los que inventaron el sistema. Oí que estuvo a punto de perder toda su cosecha de trigo. Las vacas de Warren Mead entraron en su campo la semana pasada… el mismo día en que los alemanes capturaron el Chemangde-dam, cosa que puede haber sido una coincidencia o no, e hicieron estragos; hasta que la señora Clow las vio desde la ventana de su altillo. Al principio pensó no avisarle a Pryor. Me contó que lo único que sintió fue una satisfacción maligna cuando vio a esas vacas pastoreando en el trigo. Pensó que era lo que Pryor se merecía. Pero después pensó que esa cosecha de trigo era importante y que «Ahorrar y servir» significaba que esas vacas tenían que desaparecer de ahí lo más pronto posible. Así que llamó a Patillas para avisarle. El único agradecimiento que recibió fue unas extrañas palabras que él le dijo directamente. No está preparada para afirmar si fueron maldiciones porque no se puede asegurar lo que se oye por el teléfono; pero tiene su opinión y yo también; no lo voy a decir porque veo que ahí viene el señor Meredith y es pariente de Patillas, así que hay que ser discretos.

—¿Están buscando la estrella nueva? —preguntó Meredith a la señorita Oliver y a Rilla, que estaban en medio de las papas florecientes, mirando el cielo.

—Sí, y ya la encontramos… ¿ve? Está justo sobre la punta del pino más alto.

—Es maravilloso poder ver algo que pasó hace tres mil años. ¿No es cierto? —dijo Rilla—. Los astrónomos dicen que fue en ese entonces cuando se produjo la explosión que originó esta nueva estrella.

—Pero ni siquiera eso, si lo ponemos en la perspectiva correcta, puede hacerme olvidar que los alemanes están a un paso de París —dijo Gertrude, nerviosa.

—Creo que me hubiera gustado ser astrónomo —dijo el señor Meredith, contemplando las estrellas.

—Seguramente hay un extraño placer en mirar el cielo —coincidió la señorita Oliver—, un placer *no terrenal* en más de un sentido. Me hubiese gustado tener amigos astrónomos.

—Es lindo hablar de las legiones celestes —rió Rilla.

—Me pregunto si a los astrónomos les interesan las cosas que pasan en la Tierra —dijo el doctor—. Quizás a los que están estudiando los canales de Marte les parezcan insignificantes unos pocos metros de trincheras perdidas en el frente occidental.

—Leí en alguna parte —dijo el señor Meredith— que Ernest Renan escribió uno de sus libros durante el sitio de París en 1870 y que «disfrutó mucho al escribirlo». Supongo que uno debería llamarlo filósofo.

—Y yo leí —agregó la señorita Oliver— que antes de morir dijo que lo único que lamentaba era morir sin saber lo que «ese hombre tan interesante, el Emperador alemán, haría de su vida». Si Ernest Renan viviera para ver lo que ese hombre tan interesante le hizo a su amada Francia, sin nombrar al mundo restante, me pregunto si su indiferencia sería la misma que en 1870.

«Me pregunto dónde estará Jem esta noche», pensó Rilla en un súbito acceso amargo de recuerdos.

Ya había pasado un mes desde las noticias sobre Jem. No se había sabido nada más, a pesar de los esfuerzos. Llegaron dos o tres cartas, escritas antes del asalto a la trinchera y desde entonces sólo un silencio profundo. Ahora los alemanes estaban de nuevo en El Marne, presionando cada vez más cerca de París, y los rumores decían que venía otra ofensiva austríaca contra la línea del Piave. Rilla sacó la vista de la estrella, descorazonada. Era uno de esos momentos en que la fe y el coraje se le escapaban… esos momentos en que le parecía imposible continuar un día más. Si por lo menos tuvieran *alguna* noticia sobre Jem… es imposible soportar lo que *no se sabe*. Estar sitiado por el miedo, la duda y el suspenso es algo que se hace muy difícil de soportar para nuestro espíritu. Estaba claro que si Jem hubiera estado vivo, habría llegado alguna noticia. *Tiene* que estar muerto. Pero lo peor era que… nunca… nunca lo sabrían, nunca estarían completamente seguros. Y Lunes esperaría ese tren hasta morir de viejo. Lunes era sólo un pobre perrito reumático, que no sabía mucho más que ellos sobre la suerte corrida por su amo.

Rilla tuvo una «noche blanca» y no se durmió hasta muy tarde. Al despertar vio que Gertrude Oliver estaba inclinada sobre la ventana buscando un encuentro con el misterio plateado del amanecer. Su perfil, sagaz, llamativo, enmarcado por el pelo negro y voluminoso, se destacaba con claridad contra el dorado pálido del cielo oriental. Rilla recordó que Jem admiraba las líneas de las cejas y el mentón de la

señorita Oliver y sintió un escalofrío. Las cosas que le recordaban a Jem le hacían sentir un dolor intolerable. La muerte de Walter le había dejado una herida profunda en el corazón. Pero había sido una herida limpia y, como todas, se había curado lentamente, dejando una cicatriz para siempre. La tortura de la desaparición de Jem era algo diferente, era una herida envenenada, y no cicatrizaba. Ese alternar constante entre esperanza y desilusión, la espera diaria de una carta que nunca llega, y que quizá nunca llegará, el informe en los diarios sobre el maltrato que recibían los prisioneros, la incertidumbre amarga sobre el tipo de herida que había sufrido Jem, eran todas cosas muy difíciles de soportar.

Gertrude Oliver se volvió. Tenía un raro brillo en los ojos:

—Rilla, tuve otro sueño.

—Ay, no, no —exclamó Rilla; los sueños de la señorita Oliver siempre presagiaban algún desastre.

—Pero éste fue buen sueño, Rilla. Escucha: Soñé lo mismo una vez hace cuatro años, que estaba de pie en los escalones del pórtico y miraba hacia el valle. Todavía seguía cubierto por las olas que llegaban hasta mis pies. Pero mientras miraba, las olas se iban retirando, tan rápido como llegaban hace cuatro años, se iban para atrás… se retiraban más y más hasta llegar al golfo; y tuve frente a mí un valle hermoso y brillante, con un arco iris desplegándose sobre el Valle del Arco Iris… un arco iris de colores tan espléndidos que me mareaba… y me desperté. Rilla, Rilla Blythe… cambió la marea, estoy segura.

—Ojalá pudiera creerlo —suspiró Rilla. Entonces Gertrude recitó con alegría: «Mis profecías tristes fueron realidad. Creed en ellas cuando auguran felicidad».

Y continuó:

—Te aseguro que no tengo dudas.

Y sin embargo a pesar de la gran victoria italiana en el Piave, Rilla tuvo dudas durante todo el mes siguiente, un mes durísimo, y cuando a mediados de julio los alemanes cruzaron el Marne, otra vez la envolvió la desesperación.

Hasta que llegó el día: al igual que en 1914, la marea en el Marne cambió. Las tropas francesas y norteamericanas asestaron un golpe durísimo a un flanco expuesto del enemigo, y con una rapidez digna de un sueño el curso de la guerra cambió.

—Los aliados tuvieron dos victorias tremendas —dijo el doctor el 20 de julio.

—Es el principio del fin… lo siento… lo siento —declaró la señora Blythe.

—Gracias a Dios —acotó Susan juntando sus manos temblorosas. Luego agregó, por lo bajo—: Pero eso no va a devolvernos a los muchachos que se fueron.

Pero fue afuera e izó la bandera por primera vez desde la caída de Jerusalén. Al verla flamear gallarda en el viento, Susan levantó la mano y la saludó, como había visto hacer a Shirley:

—Todos dimos algo para que puedas seguir flameando. Cuatrocientos mil muchachos partieron al extranjero… cincuenta mil de ellos murieron. ¡Pero vales la pena!

El viento le agitaba el pelo gris sobre la cara, el delantal que la cubría de pies a cabeza tenía un diseño más bien económico y para nada sentador; pero la figura de Susan era imponente en ese momento. Era una de las tantas mujeres —valientes, infatigables, heroicas, pacientes— que habían hecho posible la victoria. En ella, todos saludaban al símbolo por el cual habían peleado sus seres queridos. Algo de esto pasó por la mente del doctor al verla desde la puerta.

—Susan —le dijo cuando ella volvió adentro—, estuviste genial, desde el principio.

31. La señora Matilda Pitman

Cuando el tren se detuvo en el desvío de Millward, Rilla y Jims estaban parados sobre la plataforma trasera del vagón. La tarde de agosto era calurosa y pesada y los vagones iban tan llenos que no se podía respirar. Nadie sabía por qué los trenes tenían que parar en el desvío de Millward. No se sabía de nadie que hubiera subido o bajado del tren en ese lugar. La casa más cercana estaba a ocho kilómetros y lo único que rodeaba la estación eran arándanos silvestres y coníferos achaparrados.

Rilla iba hacia Charlottetown a pasar la noche con una amiga y al día siguiente de compras para la Cruz Roja. Se había llevado consigo a Jims, en parte porque no quería molestar a Susan ni a su madre y en parte porque íntimamente deseaba tenerlo todo para ella antes de que se diera la posibilidad de tener que entregarlo para siempre. Jim Anderson le había escrito no hacía mucho. Estaba herido en el hospital y no tenía posibilidad de volver al frente y apenas pudiera iría en busca de Jims.

A Rilla le dolía esa situación y, al mismo tiempo la preocupaba. Ella amaba a Jims profundamente. Iba a sufrir mucho cuando tuviera que entregarlo; ahora, si Jim Anderson fuese una persona totalmente diferente, con un hogar adecuado para él, la cosa no sería tan fea. Pero entregar a Jims a un padre errante, vagabundo e irresponsable, a pesar de lo grande y bueno que pudiera ser su corazón —y sabía que Jim Anderson *tenía* un corazón así—, era un proyecto amargo para Rilla.

Ni siquiera había probabilidades de que Anderson se quedara en Glen; ya no tenía lazos que lo retuvieran, hasta podría regresar a Inglaterra.

Quizá no volvería a ver a su querido y adorable Jims, a quien había criado con tanto esmero. ¿Y cuál sería el destino del niño con semejante padre? Rilla tenía intenciones de rogarle que dejara a Jims con ella pero, después de haber leído la carta de Anderson, no tenía esperanzas de que aceptara.

«Si se quedara en el Glen y yo pudiera tenerlo cerca y verlo de vez en cuando, no me sentiría tan mal —reflexionaba—. Pero estoy segura de que se va… Y Jims no va a tener ni una oportunidad. Es un chico tan brillante… tiene ambiciones, que no sé de quién las heredó… y no es perezoso. Pero su padre nunca va a tener un centavo para darle educación, para ayudarlo en la vida. Jims, mi pequeño bebé de guerra, ¿qué va a ser de ti?».

Jims no tenía ninguna preocupación por su futuro. Miraba divertido las payasadas de una ardilla que jugaba en el techo de la pequeña parada. Cuando el tren arrancó, Jims se estiró para darle una última mirada a Chipy, soltándose de la mano de Rilla. Y ella estaba tan enfrascada pensando qué sería de Jims en el futuro que se olvidó de ver qué era lo que le estaba sucediendo en el presente. Lo que pasó fue que Jims perdió el equilibrio, salió cabeza abajo por los escalones, se precipitó por la plataforma y aterrizó sobre un montón de helechos del otro lado.

Rilla gritó y perdió el control. De un salto pasó los escalones y se bajó del tren.

Afortunadamente, el tren iba a una velocidad bastante baja; por suerte también,

Rilla reaccionó como para correr en el sentido en que iba la máquina; pero de todos modos, se cayó y resbaló despatarrada por el terraplén para terminar en un pozo lleno de plumerillos y chamico.

Nadie había visto la escena y el tren desapareció rápidamente en la curva. Rilla se incorporó, mareada pero ilesa, logró salir del pozo y voló desesperada por la plataforma, esperando encontrar a Jims hecho pedazos. Pero el niño parecía bastante bien, excepto por algunos moretones y el susto.

Estaba tan asustado que ni siquiera lloraba, pero Rilla, cuando lo vio sano y salvo, se puso a llorar desconsolada, con mucho ruido.

—Tden muy malo —dijo Jims, disgustado—, y Dios muy malo —agregó desafiando al cielo.

Rilla soltó una carcajada en medio de sus sollozos, y el resultado fue algo que su padre hubiera llamado histeria. Pero Rilla trató de recuperarse antes de que el ataque la dominara.

—Rilla Blythe, estoy avergonzada de ti. Un poco de corrección, por favor y Jims, no vuelvas a decir cosas así.

—Dios me tidó del tden —declaró Jims desafiante—. Alguien me tidó, tú *No* me tidaste, así que fue Dios.

—No, no fue Él. Fuiste tú que te soltaste de mi mano y te inclinaste demasiado. Te advertí que no lo hicieras. Así que fue culpa tuya.

Jims la miró para ver si en realidad estaba convencida de lo que decía y después volvió a mirar al cielo.

—Entonces perdóname, Dios —agregó con firmeza.

Rilla también miró el cielo, y no le gustó su aspecto: una gran nube de tormenta venía por el nordeste. ¿Qué podía hacer? Ya no había más trenes esa noche porque el especial de las nueve sólo pasaba los sábados. ¿Serían capaces de llegar a la casa de Hannah Brewster, a tres o cuatro kilómetros de allí, antes de que se largara la tormenta? Rilla sabía que si hubiera estado sola podría haberlo hecho con facilidad pero con Jims la cosa era diferente. ¿Aguantarían sus piernitas?

—Tendremos que probar —dijo Rilla, desesperada—. Podríamos quedarnos en el refugio hasta que pasara la tormenta, pero podría llover toda la noche, y además va a estar tan oscuro. Si llegáramos a lo de Hannah, pasaríamos allí la noche.

Hannah Brewster, que antes se llamaba Hannah Crawford, había vivido en el Glen e ido al colegio con Rilla. Habían sido muy buenas amigas aunque Hannah era tres años mayor. Se había casado muy joven y se había ido a vivir a Millward. Y con el trabajo duro y los bebés y un marido con complicaciones, su vida no había sido muy fácil así que no fueron muchas las veces que Hannah visitó Ingleside. Rilla la había visitado poco tiempo después de su boda pero después, durante varios años no la vio ni supo nada sobre ella. Sabía que tanto ella como Jims serían bienvenidos en cualquier casa donde viviera Hannah, la de rostro rosado, corazón abierto y gran generosidad.

Durante los primeros kilómetros la cosa fue bastante bien, pero la segunda parte se puso más difícil. El camino, no demasiado frecuentado, era desparejo y tenía huellas profundas. Jims estaba tan cansado que Rilla tuvo que cargarlo durante el último tramo. Llegó a la casa de los Brewster casi exhausta, y soltó a Jims sobre el camino con un suspiro de alivio. El cielo estaba negro de nubes, las primeras gotas comenzaban a caer y el retumbar de los truenos era cada vez más fuerte. De pronto descubrió algo desagradable. Las persianas estaban cerradas y las puertas con llave. Evidentemente los Brewster no estaban en casa. Rilla corrió al pequeño granero y también estaba cerrado. No veía ningún otro refugio. La casita despojada y blanca no tenía ni siquiera una galería o un porche.

Era casi de noche y ya estaba empezando a desesperarse.

«Voy a entrar aunque tenga que romper una ventana —se dijo con decisión—. Hannah no se va a molestar por eso. Si supiera que estuve en su casa para refugiarme de una gran tormenta y no pude entrar se pondría muy mal».

Por suerte no tuvo necesidad de recurrir a la rotura de vidrios. La ventana de la cocina se subía con bastante facilidad. Rilla levantó a Jims y se introdujo con dificultad justo en el momento en que la tormenta descargaba toda su furia sobre el lugar.

—¡Ay, mira los pedacitos de trueno! —exclamó Jims fascinado al ver el granizo que entraba bailando por la ventana detrás de ellos. Rilla la cerró. Después, se puso a buscar una lámpara y cuando la encontró, cosa que le costó bastante, la encendió enseguida. Se encontraron en una cocina pequeña y muy cómoda. Hacia un lado se veía una sala prolija y bien amueblada, del otro había una despensa que parecía estar bien surtida.

—Me voy a sentir como si estuviera en casa —dijo Rilla—. Sé que eso es exactamente lo que Hannah esperaría de mí. Voy a preparar algo para Jims y para mí y después, si sigue la tormenta y no llega nadie, pienso irme arriba y ocupar la habitación de huéspedes. No hay nada mejor que actuar con cordura en una situación de emergencia. Si no me hubiera comportado como una gansa cuando Jims se cayó del tren y en lugar de tirarme, hubiera tratado de que alguien detuviera el tren, no estaría en medio de este embrollo. Ahora que estoy metida en el baile, bailemos lo mejor posible.

»Esta casa —agregó—, está mucho mejor arreglada que cuando la visité antes. Por supuesto que en ese entonces Hannah y Ted recién empezaban. Pero siempre tuve la idea de que Ted no era muy próspero. Es probable que le haya ido mucho mejor de lo que yo suponía. Supongo que sí, si pudieron pagar muebles como éstos. Estoy más que feliz por la suerte de Hannah.

La tormenta y los truenos pasaron pero siguió lloviendo con fuerza. A las once de la noche Rilla llegó a la conclusión de que no vendría nadie. Jims se había quedado dormido en el sofá, así que lo levantó, lo llevó al cuarto de huéspedes y lo acostó. Luego se desvistió, se puso un camisón que encontró colgado en el lavabo y se

deslizó soñolienta entre las sábanas que olían a lavanda. Estaba tan cansada, después de tanta aventura y esfuerzo, que ni siquiera lo raro de la situación pudo mantenerla despierta; en pocos minutos quedó profundamente dormida.

A las ocho de la mañana, Rilla se despertó asustada. Alguien hablaba con voz áspera y desagradable:

—Ey, ustedes, a despertarse. Quiero saber qué significa esto.

Rilla se despertó al instante, en eso no hubo ninguna dificultad. Nunca en toda su vida se había despertado tan completamente como en ese momento. En la habitación había tres personas, una de ellas era un hombre, y los tres eran completos desconocidos para Rilla. El hombre era robusto, con barba blanca y tupida y expresión enojada. A su lado había una mujer alta, delgada, angulosa, de pelo violentamente colorado que llevaba puesto un sombrero indescriptible. Parecía estar mucho más alterada y sorprendida que el hombre, si es que tal cosa era posible. Por detrás se veía a una pequeña viejita que estaría cerca de los ochenta. Era una persona llamativa, a pesar de su pequeñez, usaba un vestido negro monótono, el pelo blanquísimo, la cara pálida como un cadáver y unos ojos chispeantes y renegridos. Parecía tan asombrada como los otros dos, pero Rilla descubrió que no estaba disgustada.

También se dio cuenta de que algo andaba mal, espantosamente mal. Después el hombre dijo, con voz más severa que antes:

—Oigan, ¿quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

Rilla se incorporó y se apoyó en un codo, sintiéndose desesperadamente aturdida y tonta. Escuchó que la señora de negro y blanco se reía para sus adentros.

Rilla pensó: «Esa mujer *tiene* que ser real. No puedo estar soñándola». Después, dijo en voz alta:

—¿No es ésta la casa de Theodore Brewster?

—No —contestó la grandota, que hablaba por primera vez—, este lugar nos pertenece. Se lo compramos a los Brewster en otoño. Se fueron a Greenvale. Nosotros somos de la familia Chapley.

La pobre Rilla se desplomó sobre la almohada, agobiada.

—Entonces, les pido disculpas, pensé que los Brewster vivían aquí. La señora Brewster es amiga mía. Yo soy Rilla Blythe, la hija del doctor Blythe de Glen St. Mary. Yyyooo… iba a la ciudad… con… con… mi… este niñito… y él… se cayó del tren… yo salté detrás y nadie se dio cuenta. Cuando vi que ya no podíamos volver a casa anoche y que venía una tormenta… vinimos hasta aquí… nosotros entramos por… por la ventana y nos acomodamos como si estuviéramos en casa.

—Así parece —dijo la mujer con sarcasmo.

—Una historia creíble —dijo el hombre.

—No nacimos ayer —agregó la mujer.

La señora Blanco y Negro no dijo una palabra, pero mientras los otros dos pronunciaban esas alentadoras palabras, sucumbió a un acceso de risa silenciosa,

meneando la cabeza y golpeando el aire con las manos.

Rilla, irritada por la desagradable actitud de los Chapleys, recuperó la compostura y perdió los estribos. Se sentó en la cama y dijo con su voz más altanera:

—No sé cuándo nacieron ni dónde, pero debe de haber sido un sitio donde se enseñaban modales por demás extraños. Si son tan amables de marcharse de mi habitación, eeh, quiero decir, de esta habitación, para que yo pueda levantarme y vestirme, no abusaré de su hospitalidad —esto dicho con gran sarcasmo— ni un minuto más. Y les pagaré generosamente la comida que consumimos y el alojamiento.

La figura en blanco y negro aplaudió en silencio. Quizás el señor Chapley se amilanó ante el tono de Rilla, o quizá lo tranquilizó la idea del pago; en cualquier caso, habló con más cortesía.

—Bien, me parece justo. Si paga, no hay problema.

—Claro que no va a pagar —declaró la señora Blanco y Negro con voz sorprendentemente clara, resuelta y autoritaria—. Quizá tú no tengas vergüenza, Robert Chapley, pero tienes una suegra que se avergüenza por ti. Ningún desconocido va a pagar alojamiento en una casa donde viva la señora Matilda Pitman. Recuerda que, aunque es cierto que mi condición ha empeorado en la vida, nunca perdí la dignidad. Sabía que eras miserable cuando Amelia se casó contigo y la contagiaste. Pero la señora Matilda Pitman tuvo la sartén por el mango mucho tiempo y seguirá haciéndolo. Escucha bien, Robert Chapley, vete y deja vestirse en paz a esa chica. Y tú, Amelia, baja a prepararle el desayuno.

Rilla no había visto, jamás en su vida, algo que se pareciera a la sumisión con la que esos dos seres corpulentos obedecieron a la diminuta anciana. Bajaron sin una mirada, sin una palabra de protesta. En cuanto la puerta se cerró detrás de ellos, la señora Matilda Pitman rió en silencio, meciéndose de lado a lado.

—¿No es gracioso? —jadeó—. En general los dejo con la cuerda suelta, pero de tanto en tanto tengo que dar un tirón y me gusta hacerlo con fuerza. No se atreven a enfrentarse conmigo porque tengo bastante efectivo y tienen miedo de que no vaya a dejárselo todo a ellos. Cosa que no pienso hacer. Les voy a dejar una parte pero no todo, nada más que para fastidiarlos. Aún no sé a quién le voy a dar el resto pero tengo que decidirme pronto porque a los ochenta años se vive de prestado. Bueno, tómate tu tiempo para vestirte, querida; voy a ver qué hacen esos inútiles. Hermoso niño, ese que tienes allí. ¿Es tu hermano?

—No, es un bebé de guerra. Yo lo cuido porque su madre murió y el padre está en el extranjero —respondió Rilla en voz baja.

—Bebé de guerra. Ajá. Bueno, será mejor que yo desaparezca antes de que él se despierte porque se va a poner a llorar si me ve. No les caigo bien a los chicos. No conozco a ninguno que se haya acercado a mí por propia voluntad. Nunca tuve hijos. Amelia es mi hijastra. Bueno, creo que con eso me ahorré muchos problemas. Si no les caigo bien a los chicos, ellos tampoco me caen bien a mí, así que estamos a mano.

Pero ése sí que es bonito, por cierto.

Jims eligió ese momento para despertar. Abrió los grandes ojos castaños y contempló a la señora Matilda Pitman sin parpadear. Luego se sentó y sonrió, mostrando los hoyuelos, la señaló y dijo a Rilla con tono solemne:

—Linda cheñora, Rilla, linda cheñora.

La señora Matilda Pitman sonrió. A los ochenta años, todavía conservaba su vanidad.

—Dicen que los niños y los locos dicen la *verdad* —comentó—. Estaba acostumbrada a los cumplidos, de joven… pero ya no son tan frecuentes a mi edad. No me habían hecho uno en años. Me gusta. Supongo, monito, que no me darías un beso.

Entonces Jims hizo algo sorprendente. No era un niño demostrativo y escatimaba los besos incluso para los habitantes de Ingleside. Pero sin una palabra, se puso de pie, envuelto en su camisón, corrió al pie de la cama, arrojó los brazos alrededor del cuello de la señora Matilda Pitman, la abrazó y depositó tres o cuatro besos sonoros en su mejilla.

—Jims —protestó Rilla, horrorizada ante tanta confianza.

—Déjalo —ordenó la señora Matilda Pitman, acomodándose el sombrerito—. Me gusta ver que alguien no me tiene miedo. Todos me tienen miedo… tú también, aunque tratas de disimularlo. ¿Y por qué? Por supuesto, Robert y Amelia me tienen miedo porque yo quiero que me lo tengan. Pero el resto de la gente… Sí, ellos también me tienen miedo por más cortés que me muestre. ¿Vas a guardarte a este niño?

—Lamentablemente, no. Su padre volverá pronto.

—¿Es bueno? El padre, quiero decir.

—En fin… es bondadoso y amable… pero es pobre… y creo que nunca dejará de serlo —farfulló Rilla.

—Ah, entiendo… haragán y gastador. Bueno, veremos. Tengo una idea. Es buena y además, Robert y Amelia se van a poner furiosos. Y eso es lo que la hace más valiosa para mí, aunque me gusta ese niño porque no me tiene miedo. Supongo que vale la pena arriesgarse a sufrir algunos contratiempos. Bueno, vístete, como te dije y baja cuando estés lista.

Rilla se sentía tiesa y entumecida por el golpe y la caminata de la noche anterior, pero no tardó en vestirse y vestir a Jims. Cuando bajó a la cocina encontró un desayuno humeante sobre la mesa. El señor Chapley brillaba por su ausencia y la señora Chapley cortaba pan con aire sombrío. La señora Matilda Pitman estaba sentada en un sillón, tejiendo un calcetín gris para el ejército. Seguía con el sombrero puesto y la expresión triunfante en el rostro.

—Acérquense, mis queridos y desayunen bien —dijo.

—No tengo apetito —musitó Rilla con tono casi suplicante—. No podría comer nada y además, es hora de que salga hacia la estación. Tengo que tomar el tren de la

mañana. Por favor, discúlpenme y permítanme partir… me voy a llevar un pedazo de pan con manteca para Jims si me lo permiten.

La señora Matilda Pitman agitó una aguja de tejer con aire juguetón.

—Siéntate y come —ordenó—. Son órdenes de la señora Matilda Pitman. Todo el mundo obedece a la señora Matilda Pitman… hasta Robert y Amelia…

Rilla la obedeció. Se sentó y bajo la fabulosa influencia de la mirada hipnotizadora de la señora Matilda Pitman, comió bastante. La obediente Amelia no abrió la boca; la señora Pitman tampoco, pero siguió tejiendo y riendo por lo bajo. Cuando Rilla terminó, la señora Matilda Pitman enrolló el calcetín.

—Ahora puedes irte si lo deseas —dijo—, pero no te sientas obligada. Puedes quedarte todo lo que quieras; haré que Amelia cocine para ti.

La independiente señorita Blythe, a la que ciertas muchachas de la Cruz Roja acusaban de ser dominante y mandona, estaba completamente intimidada.

—Gracias —murmuró—, pero tengo que irme, en serio.

—Bueno, en ese caso —dijo la señora Matilda Pitman, abriendo la puerta—, el transporte está listo. Le dije a Robert que atara el caballo al carro y los llevara a la estación. Me gusta dar órdenes a Robert. Es casi el único pasatiempo que me queda. Tengo más de ochenta años y la mayoría de las cosas perdieron su sabor para mí, salvo tiranizar a Robert.

Robert estaba sentado en el asiento delantero de un calesín prolijo con neumáticos de goma. Debió de oír cada palabra de su suegra, pero no dio señal alguna de haberlo hecho.

—De veras —balbuceó Rilla, juntando el poco coraje que le quedaba—, me gustaría que me permitiera… eehh… —Tembló bajo la mirada de la señora Pitman —. Recompensarlos por… por…

—La señora Matilda Pitman no cobra hospedaje a desconocidos ni permite semejante cosa donde ella vive, por más avaros que sean los que viven con ella. Vete a la ciudad y no olvides pasar por aquí cuando estés por la zona. No tengas miedo. Aunque veo que no eres miedosa, a juzgar por la forma en que vapuleaste a Robert esta mañana. Me gusta tu espíritu. La mayoría de las muchachas de hoy son criaturas tímidas e insignificantes. Y cuida bien a ese niño. No es una criatura común. Ah y dile a Robert que esquive los charcos. No quiero que se ensucie el calesín nuevo.

Mientras se alejaban, Jims arrojó besos a la señora Matilda Pitman hasta que la perdió de vista y la anciana lo saludó agitando la media. Robert no abrió la boca hasta llegar a la estación, pero esquivó los charcos. Cuando Rilla bajó del carro, le agradeció cortésmente. La única respuesta que obtuvo fue un gruñido. Robert hizo girar el caballo y enfiló hacia su casa.

«Bueno —se dijo Rilla, inspirando con fuerza—. Ahora tengo que volver a ser Rilla Blythe. En estas últimas horas fui otra persona… no sé quién… una creación de esa anciana extraordinaria. Creo que me hipnotizó. ¡Qué aventura para contar a los muchachos!».

Luego suspiró. Recordó amargamente que sólo quedaban Jerry, Ken, Carl y Shirley para leer sus cartas. Y Jem, que hubiera disfrutado inmensamente de la señora Matilda Pitman, ¿dónde estaba Jem?

32. Noticias de Jem

4 de agosto de 1918

Hoy se cumplen cuatro años desde el baile en el faro: cuatro años de guerra. Parecen doce. Yo tenía quince años entonces. Ahora, diecinueve. Creía que estos cuatro años serían los más encantadores de mi vida y fueron años de guerra, años de temor, angustia y preocupación, pero tengo la humilde esperanza de que también hayan sido años de crecimiento en fuerza y personalidad.

Hoy, cuando atravesaba el corredor, oí a mamá diciéndole algo a papá sobre mí. No fue mi intención escuchar a escondidas, no pude evitar hacerlo, y tal vez sea por eso que oí lo que nunca oyen los que andan escuchando a hurtadillas: algo bueno de sí mismos. Y porque fue mamá la que lo dijo voy a escribirlo aquí en mi diario, para consolarme cuando vienen esos días de desazón en los que siento que soy frívola, egoísta y débil y que no hay nada bueno en mí.

«Rilla maduró tanto en estos cuatro años. Era una chiquilina tan irresponsable. Ahora es una joven capaz, adulta y un enorme consuelo para mí. Nan y Di están más lejos en este tiempo, estuvieron tan poco en casa, pero Rilla y yo estamos cada vez más unidas. Somos *compinches*. No sé cómo hubiera podido sobrevivir a estos años terribles sin ella, Gilbert».

Bueno, ahí está: eso es lo que dijo mamá. Me siento feliz, arrepentida, orgullosa y ¡humilde! Es hermoso que mi madre piense eso de mí pero no lo merezco del todo. No soy tan buena ni fuerte como ella dice. Muchísimas veces estuve furiosa, impaciente, acongojada y desesperada. El sostén de la familia fueron mamá y Susan. Pero yo ayudé un poquito, creo, y eso me hace sentir feliz y agradecida.

Las noticias de la guerra fueron buenas: los franceses y norteamericanos están haciendo retroceder cada vez más a los alemanes. A veces me parece que esta buena racha no puede durar: después de cuatro años de desastres, esta seguidilla de victorias resulta increíble. No hacemos mucho aspaviento. Susan mantiene izada la bandera pero no perdemos la cordura. El precio es demasiado caro para festejos. Solamente nos sentimos agradecidos de que no haya sido pagado en vano.

No tenemos noticias de Jem. Esperamos… no nos atrevemos a hacer otra cosa. Pero hay momentos en los que todos sentimos que esperar es una tontería aunque no lo decimos en voz alta. Con el correr de las semanas, estas horas de desesperanza se hacen cada vez más frecuentes. Y tal vez nunca lleguemos a saber nada. Eso es lo más terrible de todo. Me pregunto cómo lo estará soportando Faith. A juzgar por sus cartas, no abandonó la esperanza en ningún momento, pero debe de haber tenido horas oscuras de duda como el resto de nosotros.

20 de agosto de 1918

Los canadienses entraron en acción nuevamente y el señor Meredith recibió un cable hoy, diciendo que Carl tiene una herida leve y está en el hospital. No especificaba dónde recibió la herida, y como en general lo dicen, todos estamos preocupados.

Todos los días hay noticias de una nueva victoria.

30 de agosto de 1918

Los Meredith recibieron carta de Carl. La herida «fue leve», pero fue en el ojo derecho ¡y perdió la vista!

«Un ojo alcanza para mirar bichos», escribe Carl alegremente. Y todos somos conscientes de que podría haber sido mucho peor. ¡Si hubieran sido los dos! Pero lloré toda la tarde después de leer la carta de Carl. ¡Esos hermosos y valientes ojos azules!

El consuelo es que no regresará al frente. Volverá a casa en cuanto salga del hospital. Será el primero de los nuestros. ¿Cuándo vendrán los demás?

Y hay uno que no volverá. Por lo menos, no vamos a verlo en carne propia, si vuelve. Pero ay, pienso que va a estar ahí; cuando vuelvan los soldados canadienses, habrá un ejército de sombras con ellos: el ejército de los caídos. ¡No vamos a verlos, pero van a estar allí!

1º de septiembre de 1918

Mamá y yo fuimos a Charlottetown ayer a ver la película *Corazones del Mundo*. Me porté como una imbécil; papá me va a torturar con eso hasta el fin de mis días. Pero… es que parecía todo tan *real* y yo estaba tan compenetrada que olvidé *todo* menos las escenas que veía ante mis ojos. Y después, muy cerca del final, llegó una escena terriblemente emocionante. La heroína luchaba con un horrible soldado alemán que trataba de llevársela a la rastra. Yo *sabía* que ella tenía un cuchillo, la había visto ocultarlo para tenerlo listo, y no podía entender por qué no lo sacaba y acababa de una vez con ese animal. Pensé: *debe de haberse olvidado* y justo en el momento de más tensión de la escena perdí la cabeza por completo. Me puse de pie en el cine repleto y grité a voz en cuello: «¡Tienes el cuchillo en la media, tienes el cuchillo en la media!».

Fue todo un escándalo. ¡Lo más gracioso fue que justo cuando grité, la muchacha sacó el cuchillo y apuñaló al soldado!

Todos rieron a carcajadas. Recuperé la cordura y me hundí en mi asiento. Ah, qué mortificada estaba. Mamá se sacudía de risa. Me dieron ganas de sacudirla yo. ¿Por qué no me hizo sentar y me tapó la boca antes de permitirme eso? Ella alega que no tuvo tiempo.

Por suerte el cine estaba a oscuras y creo que no había nadie que me conociera. ¡Y yo que creí que me estaba volviendo sensata, controlada y adulta! Es evidente que me falta recorrer un buen camino antes de llegar a esa condición.

20 de septiembre de 1918

En el Este, Bulgaria pidió la paz y en el Oeste, los ingleses han destrozado la línea de Hindenburg; y aquí en Glen St. Mary el pequeño Bruce Meredith ha hecho algo maravilloso por el amor que hay detrás. A mí me parece maravilloso. La señora Meredith vino esta noche y nos lo contó. Mamá y yo lloramos, y Susan se levantó e hizo ruido con las ollas y los utensilios de cocina.

Bruce siempre quiso mucho a Jem; nunca lo olvidó en todos estos años. Es tan fiel como Lunes, a su modo. Siempre le dijimos que Jem volvería. Pero parece que anoche estuvo en la tienda de Carter Flagg y oyó decir a su tío Norman que Jem Blythe no regresaría y que era mejor que los de Ingleside dejaran de esperar noticias. Bruce volvió a su casa y lloró hasta quedarse dormido. Esta mañana su madre lo vio salir con una expresión acongojada, pero decidida, con su gatito en la mano. No pensó más en ello, hasta que lo vio volver más tarde, con expresión trágica y él le contó, sollozando, que había ahogado a Stripey.

«¿Por qué?», exclamó la señora Meredith.

«Para que vuelva Jem —sollozó Bruce—. Pensé que si sacrificaba a Stripey, Dios mandaría de vuelta a Jem. Así que lo ahogué y… ay, mamá, fue muy triste para mí, pero seguro que ahora Dios hará que Jem vuelva porque Stripey era lo que yo más quería. Le dije a Dios que le daba a Stripey para que hiciera volver a Jem. ¿Te parece que ahora sí va a volver, mamá?».

La señora Meredith no sabía qué decirle al pobre chico. Sencillamente no se atrevía a decirle que quizá su sacrificio no haría volver a Jem, que ése no era el modo de obrar de Dios. Le advirtió que no esperara que sucediera de inmediato, que quizá pasaría mucho tiempo antes de la vuelta de Jem.

Pero Bruce contestó:

«No tendría que pasar más de una semana, mamá. Ay, mamá, Stripey era un gatito tan lindo, ronroneaba tanto. ¿No te parece que a Dios le va a gustar tanto que nos mandará de nuevo a Jem?».

El señor Meredith está preocupado por el efecto de eso sobre la fe de Bruce en Dios y la señora Meredith está preocupada por el efecto que tendrá el hecho sobre Bruce si su esperanza no se cumple. Y a mí me dan ganas de llorar cada vez que pienso en ello. Fue tan magnífico… triste y hermoso. ¡Qué chiquillo leal y cariñoso! Adoraba ese gatito. Y si todo fue en vano… se le partirá el corazón, porque todavía no tiene edad suficiente para comprender que Dios no responde a nuestras plegarias del modo en que lo esperamos… y que no negocia con nosotros cuando Le entregamos algo que amamos.

24 de septiembre de 1918

Hace horas que estoy aquí, arrodillada junto a la ventana a la luz de la Luna, dando gracias a Dios una y otra vez. La dicha de anoche y la de hoy fue tan grande que casi fue un dolor… como si nuestros corazones no pudieran abarcarla.

Anoche estaba sentada aquí, en mi habitación, a las once de la noche, escribiendo una carta para Shirley. Todos estaban acostados, menos papá, que había salido. Oí sonar el teléfono y corrí a levantar el tubo antes de que despertara a mamá. Era una llamada de larga distancia y cuando atendí, me dijeron: «Hablamos de la compañía de telégrafos de Charlottetown. Hay un cable de ultramar para el doctor Blythe».

Pensé en Shirley… se me detuvo el corazón… luego oí decir al hombre: «Es de Holanda».

El mensaje era: «Acabo de llegar. Escapé de Alemania. Estoy bien. Va carta. James Blythe».

No me desmayé ni grité. No me sentí feliz ni sorprendida. No sentí nada. Quedé como atontada, como cuando me enteré que Walter se había enrolado. Colgué y me di vuelta. Mamá estaba en la puerta de su dormitorio. Tenía puesta la vieja bata rosada y llevaba el pelo atado en una larga trenza. Le brillaban los ojos. Parecía una jovencita.

«¿Noticias de Jem?», preguntó.

¿Cómo lo supo? Yo no había dicho una sola palabra por el teléfono, salvo: «Sí… sí… sí». Ella dice que no sabe cómo lo supo, pero lo supo. Estaba despierta, oyó el teléfono y supo que había noticias de Jem.

«Está vivo… está bien… está en Holanda», le conté.

Mamá salió al corredor y exclamó:

«Tengo que hablarle a tu padre y decírselo. Está en Upper Glen».

Estaba serena y contenida, cosa que no hubiera esperado. Pero yo, no. Desperté a Gertrude y a Susan y se lo conté. Susan primero dijo:

«Gracias a Dios —y luego—: ¿No les dije que Lunes lo sabía? —Y después—: Voy abajo a preparar una taza de té».

Y desapareció por la escalera en camisón. Les dio el té a mamá y a Gertrude… yo volví a mi habitación, cerré la puerta con llave, me arrodillé junto a la ventana y lloré… como Gertrude cuando recibió su buena noticia.

Creo que por fin sé exactamente qué sentiré en la mañana de la resurrección.

4 de octubre de 1918

Hoy llegó la carta de Jem. Solamente hace seis horas que está aquí y ya está casi deshecha de tanto que la leímos. La empleada del correo contó a todo el mundo que había llegado y todos vinieron a enterarse de las noticias.

Jem recibió una herida fea en el muslo; lo recogieron y lo llevaron a prisión, delirando de fiebre. No sabía ni dónde estaba ni lo que le pasaba. Pasaron semanas

antes de que se recuperara y pudiera escribir. Entonces escribió, pero la carta no llegó nunca. No lo trataron mal en el campo… pero la comida era horrible. Sólo le daban un poco de pan negro y repollo hervido y de tanto en tanto un poco de sopa con porotos negros. ¡Y nosotros aquí, comiendo platos suculentos tres veces por día! Nos escribió con frecuencia pero intuyó que las cartas no llegaban porque no recibía respuesta. En cuanto tuvo fuerza suficiente, trató de escapar, pero lo atraparon y lo llevaron de vuelta; un mes más tarde lo volvió a intentar con un compañero y lograron llegar a Holanda.

No puede volver a casa enseguida. Todavía no está *tan* bien como decía el cable porque la herida no ha cicatrizado bien y tiene que recibir un tratamiento en un hospital de Inglaterra. Pero dice que con el tiempo quedará bien y ahora sabemos que está a salvo y que en algún momento va a volver con nosotros. ¡Y eso cambia tanto las cosas!

Hoy también recibí carta de Jim Anderson. *Se casó con una muchacha inglesa*, le dieron de baja y está por volver a Canadá con su esposa. No sé si alegrarme o no. Depende de la clase de mujer que sea. También recibí una carta de naturaleza algo misteriosa. Es de un abogado de Charlottetown, que me pide que vaya a verlo en cuanto pueda, respecto de un asunto relacionado con las posesiones de la «difunta señora Matilda Pitman».

Leí un anuncio de la muerte de la señora Pitman —un paro cardíaco— en el *Enterprise* hace unas semanas. Me pregunto si esa carta tendrá algo que ver con Jims.

5 de octubre de 1918

Esta mañana fui a la ciudad y me entrevisté con el abogado de la señora Pitman, un hombrecillo delgado y anguloso, que habló de su clienta con tanto respeto que era evidente que estaba tan dominado por ella como Robert y Amelia. Le redactó un testamento nuevo un tiempo antes de su muerte. Poseía treinta mil dólares, que en gran parte heredó Amelia Chapley. Pero dejó cinco mil dólares a mi nombre, en fideicomiso para Jims. El interés se usará como yo crea conveniente para su educación y el capital se le entregará cuando cumpla veinte años. No hay duda de que Jims nació bajo una buena estrella. Yo lo salvé de una muerte lenta a manos de la señora Conover… Mary Vance lo salvó de morir de crup diftérico… su estrella lo salvó cuando cayó del tren. ¡Y ahora esta herencia! Es evidente, como dijo la señora Pitman y como yo siempre creí, que no es un niño común y que tampoco lo espera un destino común.

En cualquier caso, tiene el futuro asegurado y Jim Anderson no podrá despilfarrarse la herencia aunque quiera. Ahora, si la madrastra inglesa es una buena mujer, me puedo sentir muy tranquila respecto del porvenir de mi bebé de guerra.

Me pregunto qué pensarán del asunto Robert y Amelia. ¡Calculo que después pie esto van a clausurar con tablas las ventanas cuando se vayan de su casa!

33. ¡Victoria!

—«Un día de vientos helados y cielos sombríos» —recitó Rilla un domingo por la tarde, el seis de octubre, para ser exactos. Hacía tanto frío que habían encendido el hogar de la sala y las llamas alegres hacían lo posible para contrarrestar la temperatura exterior—. Más parece noviembre que octubre: noviembre es un mes tan horrible.

La prima Sophia estaba presente. Había perdonado a Susan otra vez. También estaba allí la señora de Martin Clow, que había venido a pedir el remedio de Susan para el reumatismo, porque eso era más barato que solicitárselo al doctor.

—Lamento decir que vamos a tener un invierno duro —vaticinó la prima Sophia —. Las ratas almizcleras están construyendo grandes nidos alrededor del estanque y ésa es una señal que nunca falla. ¡Pero cómo ha crecido esa criatura! —suspiró, como si fuera una tragedia que una criatura creciera—. ¿Cuándo vuelve el padre?

—La semana que viene —dijo Rilla.

—Bueno, espero que la madrastra no lo maltrate —suspiró la prima Sophia—, pero tengo mis dudas… tengo mis dudas. En cualquier caso, va a sentir la diferencia entre el trato de esta casa y el de cualquier otro lugar. Lo malcriaste, Rilla, con esa manía de estar pendiente de él de esa forma.

Rilla sonrió y apretó la mejilla contra los rizos de Jims. Sabía que ese niñito alegre no era malcriado. Pero detrás de la sonrisa se ocultaba un corazón ansioso. Ella también pensaba mucho en la nueva señora Anderson y se preguntaba cómo sería.

«¡No puedo entregar a Jims a una mujer que no lo quiera!», pensaba con rebeldía.

—Me parece que va a llover —anunció la prima Sophia—. Llovió mucho este otoño. En mi juventud no era así. Teníamos un tiempo hermoso en octubre. Pero las estaciones ya no son como antes.

Se oyó el teléfono por encima de la voz sombría de la prima Sophia. Gertrude atendió.

—Sí. ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Es oficial? Gracias… gracias.

Gertrude se volvió en un gesto teatral. Le relampagueaban los ojos y se había sonrojado de emoción. De pronto, el Sol se abrió paso entre las nubes y se filtró por entre las ramas rojas del arce afuera de la ventana. El brillo la envolvió en una llama extraña, etérea. Parecía una sacerdotisa que llevara a cabo un rito místico.

—Alemania y Austria piden la paz —anunció.

Rilla perdió la cabeza por unos minutos. Se puso de pie de un salto y bailó por la habitación, aplaudiendo, riendo y llorando a la vez.

—Siéntate, muchacha —dijo la señora Clow, que jamás se alteraba por nada, y que así se perdía gran cantidad de problemas y de alegrías en su viaje por la vida.

—Ay —exclamó Rilla—, hace cuatro años que camino como león enjaulado por este suelo, llena de temor y ansiedad. Ahora necesito recorrerlo con felicidad. Valió la pena vivir cuatro años largos, tristes, por este momento y valdría la pena vivirlos de

vuelta para recordar este momento. Susan, icemos la bandera… ¡Tenemos que contarle las noticias a toda la gente de Glen!

—¿Ahora podremos usar toda el azúcar que queramos? —preguntó Jims.

Fue una tarde inolvidable. Cuando se extendió la noticia, la gente, emocionada, salió a la calle y se acercó a Ingleside. Los Meredith vinieron y se quedaron a cenar. Todos hablaban y nadie escuchaba. La prima Sophia trató de protestar diciendo que no había que confiar en Alemania y Austria y que todo era una trampa, pero nadie le prestó atención.

—Este domingo compensa aquel domingo de marzo —dijo Susan.

—Me pregunto —murmuró Gertrude con aire soñador—, si las cosas no nos parecerán aburridas e insípidas ahora que estamos en paz. Después de alimentarnos con horrores y miedos, fracasos y victorias durante cuatro años, todo lo demás ¿no nos va a parecer monótono y poco interesante? Qué extraño… aburrido y maravilloso será no tener que tener miedo de la llegada de la correspondencia.

—Todavía vamos a tener miedo por un tiempo, creo —dijo Rilla—. La paz no va a llegar, no por unas semanas. Y en esas semanas pueden suceder cosas terribles. Ya me siento más tranquila otra vez. Ganamos… ¡pero a qué precio!

—No es un precio demasiado alto para la libertad —replicó Gertrude con suavidad—. ¿No crees, Rilla?

—No —murmuró Rilla. Veía una pequeña cruz blanca en un campo de batalla de Francia—. No… si nosotros que seguimos con vida demostramos que somos dignos de ella y mantenemos el espíritu.

—Y eso es lo que vamos a hacer —dijo Gertrude. Se puso de pie de pronto. Se hizo silencio en la mesa y entonces Gertrude recitó el famoso poema de Walter: *El Gaitero*. Cuando terminó, el señor Meredith levantó la copa.

—Brindemos —dijo— por el ejército silencioso, por los muchachos que siguieron al Gaitero cuando éste los llamó. «Por nuestro mañana dieron su hoy»… ¡De ellos es la victoria!

34. El señor Hyde se retira y Susan parte en luna de miel

Jims se fue de Ingleside a principios de noviembre. Rilla lo vio partir con el corazón estrujado de lágrimas, pero libre de preocupaciones. La señora Número Dos de Jim Anderson era una mujercita tan encantadora que hacía que uno se maravillara de la suerte que había tenido Jim al conseguirla. Tenía la tez rosada, los ojos azules, un aire saludable y era carnosa y redonda como una hoja de geranio. Rilla se dio cuenta de inmediato que Jims estaría muy bien con ella.

—Me gustan mucho los chicos, señorita —anunció la mujer con entusiasmo—. Estoy acostumbrada a ellos: tengo seis hermanos menores. Jims es un niño encantador y debo decir que usted ha hecho maravillas. Está tan lindo y saludable. Va a ser como si fuera mío, señorita. Y le aseguro que le voy a tener las riendas cortas a Jim. Es buen trabajador, lo que necesita es alguien que lo obligue a ser perseverante y le maneje el dinero. Alquilamos una granja justo en las afueras del pueblo y ahí nos vamos a quedar. Jim quería vivir en Inglaterra, pero yo me negué. Tenía ganas de empezar de nuevo, en un país joven y siempre me gustó la idea de venir a Canadá.

—Me alegro tanto de que vayan a vivir cerca de aquí. ¿Va a dejar que Jims venga a verme de vez en cuando? Lo quiero muchísimo.

—Ya lo creo, señorita. Nunca vi un chico más adorable.

»Jim y yo somos conscientes de lo que ha hecho por él y no somos desagradecidos. Jims puede venir aquí cuantas veces quiera usted invitarlo y yo aceptaré agradecida cualquier sugerencia en cuanto a su crianza. Es más suyo que de cualquier otra persona y me encargaré de que usted lo disfrute, señorita.

Y así se fue Jims… con la sopera, aunque no dentro de ella. Después llegaron las noticias del armisticio y hasta Glen St. Mary enloqueció por completo. Esa noche se encendió una fogata en el pueblo y se quemó una efigie del Káiser. Los muchachos del pueblo de pescadores encendieron fuegos en todos los médanos en un glorioso incendio que se extendió a lo largo de diez kilómetros. En Ingleside, Rilla corrió riendo a su habitación.

—Ahora voy a hacer algo imperdonable y muy poco femenino —declaró, mientras sacaba el sombrero de terciopelo verde de la caja—. Voy a patear este sombrero por toda la habitación hasta que quede deforme y deshecho; nunca voy a volver a ponerme nada en ese tono de verde.

—No hay duda de que cumpliste tu juramento con valor —rió la señorita Oliver.

—No fue valor, fue pura obstinación. En realidad, me avergüenza bastante —explicó Rilla, pateando el sombrero con júbilo—. Quería demostrárselo a mamá… Es perverso tratar de demostrar algo así a una madre ¡y muy poco filial! Pero se lo demostré. ¡Y me demostré a mí misma bastantes cosas! Ay, señorita Oliver, vuelvo a sentirme joven… joven, tonta y frívola. ¿Alguna vez dije que noviembre era un mes

horrible? ¡Pero si es el mes más lindo del año! ¡Escuche cómo suenan las campanillas en el Valle del Arco Iris! Nunca las oí con tanta claridad. Suenan por la paz… la nueva felicidad y todas las cosas queridas, dulces, lógicas, «hogareñas» que ahora podemos volver a tener, señorita Oliver. No es que yo me esté portando con demasiada lógica, en realidad. Hoy todo el mundo da rienda suelta a su locura. Pronto vamos a ser cuerdos otra vez… y vamos a mantener la fe y la fuerza para construir nuestro mundo nuevo. Pero por hoy, por hoy, seamos locos y alegres.

Susan entró desde el jardín con expresión muy satisfecha.

—El señor Hyde se fue —anunció.

—¿Se fue? ¿Quieres decir que murió, Susan?

—No, mi querida señora, la bestia no murió. Pero no vamos a volver a verlo, de eso estoy segura.

—No seas tan misteriosa, Susan. ¿Qué le pasó?

—Mire, mi querida señora, estaba sentado afuera sobre los escalones de atrás. Fue justo después de que llegaron las noticias de la firma del armisticio y tenía su expresión más hydesca. Le aseguro que inspiraba temor. De pronto, mi querida señora, apareció Bruce Meredith por la esquina de la cocina, caminando sobre sus zancos. Está aprendiendo a usarlos y vino a mostrarme lo bien que caminaba con ellos. El señor Hyde le echó una mirada y pasó de un salto al otro lado de la cerca del jardín. Después se fue corriendo como un demonio por el bosque de arces, dando grandes saltos, con las orejas echadas hacia atrás. Jamás habrá visto usted una criatura tan aterrada, mi querida señora. No volvió más.

—Ya va a volver, Susan, y bien mansito por el susto.

—Vamos a ver, mi querida señora, vamos a ver. Acuérdese que se firmó el Armisticio. Y eso me recuerda que anoche Patillas-en-la-Luna tuvo un ataque de parálisis. No voy a decir que es un castigo porque no gozo de la confianza del Todopoderoso pero una puede pensar lo que quiera. En Glen St. Mary no vamos a volver a saber nada de Patillas-en-la-Luna ni del señor Hyde, de eso puede estar segura.

Del señor Hyde no volvieron a tener noticias. Como no era probable que el susto lo mantuviera alejado de Ingleside, sus dueños decidieron que un destino oscuro —un veneno— se había hecho cargo de él. Susan siguió sosteniendo que se había «ido al lugar que le correspondía». Rilla lamentó su desaparición porque había querido mucho al gatito dorado y le había tenido simpatía hasta en sus peores momentos.

—Y ahora, mi querida señora —declaró Susan—, puesto que ya hice la limpieza general y la cosecha del jardín está a salvo en el sótano, me tomaré una luna de miel para celebrar la paz.

—¿Una luna *de miel*, Susan?

—Sí, mi querida señora, una luna de miel —repitió Susan con firmeza—. No tengo marido ni lo tendré, pero no voy a privarme de todo y me tomaré una luna de miel. Pienso ir a Charlottetown a visitar a mi hermano y su familia. Su mujer estuvo

enferma todo el otoño, pero nadie sabe si va a morirse o no. Nunca fue de contarle a nadie lo que pensaba hacer hasta el momento de hacerlo. Ése es el motivo principal por lo que nadie la quería en nuestra familia. Pero me gustaría visitarla. Hace más de veinte años que no voy a la ciudad y ya que estoy, pienso ver una de estas películas de las que tanto se habla, para no estar totalmente fuera de época. Pero no piense que va a perderme, mi querida señora. Me tomo dos semanas, si usted puede dármelas.

—Pero por supuesto, Susan, te mereces unas buenas vacaciones. Mejor tómate un mes. Eso es lo que debe durar una luna de miel.

—No, mi querida señora, dos semanas es lo que necesito. Además, tengo que estar en casa al menos tres semanas antes de Navidad para hacer los preparativos. Este año vamos a tener una *verdadera* Navidad, mi querida señora. ¿Cree que hay posibilidades de que vuelvan los muchachos?

—No, Susan. Jem y Shirley escriben que no van a volver antes de la primavera, o eso creen. Quizá Shirley no vuelva hasta el verano. Pero van a estar Carl Meredith y Nan y Di y sí vamos a celebrarlo. Pondremos sillas para todos, Susan, como hiciste la primera Navidad… sí, para todos, para mi querido hijo cuya silla siempre va a estar vacía y para todos los demás, Susan.

—Yo no pensaba olvidarme de ponerle un lugar en la mesa, mi querida señora —dijo Susan, secándose los ojos mientras se dirigía a preparar las maletas para su «luna de miel».

35. ¡Rilla-mi-Rilla!

Carl Meredith y Miller Douglas volvieron justo antes de Navidad y Glen St. Mary los recibió en la estación con una banda que había prestado Lowbridge y discursos de creación local. A Miller se lo veía ágil y sonriente a pesar de su pierna de madera; se había convertido en un hombre de espaldas anchas y porte imponente y la Medalla D.C. que lucía reconcilió a la señorita Cornelia con las falencias de su linaje hasta el punto de hacerle aceptar tácitamente su compromiso con Mary. Esta última se dio ciertos aires, sobre todo cuando Carter Flagg tomó a Miller en su tienda como jefe de empleados… pero nadie se resintió por eso.

—Desde luego, ya no podemos pensar en trabajar la tierra —dijo Mary a Rilla—, pero Miller cree que le va a gustar estar a cargo del negocio cuando se acostumbre de nuevo a la vida tranquila y Carter Flagg va a ser mejor patrón que la vieja Kitty. Nos vamos a casar en otoño. Pensamos vivir en la vieja casa Mead, con las ventanas salientes y mansardas en el techo. Siempre me pareció la mejor casa de Glen, pero jamás soñé que viviría allí. Por supuesto que vamos a alquilarla pero si todo va como pensamos y Carter Flagg asocia a Miller, algún día será nuestra. Bueno, puede decirse que avancé algo socialmente, ¿no crees?, considerando de dónde vengo. Jamás aspiré a ser la esposa de un comerciante. Pero Miller es muy ambicioso y yo pienso apoyarlo. Dice que no vio a una sola francesa a la que valiera la pena mirar y que su corazón me fue fiel desde el momento en que se fue.

Jerry Meredith y Joe Milgrave volvieron en enero y durante todo el invierno los muchachos de Glen y las zonas aledañas fueron llegando de a dos y de a tres. Ninguno volvía igual a como se había ido, ni siquiera aquellos que habían tenido la fortuna de no recibir heridas.

Un día de primavera, cuando los narcisos se agitaban en la brisa en el jardín de Ingleside y en las orillas del arroyo del Valle del Arco Iris lucían las dulces violetas blancas y púrpura, el perezoso tren de la tarde entró en la estación dé Glen. Era muy raro que la gente que iba a Glen lo tomara, así que no había nadie para recibirlo salvo el nuevo agente ferroviario y un perrito negro y amarillo, que durante más de cuatro largos años había salido a recibir cada tren que entraba en Glen St. Mary. Lunes había salido al encuentro de miles de trenes y no había encontrado nunca al muchacho al que aguardaba con lealtad, pero seguía vigilando, sin perder la esperanza que le iluminaba los ojos. Quizá su corazón perruno le fallara en alguna oportunidad; se estaba poniendo viejo y reumático; y cuando volvía a su guarida después de la partida de los trenes su paso ya no era ágil como antes… no trotaba, sino que caminaba con la cabeza gacha y la cola caída.

Un pasajero descendió del tren… un individuo alto con un gastado uniforme de teniente, que cojeaba levemente. Tenía el rostro bronceado y había algunas hebras grises en los rizos rubio-rojizos que le caían sobre la frente. El nuevo agente de la estación lo miró con atención. Estaba acostumbrado a ver bajar del tren a los

uniformados, algunos recibidos por una tumultuosa multitud y otros que llegaban sin avisar, solos como éste. Pero había una cierta distinción en el porte y los rasgos de ese hombre que le llamó la atención y lo hizo preguntarse quién sería.

Un rayo negro y amarillo pasó a toda velocidad junto al jefe de estación. ¿Lunes tieso? ¿Lunes reumático? ¿Lunes, viejo? No vayan a creer. Lunes era un cachorro, loco de alegría rejuvenecedora.

Se arrojó contra el soldado alto con un ladrido que se le atragantó de pura felicidad. Se tendió en el suelo, estremeciéndose en un frenesí de bienvenida. Trató de trepar por las piernas del soldado y cayó y se revolcó, presa de un éxtasis que parecía a punto de partir su cuerpito en pedazos. Le lamió las botas y cuando el teniente logró, con risa en los labios y lágrimas en los ojos, levantar al perro en brazos, Lunes, apoyó la cabeza contra el hombro uniformado y lamió el cuello bronceado del teniente, emitiendo extraños sonidos que eran ladridos y sollozos a la vez.

El jefe de estación había oído la historia de Lunes. Ahora sabía quién era el soldado. La larga vigilia del perrito amarillo había terminado. Jem Blythe había vuelto a casa.

Todos estamos felices… tristes… y agradecidos —escribió Rilla en su diario una semana más tarde—, aunque Susan no se ha recuperado todavía, creo que nunca lo hará, del impacto de que Jem llegara a casa la noche que ella, después de un día cansador, había preparado una cena de «sobras». Jamás olvidaré cómo corrió enloquecida desde la despensa al sótano, buscando delicias escondidas. Como si a alguien le importara qué había sobre la mesa; nadie pudo comer, de todos modos. Ya era bastante alimento mirar a Jem. Mamá parecía no poder sacarle los ojos de encima, como si tuviera miedo de que si dejaba de mirarlo, desapareciera. Es maravilloso tenerlo de vuelta… y también a Lunes. Lunes se niega a separarse un instante de Jem. Duerme a los pies de su cama y se acuesta junto a él durante las comidas. Y el domingo fue a la iglesia con él e insistió en ubicarse en nuestro banco. Allí se durmió a los pies de Jem. En la mitad del sermón se despertó y le pareció que debía volver a dar la bienvenida a Jem: se puso a saltar y ladrar y no se calmó hasta que Jem lo levantó en brazos. Pero a nadie le importó y el señor Meredith se acercó y le acarició la cabeza luego del servicio y dijo:

«La confianza, el cariño y la lealtad son dones preciosos, cualquiera sea el sitio donde los encontremos. El afecto de este perrito es un tesoro, Jem».

Una noche, cuando Jem y yo conversábamos en el Valle del Arco Iris, le pregunté si alguna vez había tenido miedo en el frente.

«¡Miedo! Miles de veces tuve miedo… estaba enfermo de miedo. Yo, que solía reírme de Walter cuando se asustaba. Sabes, Walter en ningún momento tuvo miedo. No desde que llegó al frente. Las *realidades* nunca lo asustaron, era su imaginación la que le hacía sentir pánico. Su coronel me dijo que Walter era el hombre más valiente

del regimiento. Rilla, no tomé conciencia de que Walter estaba muerto hasta que volví a casa. No sabes cómo lo echo de menos ahora… ustedes aquí ya se acostumbraron, pero para mí es nuevo. Walter y yo nos criamos juntos… éramos amigos además de hermanos… y ahora aquí, en este viejo valle que amábamos de niños, acabo de darme cuenta de que no volveré a verlo».

Jem volverá a la universidad en otoño, como Jerry y Carl. Calculo que Shirley también va a ir. Piensa volver a casa en julio. Nan y Di van a seguir enseñando. Faith no espera volver hasta septiembre. Supongo que ella también va a enseñar porque ella y Jem no se van a casar hasta que él termine su carrera de medicina. Creo que Una Meredith decidió tomar un curso de Ciencias del Hogar en Kingsport y Gertrude se va a casar con el mayor Grant. Está feliz, «desvergonzadamente feliz» como dice ella, pero pienso que su actitud es hermosa. Todos hablan de planes y esperanzas, con más sobriedad que antes, pero con interés y la decisión de seguir adelante y hacer las cosas bien a pesar de los años perdidos.

«Estamos en un mundo nuevo —dice Jem— y tenemos que hacerlo mejor que el antiguo. Eso todavía no pasó aunque hay algunos que dicen que sí. Ni siquiera empezamos. El viejo mundo está destruido y tenemos que construir el nuevo. Nos va a llevar años. Ya vi lo suficiente de la guerra como para saber que hay que construir un mundo donde las guerras no sean posibles. Herimos de muerte al prusianismo, pero sigue vivo y no está sólo en Alemania. No basta eliminar al viejo espíritu… hay que hacer surgir al nuevo».

Escribo estas palabras de Jem en el diario para poder leerlas de tanto en tanto y sacar coraje de ellas cuando pierda el ánimo y me cueste un poco mantener la fuerza.

Rilla cerró el diario con un suspiro. Precisamente en esos momentos no le resultaba fácil mantener el ánimo. Todos los demás parecían tener una meta específica o una ambición alrededor de la cual construir sus vidas… ella no. Y se sentía sola, muy sola. Jem había vuelto pero no era el risueño hermano que se había marchado en 1914 y además, pertenecía a Faith. Walter no volvería. Ni siquiera tenía a Jims. De pronto su mundo le parecía enorme y vacío, es decir, le había parecido enorme y vacío desde el momento en que ayer había leído en un periódico de Montreal una lista de una semana de antigüedad con los nombres de los soldados que habían regresado. El capitán Kenneth Ford estaba entre ellos.

Así que Ken había vuelto… y ni siquiera se lo había avisado por escrito. Hacía dos semanas que estaba en Canadá y ella no había recibido ni una línea. Por supuesto, había olvidado —si es que alguna vez hubo algo para olvidar— un entrelazar de manos… un beso… una mirada… una promesa pedida bajo la influencia de una emoción pasajera. Todo era absurdo, ella era una boba romántica e inexperta. Bueno, pero ahora ya no iba a serlo. En el futuro tendría más cabeza y discreción, y no tomaría en serio a los hombres ni a sus costumbres.

«Supongo que lo mejor será ir con Una a estudiar Ciencias del Hogar», pensó

mientras se ponía de pie y miraba por la ventana hacia un macizo esmeralda de enredaderas del Valle del Arco Iris, iluminado por la luz violeta del atardecer. Las Ciencias del Hogar no le gustaban para nada en ese momento, pero ya que había que construir un nuevo mundo, lo mejor era ponerse a hacer algo.

Sonó la campanilla de la puerta. Rilla se volvió de mala gana hacia la escalera. Tenía que ir a abrir; no había nadie en casa. Pero lo que menos quería era atender visitas, no ahora. Bajó despacio y abrió la puerta principal.

Había un hombre de uniforme de pie sobre los escalones; un muchacho alto, moreno y de ojos oscuros, con una estrecha cicatriz en la mejilla bronceada. Rilla se quedó mirándolo, aturdida, por un instante. ¿Quién era?

Tenía que conocerlo… sí, había algo en él que le resultaba familiar…

—Rilla-mi-Rilla —dijo él.

—Ken —susurró Rilla. Por supuesto, era Ken… pero se lo veía tanto mayor… estaba tan cambiado… esa cicatriz… las líneas alrededor de los ojos y la boca… la cabeza le daba vueltas y las ideas la aturdían.

Ken tomó la mano temblorosa que ella le tendió y la miró. La delgada Rilla de hacía cuatro años se había redondeado hasta la simetría. Había dejado a una colegiala y ahora encontraba una mujer, una mujer con ojos maravillosos, labios rodeados de hoyuelos y mejillas en flor… una mujer bella y seductora: la mujer de sus sueños.

—¿*Eres* realmente Rilla-mi-Rilla? —preguntó Ken con una mirada significativa en los ojos.

La emoción sacudió a Rilla de la cabeza a los pies. Dicha, alegría, tristeza, miedo, todas las sensaciones que le habían comprimido el corazón en esos largos cuatro años parecieron brotar a la superficie de su alma por un instante, mientras despertaba lo más profundo de su ser. Trató de hablar; al principio, no le salió la voz. Después…

—Zi —dijo.



LUCY MAUD MONTGOMERY, nació en 1874 en Clifton, isla Príncipe Eduardo, Canadá. Quedó huérfana de madre a los dos de años de edad y se educó con sus abuelos maternos en Cavendish. En 1890 fue a vivir con su padre, que se había vuelto a casar, pero no logró adaptarse. Cursó estudios universitarios y trabajó como maestra en su isla natal. En 1898 regresó a Cavendish para vivir con su abuela. Se dedicó entonces al periodismo, escribiendo en el Daily Echo de Halifax. Contrajo matrimonio con el reverendo Ewen Macdonald, estableciéndose en Ontario y finalmente en Toronto. Tuvieron dos hijos.

Primero en Cavendish y posteriormente en sus sucesivos lugares de residencia, L. M. Montgomery escribió más de veinticinco libros, convertidos ya en clásicos de la literatura juvenil universal.